



**FLACSO**

---

**Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales**

**Sede académica México**

**Maestría en Ciencias Sociales**

**Promoción XX**

**2014-2016**

Transmisión de cultura y memoria partidarias en familias de exmilitantes del Partido

Comunista Mexicano

Tesis para obtener el grado de maestro en Ciencias Sociales

Presenta:

Javier Yankelevich Winocur

Directora de tesis:

Dra. Nora Rabotnikof

Lectores:

Dra. Silvia Dutrénit

Dr. Horacio Tarcus

Seminario de investigación: Estado, derechos humanos y democracia

Línea de investigación: Estado, derechos humanos y democracia

Ciudad de México, agosto 2016

*Esta investigación fue realizada gracias al apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología*

## **Transmisión de cultura y memoria partidarias en familias de exmilitantes del Partido Comunista Mexicano**

### **Transmission of partisan memory and culture in families of Mexican Communist Party ex members**

#### **Resumen**

Esta tesis se pregunta por los efectos que la militancia en el Partido Comunista Mexicano, disuelto en 1981, tuvo y tiene en la subjetividad política de los hijos de sus exmilitantes. Para ello, mediante un diseño metodológico de teoría fundamentada, se explora la hipótesis de que las distintas formas que tienen los exmilitantes de relacionarse con su pasado partidario en la organización explican variaciones en la cultura y memoria políticas de sus hijos. Los principales hallazgos de este estudio son de dos tipos: 1) teóricos, contenidos en propuestas de conceptualización en torno a las relaciones con el pasado de padres e hijos, así como a los mecanismos de transmisión familiar de memoria y cultura políticas; y 2) empíricos, cifrados en el análisis de correspondencias multidimensionales entre la relación que los exmilitantes tienen con su pasado partidario y la de sus hijos con ese mismo pasado.

*Palabras clave:* memoria, comunismo, Partido Comunista Mexicano, cultura política, socialización, teoría fundamentada.

#### **Abstract**

This dissertation studies the effects that partisanship in the Mexican Communist Party (PCM), dissolved in 1981, had and has over the political subjectivity of its ex member's offspring. This is accomplished by means of a grounded theory methodological design which explores the following hypothesis: the different kinds of relationship with the past that ex members of the PCM have explain variations in the political culture and memory of their children. This research has two types of findings: 1) theoretical, as it proposes concepts to apprehend both the offspring's and the parents' relationship with the past, as well as family transmission mechanisms of political culture and memory; and 2) empirical, because of its analysis of multidimensional correspondences between the parent's and the children's relationship with this partisan past.

*Keywords:* memory, communism, Mexican Communist Party, political culture, socialization, grounded theory.

*A mi abuela, que se quedó sin revolución, sin partido, sin socialismo y hasta sin país, pero se las arregló para seguir siendo comunista.*

## Agradecimientos

En el proceso de elaboración de esta tesis se contrajeron múltiples deudas morales. La primera es con su directora, Nora Rabotnikof, quien tuvo el extraordinario gesto de entusiasmarse con el proyecto, lo que la llevó a defenderlo cuando yo lo atacaba y atacarlo cuando yo lo defendía. Ella fue sin lugar a dudas mi principal, más generosa y más temible interlocutora: mucho de lo que de bueno tiene este trabajo se le debe.

Deseo agradecer a mis sinodales, Silvia Dutrénit y Horacio Tarcus, quienes leyeron y comentaron productivamente avances y el borrador final, sugiriendo bibliografía y formas de pulir el trabajo. Por razones semejantes merecen mención Luis Daniel Vázquez, Alejandra Armesto y Karina Ansolabehere, los coordinadores del Seminario “Estado, derechos humanos y democracia” de la Flacso México, pues acompañaron con interés la evolución del proyecto, el desarrollo de la investigación y la redacción de la tesis, proporcionando en todo momento apoyo teórico, metodológico y moral. En particular debo a la tutoría del primero sugerencias que fueron básicas para orientar el proceso en sus primerísimas etapas. De igual manera quiero agradecer a mis compañeros del seminario por sus tempranas lecturas y observaciones.

Es indispensable agradecer a todos los entrevistados cuyos testimonios constituyen la materia prima de esta tesis: es gracias a su generosidad, confianza y voluntad de pensar conmigo que esto existe. Puede que las reflexiones que aquí se presentan no siempre correspondan con sus conclusiones y balances personales, pero no creo que sea un problema, pues mucho de lo que hay aquí escrito no es sino una continuación diferida de nuestro diálogo. Igualmente tienen mi gratitud las personas que me ayudaron a localizarlos y convencerlos de encontrarse conmigo.

La Flacso es un espacio extraordinario para estudiar, investigar, discutir y pensar. Esto es producto del trabajo comprometido de centenares de personas con las que contraje una cotidiana deuda de gratitud. Merecen mención Gerardo Martínez, Belén Salazar, Patricia Rangel y el resto del personal de la Biblioteca Iberoamericana, por su esfuerzo diario y por su apoyo en la búsqueda de materiales, y también es necesario agradecer a la gente que labora en las áreas de sistemas, reprografía y mensajería. Los miembros del

equipo de comunicación de la Flacso -Pedro Cote, Hugo Luna, Darity Pineda, Aura Perroni, Ana Karla Romeu, Humberto Jerez- fueron los mejores cómplices que uno podría desear del otro lado del mostrador: un agradecimiento muy especial va para ellos. El personal de servicios escolares, en particular Rita Valenzuela, fue conmigo siempre profesional, comprensivo y eficiente, razón por la que también merece una posición en esta lista. Cabe agradecer también a los trabajadores de aseo, siempre cambiantes a causa del esquema de subcontratación que les regatea sus derechos laborales a pesar de ser su trabajo pesado e indispensable para el funcionamiento cotidiano de la institución.

También hay mucho que agradecer a los profesores. Entre los que no están aún en este apartado, no quisiera dejar sin mención a Rodrigo Salazar y Mario Torrico por resolver pacientemente mis dudas sobre mundos para mí desconocidos, ni a Jesús Rodríguez y Rafael Rojas por ayudarme a encontrar nuevas preguntas en ámbitos que antes de sus cursos creía entender.

Resta sólo dejar constancia de mi gratitud con Elena, por escucharme y permitirme escucharla. Tanto ha sido dicho y queda todo por conversar.

## Índice de contenido

Introducción.....	1
¡Al punto, al punto!: una viñeta a manera de presentación .....	1
Estado de la cuestión .....	8
Método.....	28
1. Horizontes históricos .....	34
1.1 1919-1934: El horizonte de las revoluciones .....	40
1.2 1934-1949: El horizonte de los frentes.....	45
1.3 1949-1975: El horizonte de las revueltas .....	49
1.4 1975-89: El horizonte de las revisiones.....	56
1.5 Cortes y viñetas para un horizonte del presente .....	62
2. Relación de los exmilitantes con el pasado .....	67
2.1 El tipo “Puedo morir como nací” .....	68
2.2 El tipo “Nos Habíamos Amado Tanto” .....	82
2.3 El tipo “El Dios Que Falló” .....	89
2.4 Síntesis.....	96
3. Relación de los descendientes con el pasado de sus padres .....	97
3.1 El tipo “Relevo generacional” .....	97
3.2 El tipo “Envidia distante” .....	105
3.3 El tipo “Inmunización política” .....	114
3.4 Síntesis.....	120
3.5 Un aparte .....	121
4. Relaciones entre las tipologías .....	127
4.1 Nacer como morirán mis padres: la casa de los militantes.....	127
4.2 Nos encantaría amarnos tanto: la casa de los desencantados .....	130
4.3 Mi padre ya creyó en eso: la casa de los conversos.....	135

4.4 Síntesis.....	140
5. Mecanismos de transmisión .....	141
5.1 Transmisión espontánea: densidad referencial y construcción de significados comunes .....	141
5.2 Transmisión deliberada: agencias comunicativas y esquemas narrativos .....	150
5.3 Refuerzos: interpenetraciones familia-partido y perspectiva narrativa .....	172
5.4 Síntesis.....	179
Conclusiones.....	182
Cierres: hallazgos, limitaciones y futuras líneas de investigación .....	182
Aperturas: ¿cuál es “el punto” de la memoria de la izquierda comunista? .....	185
Referencias .....	193
Anexo 1: Familias, entrevistados y entrevistas .....	205
Anexo 2: Guiones de entrevista.....	211
Anexo 3: Crítica al concepto de grupo de la teoría de los marcos colectivos de la memoria .....	216

## Índice de Ilustraciones

Ilustración 1: Daniel Bensaïd .....	2
Ilustración 2: Adolfo Gilly abandona la sala (28-abr-2016).....	4
Ilustración 3: Las generaciones, esquema genérico.....	36
Ilustración 4: Las generaciones, esquema aplicado al PCM .....	38
Ilustración 5: Carnet del PCM de Roberto, 1973 .....	42
Ilustración 6: “Ahora sí hay candidatos del pueblo” .....	62
Ilustración 7: “El camarada Lenin limpia el mundo de basura”, Viktor Deni, 1920.....	142
Ilustración 8: Producción académica sobre el PCM (1981-2016).....	165
Ilustración 9: El PCM en el libro de texto de quinto de primaria .....	167
Ilustración 10: Mapa mental: Transmisión familiar de memoria y cultura partidaria.....	181
Ilustración 12: Interacción entre “grupo-familia” y “grupo-ciudad” (I).....	223
Ilustración 13: Interacción entre “grupo-familia” y “grupo-ciudad” (II) .....	224
Ilustración 14: Interacción entre “grupo-familia” y “grupo-ciudad” (III).....	225
Ilustración 15: Interacción entre “grupo-familia” y “grupo-ciudad” (IV).....	226
Ilustración 16: “Grupo-clase” (I).....	227
Ilustración 17: “Grupo-clase” (II).....	228
Ilustración 18: Posición y nivel de involucramiento en “grupo-santo y seguidores” (I)....	230
Ilustración 19: Posición y nivel de involucramiento en “grupo-santo y seguidores” (II) ..	231
Ilustración 20: Posición y nivel de involucramiento en “grupo-santo y seguidores” (III) .	232
Ilustración 21: “Ah, mi pequeña adorada, esto es amor a primera vista, ¿no es así?” .....	235
Ilustración 22: División del “grupo-partido” (I).....	236
Ilustración 23: División del “grupo-partido” (II) .....	237
Ilustración 24: División del “grupo-partido” (III) .....	238



## Índice de Tablas

Tabla 1: Tipología de relaciones de exmilitantes con su pasado.....	96
Tabla 2: Tipología de relaciones de descendientes de exmilitantes con el pasado político de sus padres.....	121
Tabla 3: Comparación entre relatos de Adrián y Carlos .....	152

## Introducción

### ¡Al punto, al punto!: una viñeta a manera de presentación

Es 28 de abril de 2016 y Enzo Traverso (58 años, con trayectoria en el trotskismo)<sup>1</sup> termina su intervención en la tercera y última sesión de su seminario Melancolía de la Izquierda en la sala de usos múltiples del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Unas cuarenta personas le escuchan concluir su reseña en torno a la lectura que Daniel Bensaïd (muerto en 2010, a los 63 años, marxista, con trayectoria en el comunismo y el trotskismo)<sup>2</sup> hizo de las reflexiones sobre la melancolía de Walter Benjamin (marxista, exiliado, muerto a los 48 años por su propia mano en 1940). Arranca la ronda de preguntas, y Adolfo Gilly (87 años, marxista, exiliado, con trayectoria en el trotskismo)<sup>3</sup> es el quinto en tomar la palabra y comienza señalando la fotografía

---

<sup>1</sup> Enzo Traverso nació en Piamonte, Italia, en 1957, empezó a militar muy joven en *Il Manifesto* y más tarde en el movimiento trotskista. Estudió historia y en entrevista explica “Para mí la historia es indisoluble de una reflexión sobre el presente, y durante largo tiempo fue también una manera de reflexionar sobre cómo actuar en el presente” (2010: 97). Hizo su doctorado en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, París y fue miembro de la trotskista *Ligue Communiste Revolutionnaire* (LCR). Actualmente es profesor en la Universidad de Cornell. Su obra abarca temas como la segunda guerra mundial, historia intelectual, antisemitismo, memoria, totalitarismo y fascismo.

<sup>2</sup> Daniel Bensaïd nació en Toulouse, Francia. Se unió en 1962 a la *Union des étudiants communistes*, organización próxima al Partido Comunista Francés, donde se colocó en la oposición y fue finalmente expulsado en 1966. Fue fundador de la *Jeunesse Communiste Révolutionnaire*, uno de los antecesores de la LCR, creada en 1974 y adherente de la Cuarta Internacional. Fue miembro del *Mouvement du 22 Mars* cuyo enfrentamiento con la policía en 1968 sirvió de antecedente al estallido del movimiento estudiantil de 1968 francés, del cual Bensaïd fue un líder prominente. Trabajó como profesor de filosofía en la universidad de París-VIII, fue uno de los intelectuales principales de la LCR, viajó por América latina y contribuyó a la organización del *Partido dos Trabalhadores* en Brasil. En el último periodo de su vida se convirtió en una figura pública de relieve y escribió gran cantidad de libros sobre marxismo, filosofía política, Walter Benjamin y otros temas. Murió en 2010 de un cáncer producto de los medicamentos que usaba para controlar el SIDA (ALI, 2010).

<sup>3</sup> Adolfo (Malvagni) Gilly nació en Buenos Aires, Argentina, en 1928. En 1943 se unió al Comité de Gaulle, en 1946 a la Juventud Socialista y luego al Partido Socialista; en 1947 al Movimiento Obrero Revolucionario; en 1949 a la Cuarta Internacional. Como delegado de la Internacional estuvo en Bolivia entre 1956 y 1960, donde entró en contacto con el Partido Obrero Revolucionario. En 1960 trabajó en la organización trotskista de Roma, en 1962 llegó a Cuba como periodista, y en 1963 los cubanos lo deportaron de vuelta a Italia. En 1964 y 65 se vinculó con el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre, una guerrilla comunista en Guatemala. En 1966 fue arrestado en México y encarcelado durante seis años en Lecumberri, donde escribió su conocido libro de historia *La revolución interrumpida*. A su salida de la cárcel en 1972 fue deportado a Francia, colaboró un tiempo más con la Cuarta Internacional para finalmente distanciarse de ella y volver a México en 1976 a trabajar como profesor en la UNAM. Fue solidario de las huelgas estudiantiles de 1987 y de 1999, especialmente en lo tocante a evitar el cobro de matrícula en la universidad. En 1988 apoyó la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas a la presidencia de México, fue fundador del Partido de la Revolución

proyectada en la pantalla: “Yo vi otro Daniel Bensaïd. Daniel Bensaïd es ese que está ahí. Era ese, en la flor de su tiempo. Ese señor es cualquier cosa menos melancólico.”

### **Ilustración 1: Daniel Bensaïd**



Fuente: perfil de *Tumblr* “fuckyeahsocialists” <<http://fuckyeahsocialists.tumblr.com/post/119751613488/daniel-bensaïd>>

Enzo interrumpe para decir “Creo que te refieres a éste”, y cambia la diapositiva para mostrar una imagen de 1968. “No, no, ese era otro. Yo conocí al que estaba allí, al anterior. Pásamelo, devuélvemelo” replica Adolfo. Y, con la imagen de su gusto nuevamente en la pantalla, continúa “Daniel Bensaïd, aquél que mostraste, el joven que fue uno de los dirigentes del 68 francés [...] estaba en el Partido Comunista en el 68 francés, todavía, aunque...” Aquí Enzo interviene nuevamente para aclarar que Bensaïd había abandonado el Partido Comunista Francés (PCF) antes. Adolfo insiste, finalmente cede diciendo “se me confunden los tiempos, 66, 68, es lo mismo”, el público ríe, y continúa:

Este es el Daniel Bensaïd posterior, no el de la Juventud Comunista. Y aquí era este hombre, este compañero, un organizador de la Cuarta Internacional. Anduvo por América latina, estuvo en México.

---

Democrática en 1989 y participó en el gobierno cardenista del Distrito Federal (1997-2000), tras la cual se distanció del partido. Es simpatizante del Ejército Zapatista de Liberación Nacional desde el levantamiento de 1994. Ha escrito abundantemente sobre guerrillas latinoamericanas, el cardenismo y el neozapatismo (GILLY, 2010).

Yo lo vi en Francia, lo vi en México. En la época de la dictadura argentina, la feroz dictadura, que te mataban, te torturaban, fue en una gira por América latina, se fue y se metió en Argentina, y después cuando tú veías las cosas que había hecho uno decía “este hombre está loco, lo van a matar”. No lo mataron, porque no le tocaba. Daniel Bensaïd era profundamente vital y en la época ésta, de su formación, de su florecimiento, de su relación con... creo que nunca fue un filósofo. Era la misma época del post 68, 69, 70, donde no en Francia, sino en Italia, floreció el feminismo, un feminismo absolutamente radical y muy divertido.

En este punto el público vuelve a reír, y Adolfo, estimulado, prosigue:

Si les digo las consignas que gritaban las muchachas italianas... no puedo porque me voy a enrojecer, eran muy divertidas. Daniel Bensaïd vivió en cambio el 68 que no era exactamente el feminismo, pero las mujeres tuvieron un papel muy importante. Y toda su trayectoria después fue poner la teoría al servicio de la organización. No lo digo en mal sentido. Por eso andaba por Portugal, México estuvo. En reuniones de los trotskistas mexicanos. Estuvo en Argentina. Estuvo en Brasil. Varias veces en Brasil... por otra parte, y esto estoy hablando de oídas, Daniel tenía una gran atracción... no él. Atraía mucho a las mujeres. Siempre estaban las muchachas buscándolo. Y era muy discreto. No era un grosero, no era un machista...

Algo inesperado ocurre: un miembro del público, desde el otro extremo de la mesa, corta a Adolfo con un enérgico “Al punto. Al punto. Concreto y sin mucho rollo”. Otro aprueba “Exacto”, un tercero responde “¡Ese es el punto!”. Murmullos en la sala. Adolfo retoma: “Miren, yo conocí a Daniel Bensaïd, quiero ubicarlo en México, quiero *reivindicar* a esa figura que estaba allí, quiero reivindicar no al teórico –que lo fue- sino a cómo él cambió bajo la enfermedad, pero no era la enfermedad. Era otro cambio. Y ya que no nos dejan hablar, termino aquí.” Voces airadas, súplicas, pero Adolfo insiste en entregar el micrófono. “Sigue hablando”, “Adolfo, ¡por favor!”; “No, gracias”, “¿Por qué?” “*Porque el señor quiere que vaya al punto*”. Cuchicheos, confusión. “Es que me molesta mucho, no quiero hablar más”. Toma la palabra Esther Cohen, la organizadora del seminario: “Adolfo, yo digo algo también de Daniel. Tuvimos la fortuna de tenerlo aquí en estos seminarios, dos veces, en México, y era un gran hombre”. “Ya sé, ya sé”, dice Adolfo. Sigue Esther: “Yo no lo conozco así, yo lo conocí... cadavérico”. “Yo lo conocí así –toma aliento nuevamente Gilly- y les iba a contar algunas historias de la vida, yo creo que un personaje lleno de vida, que no corresponde a la melancolía. Creo –dice mientras señala a Enzo- que a ti te sale que no corresponde a la melancolía”. “¡No, no! –replica el aludido- hay un malentendido”. Vuelve Adolfo: “y tampoco era un filósofo. Leyó, quiso ser. La última vez que lo vi ya estaba muy enfermo, fue en el café, que está en Berlín, en el Boulevard de Berlín.” De nuevo Esther “Mira, yo te apoyo, yo te apoyo también en eso, la última vez que lo vi en París había huelga en la universidad y me dijo ‘no voy a poder comer contigo, pero

tomamos un café porque tengo que hacer la onda””. Se escuchan algunas risas en la sala, Esther prosigue: “Y había el fuego, una fogata ahí, y estaba haciendo mucho frío, llovía, y había como tres personas dándole vuelta, cuidando las instalaciones. Y era Daniel Bensaïd que daba vueltas casi solo. Y tomamos un café y dijo ‘tengo que regresar porque no hay muchos que hagan la onda’”.

El micrófono regresa al público, y una mujer aprovecha para hacer una intervención doble. Primero, lamenta la “intolerancia” de quien interrumpió a Gilly. Y luego pregunta “¿No será la melancolía, el concepto, la visión de melancolía, un obstáculo para la política hoy?” Otra pregunta, ésta sobre la teleología en el marxismo, y entonces todo se precipita. Adolfo Gilly se pone en pie arrastrando la silla y se dispone a irse. Gran alboroto en la sala. “¡Adolfo, Adolfo!”, le gritan. “Me voy porque ya no quiero estar más. Era mi amigo”. “Bueno, ¿era mi amigo también!” le responde Enzo. “¡Fue mi compañero en broncas muy grandes!” Revira Adolfo. “No, no te vas a ir”, prohíbe Esther, “Lo siento, ¡sí me voy! No aguanto la grosería, ¡basta y me voy!”.

### **Ilustración 2: Adolfo Gilly abandona la sala (28-abr-2016)**



Fuente: Fotograma del minuto 101 de “Seminario del Dr. Enzo Traverso. 28 abril 2016”, <<https://youtu.be/LhHjzj9GIsg?t=6119>>.

Este momento, inmortalizado por la transmisión vía *streaming* de la sesión, es de la máxima importancia. “Era mi amigo”, dice Gilly saliendo de la sala, mientras Traverso le pide que se quede, Cohen le jala del brazo, el público ríe o murmura nervioso y Bensaïd lo observa todo, sonriente, desde tres pantallas. ¿Qué significa el “quiero reivindicar esa figura” de Adolfo?, ¿cuál es el “malentendido” del que habla Enzo?, ¿por qué sería la melancolía “un obstáculo para la política de hoy”, como pregunta un asistente?, ¿qué importancia tiene haberse tomado o no un café con “Daniel”?, ¿qué hacía una fotografía de Bensaïd proyectada en el Instituto de Investigaciones Filológicas?, ¿qué ocurrió en los últimos minutos de la tercera sesión del seminario Melancolía de la Izquierda con Enzo Traverso? Tal vez esta investigación pueda ayudar a buscar respuestas para este tipo de preguntas. Adelantemos algunas ideas.

Las reacciones de los seminaristas se entienden mejor si se observa que, por debajo de la discusión sobre la influencia de Carl Schmitt en Walter Benjamin, la opinión de Bensaïd sobre el concepto de acontecimiento de Alain Badiou y los ecos de la escatología cristiana en la teleología marxista ha tenido lugar un diálogo sumergido en el que estuvieron involucrados registros emocionales que se descubren dramáticamente en el momento en que a Adolfo Gilly no se le permitió hablar a sus anchas de *su amigo, Daniel, para reivindicarlo*. De esa afectividad se hablará en esta tesis.

El malentendido al que alude Enzo Traverso cuando se siente señalado por Gilly es fundamental: en realidad ya algo semejante había ocurrido días antes porque Enzo habló –y seguiría hablando durante los siguientes días– de la “derrota histórica que sufrió la revolución, el comunismo, el movimiento obrero”. En su intervención de la primera sesión Gilly le replicó lo siguiente:

Yo siento que nos perdemos un poco en palabras un poco generales. Porque ¿qué es la derrota y qué es la victoria? SYRIZA, ¿fue una derrota o fue una victoria? Yo creo que ni la una ni la otra. La caída de la URSS, ¿fue una derrota o fue una victoria? Mejor dicho el hundimiento del Estado totalitario estalinista, que fue un proceso. ¿Fue una derrota? Si fue una derrota, empezó mucho antes, cuando se estableció la dictadura estalinista. [...] yo pondría más que derrota y victoria, rabia y esperanza. Rabia y esperanza. Una antinomia que permite pensar en términos sentimentales, románticos, porque en el fondo [de] lo que tú desarrollas está el romanticismo. El surrealismo, que lo conoces bien. Y un pensamiento

estético que combina rabia, belleza y esperanza. Todo esto es bastante subjetivo, pero es un poco producto de experiencia.<sup>4</sup>

Traverso comenzó su réplica explicando lo que se repetirá más adelante, minutos antes de que Gilly abandone la sala: “simplemente quisiera precisar algunos puntos para evitar malentendidos”. ¿Es efectivamente un *malentendido*? Donde Traverso ve una “derrota histórica” un “fracaso” o “el fin del ciclo de las revoluciones del siglo XX, con todas sus esperanzas”, Gilly observa un camino mucho más ambiguo marcado por “rabia y esperanza”, “bastante subjetivo” y “un poco producto de la experiencia”. Es obvio que hay maneras distintas de contar esta historia. De esas diversas formas de tramar el relato se hablará en esta tesis.

¿Es la melancolía un obstáculo para la política de hoy?, interroga una asistente. En la primera sesión Pedro (trotskista, 28 años) preguntaba: “Mencionabas que uno de los sustentos de la apuesta melancólica son las derrotas [...] ¿Qué función tendría la derrota como se está generando en una perspectiva estratégica?”. Momentos después Alonso (comunista, 26 años) comentó: “sobre la intersección entre la melancolía de izquierda y la violencia, hay un punto en el que la izquierda derrotada tiene que hacer un balance de los combates que perdió [...] Esta idea [la victoria estética del derrotado] por sí sola es muy bella, muy tranquilizadora para los militantes de izquierda, pero muy poco fructífera estratégicamente”. Ricardo (anarquista, 31 años), preguntó a continuación: “la idea del socialismo como ciencia daba pie, me parece a mí, a la creación de estrategias revolucionarias [...] mi pregunta es si el socialismo como apuesta implica renunciar a la estrategia revolucionaria, y es así, pues entonces sí es una opción conservadora”. Estrategia, estrategia, estrategia: esa es la preocupación reiterada en las intervenciones de los más jóvenes asistentes. ¿Qué responde Enzo? “Mi reflexión no es una reflexión estratégica, no tengo esa pretensión. No soy el líder de un movimiento político. Es una reflexión mucho

---

<sup>4</sup> En la entrevista que la *New Left Review* hizo a Gilly en 2010 tuvo lugar el siguiente intercambio: “[Entrevistador] ¿Qué conexiones veías entre estas experiencias y la previa guatemalteca y cuáles fueron las razones de su fracaso? [Gilly:] No estoy seguro de que pueda hablarse de fracaso. Fueron experiencias derrotadas antes que simplemente fracasadas. Y en cada uno de los casos, la experiencia permaneció.” (GILLY, 2010: 40, cursivas en el original). La entrevista concluye con el siguiente balance de Gilly: “El siglo XX no fue el siglo de la ilustración ni del progreso. Fue el siglo del resplandor, la memoria y la experiencia de lo que necesitaremos recuperar para iluminar el actual momento de peligro.” (44) Nótese que la idea de derrota no forma parte de los ítems con los que caracterizar las luchas del siglo pasado.

más modesta y mucho más ambiciosa al mismo tiempo”. De esta pregunta de las nuevas generaciones y de las múltiples formas de darle y no darle respuesta se hablará en esta tesis.

Interrogado por mí en torno al cruce entre las generaciones y la melancolía, Enzo dio una respuesta muy interesante:

Sobre la cuestión de las generaciones, esa me parece una cuestión fundamental. Seguro esa reflexión [sobre la melancolía] es la reflexión de no sólo una, de algunas generaciones, como la mía. Y no es algo que espontáneamente sale de las nuevas generaciones. Eso es la evidencia. Pero lo que me golpeó mucho es que cuando organicé un seminario sobre la melancolía de la izquierda en Cornell con *graduates* [...] estaban muy interesados. Hay algo que sobrepasa una generación. Puede ser. ¡Puede ser! Pero en París también. Yo creo que, cierto, hay un rasgo generacional en una reflexión sobre la melancolía de la izquierda, pero esa dimensión melancólica de mi punto de vista es como una especie de *envolto* de nuestro tiempo, de nuestra época, algo que trasciende las generaciones. *Y volver fructuosa esa melancolía de izquierda puede ser una manera, una manera entre otras, una manera para trasladar, para transmitir una experiencia, un balance, una reflexión de las generaciones que vivieron el siglo XX, con sus esperanzas, sus revoluciones, sus entusiasmos y sus derrotas, transmitir esa experiencia a las nuevas generaciones. Que por supuesto no son aplastadas por el peso de la derrota en sus espaldas.*

La reflexión sobre la melancolía se origina en unas generaciones de la izquierda y no en otras, si bien impacta a todas, dice Enzo. Volver fructífera la melancolía es una manera de transmitir experiencias a las nuevas generaciones, agrega. De estas diferencias y similitudes generacionales, del diálogo entre padres melancólicos e hijos que no son “aplastados por el peso de la derrota”, de los balances que unos y otros hacen y las lecciones que creen poder extraer de esas experiencias tratará también esta tesis.

“¡Al punto, al punto!” le espetan a Adolfo, y él, visiblemente molesto, cede el micrófono. “¿Por qué no continuas?”, le dicen, a lo que responde “*Porque el señor quiere que vaya al punto*”. La pregunta es ¿cuál es el punto? ¿Cuál es el punto de la memoria de la izquierda comunista? A continuación, un camino entre muchos posibles para hallar respuestas.



## Estado de la cuestión

Este es un trabajo sobre subjetividad política en familias de exmilitantes partidarios y la pregunta que intenta responder es la siguiente: ¿de qué forma impacta en los hijos que los padres hayan militado en un partido comunista? El estudio se encuentra en el vórtice formado por tres discusiones académicas: historia y memoria del comunismo, transmisión de memoria familiar y socialización política. En este apartado exploraremos diversos aspectos de las tres para concluir que si bien muchas de sus conclusiones son relevantes, en general sus abordajes resultan insuficientes para dar cuenta de nuestro objeto de estudio. Terminaremos anotando cuáles son las formas en que este trabajo puede nutrir sus respectivas reflexiones.

Para reconstruir la historia del Partido Comunista Mexicano disponemos de cinco tipos de fuentes: 1) los materiales que la organización y sus herederas inmediatas editaban en forma de libros; 2) los recuerdos de personas que estuvieron integradas o interactuaron con la organización, notablemente los exmilitantes, sea que estén conservados en su memoria, objetivados en textos autobiográficos (RIVERA y MARCH, 1960; SIQUEIROS, 1977; CAMPA, 1978; ROY, 1984; VALADÉS, 1985; MARTÍNEZ NATERAS, 1988; TORRE, 1990; AVILÉS, 1991; GALEANA, 1994; ORTEGA, 2006; CASTAÑEDA, 2014; IBARRA, 2014) o publicados en forma de entrevistas editadas (ZAMORA, 1994; CDYDFC, 2013; RIVAUD, 2013; RIVAUD, y SÁNCHEZ, 2013; CONCHEIRO SAN VICENTE, y RODRÍGUEZ, 2015); 3) los archivos públicos y personales (notablemente el del CEMOS,<sup>5</sup> el Archivo General de la Nación y varios rusos como el RGASPI<sup>6</sup> y estadounidenses) y compilaciones publicadas de documentos (SPENSER, 2007; CONCHEIRO BORQUEZ, y PAYÁN, 2012); 4) ensayos polémicos y literatura contemporáneos al PCM en los que éste ocupa un lugar prominente (REVUELTAS, 1976, 1979, 1987; etc.); y 5) la prensa periódica, tanto los periódicos y revistas del mismo partido o afines a éste –conservados en repositorios o parcialmente reeditados (BUAP, 1975;

---

<sup>5</sup> Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, A.C. Tras la disolución del PCM, su dirigente, Arnoldo Martínez Verdugo, fundó una organización dedicada a conservar un archivo sobre el partido y a realizar estudios sobre la izquierda en México. La revista *Memoria*, editada por el CEMOS intermitentemente desde esos tiempos hasta la fecha, lleva en el título la tónica del Centro.

<sup>6</sup> Russian State Archive of Socio-Political History, en Moscú, abierto en los años noventa.

TIBOL, 1984; CEMOS, 1994)-, como otras publicaciones que lo cubrían noticiosamente. Estas fuentes han sido explotadas en abundantes estudios historiográficos que tienen a la acción, composición, estrategia, mutaciones e ideología de la organización en el foco. Disponemos de trabajos<sup>7</sup> sobre los orígenes y primeras titubeantes décadas del partido (MÁRQUEZ, y RODRÍGUEZ, 1973; MICHEL, 1985; GÓMEZ ÁLVAREZ, 1991; MAC GREGOR, 1998; CRESPO, 2007; VÁZQUEZ RAMÍREZ, 2007; SPENSER, 2008 y 2009; ORTIZ, 2010; TAIBO, 2008; ROSAS, 2010), sobre la primera época de su periódico *El Machete* (AZUELA, 1993; CANO, 1997) y la revista *Frente a Frente* de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (DURÁN, 1999), su intervención en el asesinato de León Trotski (GALL, 2007), en la lucha agraria (CARR, y TAPPAN, 1989; TREVIZO, 2002), inquilinaria (TAIBO, 1983), obrera y sindical (DOMÍNGUEZ PÉREZ, 1979; VIVEROS, 1991), universitaria (MÁRQUEZ, y DIÉGUEZ, 2008; DELGADO, 2013; MARTÍNEZ NATERAS, 2013) y la guerra civil española (FAUTSH, 2010), sobre su apoyo al régimen posrevolucionario a partir del cardenismo (VELASCO, 1974; JIMÉNEZ, 2000; SPENSER, 2007), su autopurga en 1940 (CARR, 1986) y sobre su oficialismo y ulterior viraje opositor en los años cincuenta (ROJAS, 1985; MAC GREGOR, 1994 y 1995; BARTRA, 2000: 79-94; ROUSSET, 2000; ESTRADA, 2002; GONZÁLEZ GUTIÉRREZ, 2013); sobre su esfuerzo electoral (REYES, 1988) y sus lecturas de la política internacional en los sesentas (GOLDBERG, 1989), sobre su revista académica *Historia y Sociedad* (ILLADES, 2012: 49-72), su victoria electoral en el municipio de Alcozauca, Guerrero, en 1981 (SARMIENTO, 2010; BRAVO, 2012) y sobre el proceso iniciado a mediados de los años setenta de viraje ideológico, reorientación electoral y autodisolución en aras de la unificación de las izquierdas (CARR, 1985; GONZÁLEZ SUÁREZ, 1992; RAMÍREZ, 1994; CONDÉS, 2000; GÓMEZ BRUERA, 2002a, 2002b; JOHANSSON, 2002; MODONESI, 2003; CANCHOLA, 2015; GÓMEZ LEZAMA, 2015). Además de estos estudios temáticos o acotados a un periodo hay trabajos que abordan toda la historia del Partido (SOTO, 1989; CARR, 1996; RUBIO, 2002), un par de cronologías exclusivas (PELÁEZ, 1980; NEYMET, 1981) y una que comparte con otras corrientes de

---

<sup>7</sup> No todos los trabajos aquí citados fueron revisados para la elaboración de este estudio, pero sí se los consideró para el conteo de producción académica sobre el PCM que se presenta en el capítulo cinco. Por este motivo, y por no haber disponible un listado que concentrara estas referencias y tener éste algún interés en sí mismo, opté por incorporarlas todas.

izquierda y movimientos sociales, si bien “es posible notar la presencia estelar del PCM” (MARTÍNEZ NATERAS, 2014: 13); algunos estudios regionales (ANDRADE, 2007; MORENO, 2010, 2016) y uno sobre mujeres militantes en las primeras décadas de la organización (OLIVÉ, 2014). De este sintético recuento dos cosas deben ser claras: primero, la producción historiográfica en torno al PCM ha sido constante por lo menos desde su autodisolución en 1981 y hasta el momento de escribir estas líneas; segundo, las familias y en general la vida privada de los militantes, así como la memoria de la organización, son temas cruciales para esta tesis que han quedado sistemáticamente fuera del encuadre.<sup>8</sup> A ese respecto partimos de cero, si bien esta masa académica nos resultará útil en el capítulo uno para ubicar los testimonios de los entrevistados a partir de una reconstrucción de los sucesivos horizontes de experiencia del partido.

El campo académico de la memoria social es extraordinariamente extenso. Dos de sus aristas son de nuestro interés: memoria del comunismo y memoria familiar. Los trabajos dedicados a la memoria del comunismo pueden dividirse a su vez en tres grupos: los que estudian a la población de las exrepúblicas populares, los que trabajan con la memoria de organizaciones comunistas en países no socialistas y los ensayos marxistas sobre la memoria de la izquierda. En el primer grupo figuran prominentemente las compilaciones de Maria Todorova, como *Post-Communist Nostalgia* (TODOROVA, y GILLE, 2010) y *Remembering communism* (TODOROVA, 2010), cuyos artículos tratan temas como la memoria de la Bulgaria socialista, la utopía occidental en Europa oriental, historias de vida de búlgaro-ucranianos, memoria del socialismo de trabajadores textiles en Eslovenia, etc. Aún más reciente es la obra homónima *Remembering communism* (TODOROVA, DIMOU, y TROEBST, 2014), cuyo espíritu es muy semejante y se hace patente en el subtítulo: “Private and public recollections of lived experience in southeast

---

<sup>8</sup> Una posible excepción en materia de vida privada de los comunistas son las investigaciones biográficas sobre un muy selecto grupo de artistas que tuvieron militancia en el PCM (Diego Rivera, Frida Kahlo, Tina Modotti, José Revueltas, David Alfaro Siqueiros, y, si bien han sido menos estudiados, Eduardo Lizalde, Juan de la Cabada y Xavier Guerrero). Estas reconstrucciones, centradas en personajes extraordinarios cuya militancia en la organización no siempre fue prolongada -y rara vez es el foco de las investigaciones, a diferencia de lo que ocurre con su obra plástica o literaria- están, por la excepcionalidad de su objeto y los énfasis estéticos de sus enfoques, muy lejos de nuestros intereses. Cabe agregar que este *corpus* de trabajos es de una extensión extraordinaria, por ejemplo, sólo en español, hay disponibles más de una docena de libros producto de investigaciones sobre la vida y obra de Modotti.

Europe” (“Remembranzas públicas y privadas de experiencia vivida en Europa sudoccidental”). Estos trabajos que cruzan “comunismo” y “memoria” a primera vista parecen lejanos de nuestra investigación: en ellos “comunismo” hace referencia a una pluralidad de realidades institucionales recientemente reformadas y en este trabajo más bien tratamos con una militancia partidista en el marco de una pequeña organización mexicana. ¿Pero son o no experiencias comunistas, son o no son parte de lo mismo? El asunto amerita un mínimo de reflexión por nuestra parte porque remite al concepto mismo de *comunismo*.

Dos perspectivas compiten en esta discusión historiográfica. De un lado está la representada por *El pasado de una ilusión* (FURET, 1995) y *El libro negro del comunismo* (COURTOIS *et al.*, 1998). Se trata de dos obras importantes de una historiografía fundamentalmente crítica al comunismo. La primera tiene como premisa que el comunismo “fue una entrega psicológica comparable a la de una fe religiosa, aunque su objeto fuese histórico” (1995: 11). La segunda, básicamente, es una denuncia en casi 900 páginas de las atrocidades cometidas por los Estados socialistas. En la introducción, titulada “Los crímenes del comunismo”, Courtois se pregunta: “¿Que es lo que designamos exactamente bajo la denominación de ‘comunismo’?”. Curiosamente no ofrece nunca una respuesta, pero distingue entre “doctrina” y “práctica”, luego dice “el comunismo del que hablamos aquí no se sitúa en el cielo de las ideas”, agrega “fue este [sic] el que puso en funcionamiento una represión sistemática, hasta llegar a erigir, en momentos de paroxismo, el terror como forma de gobierno” y finalmente sugiere que “la ideología” no es inocente. Zanjado de ese elusivo modo el problema conceptual, la tesis del libro comienza propiamente a desplegarse cuando se informa al lector que “los regímenes comunistas, a fin de asentarse en el poder, erigieron el crimen en masa en un verdadero sistema de gobierno” (15-16) y que la investigación se interroga histórica y moralmente acerca de la “dimensión criminal” del comunismo, pues “el terror fue desde sus orígenes una de las dimensiones fundamentales del comunismo moderno” y “[la obra] considera la dimensión criminal como una de las dimensiones propias del conjunto del sistema comunista durante todo su periodo de existencia” (17). Podríamos interpretar que el libro, a pesar de su ambigüedad, sólo se refiere a los *regímenes* comunistas, es decir, que su título debería ser algo así como “el libro negro del comunismo *en el poder*”, pero estaríamos errados. En el primer listado que ofrece Courtois de víctimas letales del comunismo el último ítem dice a la letra

“movimiento comunista internacional y partidos comunistas no situados en el poder, una decena de millares de muertos”, justo después de desagregar 94 millones trescientos cincuenta mil asesinatos según regiones o países –y justo antes de redondear en “100 millones” el número de víctimas del comunismo. Más adelante, reflexionando sobre la responsabilidad por complicidad en crímenes contra la humanidad, argumenta que quienes “aplaudieron hasta romperse las manos” (25) o entraron a las filas de la Internacional Comunista o sus secciones son corresponsables de las masacres comandadas por los comunistas en el poder. Lo que nos interesa es que para Courtois todo va al mismo saco.

En el bando que reacciona frente a la perspectiva manifiesta en las obras anteriores se sitúa *Le siècle des communismes* (DREYFUS *et al.*, 2004), que arranca con la siguiente declaración:

Si hay un supuesto que esta obra quisiera resueltamente poner en duda, si bien, como todo prejuicio, tiene su parte de realidad, es el de la unicidad de eso que se ha convenido llamar “el” comunismo en el siglo XX. Del pasado *de una* ilusión a los crímenes *del* comunismo, el error básico reside en el empleo acríptico del artículo singular, y en la voluntad de reducir, en consecuencia, el comunismo a *una* propiedad fundamental (el crimen de Estado, la utopía, una religión secular, etc.) Se puede legítimamente dudar de esta pretensión de unicidad: en realidad el comunismo se conjuga, a todo lo largo de su historia y en todos sus aspectos, en plural. Es diversidad unificada por un proyecto. (9; la traducción es mía, el énfasis de los autores)

No es difícil entender por qué este argumento hace sentido en el marco de este trabajo, ni tampoco los motivos por los que los historiadores que estudian el comunismo en Latinoamérica lo citen y hagan suyo (CONCHEIRO BORQUEZ, 2007; CRESPO, 2007; MODONESI, 2007). El hecho es que el comunismo en estas latitudes tiene poco en común con el genocidio en Camboya o las purgas estalinistas. En realidad, salvo en Cuba (y por un corto periodo en Nicaragua y Chile) los comunistas no gobernaron gran cosa –y cuando lo hicieron rara vez fue por su cuenta.<sup>9</sup> Casi sobra decir que ninguno de los comunistas o

---

<sup>9</sup> Específicamente en México el PCM llegó en 1981 a la presidencia municipal de Alcozauca, Guerrero (BRAVO, 2012) y, disuelto el partido, algunos de sus antiguos cuadros ganaron elecciones en el municipio de Tuxpan, Michoacán (Arturo Martínez, 1990-1991), el de Atoyac de Álvarez, Guerrero (María Núñez, 1993-1996), las delegaciones capitalinas de Coyoacán (Arnoldo Martínez Verdugo de 1997-1999; Raúl Flores de 2009 a 2012), Venustiano Carranza (Ramón Sosamontes 1997-1999) y Tlalpan (Maricela Contreras, 2012-2015) así como la gubernatura del estado de Zacatecas (Amalia García 2004-2010); o bien suplieron a mandatarios durante periodos más breves (Alejandro Encinas en el gobierno del Distrito Federal en 2005-2006). Mi lista no es exhaustiva y puede ampliarse con los nombres de excomunistas que han ocupado u ocupan puestos de dirección institucional o posiciones en gabinetes, sobre todo en la cartera del gobierno capitalino, e incluso con los nombres de varias docenas más que pasaron por las cámaras legislativas.

excomunistas mexicanos –cuyas familias aquí estudiaremos- encabezó ni alentó ni encubrió un genocidio desde un puesto público–ni fue, para el caso, víctima de uno. Estudiar su memoria no es indagar en la subjetividad de perpetradores o víctimas del terror soviético, como tal vez quisieran ver los autores de *El libro negro del comunismo*. Dicho esto, volvamos a *Remembering Communism*, donde Todorova, al justificar su proyecto, comenta los alcances de su enfoque y parece abrir la posibilidad de un diálogo con el trabajo que aquí realizamos:

Un proyecto sobre la recordación del comunismo [*remembering communism*] tiene una resonancia verdaderamente comparativa y global que se extiende mucho más allá de la región de Europa del Este/Rusa/Soviética, el espacio usual al que se confina a las comparaciones. Naturalmente incluiría el área más extensa (incluyendo a China, Vietnam, Corea, Cuba, Chile, Nicaragua, y algunos países africanos) que experimentó el comunismo en la práctica. [...] Pero el alcance del proyecto puede ser incluso más grande, no limitado al espacio del “comunismo realmente vivido” [...] En una perspectiva de largo plazo, un proyecto como ese puede nutrirse de comparaciones mundiales entre experiencias y memorias de comunismos asiáticos, latinoamericanos y africanos, reales y no-realmente-vividos. (2010: 15-6, la traducción es mía)

Este es el punto en donde este estado de la cuestión necesita posicionarse, pues Todorova nos invita a preguntarnos: ¿es *comparable* la memoria de los exmilitantes del PCM, su transmisión familiar y la socialización política primaria de sus hijos –cosas que aquí estudiamos-, con, por ejemplo, las narrativas nostálgicas de los trabajadores serbios de una fábrica en la exyugoeslava ciudad de Jagodina? Volvemos a la discusión de los historiadores: ¿en qué sentido es el comunismo un fenómeno unitario y en qué sentido es a tal punto diverso que las comparaciones se vuelven irrelevantes?, ¿ocurre lo mismo con la memoria del comunismo?, ¿es el comunismo “diversidad unificada por un proyecto”, como dicen los autores de *Le siècle des communismes*; o es un conjunto con “grandes diferencias” articulado por su fundamental dimensión criminal, como quiere el editor del *Libro negro del comunismo*; o es, en fin, “uno de las mayores impulsos reformistas y modernizadores de la modernidad”, como indica Todorova? Mi solución a esta cuestión será pragmática: este estudio dialoga fundamentalmente con aquellos trabajos que comparten sus preguntas. Aquí partimos de interrogarnos sobre el modo en que el procesamiento memorístico de una militancia al interior de una organización política impacta en la subjetividad de los hijos de los participantes. Habrá puntos en que nuestra reflexión se entrecruce con las de los historiadores del comunismo y no puede ser de otro modo: escribir historia también es elaborar representaciones sobre el pasado –de hecho

muchos de esos historiadores tienen o tuvieron trayectorias militantes en organizaciones comunistas (incluidos, por cierto, Stéphané Courtois, que fue maoísta, y François Furet, militante del PCF). Sin embargo, nuestras preguntas no son las mismas: ellos se interrogan sobre cómo describir o explicar el pasado y yo me concentro en las formas que algunos exmilitantes y sus hijos tienen de hacerlo. También habrá momentos en que nuestra reflexión se encuentre con la de los estudiosos de la memoria en países excomunistas: al fin y al cabo, el Muro de Berlín se cayó para todos –si bien para muchos se había agrietado décadas antes (MODONESI, 2007: 63-4). A pesar de ello, tampoco nuestras preguntas son las mismas: ellos se interrogan sobre el “regreso del liderazgo político de izquierdas en Europa del Este” o el “fenómeno de la nostalgia poscomunista” (TODOROVA, 2010: 14), y yo sobre la transmisión de la frustración y de la tramitación de la derrota efectuada por quienes nunca consiguieron ser cabezas de Estado ni instaurar dictadura del proletariado alguna. En suma: la historiografía del comunismo puede sernos de utilidad al reconstruir los horizontes de experiencia de los exmilitantes (objeto del capítulo uno); y los estudios de memoria del comunismo pueden proporcionarnos ejemplos puntuales de investigaciones sobre memoria social con algunos contenidos comunes a los nuestros, pero el presente ni es un trabajo de historia ni uno de *remembering communism*. No encontraremos en las polémicas sobre la naturaleza del estalinismo ni en los nostálgicos obreros serbios las respuestas tras las cuales andamos.

Pasemos a ocuparnos de la literatura que aborda la memoria de militantes de organizaciones comunistas en países no comunistas a partir de la única referencia que conseguí encontrar: *Le fil rouge: sociologie de la mémoire communiste* (LAVABRE, 1994). En este texto la autora reflexiona sobre la memoria del Parti Communiste Français (PCF), “se buscará apreciar la influencia de la elaboración de una historiografía partidaria—a la que llamaremos ‘memoria histórica’ – sobre los recuerdos y representaciones del pasado que reconstruyen los militantes” (18, la traducción es mía). El entrecruzamiento en cuestión es el de historiografía partidista y las representaciones que los militantes tienen del pasado: el énfasis está en la interacción entre narrativas institucionales e individuales, tanto sobre la historia de la organización como sobre la de Francia en general. Es un ejercicio interesante que de hecho podría también hacerse con el PCM, pues existen numerosos volúmenes de historiografía militante, por ejemplo los de la pluma del secretario general

Arnoldo Martínez Verdugo (1971, 1985), que pasan sin problemas por un canon de la historia de la organización, y el CEMOS podría ser visto como la versión local del *Espaces Marx* francés, heredero del Institut de Recherches Marxistes. *Le fil rouge* tiene, entonces, *memoria, comunismo y país no comunista* –como nuestro estudio- pero le falta una coordenada para terminar de aproximarse: socialización familiar. Como en los casos anteriores, las preguntas que animan la indagación son distintas a las nuestras. Ahora bien, el trabajo de Lavabre se aproxima al nuestro por razones metodológicas que vale la pena anotar. Primero, porque en lugar de estudiar el discurso institucional y asumir que su forma canónica de mirar el pasado se traslada mecánicamente a sus miembros, problematiza esta conexión. Parece una obviedad, pero el supuesto de que la recepción de los discursos de memoria se limita a reproducirlos mecánicamente atraviesa buena parte de los estudios de memoria social, que se concentran en el estudio de lo que se dice (libros de texto, esculturas, placas, discursos, películas) y omiten el de lo que se escucha –e incluso verificar el hecho mismo de que haya alguien escuchando. También aquí hemos querido problematizar esta cuestión, razón por la que se entrevistó tanto a los padres como a los hijos.

Revisemos ahora la tercera vertiente de trabajos de memoria social que se acerca a nuestro estudio, la literatura ensayística marxista que lidia con la relación de la izquierda (usualmente anticapitalista) con el pasado –sea que la estudie, que la critique o que la prescriba- en particular la que se establece después del colapso del socialismo real. Comencemos por decir que una preocupación axial de estos trabajos es determinar la relación entre representación del pasado (memoria, melancolía, historiografía) y revolución (acción política, progresismo, estrategia). Este trasfondo lleva a los autores a discurrir largamente sobre la diferencia entre formas conservadoras y emancipadoras de representar el pasado, sobre si la melancolía puede o no ser emancipadora, sobre el rol del historiador comprometido en los combates ideológicos, sobre si el devenir histórico debe ser representado como una ruta con un destino fijo o como una estructura abierta susceptible de sufrir golpes de timón a cada paso, sobre el potencial aleccionador del pasado, sobre la relación entre memoria, historia y utopía, etc. Es claro que buena parte de estas inquietudes no corresponden con las de nuestro estudio, y pronto lo será también que las rutas usuales de indagación –filosóficas, hermenéuticas y especulativas- tampoco resultan del todo



confluyentes con el enfoque sociológico de este trabajo. Vale la pena reseñar al menos una de estas numerosas discusiones para ejemplificar la tónica.

Un ángulo de abordaje tentador es la discusión sobre la “melancolía de izquierda”, que conecta los escritos de Walter Benjamin con pensadores radicales contemporáneos y podría tal vez confluir con observaciones de esta investigación. Básicamente hay dos posturas. La primera postula que en el mundo contemporáneo (postcomunista) la melancolía es paralizante; la segunda argumenta que hay formas de melancolía productivas para el proyecto emancipador. Ambas citan a Walter Benjamin y ambas parten de un diagnóstico del mundo poscomunista como el de una gran crisis de la izquierda, producto de una acumulación de pérdidas y una secuencia de derrotas. Un texto que ilustra la primera postura es de Wendy Brown, “Resisting left melancholy” (1999). En él la autora se pregunta cuáles son los “miedos y ansiedades” que impiden a la izquierda “aprehender el carácter de la época”. Para responder, recurre al ensayo “Melancolía de izquierdas” de Benjamin, del que extrae una caracterización del melancólico de izquierda como un necio tan apegado a sus ideas que es incapaz de aprovechar las “posibilidades para el cambio radical en el presente” (458, las traducciones son mías). Pasa luego a “Duelo y melancolía” de Sigmund Freud, texto en el que se describe al melancólico como víctima de una condición duradera -registrada a nivel inconsciente- causada por una pérdida del objeto de amor que puede llevar al sujeto tanto a reprocharse a sí mismo en un intento de salvar la idealización del objeto como a odiarlo al refugiarse en una identificación narcisista. Aquí Wendy conecta la reflexión con su propio proyecto político, pues concluye que el rechazo de una porción –nunca citada- de la izquierda a las políticas de la identidad y al posestructuralismo es explicable en términos de melancolía y odio narcisista tendiente a autodestruir a la propia izquierda. El ensayo continúa con un intento de apuntalar su análisis en las propuestas de renovación teórica de la izquierda de Stuart Hall e insiste en que las posiciones de los marxistas clásicos son anacrónicas y terminan por convertirlos en fuerzas conservadoras, pero la reseña puede detenerse en este momento porque para el lector debe ya ser obvio que esta línea reflexiva sobre la “melancolía de izquierda” parte de una polémica estratégica interna a la izquierda anticapitalista y sus pretensiones no son empíricas. El ensayo de Brown permite apreciar que la discusión es muy abstracta, los fenómenos a explicar son las impresiones panorámicas de la autora sobre el desarrollo

contemporáneo de la acción y teoría de lo que llama “izquierda” y los conceptos centrales son utilizados a discreción según convienen al argumento. Naturalmente, no hay por qué considerar a Brown como la única o la más aguda participante en esta compleja discusión, pero basta esta reseña para apreciar que esta línea de reflexiones radicales y marxistas sobre su propia relación con el pasado no se encuentra exactamente alineada con nuestras preocupaciones. Ahora bien, a pesar de que estos ensayos distan de ser estudios empíricos en torno a la memoria y socialización política de los hijos de militantes partidarios, y por tanto no constituyen antecedentes para nuestro trabajo, sí son reflexiones sistemáticas y en muchos casos lúcidas que sujetos en muchos aspectos comparables con los exmilitantes de esta tesis vierten sobre el pasado.

Habiendo agotado las tres vertientes relevantes de estudios sobre memoria del comunismo y tomado distancia frente a los debates historiográficos sobre el comunismo, pasemos a revisar el entrecruzamiento entre memoria y familia. Una vez más, se trata de un campo muy extenso, por lo que nos concentraremos en estudios de transmisión intergeneracional de memoria al interior de la familia.

El caso que más atención ha recibido desde el punto de vista de la transmisión intergeneracional es el de familias de sobrevivientes del holocausto. Es un subcampo de los *Holocaust studies* en expansión desde principios de los años ochenta, pero para nuestros fines bastará con revisar sólo algunos ejemplos en algún detalle. Empecemos con Dalia Ofer (2007), quien estudia transmisión de memoria en familias de sobrevivientes de una frustrada migración judía a Palestina que tuvo lugar en la víspera del holocausto: el grupo quedó varado en Yugoslavia, sólo los niños pudieron continuar el viaje y sus padres y hermanos terminaron por ser asesinados. Las preguntas de Ofer son sobre la transmisión familiar de estos contenidos traumáticos: ¿cuándo, cómo y por qué hablaron estos sobrevivientes sobre esto con sus hijos?, ¿qué experimentaron y cómo reconstruyen y significan sus descendientes estas trágicas historias? El trabajo registra la negación de los emigrados a aceptar la muerte de sus familiares, su miedo a investigar los detalles, su culpa por haberse salvado o por no indagar sobre el destino de los que no lo hicieron, y su silencio, roto en la primera década del siglo XXI al ritmo de políticas y activismos de memoria israelíes (como el Bosque de los Mártires o la recopilación de testimonios del *Yad*

*Vashem*). Ofer también habla de los hijos: de los tabúes y las preguntas, tanto las que quedaron sin respuesta como las que nunca fueron formuladas por miedo a revivir en sus padres lo que intuían como un gran dolor.

Gabriele Rosenthal (1998) examina los diálogos intergeneracionales sobre el pasado en dos tipos de familias: de víctimas del holocausto y de perpetradores nazis. Una de las conclusiones de su trabajo es que “ciertos eventos en la historia familiar que cargan el sistema familiar y a los miembros individuales de la familia –incluso cuando ocurrieron antes de la vida de uno- pueden tener un impacto más fuerte en la dinámica familiar actual y en las biografías de los descendientes que el hecho de haber sido socializado en diferentes sistemas sociales” (478). Estos “certain events” son la vivencia traumática del nazismo.

He querido citar estos trabajos sobre memoria familiar del holocausto judío porque son sociológicos y contrastan con una abundante producción académica centrada en el concepto de posmemoria que por la mayor parte trabaja con herramientas de la crítica literaria y la filosofía. Una autora clave de esta última tendencia es Marianne Hirsch, quien explica así su concepto: “Posmemoria describe la relación de la segunda generación con experiencias poderosas y a menudo traumáticas que precedieron a sus nacimientos pero que les fueron sin embargo transmitidas tan profundamente como para que parezca que constituyen recuerdos por derecho propio” (2008: 103, la traducción es mía). El libro *Ghosts of home* (2010), escrito en coautoría con su marido Leo Spitzer, explica nuevamente el concepto y devela su dimensión básicamente autorreferencial:

Cuando comencé a escribir sobre mis propios recuerdos tempranos y sobre el fenómeno de la memoria cultural y personal en general, necesité un término especial para referirme a la secundaria y extemporánea cualidad de mi relación con tiempos y lugares que no había nunca experimentado o visto, pero que son a tal punto vívidos que siento como si los recordara. Mi “memoria” de Czernowitz, concluía, es una “posmemoria”. Mediada por las historias, imágenes y comportamientos entre los cuales crecí, nunca se integró en una imagen completa o un relato lineal. Su poder de eclipsar mis propios recuerdos deriva precisamente de las capas –tanto positivas como negativas- que me han sido transmitidas desintegradas, conflictivas, fragmentarias, dispersas. (2010: 9, la traducción es mía)

*Ghosts of home* es fiel a esa autoreferencialidad: se trata de un híbrido entre diario de viaje, estudio histórico y memorias familiares, con mucha primera persona, vertebrado a partir de cuatro viajes que los esposos –hijos de judíos que huyeron de Europa- hicieron a Chernivtsi (antes Czernowitz) en la actual Ucrania, la ciudad de la que los padres de Hirsch eran originarios. Se nos cuentan los avatares de los trayectos, sus sensaciones al recorrer el

viejo cementerio, los libros que la anciana tía que los recibe exhibe en su estante y todo tipo de menudencias, alternados con algunas referencias históricas a la Czernowitz de principios del siglo XX y de entreguerras, a otros descendientes de judíos de esa región, a la historia de los padres de Marianne y a políticas contemporáneas de memoria de la ciudad. El concepto de posmemoria ha tenido bastante éxito desde que Hirsch lo propuso originalmente en 1997. Una buena crítica de su pertinencia la hace Beatriz Sarlo en *Tiempo pasado* cuando afirma que en realidad la fragmentariedad y la mediación, supuestamente específicas de las posmemorias, son características de todo pasado transmitido, y yo estoy de acuerdo con ella: los descendientes de exmilitantes que aquí estudiaremos no tienen “recuerdos de los padres que eclipsen los suyos” ni “sienten como si los relatos paternos fueran sus propios recuerdos”, y sin embargo sí tienen imágenes fragmentarias y conocimientos mediados del pasado partidario de sus progenitores –nada hay de especial en ello. Ahora bien, podemos adelantar que el hecho de que haya disponibles escritos sobre ese pasado (de la autoría de los padres o no) sí modifica la experiencia de los descendientes con esa fragmentariedad: eso lo veremos en el capítulo cinco. Por ahora volvamos a Sarlo, que prosigue su crítica explicando que lo único que podría distinguir a los posmemoriosos es la “intensidad de la dimensión subjetiva”, “la implicación del sujeto en su dimensión psicológica más personal” (2005: 130), “Simplemente se habrá elegido llamar posmemoria al discurso donde queda implicada la subjetividad de quien escucha el testimonio de su padre, de su madre, o sobre ellos.” (131). ¿Pero cómo se mide esa intensidad o esa implicación, a qué se llama un “discurso”? Los ejemplos nos ayudan un poco a entender: HIJOS<sup>10</sup>, la novela gráfica *Maus* de Art Spiegelman y el filme *Los Rubios* (Carri, 2003). Se trata de discursos de los hijos explícitamente referidos a la memoria de los padres (entendiéndose por ésta tanto lo que de ellos se cuenta como lo que ellos cuentan sobre sí mismos), y un elemento repetido son experiencias traumáticas atravesando la historia familiar. Lo que está jugando atrás de esta discusión conceptual es cómo explicar (¿y justificar?) agendas creativas o políticas de memoria llevadas a cabo por hijos: no es claro que *todo* discurso de los descendientes referido a lo escuchado de o sobre los padres –pongamos por caso, el que se produjo en entrevistas para esta investigación- constituya un caso comparable. De hecho es mi opinión

---

<sup>10</sup> Acrónimo de “Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio”.

que parte del atractivo del presente estudio es que se interroga por la relación que los hijos tienen con un pasado paterno no traumático, en torno al cual no han organizado militancia alguna y por el que, en general, no sienten una desbordante curiosidad. Valga decir: ningún hijo aquí entrevistado está buscando a sus padres desaparecidos, luchando por su reivindicación, produciendo arte referido al PCM, agrupándose políticamente en función de ese origen común o tomando la calle bajo la consigna “ni perdón ni olvido”.

Otros estudios abordan transmisión de memoria por la vía familiar sin estudiar el caso del holocausto. Los trabajos de Fanny Jedlicki (2008, 2013) sobre familias de exiliados chilenos en Francia y su retorno; así como los de Silvia Dutrénit sobre exiliados en México son una variante en la que el énfasis está puesto en los efectos que sobre la memoria de exiliados y descendientes tiene la experiencia de una “migración forzada que se acompaña siempre de una idea y de un imaginario: la desaparición de las condiciones que forzaron el exilio y, por tanto, el regreso” (DUTRÉNIT, 2010: 513, la traducción es mía).

Todos estos trabajos son útiles para nuestros fines porque nos anteceden en el esfuerzo por hilar transmisión de memoria y espacio familiar. Sin embargo, hay tres motivos por los que se alejan de este estudio y ha sido para evidenciarlos que he entrado en cierto detalle al describirlos. El primero es que están concentrados en experiencias traumáticas: registran el silencio culposo o avergonzado, los tabúes de las víctimas, los estigmas del perpetrador, la transmisión de recuerdos referidos a vivencias trágicas y muy dolorosas para sus protagonistas y el modo en que los hijos procesan estas herencias. Este no es el caso de nuestros exmilitantes del PCM: en toda la investigación no registré que los viejos afiliados sintieran dolor al evocar, hubieran alguna vez rehuido el tema con sus hijos o experimentaran vergüenza o culpa (a lo más melancolía, autoironía o un fuerte extrañamiento autobiográfico, según veremos en el capítulo dos). Ningún descendiente reportó la sensación de que sus padres le ocultaran información, eludieran las conversaciones al respecto del partido o carecieran de disposición de responder toda pregunta que les fuese formulada, y sólo uno dijo que temía evocar el tema porque la época de militancia del padre coincidía con la muerte –por causas ajenas a la política- de su primera esposa. Entre ellos hay sólo una que ha realizado un trabajo de rescate de la

memoria de su padre y prepara un libro al respecto, el resto nunca hizo esfuerzo sistemático alguno para informarse ni crear algo a partir de ello; sobra decir que ninguno se subjetiva políticamente como “hijo de comunista”. Del lado de los padres, sólo uno manifestó no haber entrado en detalles sobre la represión cuando sus hijos eran pequeños, pero aclaró que conforme crecieron y fueron interesándose por la política perdió todo escrúpulo al respecto. Lo que una parte de los exmilitantes comunistas viven como una derrota puede ser frustrante y doloroso, pero en mi criterio se encuentra muy alejado del trauma de un exilio o de ser el único miembro de la familia que se salve de ser masacrado en Yugoslavia. Los exmilitantes entrevistados se identifican más o menos con su pasado en el PC, tienen más o menos oportunidades espontáneas de relatarlo a los hijos y guardan más o menos vestigios de esa época –variaciones que exploraremos cuidadosamente-, pero para ninguno –incluidos los que fueron presos políticos- la evocación es una experiencia que reviva un sufrimiento.

El segundo motivo por el que estos trabajos de transmisión familiar de memoria son distintos al presente es que en general las investigaciones y en algunos casos las mismas familias están cruzadas por un intenso discurso público que alude a los pasados en cuestión. Nazis y víctimas –especialmente judías- del holocausto son referencias omnipresentes en el espacio público de Alemania, Estados Unidos e Israel: son incontables los filmes, novelas, estudios académicos, memoriales, placas, museos, debates, fechas conmemorativas y demás discursos, objetos y prácticas que los evocan públicamente. Por supuesto que el caso de los discursos públicos sobre las dictaduras y exilios latinoamericanos no tiene tanta producción ni alcance global, pero a partir de las restauraciones democráticas muchos países del subcontinente han sido escenarios de intensos debates, activismos y hasta políticas públicas de memoria, y no son pocas las obras literarias y películas que evocan el autoritarismo y terrorismo de Estado –un filme que incluye un retrato de la última dictadura argentina ganó el premio óscar en 2010. Los estudios sobre la transmisión de memoria en familias de exiliados tienen como telón de fondo estos debates que se desdoblán en la academia, en las industrias culturales, en la pugna por controlar los discursos del Estado y en los procesos de justicia transicional. En el capítulo cinco de esta tesis reflexionaremos sobre los discursos públicos sobre el PCM y sus impactos en la transmisión familiar, pero adelantemos esto: en general son a tal punto marginales que muchos de los exmilitantes y de sus hijos ni siquiera

saben de su existencia, y apenas hace un par de años que un grupo de viejos camaradas comenzó un modesto activismo de memoria en torno al extinto partido. El lugar que nazis, judíos, militares golpistas y víctimas de terrorismo de Estado ocupan en los discursos públicos -mundiales o al menos de sus países- no guarda ninguna proporción con el que está reservado al Partido Comunista Mexicano.

La tercera razón por la que la mayoría de estos estudios se alejan del nuestro es que no están centrados en experiencias de militancia ni se preocupan por los procesos de socialización política de los que la transmisión de memoria forma parte. Es decir, tenemos *familia y memoria*, pero suele faltar *comunismo*. Entrados en este entrecruzamiento, podemos mencionar la existencia de numerosos textos de corte autobiográfico en que hijos de militantes comunistas en Estados Unidos cuentan y reflexionan sobre sus infancias y crianzas.<sup>11</sup> Un ejemplo entre muchos posibles es *Underground Communists in the McCarthy Period* de Daniel Rosenberg (2008), una extraordinariamente bien documentada “family memoir” centrada en el periodo de clandestinidad que, siendo el autor bebé, pasó con sus padres a mediados de los años cincuenta. El primer capítulo del libro es un interesante recuento sobre su infancia en la Nueva York de los años sesenta, creciendo en un hogar comunista en el que se dividía el trabajo doméstico, se leía prensa militante, se

---

<sup>11</sup> Para el caso del PCM sólo hay un documento que se les aproxima: se trata del libro *Carta a mi padre: testimonio de una persona transexual con discapacidad* (ECHEVERRÍA, y DÍAZ, 2008) de Irina Echeverría, nacida a mediados de los años sesenta e hija de Rodolfo “el chicali” Echeverría, un dirigente del partido. Los primeros capítulos de la obra, en los que Irina relata su infancia, atravesada por el encarcelamiento de su padre al final de la década, están poblados de alusiones a la militancia comunista y sus efectos en la familia: viajes a Moscú, visitas carcelarias, admiración por el padre, un viaje juntos a la República Socialista de Rumania, una identificación adolescente con Ernesto Guevara, discriminación por parte de otros niños y jóvenes, matrimonio en Cuba y viajes, participación en una organización de apoyo al gobierno isleño, etc. La tónica del libro va virando progresivamente hacia el reclamo por la negligencia, la violencia, el abandono y la incomprensión del padre, la madre, las hermanas y la sociedad en general, desde la infancia cruzada por la enfermedad motriz hasta la edad adulta, marcada por el cambio sexogenérico, cuyo proceso se describe en detalle. A pesar de que lo central en el libro sea la discriminación y el ajuste de cuentas con su familia, el testimonio de Irina en tanto hija de un jerarca del partido no pierde su interés. Sin embargo, existe un abismo entre los testimonios producidos en entrevistas por medio de un instrumento controlado y enfocado en la transmisión de cultura y memoria políticas -la base empírica de esta investigación- y *Carta a mi padre*, editado por el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación y centrado, justamente, en la discriminación de la que su autora fue y es víctima; es éste el motivo por el que este material será excluido del análisis posterior. Valga como nota marginal que Irina, a pesar del duro conflicto con su padre y sus otros familiares, reconoce que ha hecho suya “una postura contraria al sistema” (83), que pasa, por ejemplo, por su compromiso con el régimen castrista en Cuba. De hecho, el libro termina diciendo: “Al fin y al cabo, tengo el corazón del lado izquierdo de mi pecho” (96) ¿un indicio de que las transmisiones familiares de cultura partisana pueden trascender los más fuertes desencuentros entre los integrantes del grupo?

discutían con entusiasmo las noticias sobre la descolonización, se exhibían en los muros reproducciones de pinturas de Diego Rivera y estaba prohibido ver los shows televisivos de Walt Disney o las series policiacas (9-27).

Otro ejemplo, más polifónico, es *Red Diapers (Pañales rojos)*, de Judy Kaplan y Linn Shapiro. Se trata de una antología de relatos en primera persona dedicada a “Como nosotros<sup>12</sup> entendemos y evaluamos nuestras infancias, nuestra herencia política, y nuestro lugar en la historia de este país” (1998: 2, la traducción es mía). Estos materiales pueden sin duda resultar útiles para emprender comparaciones con los obtenidos en el transcurso de esta investigación, pues no sólo varían el país y las características de la organización comunista sino también la temporalidad (se trata, en su mayoría, de personas nacidas en la primera mitad del siglo XX)<sup>13</sup>. Esto último es de particular interés comparativo, ya que casi todos los *red-diapers* que han documentado sus experiencias en este tipo de libros alcanzaron la madurez durante la guerra fría y estando sus padres activos en la militancia partidaria, lo que los distingue de la mayoría de descendientes de militantes del PCM aquí entrevistados, cuya selección fue realizada en función de realzar las discontinuidades históricas producto de la disolución del partido y el colapso del socialismo real. Ahora bien, estos no son estudios sistemáticos sino textos testimoniales (“datos en bruto”, advierten los compiladores en la introducción) y no es por ahora nuestra intención emprender un trabajo comparativo, por lo que nos contentaremos con dejar así sugerido el interés de tal abordaje y retomarlo brevemente en las conclusiones. Habiendo dicho esto, pasemos a la última discusión académica próxima a esta investigación: la de la socialización política.

Los estudios sobre socialización se preguntan por el modo en que los sujetos adquieren en su interacción recíproca ciertos atributos comunes concebidos muy generalmente como “reglas, roles, estándares, y valores a todo lo ancho de los dominios social, emocional, cognitivo y personal” (GRUSEC, y HASTINGS, 2006: 1, la traducción es mía) y en general asociados a los grupos sociales a los que pertenecen o con los que

---

<sup>12</sup> “Nosotros” significa en el contexto de la antología “hijos de miembros del Partido Comunista, hijos de exmiembros del Partido Comunista, e hijos cuyos padres nunca se volvieron miembros del Partido Comunista pero estuvieron involucrados en actividades políticas, culturales o educativas dirigidas o apoyadas por el partido” (2, la traducción es mía)

<sup>13</sup> La más joven *red diaper* que aporta su testimonio al libro es Renee Bell, nacida en 1974.



tratan. El estudio de la socialización política se concentra en un conjunto específico de atributos, por ejemplo disposiciones electorales, opiniones referidas a temas en la agenda pública y adscripciones partidarias, y embona con la discusión sobre cultura política abierta por Gabriel Almond y Sidney Verba en Estados Unidos a mediados del siglo XX. Estos autores fueron parte del “cambio de énfasis en la investigación politológica hacia el comportamiento político” (NIEMI, y HEPBURN, 1995: 7, la traducción es mía) preocupado con el problema de la participación política, pues, afirmaban: “En todas las nuevas naciones del mundo la creencia de que el hombre ordinario es políticamente relevante está ampliamente extendida” (ALMOND, y VERBA, 1989: 2, la traducción es mía). El desafío era analizar la conducta de estos actores emergentes y masivos, y una propuesta teórica fue explicarla a partir de sus creencias, orientaciones y valores, es decir, empleando una matriz culturalista. Esto permitió sustentar la idea de “culturas políticas democráticas”, que podrían complementar a las “instituciones democráticas” y resultar en “formas democráticas de sistemas políticos participativos” (ALMOND, y VERBA, 1989: 3); correlativamente, la falta de esta cultura explicaría fenómenos como el fallo de la institucionalidad democrática en países del tercer mundo. Puesto que estos “sistemas de creencias” adquirirían un rol tan prominente en las explicaciones, es apenas natural que la pregunta sobre su origen, transformación y difusión adquiriera relevancia, cosa que el mismo Almond explica con claridad:

El análisis de la socialización política en una sociedad particular es básico para todo el campo del análisis político, puesto que no sólo nos ayuda a comprender el patrón de la cultura y subculturas políticas en esa sociedad, sino que también localiza para nosotros en los procesos de socialización de la sociedad los puntos en los que cualidades y elementos particulares son introducidos, y los puntos en la sociedad en que estos elementos están siendo mantenidos o modificados. (ALMOND, 1960, citado por GREENSTEIN, 2009: 56, la traducción es mía.)

Estando pues claro que había que indagar en lo que la gente pensaba y sentía para explicar cómo se conducía políticamente, y que para ello era conveniente entender por qué pensaba lo que pensaba y sentía lo que sentía, se justificó el proyecto politológico de la socialización política. Y todo esto se relaciona con nuestra investigación porque se entiende que la socialización política tiene lugar en distintos ámbitos (el trabajo, la escuela, el espacio público) y que la familia ocupa una posición prominente entre ellos: la idea es que las interacciones en su seno socializan a sus miembros, y en particular las de padres e hijos permiten a los segundos adquirir los atributos propios de los primeros –eventualmente, si

bien es una hipótesis mucho menos explorada empíricamente, también a la inversa. Existe entonces un subcampo académico centrado en indagar sobre estos procesos familiares y sus resultados, es decir, un *corpus* de literatura que entrecruza *familia*, *transmisión* y *política*, igual que este estudio. Sin embargo pronto veremos que nuestro diálogo con él enfrenta importantes obstáculos.

El primer problema para compaginar los hallazgos de los estudios politológicos sobre socialización política familiar con las preguntas de esta investigación es que los primeros se concentran en el caso estadounidense, lo cual implica no sólo que no hay forma rigurosa de trasladarlos a otros contextos, sino que sus indicadores están contruidos para reflejar las características del sistema político de ese país, su circunstancial agenda pública y sus clivajes sociales. El segundo problema es que el grueso de los estudios es cuantitativo, trabaja con muestras grandes y se preocupa por cuestiones como la permanencia temporal de las disposiciones políticas familiares, el nivel de correspondencia entre la cultura política de los padres y la de los hijos o la forma de ponderar la causalidad genética en la explicación de las coincidencias (ALFORD, FUNK, y HIBBING, 2005). En este espíritu, los investigadores construyen modelos estadísticos a partir de hipótesis extraídas de teorías psicológicas de la socialización como la del aprendizaje social, que postula que el individuo aprende por refuerzo, castigo y observación. El objetivo de los modelos es establecer el impacto causal de distintas variables en la magnitud, la duración y tipo de las correspondencias entre padres e hijos, por ejemplo el signo de “climas políticos” que rodean a las familias, el “momento de la vida” en que la socialización tiene lugar o la existencia de “coincidencia ideológica” entre ambos padres. Trabajos de este tipo han detectado, entre otras cosas, que en las poblaciones estudiadas la transmisión familiar es más “exitosa” cuando los rasgos son más concretos y “cargados de afectividad” que cuando son más abstractos y efímeros; cuando el “objeto político” es importante para los padres que cuando no lo es; cuando los padres son “políticamente homogéneos” y cuentan con “otros agentes aliados” que cuando no lo son o no cuentan con ellos; y que la transmisión familiar es más “duradera” cuando la adquisición de características se consolida más tempranamente que cuando lo hace de modo más tardío (JENNINGS, STOKER, y BOWERS, 2009). Si bien algunos de estos hallazgos pueden ser sugerentes, la incompatibilidad de estas investigaciones con la perspectiva cualitativa de este estudio salta

a la vista, pues para estos politólogos la variable dependiente está frecuentemente identificada con “éxito en la transmisión” (entendido como repetición o cercanía de valores en los indicadores) mientras que en este estudio tal medición está totalmente fuera del encuadre. Tendremos ocasión de observar una inmensa cantidad de “rasgos políticos” coincidentes y divergentes en padres e hijos, pero también el modo en que su transmisión está mediada contextual e interpretativamente de formas que obstruyen un análisis en términos de repeticiones o distancia en una escala. Por ejemplo, veremos que los hijos de los excomunistas casi siempre se dicen “de izquierda”, como los padres, y que en muchos casos asocian esta adscripción política con su experiencia familiar (podríamos llamarlo un “éxito en la transmisión”), pero el abordaje cualitativo nos permitirá apreciar -con la limitación obvia de restringir el análisis al caso elegido- todo el rango de diferencias y conflictos que hay detrás de esa etiqueta común: para unos implica votar y para otros abstenerse, para unos es militar en agrupaciones trotskistas y para otros abstenerse de robar bolígrafos de la oficina. Nuestra perspectiva concibe a todas las correspondencias y diferencias entre exmilitantes y entre éstos y su descendencia como problemáticas y necesitadas de análisis más allá de la asignación de valores dicotómicos (“a favor del aborto/en contra del aborto”), discretos (“cristiano/musulmán/judío”) o escalares (“muy a la izquierda/algo a la izquierda, centro, algo a la derecha, muy a la derecha”).

En síntesis, la originalidad de este estudio radica en la exploración de la intersección entre socialización política familiar, memoria social y militancia comunista, pues si bien hay disponibles voluminosos *corpus* académicos en cada una de estas áreas y no pocos trabajos que procuran entrecruzar aspectos de dos de ellas (memoria y familia, memoria y comunismo, memoria y política, familia y cultura política), no existen estudios que atraviesen los tres campos. Nuestra pregunta por las formas que tienen de relacionarse los exmilitantes comunistas mexicanos con su pasado y el modo en que esto impacta en sus hijos no puede resolverse a partir de los conocimientos especializados disponibles. Adicionalmente, un estudio cualitativo sobre estas cuestiones puede contribuir a la reflexión de esos campos por los siguientes motivos:

- 1) La historiografía sobre el PCM es cuantiosa pero rara vez se ha preocupado por la vida privada de sus militantes y los impactos que sobre sus familias tenía su compromiso

político. Esto la limita para explicar fenómenos fundamentales en la historia de la organización y hasta ahora poco o nada abordados, como patrones de salida del partido o de reclutamiento familiar. Esta investigación, si bien no tiene estos fenómenos en la mira, es el primer intento académico de penetrar la dimensión privada y familiar de la militancia comunista en México, y en esa medida puede sugerir a los historiadores rutas de indagación.

- 2) Los estudios sobre memoria de los países excomunistas aspiran a desarrollar abordajes comparativos para los que es indispensable identificar los elementos sistemáticos de la memoria comunista. La escasez de trabajos de memoria del comunismo en países que nunca tuvieron regímenes comunistas hace imposible la identificación de las dimensiones comparables y por tanto el despegue de un proyecto comparativo a nivel global. Este trabajo contribuye a su esfuerzo al ser el primero en abordar la memoria de exmilitantes comunistas en México.
- 3) Los trabajos sobre transmisión de memoria por la vía familiar están concentrados en casos traumáticos como exilios, el holocausto, genocidios, guerras y terrorismo de Estado, y se insertan en contextos fuertemente cruzados por discursos públicos y polémicas en torno a esos pasados. Su repertorio conceptual puede ponerse a prueba y nutrirse de la incorporación de un caso en el que a) la experiencia objeto de transmisión no tiene aspectos traumatizantes -o al menos éstos son mucho menos acentuados que los que usualmente abordan-; y b) sus referencias ocupan un lugar marginal en el espacio público.
- 4) Las (auto)reflexiones marxistas sobre la memoria de la izquierda son predominantemente ensayísticas y están fundamentadas en la experiencia de sus autores. Algunas de sus premisas, hipótesis, especulaciones y conclusiones pueden encontrar oportunidades de contrastación y corrección empírica en los hallazgos de esta investigación.
- 5) El grueso de los estudios sobre socialización política familiar son de corte cuantitativo y estudian a la sociedad estadounidense. Sus categorías y decisiones metodológicas pueden nutrirse de investigaciones cualitativas como ésta, pues evidencian que las transmisiones políticas familiares tienen mediaciones contextuales e interpretativas que

hacen problemática su categorización discreta en términos de “éxito”, “fracaso” o distancia escalar.

## Método

La pregunta que anima este estudio es ¿de qué forma impacta en los hijos que los padres hayan militado en un partido comunista?. Podemos entonces concebir este trabajo como uno de transmisión de subjetividad política partidaria por la vía familiar. El caso estudiado es el de familias de exmilitantes del Partido Comunista Mexicano, organización que tiene la particularidad de haberse autodisuelto en 1981. Esto hace que los procesos de socialización política familiar cuyos resultados nos interesan hayan tenido lugar en los últimos años de existencia de la agrupación y/o en un contexto en el que ésta había dejado de existir. Por lo anterior, en nuestro estudio sobre subjetividad política el problema de la memoria ocupa un lugar especial. Si bien en toda cultura partidaria la forma que la organización y sus miembros tienen de representar su pasado es central, el hecho de que el PCM cesara de existir hace que la memoria *de los exmilitantes* sea la mediación fundamental en el proceso de transmisión de subjetividad política del que los hijos son receptores. En otras palabras, puesto que es imposible tener una experiencia directa de la organización y, como ya mencionamos, la memoria pública en torno a la organización es marginal, los procesos por los cuales los hijos pueden adquirir ítems culturales (opiniones, valores, símbolos, etc.) y narraciones asociados con la militancia comunista están atravesados por la relación que sus padres tienen con su pasado individual en el partido.

La exploración de tal argumento requería de un instrumental teórico que no hallé en la literatura especializada,<sup>14</sup> pues la especificidad del objeto –transmisión familiar de subjetividad política asociada a un partido extinto- lo distingue de los estudios

---

<sup>14</sup> La elección aparentemente más obvia para encarar la pregunta es la matriz de los marcos colectivos de la memoria desarrollada por un discípulo de Durkheim, Maurice Halbwachs (1877-1945), y retomada ininidad de veces en estudios sobre memoria social. Esa teoría es tentadora porque está pensada para explicar los recuerdos y los olvidos en función de las pertenencias grupales actuales de quien recuerda, y es factible caracterizar, en los términos de Halbwachs, al PCM como un “grupo” y a las familias de los exmilitantes como un segundo “grupo” y extraer todo tipo de hipótesis contrastables a partir de ello. En el tercer anexo de esta tesis se desarrolla una extensa crítica al concepto de “grupo” halbwichiano, que encuentro en extremo problemático. El lector hallará allí desarrollados los motivos por los que he preferido un abordaje de teoría fundamentada antes que trabajar con las categorías de la teoría de Halbwachs.

antecedentes. Como expliqué en el estado de la cuestión, la historiografía sobre el PCM no aborda ni la memoria ni la vida familiar de los militantes; los estudios sobre memoria social o bien no trabajan con memoria partidaria o bien no lo hacen con familias; y los trabajos sobre socialización política familiar son cuantitativos, ocupan muestras muy grandes e indican de forma muy general el tipo de cosas que aquí interesan. Esta insuficiencia condujo a un abordaje metodológico de teoría fundamentada que permitiera encarar la pregunta de investigación y al mismo tiempo elaborar de forma inductiva los conceptos con los cuales aprehender el fenómeno de interés.

Una hipótesis que guió este trabajo es que, a falta de un relacionamiento propio con el partido, habría variaciones entre las subjetividades políticas de los hijos de exmilitantes explicables en función de las distintas formas que tuvieran los padres de representarse retrospectivamente su paso por el Partido Comunista. Podríamos frasear la hipótesis del siguiente modo: controlando por la experiencia generacional de los descendientes puede observarse el efecto que sobre su subjetividad tienen los diversos patrones de continuidad y memoria políticas de sus padres, es decir, a igual generación, hay diferencias en la subjetividad política de los hijos que pueden asociarse a variaciones en la memoria de los padres. Explorar esto supuso varios desafíos metodológicos. El primero fue establecer qué elementos formaban parte de la subjetividad partidaria del PCM. Éste es el motivo por el que el guión de entrevista (ver segundo anexo) preguntó a los exmilitantes sobre sus experiencias partidarias (¿Cuándo y por qué ingresé al PCM, qué hacía, para qué militaba?). Sus respuestas, en conjunto con la revisión de investigaciones historiográficas y de las memorias de algunos excomunistas ayudaron a detectar qué tipo de vivencias, opiniones, conceptos, diagnósticos, expectativas, conductas y valores eran característicos de esta militancia. El segundo desafío fue indagar sobre las transformaciones que el tiempo vivido tras la salida del partido había efectuado en los exmilitantes, es decir, qué implicaba ser un *ex*militante y qué formas había de serlo. Con esto en mente, el guión de entrevista los interrogó por sus emociones, recuerdos, continuidades, y les pidió que reflexionaran sobre los cambios que habían experimentado (¿A quién recuerdo, qué errores se cometieron, qué siento al evocar?). El tercer desafío fue establecer qué elementos de la subjetividad de los descendientes podían haber sido impactados por la experiencia y memoria militante de sus progenitores, y para ello se siguieron dos rutas. Primero, el guión para los padres les

preguntó por el diálogo intergeneracional (¿Qué saben mis hijos, qué les he contado, en qué nos parecemos políticamente y en qué somos distintos?) y, segundo, el guión para los hijos indagó a) sobre todo aquello que éstos pudieran relacionar con el paso de sus padres por el PCM, y b) sobre múltiples ítems de cultura política que yo fijé de antemano como potencialmente relevantes y complementé conforme el trabajo de campo avanzaba. De este modo permití a los hijos explorar mi pregunta conmigo (“¿qué sé sobre la militancia comunista de mis padres, qué me hace sentir y qué influencia tuvo sobre mí?”) pero también les sugerí reflexiones que los orientaron y me ayudaran a hacer comparables sus respuestas (¿qué pienso del comunismo?, ¿qué pienso de los partidos políticos?, ¿me siento comunista?). La realización de pilotos fue extremadamente útil para mejorar los instrumentos, y, por supuesto, conforme el número de entrevistas realizadas crecía, más fácil resultaba sugerir a los nuevos entrevistados rutas fértiles para explorar su subjetividad en un sentido productivo para los fines de esta investigación.

La selección de familias a entrevistar aspiró a la máxima diversidad dentro de ciertas condiciones, a saber: 1) que los exmilitantes tuvieran hijos, 2) que hubieran convivido con ellos, 3) que fuese posible entrevistarlos. La diversidad se procuró en las siguientes dimensiones: 1) edad de los hijos (criados antes y después o sólo después de la disolución del PCM), 2) nivel de involucramiento partidario de los padres (bases, cuadros, dirigencia); 3) coherencia ideológica de los padres (alto, bajo o ningún grado de continuidad ideológica entre el momento de militar y el de criar a los hijos); 4) época de militancia de los padres. Esta estrategia no aleatoria de muestreo tuvo como finalidad aprehender la máxima diversidad posible -no producir una muestra representativa- para alimentar un proceso empíricamente fundamentado de elaboración teórica- y no para generalizar los hallazgos o imputar causalidades. En efecto, se produjo un rango considerable de variaciones en los balances retrospectivos de los exmilitantes tanto como en las subjetividades políticas de sus hijos y se observaron covariaciones entre ambos, pero no es posible establecer cómo se distribuye esta diversidad en la población ni si las covariaciones halladas en esta pequeña muestra son generalizadas. En otras palabras, tenemos exmilitantes nostálgicos, irónicos y avergonzados e hijos orgullosos, envidiosos y desinteresados, pero ninguna base para afirmar que la proporción en que estos atributos y sus covariaciones se presentan en esta investigación espejee la que tienen en el conjunto de

familias de exmilitantes. Aclaremos también que sólo han sido estudiadas familias de exmiembros del PCM: a partir de esta información no es posible afirmar ni que lo que aquí se describe les sea específico ni que sea generalizable a una categoría más amplia (exmilitantes de izquierda mexicanos o latinoamericanos, por ejemplo). Es probable que muchos elementos de la experiencia y subjetividad de los entrevistados puedan encontrarse en exmilitantes de otros partidos y es factible que lo que aquí se concluye sea válido en general para familias de izquierda partidaria en México, pero sería necesario un diseño de investigación distinto al aquí empleado para establecerlo, razón por la que nos cuidaremos de afirmar tales cosas.<sup>15</sup>

En total se realizaron veinte entrevistas semidirectivas, una de ellas a dos sujetos en forma simultánea (por lo que el número de entrevistados asciende a 21) y otra por escrito (lo que se suma a lo anterior para dar un total de 19 grabaciones). Todas las presenciales fueron registradas en audio con el consentimiento explícito de los entrevistados tras explicarles la finalidad de la investigación y el destino que tendrían los materiales. Mis guiones (ver segundo anexo) proponían preguntas generales y luego relances intentando recuperar las propias palabras de los entrevistados. Preferí alterar el orden de mis preguntas antes que interrumpir el flujo discursivo de los sujetos, extender los encuentros tanto como hiciera falta en lugar de cortarlos, y al final de las sesiones les pregunté si deseaban hacerme a mí alguna pregunta. La mayoría de los sujetos no había sido entrevistado con anterioridad, y sólo un descendiente tenía la experiencia de una entrevista en torno a su relación con su padre. Esto hace que para casi todos la entrevista fuese una situación inédita de reflexividad en la que se vieron en necesidad de buscar respuestas para preguntas que jamás se habían hecho, y mi impresión, basada en sus comentarios sobre la experiencia y en su disponibilidad posterior, es que para la mayoría se trató de encuentros agradables.

---

<sup>15</sup> Sin embargo, tuve indicios de tal alcance en dos ocasiones en que presenté avances de este trabajo. En la mesa del quinto Congreso del Consejo Mexicano de Ciencias Sociales en que expuse la tipología de formas de relación con el pasado de los exmilitantes un politólogo especializado en partidos de izquierda mexicanos sugirió que las conclusiones podían ampliarse a muchas otras organizaciones, y en la mesa del Segundo Congreso Latinoamericano de Estudiantes de Posgrado en Ciencias Sociales, en que expuse algunas variaciones en la subjetividad de los hijos de exmilitantes del pcm, una asistente, que se presentó como sonoreense e hija de exmilitantes del Partido Popular Socialista, me comentó que se sentía identificada con los testimonios que había citado en la ponencia. Valgan estos modestos indicios como pistas para posteriores investigaciones.



Al final del trabajo de campo conté con 51 horas y cuarenta minutos de grabación, lo que se convirtió en 774 páginas de transcripciones a las que se sumaron las dieciséis de la entrevista conducida por escrito, por lo que el *corpus* empírico principal de esta investigación constó de 790 páginas de testimonios de exmilitantes del PCM (diez) y de descendientes (once), integrados en diez familias distintas. El primer anexo de esta tesis aporta información general sobre todos los entrevistados, el contacto con ellos y las circunstancias de los encuentros. Todas las grabaciones fueron transcritas por mí con ayuda del software Express Scribe y el conjunto del material fue codificado con el programa Atlas.ti. Todos aceptaron explícitamente que grabara y usara sus testimonios citando sus nombres, pero decidí cambiarlos por seudónimos con una doble finalidad. Por un lado, proteger su confidencialidad. Por el otro, despejar el análisis del examen de casos particulares, lo que resulta especialmente productivo cuando los entrevistados son o fueron figuras públicas y existe la tentación de tratar sus vidas a detalle. Puesto que algunos de los sujetos son autores de textos publicados relevantes para esta investigación, al citarlos omití deliberadamente la referencia bibliográfica o hemerográfica. También vale aclarar que nombres de amistades y familiares de los entrevistados han sido cambiados en las citas a sus testimonios, y lo mismo ocurrió con los de algunos lugares.

La codificación del material partió de un árbol de categorías amplio que sufrió sucesivos recortes y mutaciones conforme el análisis avanzaba, lo cual a veces implicó dar marcha atrás y recodificar. El proceso analítico fue identificando en los testimonios dimensiones comparables, aspectos sistemáticos e idiosincráticos, y rangos de variabilidad, lo que eventualmente permitió construir un pequeño sistema conceptual y agrupar los casos a partir de sus similitudes y diferencias. Ésta última operación se realizó creando dos tipologías, una para exmilitantes y otra para sus hijos. Las correspondencias entre las tipologías sirvieron como contrastación de la hipótesis, pues en efecto hay variaciones en la subjetividad de los hijos correlacionadas con las diversas formas de memoria partidaria de los padres. El diseño de esta investigación no permite en rigor fundamentar una relación causal porque hay muchas variables que no han sido controladas, pero el espíritu ha sido crear los conceptos para observar las correspondencias y documentarlas, lo que puede eventualmente apuntalar una aproximación de ese tipo. Además de las tipologías y sus correspondencias, se presenta al lector en el capítulo cinco un esquema conceptual,

igualmente fundamentado en el *corpus* empírico, de transmisión de memoria y cultura políticas por la vía familiar.

Las entrevistas fueron complementadas con dos observaciones etnográficas. La primera consistió en asistir el 19 de febrero de 2016 al homenaje a Valentín Campa que el Movimiento Comunista Mexicano organizó en su tumba en el Panteón Jardín de la Ciudad de México, sobre la que se erigió un monumento. Me identifiqué como investigador con las personas que entablaron conversación conmigo y después del evento tomé un café con uno de los asistentes. La segunda fue una observación participante del seminario Melancolía de la Izquierda con Enzo Traverso, que tuvo lugar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM del 26 al 28 de abril de 2016. En esta ocasión no sólo me interesé por la discusión académica sino también por las reacciones de los participantes, muchos de ellos militantes y exmilitantes de organizaciones anticapitalistas. Intervine una única vez y al término del seminario me comuniqué con Enzo para informarle del sentido de mi presencia y proponerle un diálogo académico. Esto para decir que esta investigación no me puso nunca en situación de disimular mi presencia o disfrazar mis intenciones.

Antes de comenzar vale la pena detenerse en un algunas aclaraciones más, éstas al respecto de decisiones que he tomado en el ámbito de la exposición. Primero, decidí traducir al castellano todas las citas textuales originalmente en inglés y francés porque no le presupongo al lector familiaridad con esas lenguas. En algunos casos preferí hacer mi propia traducción antes que depender de las existentes, sobra decir que toda inexactitud es mi responsabilidad. Segundo: al citar a mis entrevistados o reportar discurso proveniente de mis observaciones de campo uso letras cursivas para enfatizar los fragmentos más relevantes para el análisis y también para palabras en inglés y para títulos de libros, revistas, películas y canciones; empleo paréntesis para acotaciones (risas, pausas); y me sirvo de comillas para indicar diálogo directo, abriéndolas y cerrándolas con cada cambio de interlocutor. No uso las convenciones de la Asociación de Psicología Estadunidense (APA, por sus siglas en inglés) para estas citas: en lugar de ello aclaro siempre a quien corresponde el testimonio en el cuerpo del texto y, como se dijo antes, el lector puede encontrar en el primer anexo tablas sintéticas con información básica sobre entrevistados y entrevistas.

## 1. Horizontes históricos

Este primer capítulo está dedicado a explorar los horizontes de experiencia de los militantes del Partido Comunista Mexicano. Nos interesará entender qué tipo de vivencias era posible tener en el seno de la organización en sus distintas etapas, y también anotar sucintamente cuál era el contexto nacional e internacional de esa militancia. Una meta subsidiaria será contextualizar los testimonios de los diez exmilitantes entrevistados. Para ello necesitamos explicar que el horizonte de experiencia varía generacionalmente, lo que significa entender por qué frases como “pues crecimos –nuestra generación- con una influencia muy positiva del campo socialista” e “Íbamos fuera, a estudiar a la Unión Soviética, a estudiar a Checoslovaquia, a estudiar a Vietnam” pueden ser dichas por Antonio, que nació en 1940 e ingresó al PC en 1963, y no por Benita, que nació en 1961 y se afilió al partido en 1979, quien sin embargo sí puede afirmar lo siguiente:

se hablaba del Partido Comunista Mexicano como un partido comunista *sui generis* a todos los partidos porque el partido en México no avalaba los abusos de la Unión Soviética, por ejemplo cuando se invadió Polonia [*sic* por Checoslovaquia] tuvo una opinión en contra. Estas posiciones que eran un poco diferentes a otros partidos comunistas de otras partes de América latina. Yo creo que todas esas cosas a mí me gustaron mucho. Yo me afilié hasta que ya estaba segura de que me gustaba.

Mientras que Antonio vivió una época de cercanía entre el PCM y el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y luego el periodo del distanciamiento y ruptura, Benita llegó a la organización cuando la separación se había consumado y ya “se hablaba del Partido Comunista Mexicano” como de una agrupación caracterizada por su posición crítica ante su homóloga soviética. Sus experiencias, no es difícil ver, son necesariamente distintas en éste y otros muchos sentidos, pero están interconectadas por dos fenómenos. El primero es que la gente que ingresó tempranamente al partido no dejó de tener experiencias asociadas a su militancia en los años posteriores, a esto podemos llamarlo “estratificación de la experiencia”. El segundo es que distintas generaciones convivieron en el interior de la organización, y podemos designarlo como “diálogo intergeneracional”. Los conceptos están basados en el ensayo *El problema de las generaciones*<sup>16</sup> de Mannheim. Reseñaremos

---

<sup>16</sup> He preferido la traducción al inglés de 1952 a la española de 1993 publicada en la *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* porque el más elemental cotejo con el original en alemán revela que el traductor de la *REIS* se tomó algunas licencias, alterando incluso los ejemplos de Mannheim. Nótese que el ensayo es de 1928: la globalización, tal como la conocemos ahora, no entraba en el rango de preocupaciones de Mannheim,

brevemente su teoría de las generaciones a continuación pues nos presta orientaciones teóricas útiles para estructurar la reflexión.

Mannheim propone concebir a las generaciones no como grupos concretos (tribus, empresas) sino como ubicaciones comunes dentro del proceso histórico. Esto implica que sus miembros comparten limitaciones en el conjunto de experiencias potenciales, y también tendencias a pensar, sentir y actuar de modos característicos. También implica que no basta con haber nacido el mismo año para ser miembros de la misma generación, sino que es necesario compartir una posición que permita experimentar los mismos eventos, y que estos impacten sobre una conciencia similarmente estratificada. Es decir, que la gente que vive en sociedades que no tienen vínculos entre sí no forma parte de la misma generación aunque nazca el mismo día, y que dos personas de edad distinta en la misma sociedad no son parte de la misma generación aunque experimenten los mismos eventos porque sus conciencias están estratificadas de modo distinto. Aclarado esto, Mannheim aborda el problema de la diversidad al interior de las generaciones, y para esto propone tres conceptos: *estatus generacional*, *generación como actualidad* y *unidad generacional*. El estatus generacional es un atributo de todos los miembros de la generación, pertenecen a ella porque *potencialmente* pueden experimentar las mismas cosas, es simplemente “co-presencia”, como la que tienen jóvenes campesinos y ciudadanos nacidos en el mismo país en la misma época aunque nunca se conozcan ni interactúen. La actualidad generacional involucra un vínculo concreto efectivo (“actual”) entre los miembros de la generación, es la participación en un destino común. En el ejemplo anterior, una guerra internacional que los recluta y lleva a todos al frente genera actualidad generacional en la medida en que los involucra *efectivamente* y que esta experiencia compartida impacta similarmente sobre ellos de modo distinto al que lo hace, por ejemplo, sobre combatientes de más edad o sobre los viejos que ya no fueron objeto de la conscripción. Las unidades generacionales son grupos concretos que procesan de forma distinta las experiencias comunes. Si continuáramos con el ejemplo, una parte de esos jóvenes podría, después de la guerra, sumarse a un partido

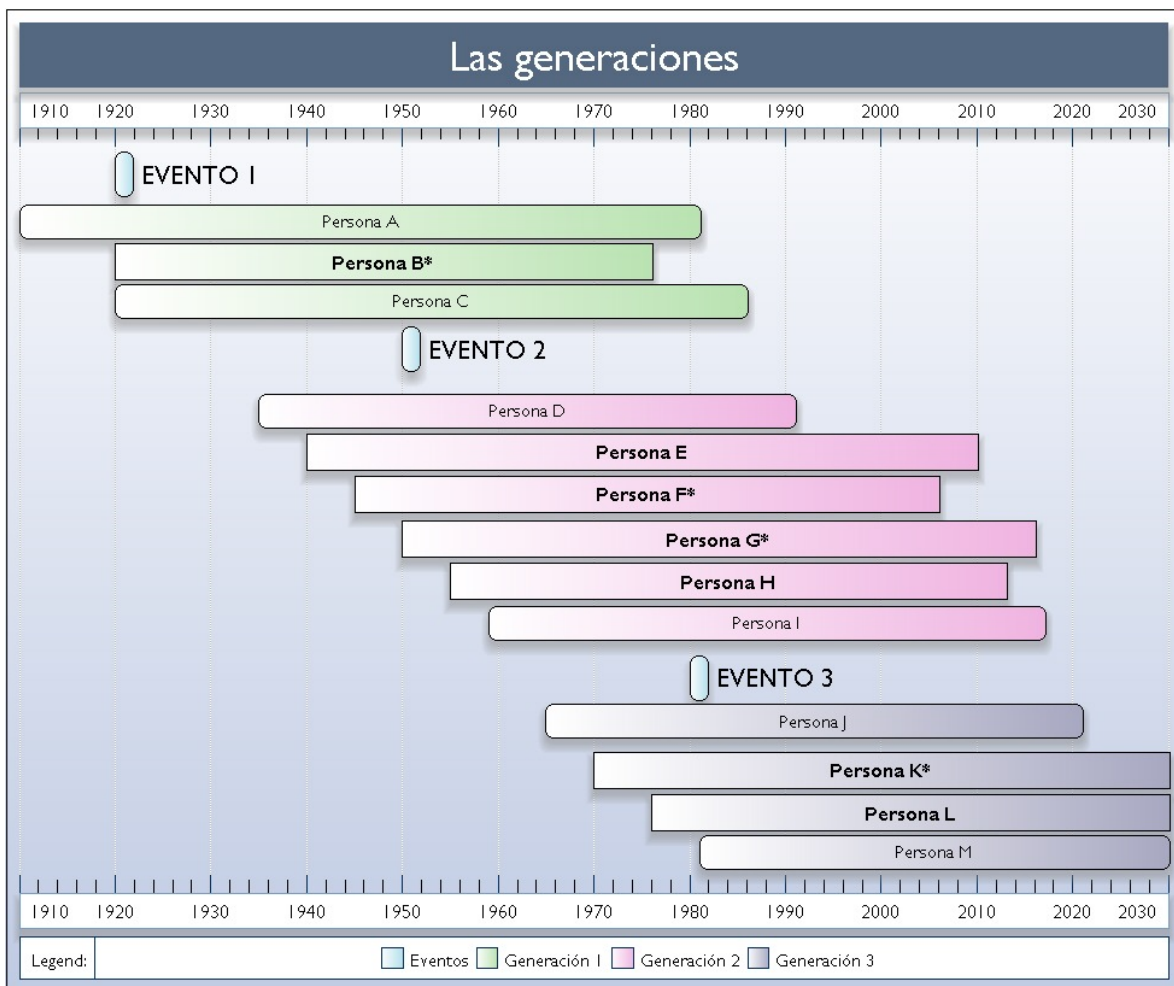
---

que pensaba, escribiendo en la Europa de entreguerras, a escala nacional y básicamente en Francia y Alemania.

socialista antibélico, mientras que otros tal vez se incorporen a un frente ultranacionalista, con lo que estaríamos frente a dos “unidades generacionales”.

El esquema, que busca explicar *socialmente* las semejanzas y diferencias entre personas cercanas en edad tanto como *el cambio social*, es bastante complejo porque introduce muchas variables que operan simultánea y dinámicamente sobre la conciencia de los sujetos para explicar la variabilidad. Sin embargo, nos resulta útil porque podemos pensarlo en múltiples escalas. No olvidemos que los militantes del PCM, además de serlo, eran jóvenes o adultos en un país y un mundo cambiantes. Pertenecen a distintas generaciones al interior del partido pero también en su exterior. Consideremos el siguiente esquema genérico:

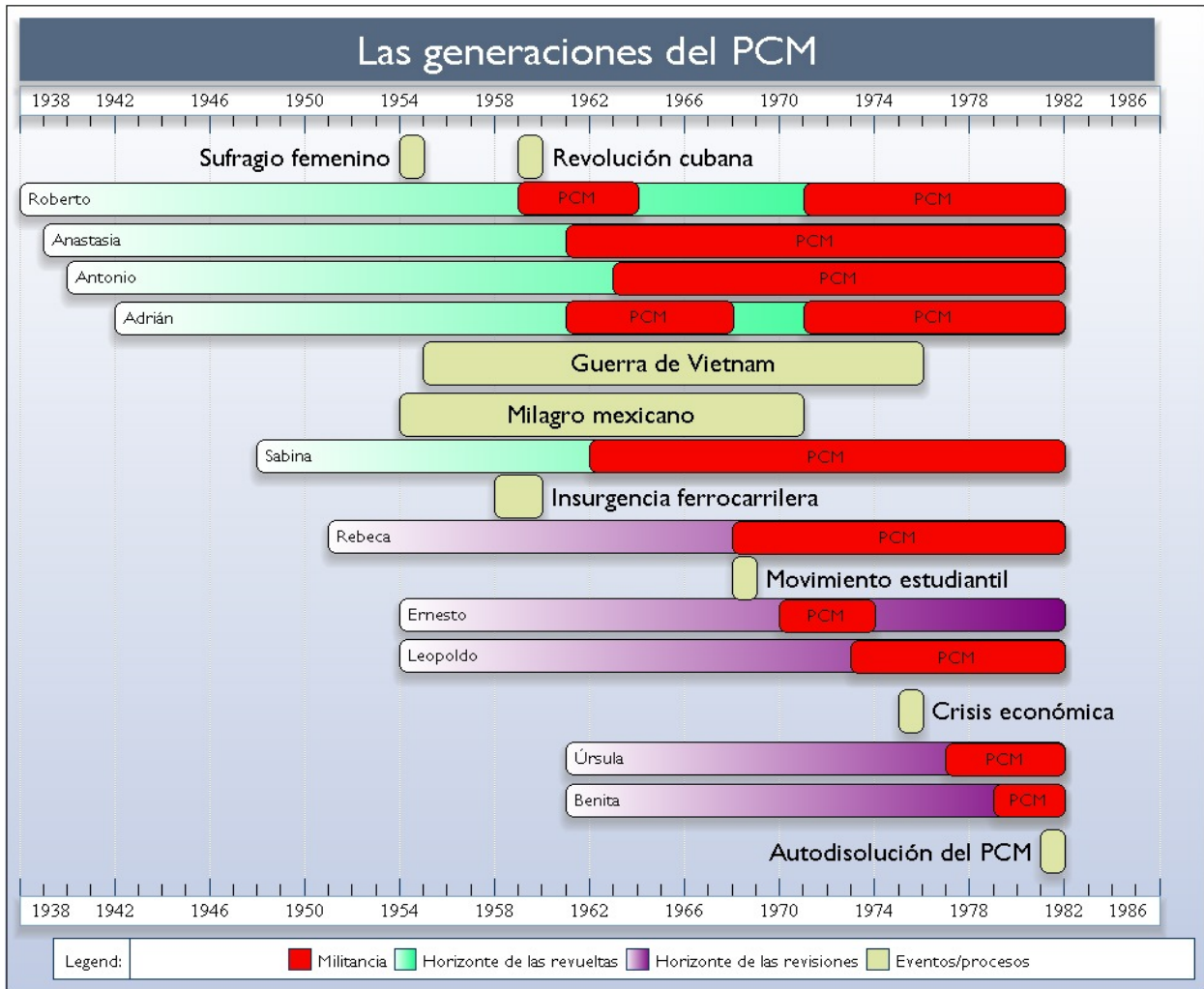
### Ilustración 3: Las generaciones, esquema genérico



Fuente: elaboración propia con Timeline Maker Professional con base en MANNHEIM, 1952.

En el diagrama vemos como personas nacidas en fechas cercanas comparten un *estatus generacional* (identificados por color) en función del momento de sus vidas en que vivieron ciertos eventos que impactan a la sociedad de la que forman parte. De entre ellos, algunos *se involucraron* en esos eventos y entraron en procesos de interacción con el resto de los participantes (en el esquema, las barras rectangulares con texto remarcado), mientras que el resto los experimentó desde la lejanía o ni siquiera se enteró. Los primeros forman la “generación actual”. Podemos ahora pensar que *algunos* de los miembros de la generación actual forman parte de un colectivo que procesa los acontecimientos vividos en común de un modo distintivo (en el esquema, los nombres marcados con asteriscos). A ese colectivo y a otros semejantes los llamaríamos “unidades generacionales”. Llevando este esquema al caso que nos interesa, podemos pensar al PCM como una *secuencia de unidades generacionales* articulada por una organización e identidad políticas. Los militantes son distintos entre sí y semejantes a los no militantes en función de su generación, y parecidos entre sí y distintos a los no militantes en virtud de su adscripción partidaria. Aplicadas las modificaciones, usando los casos de los diez exmilitantes entrevistados, colocando sólo una pequeña selección de “eventos/procesos” a modo de ejemplo y adelantando en algo el desarrollo del resto del capítulo, el gráfico quedaría de este modo:

### Ilustración 4: Las generaciones, esquema aplicado al PCM



Fuente: Elaboración propia con Timeline Maker Professional.

La línea del tiempo nos muestra a los diez exmilitantes entrevistados, con sus años de nacimiento y periodos de involucramiento en el PCM, y también una pequeña selección de “eventos” relevantes para su generación. Mi argumento será que pertenecen a dos “unidades generacionales” distintas (la del “horizonte de las revueltas” y la del “horizonte de las revisiones”) en función de su año de afiliación, pero interconectadas por su común y simultánea pertenencia al partido. Aquí vale la pena insistir en los fenómenos de estratificación y de diálogo intergeneracional que mencionamos arriba. Recordemos que nuestro interés en esta tesis no está en la historia de los exmilitantes sino en su memoria, es decir, que las diferencias en su experiencia partidaria nos interesan menos que las variaciones en su forma de recordar. Lo que quiero adelantar es que haber comenzado a

militar en la misma época no implica que los exmilitantes hagan balances semejantes de su paso por el partido y, viceversa, haberlo hecho en épocas distintas no implica que su relación con ese pasado sea sustancialmente distinta: hay mediaciones entre lo que hicieron en esos años y el modo en que lo recuerdan décadas después. En los capítulos siguientes veremos, por ejemplo, que Úrsula y Roberto, la más joven y el más anciano de los exmilitantes entrevistados, tienen el mismo tipo de relación con su pasado militante a pesar de estar en los extremos del rango de edades. La utilidad de esta división generacional es la de organizar el presente capítulo: queremos saber *qué tipo de cosas era posible experimentar en el PCM* como un primer paso en nuestro camino para entender el impacto que la militancia paterna tuvo sobre la subjetividad de los hijos.

La exposición estará organizada en cinco sucesivos horizontes. Una forma fácil de entender este abordaje es a partir de la pregunta ¿qué podía un militante del PCM ver, hacer, sentir y saber en cada momento de esta historia? Los dos primeros horizontes que exploraremos serán el de *las revoluciones* (1919-1934) y el de *los frentes* (1934-1959). La experiencia biográfica de nuestros entrevistados no llega tan atrás: Roberto, el más viejo, ingresó al PCM a los 21 años de edad, en 1959 y Adrián, quien le sigue en antigüedad militante, se afilió tres años después: ambos lo hicieron bajo la influencia de la triunfante revolución cubana, poco antes o poco después de breves aproximaciones a guerrillas rurales. Sin embargo, no se afilian a un partido recién creado por personas de su edad, sino a una organización más vieja que ellos, con su propia historia y en la que tendrán ocasión de interactuar con sus cuadros más añosos, de ahí que sea relevante explorar estos dos primeros *estratos* aunque ninguno de los entrevistados haya tenido una vivencia directa de ellos. El repaso servirá además como orientación general para un lector que puede no tener familiaridad con la historia de la organización, a la que haremos referencia muchas veces en este trabajo.

Los siguientes dos horizontes que exploraremos serán: *el horizonte de las revueltas* (1959-1975) y *el de las revisiones* (1975-1989). Estos se corresponden a las épocas de involucramiento de los exmilitantes entrevistados, son los procesos que vieron, vivieron y de los que participaron. El horizonte de las revisiones se extiende más allá de la disolución del partido, que ocurrió en 1981. Preferí cerrarlo de ese modo porque las organizaciones



herederas del PCM conservaron muchos de sus rasgos –por ejemplo dirigentes y una identidad marxista- que se perderían por completo al integrarse el último heredero, el Partido Mexicano Socialista, a las fuerzas fundadoras del Partido de la Revolución Democrática en 1989. El apartado final del capítulo aporta algunas pistas para reconstruir el horizonte del presente, aquél desde el que hablan los entrevistados.

Si bien la reconstrucción se apoyará decididamente en la historiografía disponible sobre el PCM, el lector notará que el formato no responde a la estructura de esas obras. Esto se debe a que el énfasis no está en la historia de la organización (usualmente reconstruida a partir de su “voz” dirigente) sino en el universo de experiencias posibles de los militantes (lo cual incluye cosas que el PCM formalmente no hacía, como ingresar a guerrillas). Éstas son las cosas que los militantes reales hicieron o vieron hacer a sus camaradas, y no siempre están comprendidas en lo que la voz institucional dicta, publica o registra –a veces incluso se contraponen con ello.

### **1.1 1919-1934: El horizonte de las revoluciones**

24 de noviembre de 1919 se toma convencionalmente como la fecha de la de fundación del Partido Comunista Mexicano. Lo que tuvo lugar ese día fue un cambio de nombre: algunos dirigentes del Partido Socialista Obrero, fundado en 1911, optaron por la nueva denominación bajo la influencia de Mijaíl Borodin, un emisario de la Tercera Internacional Comunista. El cambio es significativo porque llama nuestra atención sobre dos claves contextuales: la revolución mexicana y la revolución rusa. Del estallido de la primera han pasado nueve años: ha habido tiempo de sobra para que devore a sus hijos y para que masas campesinas y obreras irrumpen –armadas- en la esfera pública con sus líderes y demandas. El esfuerzo por estabilizar el país recae en esos momentos sobre Venustiano Carranza y tiene su estandarte en la nueva Constitución, notable por prometer tierras, derechos laborales y algunos límites a la propiedad privada. La revolución rusa es más lejana y más reciente: en 1917, con la gran guerra de trasfondo, los bolcheviques se hacen con el poder en Rusia, pelean una cruenta guerra civil contra sus adversarios, emprenden una reestructuración radical del país y comienzan a tramar una red global para extender su evangelio al mundo entero. Este doble horizonte marcará de forma permanente la historia

de la organización comunista en México pues obligará a sus integrantes a elegir en cada momento entre los diagnósticos, consignas, teorías, estrategias, incentivos, recursos y discursos divergentes que emanaron de cada una de esas fuentes. El diseño del carnet del partido (Ver Ilustración 5: Carnet del PCM de Roberto, 1973) sintetiza a la perfección esta tensión: en la parte exterior se aprecia, en rojo, el emblema comunista de la hoz y el martillo rodeado de la estrella soviética de cinco picos. En el interior, arriba, los perfiles de Carlos Marx, Federico Engels (fundadores del “socialismo científico” y enemigos declarados de los nacionalismos) y Vladimir I. Lenin (el líder de la Revolución de octubre y promotor de la “revolución mundial”), y abajo los de Miguel Hidalgo (cura que inició una revuelta gritando “Viva Fernando VII”), Benito Juárez (liberal que acuñó la frase “entre los individuos como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz”) y Emiliano Zapata (el dirigente de “unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución”, según célebre frase del historiador John Womack).

### Ilustración 5: Carnet del PCM de Roberto, 1973



Fuente: fotografías tomadas por el autor durante la entrevista, 21-ago-2015

El régimen posrevolucionario mexicano ofrecía tierra, orden, unidad nacional y modernidad; su adaptable llamado sedujo, organizó y dominó a millones de mexicanos durante el siglo XX. Los soviéticos prometían un futuro de colectividad, emancipación, solidaridad mundial y redención, sueño más ambicioso y también, pronto será claro, mucho

menos convocante en México. La historia del PCM usualmente se cuenta como si se tratara de una organización que creyó en las promesas de la revolución rusa hasta que cambió de parecer en algún momento del último cuarto de siglo. Si aumentamos el *zoom* para ver esta historia a escala humana intuimos un relato distinto: en realidad el partido purgó durante muchos años a los que dejaron de creer hasta que, en algún momento del último cuarto de siglo, comenzó a purgar a los que continuaban creyendo. El doble horizonte revolucionario lo escindió siempre, en 1924 cuando los que ocuparon cargos en el gobierno de Plutarco Elías Calles fueron llamados oportunistas, y en 1988, cuando los que se sumaron al programa Solidaridad bajo el mando de Luis Donaldo Colosio (PROCESO, 1992) recibieron el mismo trato de sus excamaradas. El día en que se emprenda la reconstrucción histórica de la organización considerando no sólo a los que se quedaban, sino también a los que se iban, esto resultará más claro.<sup>17</sup> Pero volvamos a los años 20, en el que este doble horizonte se expresa con nitidez en la disyuntiva: la revolución es inminente / aquí ya hubo revolución.

“La revolución es inminente” significa que la primera guerra mundial fue una interminable masacre producida por los imperios capitalistas que enfrentaron a obreros contra obreros. Significa que los bolcheviques triunfaron, que su victoria anuncia el triunfo de la revolución mundial y que en todas partes las fuerzas del progreso deben organizarse en partidos comunistas articulados en una gran liga y regidos por el principio del centralismo democrático. Significa que el marxismo es la ciencia de la historia: que conocerlo y desarrollarlo es obligación de todos los que están en el bando correcto. Significa que los obreros son el sujeto revolucionario en virtud de su situación objetiva en la estructura productiva de la sociedad capitalista y que es obligación del comunista concientizarlos, prepararlos y organizarlos con miras a la gesta liberadora. “Aquí ya hubo

---

<sup>17</sup> Un historiador del comunismo mexicano que ha tenido alguna conciencia de esto es Barry Carr, quien anota en la introducción de su obra clásica sobre el tema “los ‘disidentes’ fueron con frecuencia los primeros hombres y mujeres que rompieron con la ortodoxia estéril e intentaron una reconciliación entre la tradición socialista con las realidades cambiantes de la sociedad mexicana, uno de los temas principales de este libro” (1996: 17-8). Carr realiza, consecuentemente, un intento por reconstruir las trayectorias de otras organizaciones de izquierda marxista, algunas originadas en escisiones del PCM. Sin embargo, la historia y los motivos de los que simplemente abandonaron la militancia partisana –como muchos de nuestros entrevistados- siempre queda fuera del encuadre: las filas del partido crecen y decrecen, pero los destinos de los individuos detrás de las cifras que tan alegre o preocupadamente citan los secretarios de organización en sus informes al Comité Central -y que los historiadores reproducen- permanecen cubiertos por la bruma.

revolución”, por el contrario, implica que México queda muy pero muy lejos de Rusia, y que campesinos y obreros encuentran prometedores y hasta satisfactorios los desarrollos nacionales. Implica que el presidente puede agitar la bandera roja si le hace falta, y que los niños en las escuelas cantan “mexicanos al grito de guerra” y no “arriba los pobres del mundo”. Implica que Estados Unidos es el vecino del norte y que su ejército puede invadir impunemente el país si se le da la gana, como ocurrió en 1914. Implica que el partido revolucionario pronto incorporará en su nombre el adjetivo institucional (PRI), y en su seno aspira a amalgamar a las fuerzas vivas en un “oscuro pacto de facciones” (BARTRA, 2000: 26) en lugar de exacerbar las contradicciones entre las clases sociales.

Si usted fue miembro del PCM entre 1919 y 1934 vivió la fundación, refundación (1921) y primeros años de una muy pequeña organización llena de extranjeros que huían de la conscripción en Estados Unidos, decididamente concentrada en el Distrito Federal (SPENSER, 2009: 88-102; TAIBO, 2008: 31-38); conoció a los tres “soldados” de la Tercera Internacional Comunista que fundaron en México la fracasada Agencia Americana de la Internacional Sindical Roja (SPENSER, 2009: 111-154), fue a la URSS o conversó con gente que lo había hecho (SPENSER, 2009: 103-108), se entusiasmó creyendo en la inminencia de la revolución mundial y vio con tristeza el fracaso de las insurrecciones en Alemania, Finlandia y Hungría; desconfió del nacionalismo mexicano y de las promesas contenidas en la Constitución pero vio con admiración el ascenso del socialismo de Felipe Carrillo Puerto en Yucatán, participó de los primeros e infructuosos intentos de fundar o penetrar sindicatos en el país -para lo cual insultó a Luis Morones y a su oficialista Confederación Regional Obrera Mexicana (CARR, 1996: 43)- y también discutió con anarcosindicalistas sobre la relación entre Estado, partido y trabajadores y fue finalmente expulsado de su Confederación General de Trabajadores (SPENSER, 2009: 188-196; TAIBO, 1981: 102). Si usted fue comunista en esta época tuvo que explicarle a algunos de sus críticos por qué el Estado soviético reprimió a los anarquistas y a los huelguistas de Kronstadt y a otros por qué Lenin dio marcha atrás con la Nueva Política Económica; también apoyó la lucha inquilinaria en 1922 (TAIBO, 1983), distribuyó ediciones locales de publicaciones soviéticas, editó, repartió y leyó *El soviet*, *El obrero comunista*, *La revista comunista*, *La plebe* y más tarde *El Machete*, se conmovió con la muerte de Lenin, recibió cambiantes consignas de la Internacional Comunista en torno a la política de alianzas y a si

había que participar o boicotear las elecciones, apoyó la candidatura presidencial de Plutarco Elías Calles en 1924 y se inclinó por respaldar al gobierno cuando el golpe de Adolfo de la Huerta (CARR, 1996: 53), debatió si la aceptación de puestos públicos era oportunista o revolucionaria, fraguó una alianza con los muralistas mexicanos (CARR, 1996: 48-50), expulsó a militantes acusándolos de anarquistas o fue expulsado bajo esos cargos (TAIBO, 1983: 100), reclutó a un puñado de líderes obreros y apoyó la huelga ferrocarrilera de 1926-7 (CAMPA, 1978: 37-39; CARR, 1996: 44-45); se vinculó con dirigentes agrarios y su Liga Nacional Campesina—y luego se distanció de ellos (SPENSER, 2009: 258-263 y 272-278; CARR, 1996: 42, 46)-, se sumó a los esfuerzos de Socorro Rojo Internacional y repudió en 1927 la ejecución de Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti en Estados Unidos. Si usted fue comunista en estos años revirtió su alianza con el régimen posrevolucionario en 1928 bajo la consigna “clase contra clase” de la Internacional Comunista (COMINTERN) (CARR, 1996: 56-7), y al año siguiente fundó la Confederación Sindical Unitaria de México y el Bloque Nacional Obrero y Campesino que postuló a Pedro Rodríguez Triana a la presidencia (SPENSER, 2009: 271; CARR, 1996: 47, 56), fue acusado por el gobierno de apoyar a la rebelión escobarista, pensó que la crisis financiera de 1929 era la señal del colapso del capitalismo, fue objeto de represión y posiblemente terminó los años veinte preso, muerto, en la clandestinidad o expulsado del país (CARR, 1996: 57-9). Todo esto hizo o pudo hacer o vio a alguien hacer si usted fue militante del PCM entre 1919 y 1934, todo esto pudo contar a los que vinieron después.

## **1.2 1934-1949: El horizonte de los frentes**

Para 1934 hace ya tiempo que Lenin falleció y que el fracaso del levantamiento espartaquista alemán fue procesado: la revolución mundial no es inminente. La dirección de la URSS recae en la figura de José Stalin, que purga al gobernante PCUS de competidores, al ejército rojo de desleales y en general a la sociedad de opositores. Emblemático es el destino de su principal competidor y héroe de la Revolución de octubre, León Trotski, quien, exiliado, comienza en 1929 en Turquía un peregrinaje que tendrá su última parada en 1937, en el México de Lázaro Cárdenas. Cárdenas había alcanzado la presidencia en 1934 y comenzado un ambicioso proceso de reforma social y de institucionalización del régimen

posrevolucionario. Al menos durante los primeros años de su mandato, ejecutó la política más radical que hasta entonces había dado el régimen: expropiaciones de industrias extranjeras, expansión masiva del reparto de tierras, apoyo a huelgas, dirección de un proceso de organización agraria y obrera y asilo al exilio republicano español, cuyo masivo desembarco trae al país no pocos comunistas. El ímpetu nacional y popular se agotaría después de la expropiación petrolera y el régimen daría un giro a la derecha a partir de 1940, año en que Manuel Ávila Camacho, tras ganarle la candidatura oficial al izquierdista Francisco Mújica, triunfa en las elecciones presidenciales con el eslogan de la unidad nacional. México sería una pieza clave de la política de defensa hemisférica estadounidense durante los años de la guerra, a la que finalmente se sumaría en calidad beligerante en 1944.

En el frente internacional, la consigna de la Internacional Comunista a partir de 1935 es la cooperación de clase, es decir, abandonar el ultraizquierdismo revolucionario y hacer frente común con lo que en cada país pasara por fuerzas progresistas y antifascistas; bajo este espíritu los comunistas mexicanos se suben al barco del oficialismo cardenista. Sin embargo, la consigna dará varios vuelcos. Primero, con la firma del pacto de no agresión germano soviético en 1939, que le permitió a Adolfo Hitler cerrar su frente oriental y a Stalin avanzar con su ejército –recientemente purgado de oficiales- sobre sus vecinos orientales. Esto implicó que los fascistas habían dejado de ser los enemigos y las secciones de la Internacional recibieron la consigna de regresar a la política opositora: la guerra era interimperialista y las fuerzas del progreso nada tenían que ver en ella. Más adelante, al romperse en 1941 el pacto tras la invasión Nazi a la Unión Soviética y sumarse ésta al frente aliado, la línea comunista internacional fue apoyar el esfuerzo bélico: si vivías bajo el fascismo te tocaba resistir; si vivías bajo la órbita aliada, producir; y si vivías en un país neutral, inclinarlo al bando antifascista. 1943 marca la disolución de la Internacional Comunista: un gesto soviético dirigido a congraciarse con sus nuevos aliados capitalistas (SERVICE, 2007: 221-222) en la víspera del triunfo aliado que dejará buena parte de Europa oriental y central en manos comunistas –y buena parte de Europa occidental en ruinas. La Unión Soviética emerge de la segunda guerra mundial devastada pero victoriosa, ampliada, prestigiosa y lista para ocupar un lugar prominente en el concierto de las naciones, y no está sola. Con la fundación en 1946 de la República Federativa Socialista de Yugoslavia y de la República Socialista Popular de Albania y el triunfo en 1949 del

Ejército Popular de Liberación en China el mundo avanza decididamente hacia la bipolaridad - la creación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte ese mismo año deja pocas dudas al respecto.

Si usted fue miembro del PCM entre 1934 y 1949 salió de la cárcel y de la clandestinidad, editó, distribuyó y leyó *El Machete* (luego *La voz del pueblo*) como nunca antes, y habló frente a los micrófonos del programa de radio *La hora del pueblo* (CARR, 1996: 61); recibió la consigna “unidad a toda costa” desde Moscú y participó de numerosas y exitosas movilizaciones campesinas (CARR, 1996: 106-117), manifestaciones y huelgas; ocupó cargos directivos en gremios de maestros, ferrocarrileros, mineros, empleados públicos y petroleros y tal vez los usó para dar *chamba* a sus cuates (CARR, 1996: 71-2), vio multiplicarse a los camaradas (casi seguro que usted mismo se unió al partido en esos años), celebró el plan cardenista de “educación socialista”, ganó elecciones locales en municipios y congresos estatales (CARR, 1996: 64), se sumó en 1936 -a la par que los lombardistas y su Confederación General de Obreros y Campesinos de México- a los esfuerzos fundacionales de la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM), peleó por su control, participó de una escisión y se reincorporó, derrotado, tras un regaño del Partido Comunista de Estados Unidos y la COMINTERN (CARR, 1996: 67-8). Si usted militó en el PCM en estos años combatió en la Guerra Civil Española o conoció a alguien que lo hizo o al menos lo intentó (FAUTSCH, 2010), se opuso al asilo concedido en 1937 a León Trotski en México, se acostumbró a usar la palabra “trotskista” de forma peyorativa, escribió, leyó o distribuyó las invectivas que le dirigió al exiliado la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios a través de *Frente a frente*, discutió si había o no que participar de la conjura soviética para asesinarlo y, a raíz de su posición al respecto, tal vez fue expulsado de la organización (CARR, 1996: 80-3) o tuvo ocasión de participar del comando dirigido por David Alfaro Siqueiros que lo intentó en 1940. Como militante del PCM usted vio con desagrado el reflujo conservador de los últimos años del cardenismo pero de todas formas apoyó la candidatura oficial de Manuel Ávila Camacho a la presidencia y se pronunció en contra de la opositora de Andrew Almazán en 1940 (BARTRA, 2000: 27); también tuvo que tomar posición frente al ascenso de Lombardo Toledano y decidir si era un aliado – como quería la Internacional Comunista- o un traidor. Si optó por lo primero, participó de las discusiones para fundar un nuevo partido de la izquierda marxista unificada; si optó por



lo segundo, puede que la “Comisión Depuradora” lo haya expulsado del partido en 1940 (CARR, 1996: 78-84) o que lo purgaran en 1943 (CARR, 1996: 130-1).

Si (aún) era usted miembro del PCM durante la segunda guerra mundial reafirmó la alianza de su organización con el régimen y pretendió –sin éxito- incorporarlo al partido oficial para “radicalizar la revolución mexicana” (CARR, 1996: 128-9, 142-43), se adhirió a la consigna de “unión nacional” del gobierno de Ávila Camacho, buscó –una vez invadida la Unión Soviética por el ejército alemán en 1941- que México se sumara a los esfuerzos bélicos aliados, se opuso a las huelgas que redujeran la producción, dejó pasar sin reparos las nuevas políticas conservadoras como cese del reparto agrario, la represión a huelgas y el fin de la “educación socialista”, celebró la declaración mexicana de guerra contra el Eje en 1944, mantuvo aun después de la victoria aliada su apoyo al régimen justificándola en la necesidad de industrializar el país, combatir sus resabios feudales y consolidar su soberanía en alianza con la burguesía nacional y en este tenor apoyó en 1946 la candidatura oficialista de Miguel Alemán a la presidencia (CARR, 1996: 134-50). También celebró la victoria soviética sobre las fuerzas nazis, la instauración de repúblicas socialistas en los territorios ocupados por el ejército rojo, el triunfo de la revolución china y todo lo anterior, aunado a los éxitos comunistas en la carrera espacial, probablemente lo hizo incrementar su admiración por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, sus aliados y sus líderes.

En caso de que usted haya tenido el infortunio de formar parte del PCM bajo el gobierno de Alemán vivió bajo la vigilancia de la Dirección Federal de Seguridad (CARR, 1996: 153-4), concluyó junto con la mesa redonda de marxistas de 1947 que “la Revolución mexicana sigue en marcha” (CARR, 1996: 164-171; BARTRA, 2000: 80) casi al mismo tiempo que atestiguaba el surgimiento de asociaciones anticomunistas y la detención y secuestro de líderes del partido (CARR, 1996: 153-6, 189), fue expulsado de la CTM, asistió a una nueva purga interna en 1948 contra los opositores a la línea del comité central, se sumó a la creación del Partido Popular de Lombardo Toledano –y tal vez se fue a esa organización una vez constituida en 1948- (CARR, 1996: 202-20) y, finalmente, en 1949, se vio obligado a revisar la estrategia de unidad nacional (CARR, 1996: 182-186), tras lo cual apoyó esfuerzos de organización agraria y sindical independientes, desafió al gobierno al que ahora caracterizaba como de “traición nacional” y compartió con los demás

opositores los efectos de la represión resultante, *charrazos* sindicales incluidos. También el final de este periodo pudo usted haberlo pasado en la cárcel.

### **1.3 1949-1975: El horizonte de las revueltas**

A finales de los años cuarenta el giro conservador del régimen priista es inequívoco: los albores de la guerra fría encuentran al gobierno mexicano alineado claramente con su vecino del norte (CARR, 1996: 152). Falta poco para que comience el ciclo de “guerras subsidiarias” entre las superpotencias: la de Corea entre 1950 y 1953, la de Vietnam entre 1955 y 1975, las árabe-israelíes, etc. Paralelamente, el dominó de los procesos de descolonización se ha desencadenado y pasarán décadas antes de que se detenga: Jordania obtiene su independencia en 1946, la India en 1947, Laos e Indonesia en 1949, Libia en 1951, Abdel Nasser nacionaliza el Canal de Suez en 1956, Sudán, Marruecos y Túnez se independizan ese mismo año, Ghana al siguiente, Guinea en 1958, y lo mismo ocurre con Nigeria y buena parte de las colonias francesas en África (Chad, Benín, Burkina Faso, Camerún, República del Congo, Costa de Marfil, etc.), aunque habrá que esperar dos años más para la de Algeria, cuya emancipación se obtiene tras un largo y sangriento conflicto. La lista sigue y podría prolongarse hasta el siglo XXI con la independencia de la pequeña Timor Oriental en 2002, pero lo que nos interesa es que esta cascada descolonizadora aparentemente interminable –unas veces coloreada de azul, otras de rojo y en ocasiones de verde olivo- abre cantidad de frentes para el comunismo internacional y complejiza los diagnósticos de los revolucionarios marxistas, que se debaten entre mudar las expectativas de emancipación al tercer mundo o descalificar los procesos de independencia por nacionalistas y pequeñoburgueses y seguir firmes en su creencia de que la industrialización precede a la revolución. América latina no permanece ajena a estos desarrollos, pero las cosas son algo distintas porque la revolución parece ser algo que sólo triunfa en otros lugares: las experiencias de la aplastada insurgencia campesina comunista en el Salvador (1932) y la fallida rebelión militar en Brasil (1935) señalaban en esa dirección (PIPITONE, 2015: 122), y la tesis dominante entre los comunistas es que la historia avanza por etapas, la región estaba atrasada y hacía falta esperar. Es por esto que el triunfo de la Revolución cubana en 1959, y más aún su éxito en Playa Girón en 1961 y la radicalización comunista

en los años posteriores, cambian tantas cosas. De pronto, concluyeron muchos, para dar el gran salto histórico no hacía falta disponer de un país industrializado, ni de una democracia burguesa, ni de un gran ejército, ni de una clase obrera unificada o una mayoría electoral, ni disfrutar de una coyuntura extraordinaria o estar fuera de la influencia estadounidense. Parecía que un grupo decidido de combatientes podía, tras algunos años de insistencia y una buena dosis de heroicas penurias, derrotar a un ejército profesional, hacerse con el control del Estado y reafirmar su autonomía nacional en el traspaso mismo del imperio. El problema de los comunistas y otros radicales latinoamericanos, podía pensarse, no era la estructura social de sus países o la geopolítica del subcontinente sino el *método de lucha* (PIPITONE, 2015: 300-1).

El diagnóstico de la aceleración guerrillera va en sentido contrario a las nuevas consignas soviéticas. Stalin muere en 1953 y el XX Congreso del PCUS en 1956 es tomado convencionalmente como hito de la “desestalinización”, simbolizada por la filtración del “discurso secreto” que Nikita Jrushchov, Secretario General del Partido, pronunció durante el evento criticando los excesos de su antecesor. Poco después comenzaría el “deshielo”: una etapa en la que se liberaría a miles de presos en los gulags, se produciría un acercamiento temporal con el gobierno de Estados Unidos y se admitiría algo de crítica al interior de la Unión Soviética (KENEZ, 2006: 192-4) –no así en Hungría, cuya revolución sería aplastada meses después del Congreso. En cualquier caso, al comunismo prosoviético internacional se le imponía una autocrítica y la estrategia sugerida es conciliadora: la tesis clave lleva por nombre “coexistencia pacífica”. No es una consigna especialmente interesante para miles de jóvenes latinoamericanos que inspirados, entrenados y hasta armados por cubanos (y norcoreanos) se lanzan a organizar focos guerrilleros por todo el continente y lloran la muerte del Ernesto Che Guevara, su icono, acaecida en Bolivia en 1967. Sólo en Nicaragua, en 1979, tendrán éxito; los desenlaces del resto de las experiencias guerrilleras latinoamericanas poscubanas, urbanas y rurales, pueden clasificarse como fracasos, masacres o empates de larga duración -algunos aún hoy vigentes (PIPITONE, 2015: 310-1).

En contrastante estrategia, el comunista Salvador Allende llega por la vía electoral a la presidencia de Chile en 1970, apoyado por la Unidad Popular, una inestable coalición de

centro izquierda que se desintegrará pocos años después como parte del proceso que desemboca en el golpe de Estado de 1973 (PIPITONE, 2015: 148-150). En medio del asedio del palacio de La Moneda, Allende se despide por la radio diciendo “Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición“. La lección no es unívoca: Enrico Berlinguer, secretario general del Partido Comunista Italiano, lo verá como un refuerzo para la tesis del “compromiso histórico” con los democristianos,<sup>18</sup> otros concluirán que la caída de Allende demuestra la imposibilidad de la transformación no violenta y se sumergirán con renovadas energías en el foquismo.

Volviendo a México, anotemos que durante la presidencia de Alemán (1946-1952) se consolida la apuesta por la industrialización nacional en detrimento del sector rural, se vigila, persigue y encarcela a los comunistas y se alcanza una notable estabilidad política que será desafiada a finales de la década de los cincuenta por maestros, médicos y ferrocarrileros. Durante el gobierno de su sucesor, Adolfo Ruiz Cortines, se legisla el sufragio femenino (1953) y se inaugura la política económica del “desarrollo estabilizador”, que buscaba –su nombre bien lo indica- un crecimiento continuo y estabilidad económica. Una de sus metas era desarrollar el mercado interno mediante la industrialización, por lo que se apoyaron políticas de sustitución de importaciones, proteccionismo arancelario, limitaciones a la inversión extranjera, etc. El crecimiento en efecto se dio, de hecho a un ritmo sorprendente, y se acompañó de una veloz urbanización del país. La estructura productiva continuaba su reorientación hacia industria y servicios, en detrimento de la agricultura y la minería. Fueron años en que se expandió la educación pública, la cobertura de servicios de salud, creció la clase media y se redujo la pobreza, todo esto en un contexto de baja inflación y estabilidad económica internacional (KUNTZ, 2012: 312-4). También

---

<sup>18</sup> “¿Qué conclusiones debemos extraer de esta constatación? Quizá la propuesta para algunos iluminados de abandonar el terreno democrático y unitario para elegir otra estrategia hecha de fuegos de artificio pero con la que en todo caso es clarísimo el resultado rápido e inevitable de un aislamiento de la vanguardia y su derrota? Por el contrario, pensamos que si los grupos sociales dominantes juegan la baza de romper el marco democrático, de dividir en dos el país y de desencadenar la violencia reaccionaria, esto debe impulsarnos aún más a sujetar en nuestras manos sólidamente la causa de la defensa de la libertad y del progreso democrático, a evitar la división vertical del país y a dedicarnos con decisión, inteligencia y paciencia aún mayores a aislar a los grupos reaccionarios y a buscar todo posible entendimiento y convergencia entre todas las fuerzas populares.” (BERLINGUER, 2009:57)

fueron años de reactivación de luchas campesinas y gremiales (médicos, maestros, ferrocarrileros), así como de la fundación del movimiento urbano popular y del crecimiento de la teología de la liberación (CARR, 1996: 234-240). Fueron, finalmente, los años de una gran movilización estudiantil, que alcanzó su punto culminante en 1968, coincidiendo con las primaveras de París –criticada por el Partido Comunista Francés- y la de Praga – aplastada por el ejército del Pacto de Varsovia. En suma, al tiempo que la economía crece, el campo de la contestación en México se puebla de muchos nuevos actores.

Si usted era militante del PCM entre 1949 y 1968 –es el caso de varios de los entrevistados en esta tesis- tuvo ocasión de observar y a veces participar de una ola creciente de contestación social que incluyó la huelga magisterial liderada por Othón Salazar<sup>19</sup> en 1956 (CARR, 1996: 218), la movilización petrolera por independencia sindical en 1958<sup>20</sup> (CARR, 1996: 208), un ciclo creciente de lucha estudiantil,<sup>21</sup> la organización

---

<sup>19</sup> Anastasia: “Así es que tendría yo 17, iba a cumplir 18 años cuando yo terminé la carrera. Me faltaba la tesis, etcétera, ¿no? Pero en ese tiempo estaba el movimiento de Othón Salazar, que yo ni tenía idea de qué era eso porque nosotros vivíamos en una burbuja en el colegio de monjas, no conocíamos mucho la realidad que había. [...] Entonces nos llamaron a las escuelas donde se egresaban maestras, terminaban la carrera, las llamaron de la SEP para darnos plazas. Entonces, con un grupo de monjas que nos acompañó –porque no nos dejaban solas- fuimos a la SEP, entramos, pero cuando entramos, que estaban los de la huelga de Othón Salazar y empezaron a gritarnos ‘esquiroles, esquiroles’. Nosotros no sabíamos ni de qué se trataba eso ni qué significaba esquiroles, pero a mí en lo personal me sonó muy feo. Me sonó... no sé, desagradable. Cuando salimos de ahí que nos entrevistamos con las autoridades y nos dijeron que íbamos a cubrir plazas ¿no? De las personas que no estaban asistiendo a dar clases. No nos dijeron de estos... prácticamente nos dijeron ‘los maestros que no quieren dar clases, porque son flojos’, etc. Me regreso yo, ya todos muy contentos porque nos iban a dar trabajo, no sé qué. Pero cuando llego yo a la casa, platicando con mi papá, le pregunto qué cosa es esquirol. Y me explica... ¡pues a mí me sonó muy feo! Me explicó que eran las personas que iban a ocupar puestos de los que estaban en huelga luchando por sus derechos. Y a mí me sonó muy feo, se me hizo muy feo, no tenía yo idea de la política ni nada. Pero la explicación que me dio mi papá no me gustó.”

<sup>20</sup> Roberto: “Ingresé al partido porque yo era trabajador petrolero [...]. De hecho hubo el gran movimiento de los ferrocarrileros, encabezado por Demetrio Vallejo, en México, pero también hubo repercusiones en sindicatos como el petrolero. Había ahí una pareja de hermanos, por cierto de Minatitlán, llamados o apodados los Chimales, que encabezaron un movimiento aprovechando que se pospuso la revisión del contrato colectivo, que era cada año, y anduvieron moviéndose en las diversas secciones del sistema y lograron levantar un movimiento que culminó con un aumento global de nueve pesos diarios en aquella época –hablamos de 1958- pero los chimales, uno de los hermanos chimales pretendió luego ser electo como secretario general de la sección 35 del Sindicato Petrolero con sede en la refinería de Azcapotzalco y hubo muchos problemas con la autoridad, fraudes, trampas, no sé qué, entonces encabezó un paro general en la refinería, a resultas de lo cual fue a dar a la cárcel, junto con Demetrio Vallejo y los líderes ferrocarrileros. Con todo esto te quiero decir que hubo movilizaciones amplias sobre todo en el centro de la Ciudad, donde estaban las oficinas de PEMEX en ese entonces, muy cerca de El Caballito en la calle de Humboldt con Avenida Juárez, y ahí comencé a participar, comencé a moverme. Yo había comenzado a trabajar en PEMEX en 1953, en 57 quedé de planta, en 58 comencé a participar en los movimientos sindicales, en 59 por invitación de unos compañeros de la refinería comencé a militar en el Partido Comunista Mexicano.”

campesina independiente con Rubén Jaramillo<sup>22</sup> o Rubén Danzós Palomino –a quien usted hizo candidato presidencial en 1964-, la fundación de agrupaciones del movimiento urbano popular (CARR, 1996: 239-41) y la insurgencia ferrocarrilera de 1958 y 1959, cuya represión tal vez sufrió en carne propia (CARR, 1996: 219). Justificó en 1956 la intervención soviética en Hungría argumentando que la insurrección había sido instigada por agentes imperialistas y vio con entusiasmo el triunfo de la revolución cubana en 1959 y su radicalización socialista en los años subsiguientes; intentó enlistarse para defenderla cuando la invasión de Bahía de Cochinos<sup>23</sup> (ORTEGA, 2006: 56-7) y se sumó al Movimiento de Liberación Nacional, un esfuerzo liderado por Lázaro Cárdenas con la finalidad de crear un frente de izquierda en México (CARR, 1996: 236-7); tal vez pensó que la gesta cubana podía replicarse localmente y probó suerte en alguna de las guerrillas pioneras de los años sesenta, por ejemplo la de su camarada Lucio Cabañas en Guerrero (CARR, 1996: 236); también es probable que haya usted viajado a Cuba para conocer el socialismo real y aun si no tuvo oportunidad sí que pudo platicar con alguien que lo hizo.

---

<sup>21</sup> Sabina: “Estudí la secundaria en el Colegio del Estado que después pasó a ser la Universidad Autónoma de Guerrero. Me tocó estar en esa lucha por la autonomía de la universidad [...] Hacíamos nuestras mantas, porque antes no había para hacer lonas ni nada de eso. Hacíamos nuestros volantes en el mimeógrafo. Esas eran nuestras actividades. Y por supuesto participábamos en las luchas como la estudiantil de 1960, y en la lucha de los cívicos que estaba al frente Genaro Vázquez. Yo era una niña, yo ingresé al Partido Comunista, yo creo no en el 64, porque estaba haciendo la cuenta, yo he de haber ingresado en el 62, porque yo tenía unos 14 años e ingresé a la Juventud Comunista.”

<sup>22</sup> Adrián: “Entré al Partido Comunista Mexicano en 1961. El año anterior ya me había radicalizado mucho... participé en un grupo político de extrema izquierda encabezado por Rubén Jaramillo, un líder campesino del Estado de Morelos, que se supone es el grupo que guiaba al movimiento guerrillero en la zona de la costa grande de Guerrero [...] Como circulaba en círculos estudiantes con una posición tan radical, amigos míos se acercaron [...] y me dijeron ‘hombre, ya que estás tan acelerado... no andes solo’ el grupo de Jaramillo se había prácticamente disuelto, además Jaramillo fue asesinado al año siguiente. Me invitó a entrar al Partido Comunista, y así lo hice, eso fue en 1961 [...] en esa época estaba convencido de que estábamos organizando la revolución, que estaban las condiciones maduras para un cambio revolucionario. [...] y el entorno de la escuela donde yo estudiaba también era un entorno de izquierda, básicamente de izquierda. Diferentes corrientes de izquierda. Pero una izquierda muy avanzada, muy ligada a movimientos populares, a las protestas estudiantiles típicas de la época, demanda de la libertad de los presos políticos, de la no agresión a Cuba, y todo eso. De apoyo al movimiento ferrocarrilero, al movimiento de los maestros, que había ocurrido poco antes. Era un ambiente cargado de tensiones políticas.”

<sup>23</sup> Roberto: “Incluso lo que nos emociona mucho es luego la revolución cubana. [...] Primero era la gran ilusión, tanto que en el 61, la invasión, 18 al 21 de abril fue, oleadas de muchachos fuimos... la cámara de diputados estaba ahorita en donde ahora está la Asamblea de Representantes, en Donceles, había que irse a inscribir para pedir permiso para que te dejaran salir del país para irte [...] todos querían inscribirse para ir a luchar a Cuba. Yo fui con [...] con alguno de los compañeros rojos. Vimos una cola enorme y dijimos ‘No, aquí qué... formarse tres horas para ir a pelear...’ y creo que ni los recibieron o recibieron a algunos, les dijeron ‘no no no, no hay permiso y adiós’, el único que se fue era el General Cárdenas.”

Si usted era uno de los escasos miembros restantes del PCM a fines de los años cincuenta vivió la distancia creciente entre su organización y el Partido Popular (Socialista, PPS, a partir de 1960) de Lombardo Toledano, que cristalizaría en ruptura en 1958; y también la defenestración en el semiclandestino XIII Congreso del Secretario General del partido, Dionisio Encina, quien llevaba veinte años en el puesto, y el ascenso a la dirigencia del grupo de Arnoldo Martínez Verdugo –que lo ocuparía durante los siguientes y últimos veinte (CARR, 1996: 212-3; CONDÉS, 2000: 52-56). También, a la luz de todos estos acontecimientos, revisó algunas de las tesis que habían guiado la actuación del partido en las décadas precedentes, como la de la unidad sindical (CARR, 1996: 212-3) –que implicaba combatir los esfuerzos de los sindicalistas contestatarios-, y la de la encrucijada de la revolución mexicana –según la cual la sociedad tenía residuos feudales y el régimen potencial progresista, por lo que había que ayudarlo a desplegarlo en alianza con la burguesía nacional. En contraparte, poco a poco se instaló la idea de que en México era necesario hacer una *segunda* revolución porque la primera estaba agotada y por tanto no había alianza posible con los burgueses mexicanos (CARR, 1996: 225, 236, 254-255). Si usted militó en el PCM durante estos años fue espiado por las agencias de seguridad, acosado por la policía y en algunos casos encarcelado o asesinado; hay por cierto posibilidades de que lo hayan expulsado del partido por prochino tras la ruptura sinosoviética (CARR, 1996: 252-3).

Si usted militaba en el Partido Comunista en la década de los sesenta escribió en la revista académica marxista *Historia y sociedad* o la leyó, y si no esa, tal vez sí *Política, Siempre!*, *Punto crítico*, *Cuadernos políticos*, *Estrategia* o *¿Por qué?*. Es posible, por ser éstos años de expansión de la izquierda entre los jóvenes en las universidades públicas, que usted haya sido enviado a estudiar a la Universidad Patricio Lumumba de Moscú, formado parte de la Juventud Comunista Mexicana e impulsado desde allí la creación de la Central Nacional de Estudiantes Democrático (CNED), que se concebía como una alternativa a las organizaciones de juventudes priistas (CARR, 1996: CONDÉS, 2000: 14-5; ORTEGA, 2006: 83). De ser así, participó desde los clubes de la Juventud (ORTEGA, 2006: 61) o

desde la CNED en el movimiento estudiantil de 1968,<sup>24</sup> celebró sus progresos y padeció su represión y derrota, sufriendo varios años de encarcelamiento o integrándose al comité que luchaba por la liberación de sus camaradas (CARR, 1996: 262-269). Después de la represión, encontró intolerable el paralelo entre el aplastamiento de la primavera de Praga y la masacre de Tlatelolco y condenó la intervención soviética en Checoslovaquia, primer desplante de independencia internacional del PCM. Puede que en algún momento después del 2 de octubre de 1968 usted haya perdido la paciencia con la línea del partido –a pesar de su creciente radicalización (CARR, 1996: 255-257; CONDÉS, 2000: 11-71)- y formado parte de las escisiones guerrilleras, notablemente la de quienes se sumaron a la Liga Comunista 23 de Septiembre (CARR, 1996: 261-2, 270-274). Aún si decidió no pasar a las filas armadas, tuvo abundantes noticias de la guerra sucia pues conocía usted gente que en esos años fue acibillada, secuestrada o torturada por agentes del Estado o paramilitares. En caso de permanecer dentro del partido, intentó vincularse con la nueva oleada de insurgencia obrera de principios de los setenta a través del Movimiento Revolucionario del Magisterio o del Movimiento Sindical Ferrocarrilero o trabajó en el surgimiento del sindicalismo universitario (por ejemplo en la fundación del Sindicato de Trabajadores y Empleados de la UNAM); si era aún estudiante, se organizó en clubes adscritos a la Juventud Comunista,<sup>25</sup> reclutó de entre sus compañeros escolares y organizó “frentes amplios”,

---

<sup>24</sup> Rebeca: “para los comunistas [...] lo importante era tener impacto en el movimiento [de 1968]. Organizar el movimiento, tener influencia. ¿Y cómo tienes influencia en el movimiento? Porque tienes una línea política. [...] yo me formé en eso, yo no sé otros, pero yo al menos me formé por esta experiencia en que nosotros teníamos que ser electos, siempre, teníamos que tener el reconocimiento político de nuestros compañeros. [...] ¿cómo uno actúa en un movimiento de masas? Llevando la opinión de quienes estás representando. Pero esa opinión de quienes están representando tienes que convencerlo que sean tus puntos de vista [...] Yo me eduqué en esta idea, en la idea de representar a tu comunidad para influirla, justamente para ejercer esa influencia y claro que para eso, bueno, pues tienes que tener muchas cualidades, no solamente las habilidades para convencer, sino cuando menos en el movimiento... pues la capacidad de trabajo. Porque en las huelgas se trabaja muchísimo. Y nosotros trabajamos muchísimo. Porque se forman [...] los comités de lucha, pero los comités de lucha eran muy amplios, había muchísimos estudiantes, pues ahí actuábamos nosotros con representación, los electos, y pues nosotros los comunistas era la base, digamos, fundamental del trabajo. Por ejemplo, de que la propaganda estuviera lista, de hacernos de los mimeógrafos.”

<sup>25</sup> Ernesto: “Pues digamos que [integrarse a un club de la JC en 1970] era una manera de participar en un grupo político que tenía cierta institucionalidad, teníamos incluso un cubículo en la prepa, en la cual nos reuníamos a hacer actividades políticas pero también actividades culturales, era como una mezcla extraña en la que había como dos niveles, que era la participación política, los que éramos parte de esa célula, pero también había como simpatizantes afuera con los cuales teníamos comunicación y hacíamos actividades y cosas así. [...] había de pronto actividades como pegar propaganda, repartir periódico, hacer como ese tipo de actividades más específicas que aparecían de vez en cuando. Incluso en la madrugada, por ejemplo, pues era una época de persecución o de cierta represión después del 68, entonces muchas de esas actividades tenían



marchó repetidamente en contra de la invasión norteamericana a Vietnam, se sumó una vez más al movimiento estudiantil en 1971... y fue reprimido en el famoso Halconazo del 10 de junio (CARR, 1996: 277).

#### **1.4 1975-89: El horizonte de las revisiones**

México, 1975: Gobierna Luis Echeverría. Su gestión reactivó la reforma agraria, fue portavoz de un discurso antiimperialista en la arena internacional, logró atraerse la simpatía de un sector de izquierdistas e intelectuales, combatió sangrientamente los movimientos guerrilleros y abusó, igual que su predecesor, de las líneas de crédito internacional. La carga del servicio de la deuda, el déficit público y la sobrevaluación del peso presagiaban una crisis cambiaria y desde 1973 los capitales comenzaron a fugarse. En 1976 finalmente se decidió devaluar el peso un 59%: “no había otra alternativa. No quedaban reservas internacionales, había una inflación del 22% y la deuda externa del país había llegado a casi 30000 millones de dólares” (KUNTZ, 2012: 322). La devaluación produjo mayor inflación, dolarización de los depósitos, incertidumbre financiera y efectos depresivos en la economía. El milagro económico mexicano había llegado a su fin.

¿De dónde venía todo ese dinero? Innovaciones financieras y de comunicación posibilitaron desde la década anterior un desarrollo sin precedentes del mercado internacional de capital. En este contexto, la acumulación de divisas en los países de la Organización de Países Exportadores de Petróleo generó la necesidad de reciclar sus excedentes, y con ello una expansión mundial de la oferta de crédito. Las economías desarrolladas, que sufrían los efectos de la crisis del petróleo tras la guerra de Yom Kippur (1973), no tenían la capacidad de demandar ese capital, y los bancos buscaron diversificar su cartera de clientes, volteando a ver a los países latinoamericanos (THORP, 1998: 220), entre ellos México, que desarrolló su propia industria energética con ese extraordinario flujo de divisas.

---

que ser clandestinas. Por ejemplo, ir a pegar carteles en la madrugada, a la hora en que la policía cambiaba de turno, ese tipo de cosas, que eran propias de esa militancia.”

En 1982 tuvo lugar una segunda y más severa crisis financiera, igualmente vinculada a la sobrevaluación de la moneda, las fluctuaciones en el precio del petróleo y la deuda externa, que culminó con la nacionalización de la banca en los últimos meses del mandato de Adolfo López Mateos. Para ese momento los partidos políticos se habían multiplicado al amparo de reformas políticas y electorales que permitieron a varias organizaciones registrarse para participar en elecciones y a los opositores obtener escaños de representación proporcional en la cámara baja. El sexenio de López fue el último del modelo económico desarrollista: en los años de su sucesor, Miguel de la Madrid, el país entraría progresivamente en la ruta de las privatizaciones, liberalización comercial y financiera, recorte del gasto público, flexibilización laboral, programas focalizados de combate a la pobreza, integración económica regional y disciplina fiscal, conjunto de medidas de política económica comúnmente agrupadas bajo el mote de neoliberalismo. El proceso de apertura de la economía coincidió con una ruptura en el seno del PRI: un grupo encabezado por prominentes miembros del partido conocido como Corriente Democrática (CD), abandonaría sus filas tras la designación de Carlos Salinas en 1987 como candidato presidencial del oficialismo. Cuauhtémoc Cárdenas, de la CD, conseguiría postularse y reunir detrás suyo un impresionante abanico de fuerzas políticas y sociales que tuvieron como resultado la primera contienda electoral interesante en medio siglo. El Partido Mexicano Socialista, heredero del Partido Socialista Unificado de México, heredero del Partido Comunista Mexicano, optaría tras muchas dudas por apoyar a Cárdenas y, después de la derrota y en medio de fuertes sospechas de fraude, efectuar una última transmutación para fundar con él el Partido de la Revolución Democrática.

Los principales partidos comunistas europeos (italiano, español y francés) viraron hacia posiciones reformistas y democráticas bajo el signo “eurocomunista” algo antes de que la Unión Soviética, bajo la dirigencia de Leonid Brezhnev, se enfrascara en una sangrienta guerra en Afganistán (1979-1989), uno de los últimos teatros de la guerra fría. Estos son también los años de la última oleada de dictaduras militares en América latina tras los golpes de 1973 en Chile y Uruguay y el de 1976 en Argentina, y también de violentísimas guerras civiles en países centroamericanos: todo esto implica un flujo continuo de refugiados y exiliados a México. La economía soviética se “estanca” y a mediados de los años ochenta Mikhail Gorbachev, el presidente, encabeza un proceso de

reformas de liberalización política y económica. En 1989 es derrumbado el Muro de Berlín, al año siguiente Alemania se reunificaría; también en 1989 el Partido Comunista Checoslovaco pierde el monopolio político por efecto de la “revolución de terciopelo”. Faltan menos de dos años para que en 1991 se desintegren Yugoslavia y la Unión Soviética, fragmentadas en numerosas repúblicas independientes que mayoritariamente emprenden la ruta del desarrollo capitalista: es el fin de la guerra fría, y los comunistas no ganaron.

Si usted fue militante del Partido Comunista Mexicano en 1975 se enteró de las resoluciones de su XVII Congreso,<sup>26</sup> que daban marcha atrás en el radicalismo y decretaban el abandono del abstencionismo electoral. Ayudó en la campaña de Valentín Campa a la presidencia en 1976 a sabiendas de que el partido no contaba con registro electoral y por tanto era imposible que el veterano sindicalista obtuviera siquiera un conteo de votos, pero de todas formas recorrió el país y al final usted declaró con él que se obtuvieron un millón de sufragios a favor del proyecto comunista, que incluía los derechos electorales del clero en la plataforma electoral como un gesto que reconocía en la Teología de la Liberación una fuerza aliada.<sup>27</sup> Observó con interés el desenvolvimiento del eurocomunismo en España,

---

<sup>26</sup> Leopoldo: “Yo no tenía muy claro, pero eso es un Congreso del Partido Comunista. Y la elección de los delegados. Y las triquiñuelas obvias de toda la política. ¿Cómo logro mayoría?, ¿cómo hago minoría al otro? Que la política no solamente es que se exprese la mayoría y la minoría, sino como logras tú que alguien se convierta en mayoría, y cómo logras que alguien se convierta en minoría. [...] Y después me tocó conocer a los poblanos en los congresos nacionales, a los duranguenses, chihuahuenses. Era también el Congreso del Partido Comunista el encuentro con gente de todo el país, y a veces también algunos delegados extranjeros. La sencillez de algunos delegados de Partidos Comunistas latinoamericanos y la elegancia de los italianos (ríe) allá eran un partido legal poderosísimo, y en cambio nuestros compañeros de Guatemala, de Centroamérica, eran perseguidos, maltratados, y pobres. Los Congresos eran también el punto de conocer el mundo. El mundo de México, porque llegaban los veracruzanos, los tamaulipecos, los oaxaqueños, los yucatecos con su tonito. [...] Eran estos individuos de todo el país, pero no creas que eran muchos. Los comunistas eran poquísimos en el país, pero eran de todos lados. De Querétaro dirigentes obreros, moderados, modestos, ah, y ya teníamos militantes del Partido en las minas, donde descubrí quienes eran en sus manos, unas manos gruesas, rudas, casi como la de los campesinos. Pero no su porte y su estilo, no era de los campesinos. No usaban sombreros, usaban gorra. Los militantes campesinos todavía eran sombrero. Y los obreros mineros eran de gorra. Unas manos rudísimas, rudísimas. [...] Que eso era para mí los Congresos del Partido Comunista.”

<sup>27</sup> “Nuestros planteamientos democráticos consecuentes, que incluía el del derecho a participación de los miembros de las iglesias en la política electoral, nos hizo combatir con energía los casos concretos de altos dignatarios y curas de la Iglesia católica que participaban a favor de la gran burguesía y su candidato del PRI, lo que nos llevaba a subrayar, por otro lado, el derecho de los curas a votar y ser votados. Nuestro argumento era contundente. La mayoría de los dignatarios de la Iglesia católica, y también la mayoría de los sacerdotes de tendencia conservadora, participaban abiertamente, inclusive desde el púlpito, en la campaña electoral a

Italia y Francia, y posiblemente admiró a Berlinguer,<sup>28</sup> el secretario general del Partido Comunista Italiano. Supo que Arnoldo Martínez se reunía con Jesús Reyes Heróles, secretario de gobernación, para negociar los términos de la Ley Federal de Organizaciones Políticas y Procedimientos Electorales, juntó firmas para obtener el registro electoral condicionado que la nueva legislación admitía – tal vez falsificó algunas (AVILÉS, 1991: 19)- y luego hizo campaña en alianza con otras agrupaciones para el proceso intermedio de 1989 y pudo votar por sus camaradas tras décadas de exclusión electoral. Celebró después de los resultados de los comicios el ingreso de 18 diputados de representación proporcional al Congreso Federal y, si era usted uno de ellos, donó durante su mandato la mayor parte de su dieta para el sostenimiento del partido y tuvo que familiarizarse con las restricciones que imponía ser una minúscula minoría en un cuerpo legislativo con 400 curules hegemonizado por el PRI.

Si usted fue miembro del PCM en estos años siguió con entusiasmo las noticias del triunfo de Salvador Allende en Chile y lo fue a ver en su gira por México a finales de 1972. También vio con terror el ascenso de dictaduras militares y las guerras civiles en varios países de América latina y conoció en el exilio a camaradas brasileños, chilenos, argentinos, uruguayos, salvadoreños y guatemaltecos; incluso es posible que los haya usted albergado temporalmente en su domicilio. Redactó, editó, leyó o repartió el semanario *Oposición* del partido y ayudó en la organización de sus festivales culturales<sup>29</sup>; a partir de

---

favor de los grandes terratenientes y burgueses y de su candidatura prisita. En cambio, los curas revolucionarios y democráticos eran hostilizados y hasta perseguidos por la policía” (CAMPA, 1978: 204)

<sup>28</sup> Antonio: “para mí el paradigma del comunista era Berlinguer, el dirigente del Partido Comunista Italiano. Creador de teoría, de tesis, un gran organizador y un intelectual... no en balde la muerte de Aldo Moro, el asesinato de Aldo Moro, y después la muerte de Berlinguer pues provocó en Italia, primero, la imposibilidad del compromiso histórico. Que esa era la gran tesis que elaboró en lugar de que después del golpe de Chile, el golpe contra Allende, todo el mundo empezó a empuñar las armas, en los periódicos, en la prensa, Berlinguer salió con la tesis del compromiso histórico. En muchos sentidos, creo que él para mí encarna la personalidad o la fisonomía de un Partido Comunista. Del Partido Comunista, dijéramos, que yo anhelaría.”

<sup>29</sup> Benita: “En realidad había una comisión del Partido que se encargaba de [organizar los festivales de *Oposición*], había una comisión internacional que ya llegando el festival pues muchos nos involucrábamos en tareas de carácter organizativa, tareas desde las cuestiones de ‘aquí te toca esta vigilancia para que todo esté en orden’ o ‘te toca ayudar en un *stand*’ o ‘necesitamos a alguien que hable ruso, o que hable inglés, o que hable polaco porque van a venir las delegaciones’. Yo en lo personal nunca tuve facilidad para los idiomas, así es que a mí me tocaba con las latinoamericanas, eso me gustaba mucho. Desde el principio nosotros estábamos involucrados en esta idea del Partido Comunista de que la lucha política es internacional. No importa si tú vives en un lugar, te puedes involucrar con una lucha obrera, con una lucha popular, con una

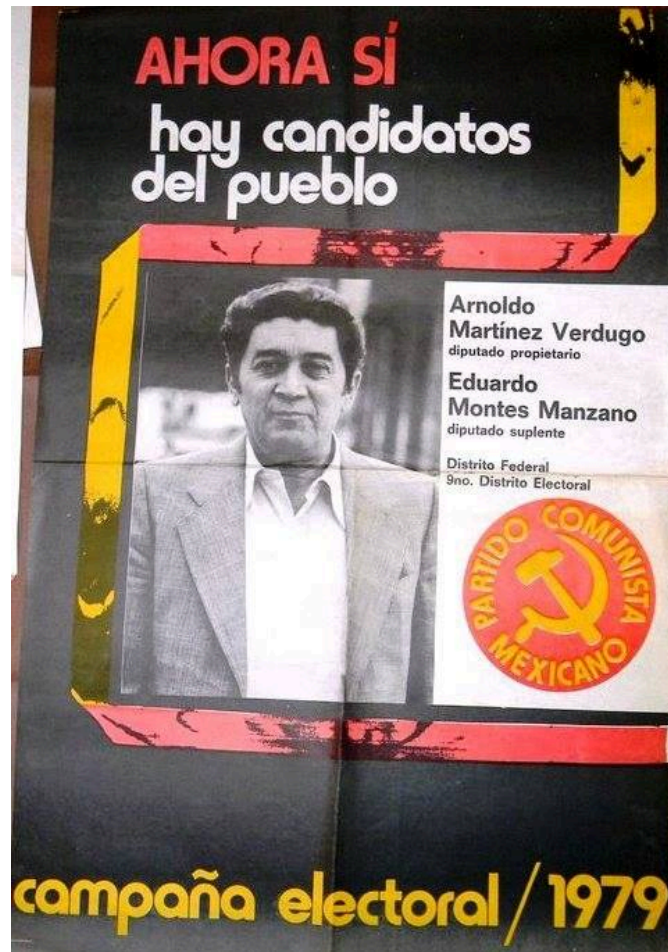
1976 leyó la *Proceso* y al año siguiente pudo suscribirse al diario *Unomásuno*; en 1979 presencié la reaparición de *El Machete*, pero ahora en formato de revista dirigida a la opinión pública en la que colaboraban intelectuales de varias tendencias y no sólo comunistas. Puede que usted haya celebrado el espíritu de apertura de la publicación y también puede que lo haya denostado o estimado que su facción recibía insuficiente atención allí, en contraste con la concedida por la revista *DI*. Si fue de los segundos vio con buenos ojos su desaparición sin explicaciones en 1981 por cortarse el subsidio del Comité Central que la mantenía a flote (CARR, 1996: 287-289). En los siguientes congresos del partido discutió largamente sobre si era adecuado continuar hablando de “dictadura del proletariado” o si los nuevos tiempos hacían más propicio reemplazar esos términos por “poder obrero democrático”, se posicionó en 1980 en torno a las demandas que un grupo de retadores autodenominado “renovadores” dirigió a la dirigencia de Martínez Verdugo, y si lo hizo en su contra, le apodaron “dinosaurio”; también admitió con más o menos resistencias la incorporación de la agenda de género en el programa de la organización (CARR, 1996: 289-90). Finalmente, en 1981, tuvo que decidir si quería continuar participando tras el proceso de unificación de la izquierda que el PCM encabezó, fusionando cinco agrupaciones en aras de fundar el Partido Socialista Unificado de México (PSUM). Si no rompió filas, participó de todo tipo de desavenencias orgánicas entre las fuerzas unificadas y sus liderazgos, y vio –con alivio o desánimo- a varias de ellas abandonar la unión en los años subsecuentes. En medio de la debacle económica, presencié la perplejidad del partido y su incapacidad para capitalizarla electoralmente. Tal vez usted celebró, durante la crisis de 1982, la decisión del presidente José López Portillo de nacionalizar la banca estimando que “provino [...] del inagotable manantial constitucional de la Revolución mexicana que sigue brotando en el interior del Estado” (BARTRA, 2000: 37), o por el contrario, fue de la opinión de que el régimen sólo reaccionaba en defensa del capitalismo, estaba podrido y había que enfrentarlo sin contemplaciones; puede que usted estimara que la lucha parlamentaria abría un horizonte de integración política para el PCM, o quizá fue de la idea de que la llevaba a abandonar los frentes populares y sindicales a cambio de moronas en el Estado y que todo el viraje electoral le hacía el juego a la derecha;

---

causa sectorial, de los maestros, de las mujeres, de los niños, y es importante relacionarse con el mundo. Eso a mí me gustaba mucho del Partido, porque todas las causas justas eran motivo de nuestra competencia.”

es factible que usted pensara en apoyar las medidas de austeridad pero más probable que se pronunciara por denunciar y combatir frontalmente la carestía y asumiera que el neoliberalismo era el último y más voraz engendro del capitalismo. En cualquier caso, tuvo oportunidad de ver a sus líderes entrevistados en los medios de comunicación masiva y retratados en propaganda electoral apelando al “pueblo” y no al proletariado (ver Ilustración 6: “Ahora sí hay candidatos del pueblo”), continuó votando por ellos y seguramente asistió al cierre de campaña presidencial de Arnoldo Martínez Verdugo en 1982 en la Plaza de la Constitución, evento que recuerda cariñosamente con el nombre “zócalo rojo”. También fue presa del desánimo ante los mediocres y cada vez peores resultados electorales del PSUM, y puede que eso lo llevara a ver con buenos ojos el siguiente esfuerzo de unificación que daría lugar al Partido Mexicano Socialista (PMS) en 1987, y posteriormente la declinación de su candidato presidencial en 1988, Heberto Castillo, a favor de Cuauhtémoc Cárdenas, recién escindido del PRI y encabezando con su Frente Democrático Nacional (FDN) un movimiento con un arrastre masivo como jamás había usted visto en la oposición. Tras las elecciones y la “caída del sistema” que las hizo tan sospechosas es probable que usted haya entrado en cólera y desde entonces esté seguro de que el triunfo de Carlos Salinas se debió a un fraude. Meses más tarde, usted debió posicionarse una vez más, en esta ocasión a favor o en contra de fundar un nuevo partido que fusionara al PMS con los restos del FDN cardenista. Si estuvo a favor, continuó militando, pero ahora en el Partido de la Revolución Democrática (PRD), una agrupación de masas dominada por ex priistas que conservó pocos rastros de su origen socialista pero le dio a usted la posibilidad de cobrar un salario por militar, de ganar elecciones y de participar en gobiernos municipales y estatales, notablemente el capitalino a partir de 1997. Si estuvo en contra, abandonó al partido, y con suerte, pocos años más tarde, recibió una invitación de Luis Donaldo Colosio, Secretario de Desarrollo Social, para colaborar en el Programa Nacional de Solidaridad, donde pudo reencontrarse con todo tipo de viejos cuadros de la izquierda radical. Cualquiera haya sido su decisión, para el momento en que tuvo noticias de la caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989 ya no estaba usted en el Partido Comunista Mexicano, Sección de la Tercera Internacional Comunista, pues éste había cesado de existir y su herencia se diluía velozmente al converger con las mucho más caudalosas aguas de la izquierda nacionalista mexicana.

### Ilustración 6: “Ahora sí hay candidatos del pueblo”



Nota: Díptico electoral, 1979.

Fuente: Extraído del perfil de Facebook de David Flores Guerrero <<https://www.facebook.com/dfloresguerrero>>

#### 1.5 Cortes y viñetas para un horizonte del presente

El cambio histórico operado a partir de la disolución del último heredero del PCM para fundar el PRD (1989) es un asunto subyacente a buena parte de las reflexiones en esta tesis. Los procesos familiares que estamos estudiando tienen lugar en un cambiante y compartido contexto que opera como mediación de las transmisiones. Del mismo modo que, según vimos en los apartados precedentes de este capítulo, no es lo mismo ser comunista en el horizonte de las revoluciones que serlo en el horizonte de las revisiones, hay que entender

que no es lo mismo contar a los hijos que uno fue comunista teniendo como marco para el relato la cúspide del desarrollo de la industria aeroespacial soviética que el mundo unipolar neoliberal –ni tampoco es lo mismo ser hijo de un comunista inmediatamente después de la victoria soviética contra el nazismo que serlo en las postrimerías del aplastamiento de la primavera de Praga por el ejército del Pacto de Varsovia. El contexto histórico marca los límites de las experiencias posibles, y eso incluye la tónica de las recordaciones y apropiaciones de las experiencias pasadas. Retomemos el recorrido y preguntémosnos, ¿qué contienen los horizontes de experiencias posteriores a la disolución del PCM?

Nos serviremos de cuatro cortes para contar sintéticamente la historia que separa el momento de escribir estas líneas de 1989, año de la última fusión orgánica de los viejos militantes del PCM. Usaremos los cortes a guisa de contornos para viñetas cuya selección ha dependido de la relevancia que los entrevistados les proporcionaron en su lectura del pasado reciente y el mundo actual. El primer corte es la caída del muro de Berlín en 1989, meses después de la fundación del PRD en México. Esa fecha clave de la reunificación alemana es usualmente tomada como símbolo y referencia cronológica para el derrumbe del mundo socialista: perestroika, glasnost, desintegración de la Unión Soviética y de Yugoslavia, caída de los regímenes socialistas en Europa oriental, todo esto en un veloz dominó que en pocos años dejó, donde solía estar la matriz de uno de los bloques contendientes de la guerra fría, un mosaico de naciones en la ruta de la institucionalidad democrática y la economía de mercado. El segundo corte es el levantamiento neozapatista en Chiapas de 1994: una insurgencia indígena –no proletaria- que decidiría apostar por la construcción de autonomía local –y no por tomar el Estado nacional- y capturaría la imaginación del mundo –especialmente del altermundismo- al final del sexenio salinista, periodo que consolida en México el viraje neoliberal. Un año después, recién iniciado el periodo de Ernesto Zedillo, el país enfrentaría una crisis financiera más, conocido localmente como “error de diciembre” e internacionalmente, por sus repercusiones, como “efecto tequila”. El tercer corte es la alternancia en el gobierno federal en el año 2000: la victoria de un candidato opositor en la contienda presidencial, precedida por la fragmentación de la Cámara de Diputados tres años antes, marca una ruptura en el monopolio priista sobre las instituciones del Estado. Son años de grandes expectativas, de decepciones igual de grandes y del surgimiento de una incontrolable espiral de violencia



estatal y criminal que tiene su último episodio prototípico en la reciente masacre de Iguala y desaparición de 43 normalistas de Ayotzinapa (2014). El cuarto corte, que es ya el horizonte del presente inmediato, tiene cuatro coordenadas que gravitan, sin excepción, sobre todas las entrevistas: a) el regreso del PRI a la presidencia en 2012; b) el Pacto por México –una alianza legislativa entre las principales fuerzas políticas, incluido el PRD, que permitió avanzar la agenda presidencial en materia de política energética; c) la fractura de la izquierda con el surgimiento del partido Movimiento de Regeneración Nacional (MORENA) -un paso en sentido contrario a las fusiones de los años ochenta-; y d) el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Cuba.

Cada uno de los cortes antes mencionados sintetiza una transformación histórica que distancia el contexto de la experiencia militante de los padres del presente compartido con los hijos. La caída del Muro de Berlín es el fin del referente soviético: fuese un ejemplo de progreso o uno de barbarie, la URSS se alzó durante casi todo el siglo XX como uno de los polos de un mundo dividido, una alternativa clara a la democracia liberal y a la economía de mercado y un desafío a la hegemonía global de Estados Unidos. Dice Aldo Agosti:

No se puede negar que el comunismo –como forma particular y específica de organización social, económica y política de la vida, como propuesta de solución para los problemas de la humanidad y como movimiento social y político –casi ha desaparecido por completo, después de haber dominado gran parte del siglo que acaba de cerrarse [...] ha fracasado definitivamente el gran proyecto unitario y el sistema de vínculos ideológicos y organizativos que al menos recubrían de una pátina de unidad [...] fenómenos políticos y sociales que en muchos aspectos eran muy diferentes. [...] esas supervivencias o herencias del comunismo [...] han perdido la capacidad de representar un desafío y una alternativa histórica al sistema económico capitalista [...] (2007: 18)

En el horizonte del presente tenemos un mundo globalizado y multipolar casi enteramente cubierto por democracias representativas y la acción de corporaciones transnacionales: muchas cosas han cambiado desde entonces.

La consolidación del modelo neoliberal en México constituye una ruptura con la tradición priista y con los últimos restos del pacto posrevolucionario. La militancia en el PCM se dio en un país que crecía económicamente, cuyo gobierno –casi siempre presidido por abogados formados en la UNAM - fijaba tasas de cambio, aranceles a la importación, cada tanto repartía tierras, se apoyaba en sus corporaciones obreras y campesinas, fomentaba políticas de industrialización y desarrollo del mercado interno, controlaba precios, expropiaba empresas, asilaba izquierdistas latinoamericanos e invocaba un

discurso antiimperialista en la arena internacional. En el presente la economía está estancada y vivimos crisis y recesiones recurrentes mientras el gobierno privatiza bajo distintos esquemas todo tipo de servicios, choca diplomáticamente con las izquierdas regionales en el poder, flexibiliza el mercado laboral para competir ventajosamente por la inversión extranjera, levanta aranceles, ejecuta programas focalizados de combate a la pobreza, deja flotar la moneda y orienta la economía hacia la exportación. La alternativa radical a la nueva tendencia del capitalismo global no es ya la economía planificada –Cuba atraviesa en los años noventa por el “periodo especial” y difícilmente despierta envidias– sino la autonomía y el indigenismo neozapatistas.

La alternancia política también es una fuente de cambio en el horizonte generacional. Para entenderla en toda su importancia hay que recordar el concepto de “carro completo”, la expresión con la que se designaba a la victoria priista en *todas* las contiendas electorales. Durante más de medio siglo, el PRI tuvo el monopolio del acceso a las instituciones del Estado –la disputa política real por esas posiciones se daba al interior del partido oficial y no en procesos de elección popular, que sin embargo se realizaban religiosamente como parte del ritual de sucesión política. El año 2000 marca la culminación de un proceso de reforma que abre posibilidades reales de legislar y gobernar para las fuerzas opositoras, y también activa todo tipo de mecanismos constitucionales de pesos y contrapesos hasta entonces latentes. En México, la disputa política institucional en el 2015 es bastante distinta a la que rigió durante todo el siglo XX: tiene tribunales electorales, un órgano autónomo que organiza los comicios, un abanico de fuerzas partidarias relevantes en disputa, debates de candidatos presidenciales, cámaras legislativas fragmentadas, candidaturas independientes, 23 Estados con al menos una alternancia en sus ejecutivos, etc. Por otra parte, la alternancia política y las nuevas instituciones no han acabado con muchos de los viejos problemas del sector público, como la corrupción –si acaso más visible que antes– a la que el actual presidente, cuya esposa compró a un contratista del gobierno una casa de siete millones de dólares (ARISTEGUI NOTICIAS, 2014), califica de “asunto de orden cultural” (ANIMAL POLÍTICO, 2014). Lo que sí se ha transformado es la violencia: el gran tema en la agenda pública desde 2006 es el combate a una delincuencia cuyos vínculos con el Estado se revelan con creciente frecuencia y aportan justificación a movimientos de autodefensa. Los “narcos” son el gran personaje del México actual.

El contexto inmediato de las entrevistas de esta investigación son las elecciones federales intermedias de 2015, las primeras en las que MORENA participa como partido político, obteniendo el 8.3% de los sufragios. Sumados sus votos con los del PRD (11%), el partido Movimiento Ciudadano (6%) y el Partido del Trabajo (3%) se obtiene un 28% de la votación para una fragmentada izquierda: un resultado bueno si se lo compara con otras elecciones intermedias, pero regular si se toma como referencia la campaña presidencial de 2012, en que la coalición de izquierda “Movimiento progresista” (MC, PT, PRD) no sólo fue posible sino que consiguió algo más de la tercera parte de los votos válidos. La escisión de MORENA, movimiento originalmente anexo al PRD, se da en el marco del Pacto Por México, una alianza legislativa entre las principales fuerzas políticas que llevó al principal partido de izquierdas a votar en contra de algunas de sus posiciones tradicionales, notablemente en materia de política energética. Que el último heredero del Partido Comunista votara a favor de una reforma que daba entrada a las petroleras transnacionales al país, lo que constituye una violación del canon nacionalista y estatista que durante muchos años le dio identidad a la izquierda mexicana, fue un giro algo brusco y por muchos –entre ellos la mayoría de los descendientes de exmilitantes entrevistados- es vivido como el último episodio de un desdibujamiento de las diferencias entre las opciones políticas institucionales. Por último, una de las noticias internacionales más impactantes que circularon en paralelo al trabajo de campo de esta investigación fue la del restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Cuba: con ello y todas las reformas económicas recientes en la isla se cerró, oficialmente, un ciclo más de la guerra fría.

## 2. Relación de los exmilitantes con el pasado

Concibamos la relación con el pasado como el vínculo subjetivo que un actor establece con un acontecer pasado, según lo imagina o recuerda, y del cual puede o no haber participado. Nuestro argumento establece que los efectos de una experiencia partidaria concluida sobre los hijos de los exmilitantes están mediados por el tipo de relación que éstos establecen con su pasado en la organización. La forma que en esta investigación empleamos para explorar la relación que los exmilitantes tienen con su pasado partidario es entrevistarlos al respecto, solicitándoles una narración general y descripciones particulares sobre diversos aspectos de su militancia en el PCM y de sus ideas actuales sobre esa etapa de sus vidas. Esto nos ha permitido observar variaciones en este primer tipo de vínculos –del actor con su propio pasado- y conceptualizarlas de modo tal que los casos resulten comparables. En particular son tres las dimensiones que exploraremos del concepto “relación con el propio pasado”: afectividad, trama narrativa y continuidad. La primera refiere a los sentimientos que la evocación inspira, la segunda al modo de narrar y la tercera a todo tipo de pervivencias de ese pasado en el presente del actor: vínculos de amistad, objetos conservados, pertenencias identitarias, códigos, coordenadas ideológicas, etc. Exploraremos estas tres dimensiones a partir de la comparación de tres casos. El primero es el del matrimonio formado por Sabina (1948) y Antonio (1940). Antonio ocupó puestos de dirigencia en el PCM, fue preso político de 1968 a 1971, y ambos continuaron –y continúan- activos en política, si bien no hicieron el tránsito del PCM al PSUM en 1981. En los noventa los dos ocuparon cargos públicos de elección popular, Sabina fue en las últimas elecciones (2015) candidata por MORENA a una gubernatura y Antonio dirige un proyecto académico sobre la historia de la izquierda en México. El segundo caso es el de Roberto (1938), quien ingresó al Partido Comunista en 1959, integrándose a una pequeña célula de la refinería de PEMEX en Azcapotzalco, donde trabajaba como obrero. Roberto formó parte de una escisión de comunistas del Distrito Federal en los años sesenta, pasó por múltiples pequeñas organizaciones, participó en el movimiento del 68 y luego se reintegró al PC en los setentas, dedicado ya al guionismo televisivo y a la literatura. No hizo el tránsito al PSUM en 1981 –el año anterior se había desvinculado del Partido Comunista- pero siguió participando políticamente y votando a los herederos de su partido. El tercer caso es el de Ernesto (1954), que tuvo una aproximación corta a la Juventud Comunista durante su paso por una Preparatoria de la UNAM (1970-

1973). Poco antes de que él ingresara a la licenciatura el Partido decidió disolver a la Juventud y, según cuenta en entrevista, sobrevino un proceso de afiliación selectiva de sus integrantes a la organización principal. Ernesto no pasó la prueba, con lo cual quedaba efectivamente expulsado, pero siguió en contacto y colaborando con sus viejos camaradas durante sus años en la Facultad de Filosofía y Letras en los setentas. Después, ya alejado del comunismo, entró a trabajar en una universidad pública y tuvo participación sindical, para luego desencantarse de la actividad política. Hoy Ernesto se define como liberal y fractura su voto entre el PAN y el PRD.

## 2.1 El tipo “Puedo morir como nací”

Los exmilitantes del PCM asocian diversos sentimientos con la evocación de su paso por el Partido. En el caso de Sabina y Antonio, entrevistados simultáneamente, los sentimientos que prevalecen son orgullo y satisfacción. Declara la primera: “para mí [ser comunista] siempre ha sido un orgullo, y siempre lo he defendido delante de quien sea, y me lo creen.” Y Antonio complementa más adelante “yo me siento satisfecho de mi paso por el Partido Comunista, por la Juventud Comunista.”. Ambos están convencidos de que el Partido Comunista hizo contribuciones importantes a la democracia y a la justicia en México. Así lo expresa Sabina:

Un día se volvió la demanda intensa por la democracia, y creo que en algo contribuimos para que hubiera un poquito y se avanzara en la democracia, [...] Yo sí creo que sirvió para que hubiera una incipiente democracia de la cual siento que nuestros hijos son los beneficiarios.

Y de este modo se refiere Antonio a las contribuciones del PC:

[...] esta generación nuestra propició y participó desde el génesis del nuevo movimiento universitario estudiantil pero también del movimiento sindical. La reforma de la Constitución, en el artículo tercero con la autonomía y el derecho a la organización sindical, aunque quedó limitado, esa fue nuestra. [...] lo que logramos cambiar aquí en la UNAM, eso fue una estrella de la actividad del Partido Comunista. Y de la Juventud [Comunista].

Si bien sus testimonios parecen enfatizar la modesta escala de las conquistas con fórmulas como “en algo contribuimos”, “una incipiente democracia” y “aunque quedó limitado”, esto no obsta para que predomine la sensación de logro y orgullo. ¿Cómo es esto posible? Hay una noción clave atrás, y es la de “tareas generacionales”. Dice Antonio: “cada generación tiene sus tareas, y nadie las va a resolver, ninguna otra se las va a

resolver.” Y Sabina complementa “Nosotros ya hicimos lo que nos correspondía”. En efecto, el modo de compaginar la satisfacción y el orgullo con un diagnóstico apocalíptico de la realidad nacional actual es producto de encuadrar la memoria en las coordenadas de lo posible: haber hecho “lo que nos correspondía” manifiesta plenitud, el cumplimiento de una misión. Esta operación tiene su interés porque implica una redimensionalización retrospectiva de las expectativas. Al preguntarle a Sabina por sus expectativas al momento de ingresar al PCM (1962), ella cuenta:

Pues yo, en la juventud, cuando era joven, era casi una religión eso de la militancia. Yo estaba convencida [de] que cambiar el sistema a un sistema socialista, casi nos iba a llevar al paraíso. [...] Ahorita yo me siento muy satisfecha y muy contenta de lo logrado, porque no podíamos lograr más. [...] Yo esperaba la transformación, estaba convencida por lo que conocía, por lo que leía, que llegar y ascender al socialismo era casi casi el paraíso. Aunque sabíamos que el paraíso estaba en el comunismo, no en el socialismo, que había que cubrir esa etapa del socialismo para poder llegar al comunismo donde ya era (ríe) el paraíso terrenal. Con esa ingenuidad, con esa seguridad, con esa... así lo pensaba yo.

Y Antonio, en respuesta a la misma pregunta, relata:

Sí crecimos creyendo que la victoria del socialismo era inminente. [...] yo creo que esa fue la influencia más grande de la revolución cubana en América latina. Ver que era posible pero que había que luchar. [...] parecía que era inminente el fin del capitalismo y que sí iba en ascenso el campo socialista. [...] Eso, ¿a qué nos llevaba a nosotros? A que la nueva revolución era posible. Y más aún: a que era inminente. A que la íbamos a vivir...

La promesa del paraíso terrenal no se cumplió, y la inminente nueva revolución no ha llegado todavía. Pero la experiencia de militancia comunista, redimensionalizada mediante la noción de “tareas generacionales”, forma parte central de esta relación de orgullo y satisfacción frente al propio pasado.

La nostalgia es otro signo fundamental para entender la dimensión emocional de la relación de Sabina y Antonio con su experiencia en el PCM. El Partido aparece en sus relatos como un espacio de hermandad y camaradería frente al cual sus experiencias políticas posteriores se comparan muy desfavorablemente. Así lo expresa Sabina:

[...] en el Partido Comunista había una relación de hermandad tan grande. Ahí no había envidias, ahí las cosas se analizaban y se discutían de frente, cara a cara, a veces durábamos días, pero se analizaba como decían los marxistas, se analizaba la realidad concreta. No andábamos por acá en la grilla aparte, en un lado diciendo una cosa y en otro otra... cosa que ahora ya no sucede. Ya no se puede ver eso. Por eso a mí me cuesta muchísimo trabajo estar en la militancia. Mucho trabajo. Yo soy de MORENA, ayudé a fundar MORENA, pero no me gusta la militancia, no hay ese análisis, esa crítica, esa autocrítica, siempre se está pensando en campañas [...]

Viendo estas imágenes nostálgicas, no debe extrañarnos que la autodisolución del Partido Comunista y el derrotero institucional posterior (PSUM, PMS, PRD) del cual no participó ninguno de los dos sea vivido y narrado como un error. Así lo pone Sabina: “Seguimos siendo hermanos, ¿cómo nos tratamos con nuestros camaradas? ¡Muy bien! Si yo lo que pregunto es por qué se deshizo el Partido Comunista. Eso es lo que yo preguntaría”, y de este modo Antonio:

[...] fue un error gravísimo la disolución finalmente del PMS porque todo lo que habíamos acumulado... para empezar, por el registro [electoral]... de procesarse las cosas con hermandad, digamos así, y se sustituye la camaradería por la ambición. Cuauhtémoc [Cárdenas] y Porfirio [Muñoz Ledo] en 1989 no pudieron registrar un partido. [...] No pudieron y entonces fue que se generó el acuerdo con el PMS, que el PMS cede el registro, y cede todos los bienes. Y se agrupan los demás en corrientes, pero no se mantiene una corriente marxista, y eso para mí ha sido lo más grave, porque independientemente de otros factores, nuestro país quedó despojado de una visión marxista del movimiento, de la historia, y del futuro.

¿Cómo podemos conceptualizar lo que estos exmilitantes echan de menos? Modonesi, hablando de la nostalgia como motor de los estudios historiográficos sobre el comunismo y el socialismo, dice “nostalgia no tanto de fenómenos familiares que motivaban conductas, creaban comunidad y hacían parte de un tiempo, una época en la que muchos crecieron. Sino nostalgia política de una época en donde la alternativa era palpable, la transformación en el aire y los ideales estrechamente vinculados a la acción” (2007: 57). En efecto, todo eso, incluidas sus contradicciones. La historia es, al mismo tiempo, un camino ascendente –logros y tareas generacionales cumplidas- y descendente –pérdida de la hermandad, disolución de la mirada marxista, crisis generalizada. En el próximo apartado, por medio de la comparación con otro tipo de exmilitantes, afinaremos nuestra aproximación a esta variedad de nostalgia.

Habiendo explorado la dimensión emocional, pasemos a ocuparnos de la trama narrativa, apuntando de entrada que ésta involucra la imagen que los exmilitantes tienen de sí mismos en el pasado. Sabina y Antonio tienen una *imagen heroica* de su paso por el PCM. Esta autorepresentación heroica embona con una forma *épica* de tramar el relato de ese pasado, es decir, como una historia en la que héroes combaten al mal y prevalecen gracias a sus numerosas virtudes. Su autoimagen retrospectiva puede ilustrarse con este fragmento de lo dicho por Sabina: “era una militancia muy muy intensa, con mucha convicción, con mucha mística, y yo creo que con mucho talento, con mucho valor.” Recordemos también

que hace unos párrafos, cuando tratábamos el problema de la nostalgia, hacíamos referencia a la noción de “hermandad”: también ésta forma parte de esta trama épica del relato. Ahora bien, la noción de combate contra el mal se patentiza cuando pregunto qué lecciones deja su militancia política a las otras generaciones y Sabina responde:

Qué lecciones... pues las lecciones de la lucha permanente que hemos dado, de la lucha permanente especialmente contra la injusticia. Contra la imposición... y no nada más en México sino a nivel internacional, que hemos manifestado nuestro repudio a las cosas de injusticia que suceden en todo el mundo...

Sabina ve su participación política como una *lucha permanente contra la injusticia*.

Y Antonio nos aporta la idea de progresividad en los combates, también central para la trama épica:

La revolución socialista que la apodábamos de diferente manera, pero eso era. Fuimos avanzando, el registro del Partido Comunista fue un avance, la amnistía fue un avance, el relajamiento del régimen de represión contra la izquierda fue un avance... otros factores. Hasta que llegamos a esta crisis, una decadencia del régimen...

Un ángulo de análisis interesante para aproximarse al entramado épico de la memoria del Partido lo ofrece la misma Sabina cuando se compara a sí misma con los héroes de la literatura del realismo soviético. El paralelo surge espontáneamente al contar en entrevista su experiencia frente al encarcelamiento de Antonio –es de notarse que la primera hija de ambos, Julia, nace días antes de que él caiga preso:

Después de haber leído todos esos libros, yo decía “Bueno, pues si somos oposición... lo menos que nos puede pasar es estar vivos y en la cárcel, porque lo más es estar muertos y desaparecidos”. [...] era difícil, era pesado, pero lo aceptaba yo muy bien, lo aceptaba pensando no que era el destino, pero que era una etapa que había que vivir.

¿A qué libros se refiere Sabina? Menciona tres: *Reportaje al pie de la horca* de Julius Fučík, *Así se templó el acero* de Nikolai Ostrovski y *La madre* de Máximo Gorki. La imaginaria épica que anima a estas obras facilita la comparación con la narración que hacen Sabina y Antonio de su militancia. Recuperemos unos pocos fragmentos de *La madre* para ilustrarlo, recordando que en esta novela de 1907 el autor retrata el proceso de politización de una humilde madre rusa –Pelagia- de la mano de su hijo Pavel que en la siguiente cita la entusiasma con una descripción de sus camaradas:

[Pavel] le hablaba [a Pelagia] de los que querían el bien del pueblo, que sembraban la verdad y a causa de ello eran acosados como bestias salvajes, encerrados en prisión, enviados al penal por los enemigos de la existencia. -He conocido a estas gentes- gritó con ardor: son las mejores del mundo. (s.d.: 10)



Las imágenes del comunismo como fiesta paradisiaca a la que se accede mediante la lucha revolucionaria aparecen en distintos puntos de la novela de la voz de varios personajes que interactúan con la madre:

[...] escuchaba [a Andrés] siempre con más atención que a los demás: hablaba con mayor sencillez y sus palabras conmovían el corazón con mayor fuerza. Pavel no decía nunca cómo veía el porvenir, en tanto que, para Andrés, ese porvenir era una parte de su ser; en sus discursos, la madre creía escuchar un hermoso cuento, el de la gran fiesta, que llegaría de todos los hombres sobre la tierra. Esta ilusión aclaraba ante sus ojos el sentido de la vida y la acción de su hijo y los camaradas de éste. (s.d.: 57)

Los paralelos no se detienen: algo hay en la novela de Gorki que sintetiza la épica de la lucha comunista y que tal vez sea responsable de que *La madre* sea una pieza literaria conocida por todos mis entrevistados –padres e hijos. Propongo explorar brevemente dos paralelos más. Primero, observemos que Pavel es un revolucionario de abnegación absoluta. Sandrina, una muchacha también socialista, es su *love interest* durante toda la historia, pero, refiriéndose a las prospectivas con ella, Pavel explica a un camarada: “No quiero amor ni amistad que se agarren a mis piernas para retenerme”. En efecto, su relación amorosa nunca prospera porque él siempre está comprometido con la causa revolucionaria y pasa buena parte de la novela tras las rejas. Observemos el siguiente fragmento del testimonio de Sabina, referida a sus acercamientos con la guerrilla:

En ese entonces no esperábamos nada, estábamos dispuestos a dar hasta nuestra vida, así con mucho orgullo, y mucho temple, y mucho valor, ya después cuando un grupo de compañeros, camaradas, entre ellos este Raúl Ramos, jóvenes todos ellos muy destacados, muy brillantes, muy inteligentes, deciden irse a la guerrilla, yo fui una de las gentes más inquietas por eso, por irme a la guerrilla. Y yo ya tenía mis hijos, a dos de ellos. Y un día Antonio me dijo “está bien Sabi, yo puedo entender, puedo comprender que a veces vemos que no avanzamos, y que no nos va a quedar otra más que tomar las armas, yo no soy de esa opinión pero si tú eres de esa pues te respeto, yo nada más te pregunto: tú estás dispuesta a dar tu vida, sabes que vas a una guerra, y que te pueden matar.” “sí” “que vas a dejar a tus hijos, que me vas a dejar a mí, pero ¿estás dispuesta tú a matar? Porque vas a matar, porque eres tú o son ellos”. Y yo cuando dije “ah caray, no es cierto que soy guerrillera, que me quiero ir a la guerra, porque estoy dispuesta a que me maten pero no a matar”.

El testimonio de Sabina es el retrato de la más elevada abnegación revolucionaria: la imagen que ella posee y comunica de sí misma la transfigura en un personaje de proporciones épicas, capaz de renunciar a todo lo que ama por la causa comunista excepto a su escrúpulo por tomar la vida de otro. Efectuemos una última comparación. Antonio fue preso junto con otros líderes estudiantiles –muchos comunistas- en 1968. En 1971 el gobierno de Echeverría ofrece a los presos una suerte de amnistía-exilio bajo la figura *ad hoc* de “libertad bajo protesta”, y un grupo de ellos acepta la oferta y parte al Perú de Juan

Velazco o al Chile de Salvador Allende para pronto regresar a México. Los comunistas, entre ellos Antonio, realizan una asamblea y determinan quedarse en la cárcel –salvo algunos, que romperán filas con sus camaradas y también saldrán del país. Finalmente, todos los presos serán amnistiados a final de ese mismo año. En cualquier caso, Sabina explica sobre la oferta del gobierno:

Los comunistas no se fueron. Esos se quedaron presos, por voluntad propia. Decidieron no irse porque decían “a nosotros nos tienen que soltar libres de toda culpa porque nosotros no somos culpables de lo que nos están acusando”. Entonces ellos fueron sentenciados. Tuvieron su sentencia, tuvieron su juicio, tuvieron su sentencia.

Esta decisión de permanecer en el encierro hace un espejo extraordinario con la de Pavel –el protagonista de *La madre*- y sus camaradas presos, a quienes se les consulta, en medio de preparativos para un plan de fuga, si desean o no evadirse. Él, a modo de respuesta, desliza una bolita de papel en la mano de su madre durante una visita carcelaria en la que se lee “No nos evadiremos, camaradas, no podemos hacerlo. Ninguno de nosotros. Perderíamos nuestra propia estimación.”

Hemos ya abordado, para el caso de Sabina y Antonio, dos dimensiones de su relación con su pasado comunista: la afectividad y el entramado narrativo. Nos queda la tercera, la dimensión de la continuidad. Para comenzar a explorarla revisemos este fragmento del testimonio de la primera:

Te digo, nosotros estábamos dispuestos a dar *la vida*, eso no era nada. Y yo en lo personal, sigo en esa idea. Por eso de lo que más se distingue no es ni de mi súper discurso [...] lo que más se revela de mí es la valentía. Es el valor. [...]¿Tú crees que me gustaría morirme en un hospital, entubada, y que me está doliendo todo? ¡Por eso soy tan arriesgada!

“Yo en lo personal, sigo en esa idea”, dice Sabina. ¿Qué nos dice esto sobre el lugar que ocupa el pasado comunista en el presente del sujeto? La característica central de la Sabina que militó en el PCM –su valor- es integrada de forma fluida a la persona e identidad actuales. Para complementar con el caso de Antonio, examinemos cuidadosamente esta cita en la que él me narra la historia del Partido.

El Partido, junto con socialistas y otros fundan los sindicatos de industria, sindicato de petroleros, sindicato ferrocarrilero, la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, la Liga Nacional Campesina, el movimiento urbano, y tanto por la influencia soviética como por la influencia de Lombardo Toledano y los errores de la dirección *entramos* en un lapso que se puede decir que va de 1940 a 1958, 56, de caos. Y de declive del Partido Comunista.

Nótese el “entramos”, esa primera persona del plural, que sutilmente nos revela la fuerte dimensión identitaria que vincula a Antonio con el PCM. Los hechos que me cuenta pertenecen a una época *anterior* a su ingreso en el Partido –él entra en 1963- y su relato se efectúa en una época *posterior* a la desintegración de la organización. No obstante el desfase temporal, Antonio se refiere al Partido Comunista como “nosotros”: las nociones de *continuidad* y de *identificación* son fundamentales aquí. En un momento de cierre de la entrevista, Antonio declara: “y yo mientras tanto, digo: hoy, más que nunca, marxista. Hoy, más que nunca, socialista.”. Este tipo de relación con el pasado no registra discontinuidades: la valentía de ayer es la valentía de hoy, la ideología de ayer es –amplificada incluso- la ideología de hoy. Y la de mañana, como muestra Sabina:

Yo sí me siento orgullosa de haber militado en las filas del Partido Comunista, y tanto Antonio como yo hemos pedido que cuando muramos nos pongan la bandera del Partido Comunista, esa queremos que nos pongan, y nada más.

Además de esta continuidad ideológica, identitaria y de autoimagen, Sabina y Antonio exhiben otro tipo de pervivencias de su paso por el PCM, por ejemplo amistades, libros o un archivo personal que Antonio usa constantemente para la elaboración de sus textos sobre la izquierda y el Partido Comunista. “Durante algunas incursiones en mi archivo me asombro” y “tengo un tesoro de originales” son algunas menciones a este acervo en uno de sus últimos libros. Una supervivencia más de ese pasado es el mismo matrimonio: Antonio y Sabina se conocieron en una reunión nacional del Partido cincuenta años antes de la entrevista y tanto el cortejo como la relación subsiguiente estuvieron siempre cruzados con la participación política de ambos. Una última observación: la abundante escritura y trabajo de Antonio en torno a la historia de la izquierda y el comunismo en México constituyen *un trabajo de memoria*, y no podemos dejar de mencionar que la pareja de exmilitantes está incorporada al Movimiento Comunista Mexicano (MCM), una asociación civil fundada en 2011. La ruta de creación del MCM se relata en un artículo de *Animal Político* titulado “Comunistas mexicanos se reagrupan... en Facebook” en el que se entrevista a Paco Rosas (exmilitante del PCM y promotor de la organización). El artículo contiene las siguientes dos citas del entrevistado:

Se requiere en el país una izquierda verdadera, congruente, porque ya no existe, se dilapidó y, de alguna manera, nosotros fuimos cómplices al habernos alejado de la lucha social y de la lucha al interior del movimiento. No quisiera jactarme de eso, pero los comunistas somos los que abrimos paso en términos de la herencia que tiene ahora el PRD, y que ha prostituido... [...] Lo que es aquí

importante destacar es que así como Valentín Campa hay un amplio número de personajes en la izquierda mexicana cuyo aporte, desafortunadamente, no ha sido recuperado para la historia, y *esa es la idea del aglutinamiento en el Movimiento Comunista Mexicano, en principio, rescatar el aporte de quienes aportaron lo poquito que pudieron para la transformación de la vida en este país*, fue un experimento mal terminado si se quiere ver así, pero seguimos en esto del socialismo, con todo lo que implica para el debate público que queremos abrir para definir hacia dónde se deben dirigir las naves. (MARTÍNEZ ALCARAZ, 2011, el énfasis es mío)

Si tomamos el discurso de Rosas como representativo del espíritu de la organización, vemos, sintetizados, muchos de los mismos elementos que hemos detectado en los testimonios de Antonio y Sabina: “izquierda verdadera, congruente”, “se dilapidó”, “aportes”, falta de reconocimiento, “seguimos en esto del socialismo”. En el quinto capítulo reflexionaremos con algo más de profundidad en torno al trabajo de memoria que algunos exmilitantes efectúan y al lugar que ocupa la memoria del PCM en los discursos oficiales y públicos en México. Por ahora baste notar que la continuidad característica de este tipo de exmilitantes los lleva a escribir sobre la organización y a reagruparse –por ejemplo en el grupo “Haciendo memoria” de Facebook<sup>30</sup> o en el MCM- con miras a recuperar la memoria de la extinta organización. Pero hay algo más que podemos extraer de estos esfuerzos de reivindicación pública, para lo cual debemos dar otra vuelta de tuerca a nuestros apuntes sobre la decepción de este primer conjunto de exmilitantes, pero ahora con ayuda de un arsenal teórico proveniente de la psicología social.

La teoría de la disonancia cognitiva predice en su versión clásica que cuando los sujetos adquieren cogniciones<sup>31</sup> contradictorias tienen la pulsión de cerrar la brecha (“reducir la disonancia”), normalmente ajustando sus creencias. La fábula de la zorra y las uvas es la ilustración convencional de la disonancia cognitiva: la zorra desea alcanzar unas apetitosas uvas en lo alto de una parra, no puede, y se aleja, frustrada, diciéndose que están verdes y en realidad no las quiere. La “New look” de la teoría corrige el argumento clásico enfatizando que no es una búsqueda de armonía psíquica la que motiva el cambio de creencias, sino el esfuerzo por volver las consecuencias de nuestras acciones “non-aversive”, es decir, por anular su carácter negativo (COOPER, 2008: 73-80). Si tratamos de adaptar el esquema a nuestro análisis, el fracaso de la militancia comunista en los términos

---

<sup>30</sup> <<https://www.facebook.com/groups/131119430285257/?fref=ts>>

<sup>31</sup> Las cogniciones son definidas, en la formulación clásica, como “[...] opiniones, creencias, conocimiento del ambiente y conocimiento de las propias acciones y sentimientos” (FESTINGER, RIECKEN, y SCHACHTER, 2008: “Unfulfilled prophecies and disappointed messiahs”, la traducción es mía)

en que se planteaba –“ascender al socialismo era casi casi el paraíso”, “la victoria del socialismo era inminente”- produce una disonancia: se esperaba fervientemente que ocurriera algo y se actuó y asumieron sacrificios en función de esa expectativa, pero el fenómeno ansiado no se verificó.<sup>32</sup> Una consecuencia que es factible extraer de esto es que todo el esfuerzo que se efectuó con miras a ese desenlace revolucionario fue en vano, una conclusión fuertemente negativa, sobre todo para quienes se volcaron con intensidad en la militancia comunista. El tipo de exmilitantes que estamos tratando, en esa redimensionalización retrospectiva de sus expectativas que se resume en la noción de “tareas generacionales”, estarían ajustando una parte de sus creencias para eludir la negatividad de tal conclusión: no piensan *que sus esfuerzos fueron vanos* sino que *para su generación no era posible hacer la revolución socialista*, a pesar de lo cual *contribuyeron decisivamente al cumplir sus tareas*. Ahora adentrémonos en una interesante contradicción. Sabina declara:

Y yo siempre he dicho, y Antonio fue el primero que lo mencionaba, si el PRD hubieran sido justos, hubieran rendido homenaje a esa gente que tanto aportaron a los movimientos. Pero bueno, cuando uno anda en esto no estás esperando reconocimientos ni mucho menos, haces las cosas por convicción.<sup>33</sup>

Por un lado, en el PRD “no son justos” porque no rinden homenaje a los comunistas. Por el otro, “no estás esperando reconocimientos”. Entonces por qué criticar su omisión, por qué participar de los homenajes, por qué emprender un gran proyecto editorial cuya motivación es que:

hay una falta absoluta de continuidad y de recuperación de la memoria de la izquierda del siglo XX. Como que si nada hubiera existido, como que si nada hubiera pasado, como que el mundo empezó en el 88 con Cuauhtémoc, y luego el 89 con el PRD [...] el papel y la aportación de la izquierda en todas las esferas de la vida nacional, para verla de esa manera, pero también de la internacional, de la cultural, no está sistematizada. [...] que hay miles y miles de compañeros de izquierda que no aparecerán ni aparecen en ningún lado, ni siquiera un parrafito que diga que nació, vivió, hizo, y etcétera. Y hay gente que ha jugado papeles muy destacados.

---

<sup>32</sup> Para ejemplificar el esquema de disonancia tomé las cogniciones “esperar la revolución” y “la revolución no ocurre”, pero en realidad el PCM produjo con fines estratégicos gran cantidad de predicciones sobre el futuro de México que no encontraron verificación. Enrique Condés lo destaca e intenta explicar en su reseña de los resoluciones del XVI Congreso, realizado en 1973, cuyo pronóstico principal giraba en torno al inminente cataclismo y el derrumbamiento del régimen mexicano bajo el peso de sus contradicciones (2000: 25-71).

<sup>33</sup> Otro ejemplo, también de Sabina: “*No es que yo quiera, por ejemplo, trascender en un libro ni nada de eso ¿no?* Pero me parece muy importante un punto de vista de un comunista o de los comunistas hablando de los comunistas, [...] estar haciendo la historia de la izquierda en México a mí sí me parece muy trascendental, muy importante, máxime que *de manera especial a los comunistas siempre se les ha soslayado, nunca se les ha dado el valor, y fuimos* en un tiempo muy perseguidos, muy perseguidos. Trataron de exterminarnos.”

Los fundadores de la teoría de la disonancia cognitiva publicaron en 1956 un libro fascinante (FESTINGER *et al.*, 2008). Observaron a un grupo neomilenarista que creía firmemente que el fin del mundo comenzaría un cierto día y que sólo ellos se salvarían, rescatados por una nave espacial. Esto había sido profetizado por su lideresa, que afirmaba tener comunicación directa con seres superiores extraterrestres, y la predicción había sido confirmada por otros médiums que canalizaban mensajes del Creador o de ciertos seres espirituales. El día llegó, el rescate no tuvo lugar y el mundo no comenzó a inundarse cataclísmicamente. Cuatro horas después de la hora señalada para el abordaje del platillo volador, la líder canalizó varios mensajes que explicaban que la bondad del pequeño grupo había convencido a Dios de no destruir la Tierra. A partir de ese momento los participantes, hasta entonces discretos, comenzaron a publicitar su hazaña:

Tan pronto como su nueva creencia se instaló –tan pronto como generaron la historia de que sus acciones habían salvado el mundo- hicieron público su caso. Buscaron apoyo social para su historia. Desesperadamente quisieron que otros vieran que sus acciones no habían sido en vano, que la profecía no había sido falsa, que no había inconsistencia entre su creencia en el cataclismo y el brillante y soleado día que había clareado el 21 de diciembre. (COOPER, 2007: 5, la traducción es mía)

¿Es exagerado equiparar al colectivo apocalíptico con este tipo de excomunistas? Pienso que sí, y pronto explicaremos por qué. Sin embargo, cabe un abordaje menos ambicioso, pues tal vez la comparación pueda echar luz sobre la necesidad actual de algunos exmilitantes de ser homenajeados, de que se reconozca, como dice Sabina, “que en algo contribuimos para que hubiera un poquito y se avanzara en la democracia”; o sobre el esmero de Antonio en dedicar un libro a la participación de los comunistas en el prestigioso<sup>34</sup> movimiento estudiantil del 68 que declara en su presentación:

Me congratulo de haberme atrevido a dar la cara por los millares de camaradas a quienes los apoderados de la franquicia del 68 nos han pretendido exterminar con la peor de las armas, la calumnia y la difamación, la caricaturización de nuestro papel. [...] Sinceramente, no me quería morir sin publicar mi versión y mi punto de vista no tanto ni tan solo por mí sino principalmente por el recuerdo de mis camaradas. Para ello y por encima de todo es el elogio y la reivindicación de nuestros camaradas dirigentes y militantes [...]

Es un hecho que el reconocimiento público es un anhelo de este tipo de exmilitantes—lo que los distingue, como veremos, de los otros dos grupos, que ni se afilian

---

<sup>34</sup> Sabina habla de la “participación que *todos* los comunistas *tuvimos* en el *movimiento más importante de finales del siglo XX*, que es el movimiento de 68, fue muy importante, mucho muy importante”. Nótese el “todos” y el plural, “tuvimos”.

al Movimiento Comunista Mexicano ni asisten o siquiera se enteran de los homenajes que éste organiza. La teoría de la disonancia cognitiva nos ofrece una hipótesis explicativa: lo que estarían buscando es confirmación, en la mirada de los otros, de que sus esfuerzos no fueron en vano, de que efectivamente cumplieron un rol fundamental (su “tarea generacional”), es decir, el respaldo social los ayudaría a eludir una amarga reflexión sobre lo que, según vimos en la presentación de este trabajo, Enzo Traverso llama “el fracaso histórico”. No perdamos de vista que el involucramiento de este tipo de exmilitantes con la militancia partidista fue muy alto y trajo consigo renuncias y penas, incluso encarcelamientos prolongados en algunos casos, como el de Antonio. Todo ello no condujo al revolucionario resultado deseado, pero el hecho es que mirar a la militancia comunista como completamente fútil –posibilidad que examinaremos en el siguiente apartado– implicaría una dolorosa reevaluación biográfica.<sup>35</sup>

Explotando nuevamente la comparación con el estudio sobre los miembros del culto milenarista, podemos citar a uno de sus miembros prominentes, a quien se registró en la víspera del día del apocalipsis diciendo:

---

<sup>35</sup> El caso de Antonio es además interesante porque parte de su producción textual en torno a sus años en el PCM –intensificada en los años ochenta, poco después de separarse de la agrupación– gira en torno a actividades clandestinas y contactos con guerrillas, por ejemplo me cuenta: “Yo fui un gran traficante de dólares y de recursos del extranjero. [...] yo casi todo esto lo tengo escrito.” Otro tema importante de la entrevista son las consecuencias que tuvo a mediados de los años ochenta la publicación en la prensa de algunos artículos de la pluma de Antonio en que se narraban contactos entre el partido y la guerrilla, pues la revelación de estos hechos trajo consigo represalias y la familia se refugió en otro país durante un tiempo. Esta actitud es llamativa si además observamos que “los militantes de los partidos comunistas siguieron a menudo la consigna de revelar lo menos posible sobre la vida y la organización” (SPENSER, 2009: 20). Intentando explicar esta afición por la escritura, Antonio alude en la entrevista al oficio de su padre, el de escribano. Pero la comparación con el caso estudiado por Festinger, Riecken y Schachter en los años cincuenta puede ponernos en la pista de otra explicación. Estos autores observaron que el grupo milenarista había sido sumamente reservado en cuanto a su complejo sistema de ideas y sus predicciones hasta antes de la decepción del 21 de diciembre: sea porque temieran represalias –uno de hecho perdió su empleo– o porque los seres divinos canalizados les instruyeran en contra del proselitismo o la difusión, mantuvieron un perfil bajo y en ocasiones se esforzaron por ocultar sus creencias (incluso inventaron códigos de señales y contraseñas). Sin embargo, “Después del 21 de diciembre, esta situación se revirtió por completo pues el grupo expuso sus secretos más íntimos al mundo [...] grabaciones en casetes, que habían sido consideradas tan secretas que incluso miembros de largo tiempo atrás tenían prohibido tomar notas de su contenido, fueron puestos a disposición de cualquiera que estuviera interesado y de compañías de telecomunicaciones. La señora Keech aceptó canalizar mensajes para los periodistas y posó para los fotógrafos sosteniendo en su mano una copia abierta de los ‘libros secretos’” (FESTINGER *et al.*, 2008: “Reactions to disconfirmation”, la traducción es mía). En este sentido es curioso también el surgimiento en 1983 –dos años después de la autodisolución– del CEMOS, fundado por el último líder del partido, que a la fecha contiene un archivo de acceso público sobre el PCM. Súbitamente lo que estaba resguardado pasó a ser público.

“He tenido que recorrer un largo camino. He renunciado a casi todo. He cortado todos los vínculos. He quemado todo puente. Le he dado la espalda al mundo. No puedo permitirme dudar. Tengo que creer. Y no hay ninguna otra verdad” (FESTINGER *et al.*, 2008: “four days of very imminent salvation”, la traducción es mía)

Tras haber dejado todo, sido despedido de su trabajo, recibido el acoso y las burlas de la prensa y casi agotado sus ahorros, el Dr. Armstrong declara que no puede darse el lujo de la duda, que “tiene que creer”. El compromiso con la creencia es muy elevado, y proporcionales los costos de que la predicción no se verifique. Aclaremos ahora una diferencia importante entre excomunistas y cultistas: en *When prophecy fails (Cuando fallan las profecías)* los investigadores buscaron un caso en el cual no quedara ninguna duda para nadie –creyentes incluidos- de que una predicción con la que un grupo estaba fuertemente comprometido no se había cumplido, de ahí la decisión de trabajar con los milenaristas que establecieron una fecha inequívoca para el cataclismo. Esto no es el caso del advenimiento de la revolución comunista: no es lo mismo postular su necesidad histórica o incluso su inminencia que ponerle fecha y hora. El giro que implica alejar el horizonte utópico hacia un futuro indefinido es menos problemático pues la ausencia de revolución no demuestra el fracaso del proyecto emancipador marxista del modo que la ausencia de rescate alienígena en la madrugada del 21 de diciembre de 1955 compromete la creencia milenarista. Pero lo que aquí interesa son las distintas formas en que esa “ausencia de revolución” es procesada por los exmilitantes, pronto veremos que el alejamiento temporal de la utopía es característico sólo de este grupo.

Exploremos ahora otro ángulo de la teoría: uno de los experimentos de la disonancia cognitiva es el de la justificación del esfuerzo. Los psicólogos sociales que defienden esta teoría han observado que mientras más esfuerzo o castigo tuvo que aceptar alguien, mejor evalúa lo que obtuvo a cambio. El experimento tiene variantes, pero la idea es someter a los sujetos a distintos niveles de sufrimiento –incluidas descargas eléctricas- para permitirles escuchar algo deliberadamente aburrido, y, en forma consistente, quienes padecieron más evalúan más positivamente lo escuchado que quienes padecieron menos, y éstos a su vez más que el grupo de control, al que se le permitió escuchar sin condiciones. La teoría explica estas diferencias indicando que hay una disonancia cognitiva entre el deseo de la gente de no sufrir y la conducta que implicó la aceptación de un sufrimiento. La brecha es cerrada mejorando su evaluación del resultado en proporción a la magnitud del



padecimiento (COOPER, 2007: 20-23). Naturalmente existe una distancia considerable entre nuestra indagación y los espacios experimentales controlados y los supuestos teóricos y metodológicos que emplearon estos sicólogos: no es evidente en qué términos son comparables aceptar unas descargas eléctricas para escuchar una conversación aburrida y décadas de decisiones y experiencias políticas en aras de una revolución socialista que no se verificó. Valga simplemente señalar que en esta investigación la valoración positiva de la experiencia en el PCM y la idea de que la suya es una historia de logros truncada por su progresiva disolución corresponde con los perfiles de exmilitantes que más intensamente se involucraron y se identificaron con la organización y sus herederas directas: sus cuadros profesionales. Dentro del pequeño universo de exmilitantes aquí estudiado, quien más apostó en términos de años y penurias tiende efectivamente a valorar mejor lo que llegó a tenerse y conseguirse en el partido que quien nunca se profesionalizó o tuvo un tránsito comparativamente breve por la organización.<sup>36</sup>

---

<sup>36</sup> La historia de la teoría de la disonancia cognitiva avanzó en la dirección de experimentar pidiendo a sujetos que hicieran cosas contrarias a sus opiniones, por ejemplo escribir ensayos a favor de algo de lo que en realidad estaban en contra. El argumento es que esto crea una contradicción entre lo que se opina (una cognición) y lo que se hizo (otra cognición). La observación es que los sujetos, bajo ciertas condiciones -compromiso con la opinión contrariada, libertad de elección, consecuencias negativas previsible (COOPER, 2007: 73)-, modifican sus opiniones para ajustarlas a sus conductas, y la teoría explica esa modificación como el resultado del esfuerzo por anular la tensión negativa que la disonancia produce y que se manifiesta como un sentimiento desagradable. La elección de esta ruta de desarrollo implicó que la línea principal de la teoría no siguió la idea de la decepción como disonancia cognitiva entre lo que se esperaba (una cognición) y lo que se obtuvo (otra cognición) -el tema de *When Prophecy Fails*- que es en realidad mucho más interesante para nuestros fines. Para construir un argumento en torno a la memoria de los exmilitantes en clave de disonancia cognitiva que exceda las pretensiones analógicas e hipotéticas que aquí hemos tenido necesitaríamos considerar varias cosas: la primera es la dificultad de construir teóricamente las cogniciones, por ejemplo “aspiración de revolución” y “ausencia de revolución”: ¿qué significa que no hubo revolución?, ¿cómo decide el sujeto si la hubo o no, si está o no decepcionado? La segunda es que las modificaciones cognitivas que la teoría predice a partir de sus experimentos son muy chatas, básicamente que el sujeto modificará su juicio valorativo –escalarmente medido- sobre un objeto definido con claridad. *Verbi gratia*, en la vieja fábula que sirve de ilustración a la teoría, que el deseo que la zorra tiene de uvas (primera cognición) disminuirá en intensidad (cambio actitudinal) cuando, tras frustrarse por no poder conseguir las (segunda cognición), concluya que no están maduras. Pero en nuestro estudio las cosas son más complejas, porque, como hemos visto y seguiremos viendo, la “ausencia de revolución” puede ser procesada por los exmilitantes concluyendo que la militancia era correcta pero la predicción sobre la inminencia del cambio errada, que la militancia era inútil pero la aspiración legítima a pesar de todo, o que la militancia no sólo era inútil sino riesgosa, incluso en términos de su proyecto, que terminó catalogado como totalitario. Es cuando menos desafiante tratar de aprehender esta complejidad con un instrumento como los usados por este grupo de psicólogos sociales. Dicho lo anterior, agreguemos otra idea al saco de la disonancia cognitiva: los exmilitantes de este primer grupo (continuos, épicos, nostálgicos) tuvieron tras la disolución del PCM -y en su mayoría tenían aún al momento de las entrevistas- militancias políticas partidistas. Los del segundo y tercer grupos, de quienes nos ocuparemos en los próximos apartados, habían abandonado ese tipo de involucramiento público años antes de

Tras cerrar este paréntesis sobre las posibilidades de un análisis en clave de disonancia cognitiva, abandonemos el análisis de este primer caso de relación de exmilitantes con su pasado con los siguientes parámetros para nuestras tres dimensiones: 1) emociones positivas de nostalgia, orgullo y satisfacción compaginadas con la decepción gracias a la mediación de la noción de “tareas generacionales”; 2) trama narrativa épica con autoimágenes heroicas comparables a las de los protagonistas de las épicas del realismo soviético; 3) sentimientos de plena continuidad e identificación con el pasado comunista, trabajo de memoria, búsqueda de reconocimiento y abundantes continuidades sociales, ideológicas y materiales. Para posteriores referencias, llamaremos a este tipo de relación con el pasado y a los sujetos a los que caracteriza “Puedo morir como nací” en referencia al primer verso de la “Canción al Partido Comunista”<sup>37</sup> de Anthar López. Pasemos ahora al segundo tipo, que ejemplificaremos con el caso de Roberto.

---

las entrevistas, algunos antes de la autodisolución en 1981, otros después. Una línea de trabajo interesante – que requeriría un diseño de investigación distinto al que aquí se usó- podría intentar establecer si la salida de la militancia partidista antecede a los cambios actitudinales, por ejemplo, si los exmilitantes del segundo grupo, a los que pronto nos referiremos, comenzaron a considerar que sus esfuerzos como comunistas fueron fútiles *después* de abandonar la militancia y no antes, es decir, que su cambio de opinión al respecto no antecedió –ni por tanto explica- su decisión de modificar su conducta (“esto no sirve → me voy”), sino que tuvo lugar como un mecanismo retrospectivo de autojustificación (“esto sí sirve → me voy → eso no servía e hice bien en irme”).

Finalmente, cabe indicar que la teoría de la disonancia cognitiva ha sido usada en estudios sobre poscomunismo. Un ejemplo reciente es *The capitalist personality*, de Christopher Swader. Este autor argumenta que la instauración de economías de mercado en países socialistas (estudia China, Rusia y Alemania oriental) incentiva el desarrollo de patrones de conducta alineados con el éxito empresarial –por ejemplo la instrumentación de las relaciones personales y la mercantilización del tiempo- y que el seguimiento de este nuevo código cultural genera “desasosiego moral” en este empresariado emergente. Su idea es que este desasosiego sería producto de disonancia cognitiva (actuar en sentido contrario a lo que se cree) y que la pulsión de cerrar la brecha potenciaría la “personalidad capitalista”, pues los sujetos tenderían a modificar sus creencias y valores para que se ajusten a sus conductas, lo que inhibiría los valores que hacen “florecer” las relaciones íntimas interpersonales y generaría “devaluación social” (2013: 1-11).

<sup>37</sup> “Puedo morir como nací sabedlo/ puro sencillo y optimista/ de pie sobre la tierra como un árbol/ en las filas del Partido Comunista/ en las filas del Partido Comunista //Abrí sobre la tarde mi ventana/y me sentí un diestro paisajista/oh qué bello es pintar para la vida/pintar para el Partido Comunista/pintar para el Partido Comunista//Aquel que amasa sangre entre las nubes/el criminal, el sádico, el guerrista/será aplastado en el mañana limpio/por el limpio Partido Comunista/por el limpio Partido Comunista//Yo quiero que mi sangre fluya fácil/siempre a la primera vista/yo no puedo equivocarme compañeros/mi amor es del Partido Comunista/mi amor es del Partido Comunista//Puedo morir como nací sabedlo/puro sencillo y optimista/de pie sobre la tierra como un árbol/en las filas del Partido Comunista/en las filas del Partido Comunista.” La canción puede escucharse en *Youtube*: <[https://www.youtube.com/watch?v=ykoLfYA\\_Q3U](https://www.youtube.com/watch?v=ykoLfYA_Q3U)>.

## 2.2 El tipo “Nos Habíamos Amado Tanto”

Roberto, que ingresó siendo obrero en 1959 al PCM, tiene una relación afectiva ambivalente con su pasado en la organización. Por un lado siente orgullo y nostalgia, pero por el otro una intensa autoironía. Esta combinación y el lugar que la desintegración del bloque socialista ocupa en la reconstrucción de esa memoria merecerán nuestra atención durante varias páginas. Empecemos por la autoironía. Roberto cuenta de sus años de militancia en los sesenta:

En 68 sí estuve encabezando, organizando a los trabajadores [...] en todos estos lapsos con [...] la Liga [Comunista para la Construcción del Partido del Proletariado], hacíamos más actividades, que eran bastante riesgosas en cierto sentido y bastante inútiles en otro.

Quedémonos con la idea de la “inutilidad” de su actividad política y avancemos unos minutos en la entrevista para redondear esta noción:

Pues no nos pasó nada a algunos, otros sí fueron a dar a la cárcel por alguna noche que anduvimos tirando volantes, cuando vino Kennedy, [en 19]62 [...] volanteando en los cines... ahora que lo ve uno, lo que le parecían los grandes esfuerzos y los grandes sacrificios, son minucias que no servían de hecho para nada.

Existe una discontinuidad evidente entre lo que el Roberto comunista pensaba sobre sí mismo y lo que el exmilitante piensa ahora, cincuenta años después. “Los grandes esfuerzos y los grandes sacrificios” son reinterpretados, al paso de las décadas, como “minucias que no servían de hecho para nada”. Revisemos ahora cómo cuenta Roberto su acercamiento a la guerrilla:

Con este Grupo de la Liga Comunista para Construcción del Partido del Proletariado [tuvimos] un intento guerrillero bastante torpe y bastante mal organizado y lleno de deficiencias [...] se fue un primer grupo, seis, siete, compañeros, a las sierras de Guerrero, no sé exactamente a dónde, pero uno llegó caminando a Acapulco después de que los aniquilaron [...] los denunciaron los campesinos de que andaban haciendo agitación ahí, y obviamente los persiguieron, no llevaban ni armas, creo. O si llevaban, llevaban pistolas, pistolitas. Uno logró llegar a Acapulco [...] me lo contó un hermano de Luis que allá lo recibió. Se encontraron, pues, lo fue a buscar, lo encontró para que le diera de comer y dinero para que volviera al DF [Distrito Federal]. Más o menos así lo hizo el otro. Y este abogado dijo “nunca más”, y se dedicó a litigar y se hizo de mucho dinero, y murió en un accidente, ebrio, en un coche de último modelo de esa época, acompañado de dos mujeres, feliz de la vida supongo... así acabó el intento guerrillero.

Finalmente, revisemos este fragmento. Al hacer un recuento de las actividades de la célula del PCM en la refinería, Roberto explica:

Nos reuníamos una vez a la semana a discutir problemas del sindicato en los que nunca podíamos intervenir directamente... “estos que son corruptos” “Pues sí, son corruptos” y no pasaba nada más. Un sindicato o una sección sindical que agrupaba a 1500, 2000 trabajadores, y éramos cuatro miembros de

la célula, y nos dedicábamos pues a volantitos clandestinos y a conversaciones en aras de reclutamiento con posibles compañeros que ingresaran al partido, y logramos un par, y los dos huyeron, salieron despavoridos después de ingresar al Partido. Uno me acuerdo que fue a una reunión y no volvió, otro fue a tres o cuatro y no volvió. Y por lo demás no había grandes jugos que se destilaran a partir de eso, *lo que creo que fue valioso en el Partido Comunista* fueron sus posiciones generales de unidad de la izquierda que finalmente desembocan en la autodisolución del partido en 1981 ya con registro legal, para buscar que los grupos y grupúsculos de izquierda o partidos y organizaciones se unieran en un solo movimiento, cosa que nunca se logró...

En este fragmento tenemos algo nuevo. En medio de la autoironía que supone hablar de “volantitos” y hacer el relato de cómo los reclutas “salían despavoridos” de las juntas, aun a pesar del reconocimiento de futilidad –“no había grandes jugos que se destilaran a partir de eso”- hay un intento por reivindicar al Partido, el que arranca con: “lo que creo que fue valioso”. Observemos ahora que la sección de la entrevista dedicada a narrar y hacer balances de su paso por el PCM la cierra Roberto en forma especialmente significativa:

*Esas son las historias que tengo muy del partido, y sin embargo debo decir que me siento orgulloso de haber sido miembro del Partido Comunista, porque por lo menos en esa época, la primera época sobre todo, éramos gente muy decente. Manteníamos al partido con nuestras cuotas, no sé qué, muy pobremente... los compañeros profesionales del partido vivían muy modestamente.*

¿Cómo podemos hacer sentido de ese “y sin embargo debo decir que me siento orgulloso”? ¿a qué tipo de operación somete Roberto su memoria de la militancia comunista que le permite afirmar, al mismo tiempo, que sus esfuerzos eran fútiles y hasta ridículos, y que siente orgullo de haber pertenecido? Llamémosla “rescatar los restos del naufragio”. Lo entenderemos mejor cuando revisemos el balance que hace del colapso del bloque socialista:

la caída del muro fue muy dolorosa [...] en tantas imágenes fue divulgado intensamente todo eso. Cuando ves a los trabajadores de Berlín Oriental acudir con grandes sonrisas a liberarse de lo que nosotros creíamos que era un paraíso de los trabajadores... sabíamos que no era un paraíso como tal. Pero que estaban en buena situación. No, no, venían felices de la vida. Salían, cruzar y contribuían a tirar el muro, a derribar el muro, era una fiesta todo aquello... ¿pues qué? Y entonces no... el dolor fue... y tantos años que perdí yo creyendo, defendiendo a estos y defendiendo al socialismo real, la URSS, que Checoslovaquia, el levantamiento de Hungría, “claro, fue el capitalismo el que lo promovió”, Potsdam y todo eso. Luego al lado, los checos. “Sí claro, estaban metiendo la mano los gringos, por eso... aunque bueno, era un socialismo con rostro más humano, el de Dubček, Alexander Dubček, pero seguramente estaban metidos los gringos y por eso...” o sea, todo lo teníamos que transformar de acuerdo con la idea que teníamos del socialismo.

Las imágenes de los trabajadores “felices de la vida” huyendo del socialismo alemán calaron en la subjetividad de Roberto y tienen un fuerte efecto de inversión retrospectiva. Haber sostenido los discursos de la antipropaganda soviética –las

justificaciones de las invasiones a Hungría en 1956 y a Checoslovaquia en 1968- es vivido como una vergüenza y una pérdida de tiempo. El efecto central es el de sentir que se creyeron, promovieron y defendieron mentiras y tonterías. Pero la clave aquí es *que se lo hizo de buena fe*, eso es parte de lo que significa que “éramos gente muy decente”. La decencia es uno de los restos del naufragio: una pieza rescatable en medio del derrumbe utópico. ¿Cómo comparar el orgullo y la nostalgia de este segundo grupo de exmilitantes con los de los Puedo Morir Como Nací? Svetlana Boyn (2001) distingue entre dos tipos de nostalgia: restauradora y reflexiva.

La nostalgia restauradora pone énfasis en *nostos* y propone reconstruir el hogar perdido y parchar las lagunas de memoria. La nostalgia reflexiva se preocupa por *algia*, en la añoranza y la pérdida, el imperfecto proceso de la recordación<sup>38</sup>. Los nostálgicos de la primera categoría no se piensan a sí mismos como nostálgicos; creen que su proyecto es sobre la verdad. [...] La nostalgia restauradora se manifiesta en reconstrucciones totales de monumentos del pasado, mientras que la nostalgia reflexiva merodea en ruinas, la pátina de tiempo e historia, en los sueños de otro lugar y otro tiempo. (2001, “Restorative Nostalgia”, la traducción es mía)

Trazar el paralelismo entre esta distinción y la que aquí hemos propuesto para el caso de los exmilitantes del PCM es clarificador. Boyn dice que los restauradores ponen énfasis en *nostos*, el regreso a casa, buscan la reconstrucción del hogar perdido y lo monumentalizan. En efecto, Antonio, un Puedo Morir Como Nací, trabaja activamente en la construcción de un monumento, que es su gran proyecto editorial sobre la izquierda, y la asociación civil Movimiento Comunista Mexicano –a la que él y Sabina pertenecen– promueve la realización de homenajes para viejos camaradas, la erección de monumentos y la colocación de bustos. Ambos extrañan al Partido y desearían verlo restaurado. Así lo expresa ella:

Hay espacio para fundar un partido de izquierda, realmente de izquierda. Porque todos estos que dicen que son de izquierda pues no son de izquierda. Digo, si ellos son de izquierda yo soy esta pluma. Porque ser de izquierda no es como dice Andrés Manuel [López Obrador], tener buen corazón y buenos sentimientos. Ser de izquierda es conocer los fundamentos teóricos mínimos de lo que es el marxismo. Porque es una teoría social que nos lleva hacia una vida, yo lo sigo pensando, más justa, a una vida mejor. Ese espacio hay que llenarlo, porque allí está, y está sin llenar, sin cubrir. [...] Si me gustaría que resurgiera ese movimiento.

Otra exmilitante de este primer tipo es Anastasia. Cuando le pregunto si entraría hoy, a sus 77 años, a un partido con las características que tenía el PC, dice “Ah no, yo sí. Sí

---

<sup>38</sup> La autora juega con la etimología de la palabra nostalgia, un neologismo acuñado en el siglo XVIII a partir de la combinación de las raíces griegas *nostos* (regreso) y *algia* (dolor).

le entraba, sí le entraba, fíjate. Sí le entraba.” Luego, tras dos horas de explicarme que el PC estaba formado por “gente muy muy muy valiosa”, preparada, luchadora, congruente, valiente, solidaria, convencida, y que todo eso se ha perdido, me dice “no es que yo tenga nostalgia del pasado, no. Me duele ver que los jóvenes y que la gente que se dice de izquierda no esté luchando por lo que debe luchar.” Recordemos la frase de Boyn: Los restauradores “no se piensan a sí mismos como nostálgicos: creen que su proyecto es la verdad”.

Veamos ahora a los nostálgicos reflexivos, que enfatizan *algia*, el dolor, la tristeza; merodean en las ruinas. No es la metáfora de las ruinas una fórmula muy distinta a la que aquí hemos usado al hablar de restos del naufragio, pero antes de probar el concepto busquemos pistas adicionales en el ensayo de Boyn:

La nostalgia restauradora protege la verdad absoluta, mientras que la nostalgia reflexiva la pone en duda (2001: “Taboo on Nostalgia?”, la traducción es mía)

El énfasis [en la nostalgia reflexiva] no está la recuperación de lo que es percibido como una verdad absoluta sino en la meditación sobre la historia y el paso del tiempo. [...] [la nostalgia reflexiva] ama los detalles, no los símbolos. Si la nostalgia restauradora termina reconstruyendo emblemas y rituales de casa y la patria en un intento de conquistar y espacializar el tiempo, la nostalgia reflexiva celebra los fragmentos hechos añicos de la memoria y temporaliza el espacio. La nostalgia restauradora se toma a sí misma muy en serio. *La nostalgia reflexiva, en contraste, puede ser irónica y humorística.* Revela que la añoranza y el pensamiento crítico no están contrapuestos, pues los recuerdos afectivos no absuelven a uno de la compasión, el enjuiciamiento o la reflexión crítica (“Reflective nostalgia”, la traducción y el énfasis son míos)

Los *restauradores* protegen la verdad, monumentalizan y reconstruyen emblemas y rituales y se toman a sí mismos muy en serio; los *reflexivos* ponen en duda las viejas certezas, celebran la fragmentariedad en lugar de construir monumentos totales y se permiten el humor. Los paralelos entre esta tipología y nuestros excomunistas se demuestran afortunados. En efecto, tanto los Puedo Morir Como Nací como los exmilitantes cuya relación con el pasado es objeto de este apartado sienten nostalgia. Pero para los primeros es un impulso de reconstrucción: hay que rehacer el partido, hay que construir monumentos (de palabras o de piedra y bronce), hay que *rescatar y reivindicar y continuar*; mientras que para los segundos la nostalgia es un impulso de reflexividad: hay que distanciarse críticamente, aceptar las derrotas, los cambios y las obsolescencias, hay que *reírse de uno mismo*, de las cosas que se hicieron o en las que se creyó, sin que esto obste para extrañarlas o experimentar orgullo de haberlas realizado.

Tras esta digresión sobre la nostalgia, retomemos la exploración que dejamos trunca ¿qué tipo de trama narrativa se corresponde con esta afectividad de náufrago? El modelo narrativo que sigue el relato de Roberto es tragicómico. Se nos presentan héroes virtuosos y bienintencionados, y se hace recuento de su combate contra un destino que al final va a derrotarlos, pero hay algo de ridículo en ellos y en sus esfuerzos. Veamos el retrato de estos héroes tragicómicos en el testimonio de Roberto:

[...] en 68 soñábamos con que se podía hacer una revolución socialista o de una forma izquierdista en México. Ahora que lo veo a distancia, éramos unos ilusos y unos soñadores. [...] Creo que lo único o lo más recompensante [de pertenecer al PC] era la idea misma de ser militante del Partido Comunista. Y de participar de una u otra manera y de sentirse limpio y de sentirse honorable y de sentirse digno y gallardo y valiente y etcétera. Creo que eso era sobre todo.

Observemos antes que nada la distancia crítica que Roberto establece entre ese “ser militante del Partido Comunista” y su persona actual, cuestión que ya habíamos podido vislumbrar en la discontinuidad entre “los grandes sacrificios” y las “minucias que no servían de hecho para nada”. Agreguemos a este retrato heroico el tema de la “gente muy decente” que salía en un fragmento de la entrevista que citamos anteriormente y que justificaba el “y sin embargo debo decir que me siento orgulloso”. Así, la autoimagen de Roberto en el relato de su pasado militante es la de un héroe virtuoso que se sentía “limpio, honorable, digno, gallardo, valiente y etcétera”. Héroe, sí, pero uno “iluso y soñador”, un héroe, en suma, que visto exteriormente y a la distancia resulta ridículo. La descripción que Roberto hace al preguntársele “¿si el Partido Comunista fuera una persona, ¿cómo sería?” redondea a la perfección este retrato heroico y a la vez irónico:

Vestiría con ropa de mezclilla, como lo acostumbraban algunos de sus militantes distinguidos. [...] Se vestiría como un trabajador [...] Hablaría del paraíso de los trabajadores, soñador, no sé qué. Sería una persona soñadora, el Partido Comunista. [...] grandilocuente al hablar del futuro de la humanidad, sórdido y triste en el fondo... es decir, en su vida personal. Como un personaje de [José] Revueltas que tiene a la hija enferma, Fidel y Bandera Roja, la hija. Una especie de santón, muy puritano. Muy puritano. Eso de no podía permitir que su mujer anduviera con un escote, esta persona... enemigo de las minifaldas, [...] demagogo en el sentido de vestirse con ropa de mezclilla, vestirse como un trabajador aunque sea un burócrata, un oficinista [...] Dogmático, desde luego.

Resulta formidable para nuestro análisis que Roberto utilice espontáneamente una imagen literaria para caracterizar al Partido Comunista hecho persona, tal y como había hecho Sabina para explicar su actitud frente al encarcelamiento de Antonio, su esposo. Pero las imágenes no podrían ser más dispares: Sabina pensaba en Pelagia y en Pavel, personajes puros de la épica socialista gorkiana, y Roberto piensa en el Fidel de *Los días terrenales*

(1949) de José Revueltas, que no es precisamente un retrato halagador del militante comunista. Fidel es un dirigente del PCM que es constantemente comparado con un fanático religioso: “Como un cura, Fidel era como un cura. Un cura rojo [...]” (1976: 34). Revueltas se extiende en describir el rígido dogmatismo y la obsesión persecutoria de “desviaciones” que caracterizan a su personaje, quien vive en la clandestinidad recibiendo reportes, teorizando sobre “los principios *inmutables*” y editando el periódico *Espartaco*. Fidel nombra Bandera Roja a su hija –si hubiera sido niño, explica, le habría puesto Octubre. Uno de los ejes de la novela es justamente la muerte del bebé, cuyo cadáver Fidel deja pudrirse en la cuna de la “oficina ilegal” donde vive porque prefiere utilizar el dinero destinado al entierro de su hija en la distribución del último número del periódico del partido:

“-El periódico podía esperar- insistió [Bautista] con tozudez, cual si con esto quisiera decir algo muy diáfano y contundente, pero aludiendo tan sólo al hecho de que los quince pesos que llevó para el entierro de Bandera hubieran sido destinados por Fidel para los gastos de envío a las provincias de *Espartaco*, el órgano de la Juventud Comunista.

“La que puede esperar es *ella*, porque está muerta”, había sido la réplica atroz y lógica que diera Fidel a estas palabras de Bautista” (REVUELTAS, 1976: 72-3)

Es de sobra conocido que Revueltas fue expulsado dos veces del Partido Comunista Mexicano y basta una lectura superficial de *Los días terrenales* para imaginar qué tipo de gestos del escritor encontraban problemáticos los jefes de la organización (CARR, 1996: 189-192). En cualquier caso, es de suma importancia en nuestro análisis que Roberto, de entre todas sus imágenes de comunistas –incluso de otros personajes menos sórdidos de *Los días terrenales*- utilice la de Fidel para encarnar al Partido. Fidel es un militante perfecto: su sacrificio por la causa del comunismo es absoluta y su conocimiento de la ideología, incuestionable. Pero hay algo “sórdido y triste en el fondo”, según palabras de Roberto. Es un héroe, sí, virtuoso hasta el extremo, pero lo es un sentido muy distinto al de un gorkiano Pavel Vlassov. En la exageración de las virtudes revolucionarias, Revueltas (un escritor comunista), hace de Fidel un personaje inhumano.

Tenemos entonces que la relación con el pasado que ejemplificamos con base en el testimonio de Roberto se caracteriza por una afectividad orgullosa e irónica (“nostalgia reflexiva”) atravesada por la operación de “rescate de los restos del naufragio” y por un entramado narrativo tragicómico en el que actúan personajes heroicos y a la vez ridículos.



Nos resta, si bien ya la hemos arañado en las reflexiones precedentes, la dimensión de las continuidades. Empecemos con el mundo de las expectativas:

La idea era cambiar el mundo. Y nos pasó lo que en aquella película de Scola [*Nos habíamos amado tanto*, 1974] que dicen los personajes “queríamos cambiar el mundo y el mundo nos cambió a nosotros”. Es exactamente.

“El mundo nos cambió a nosotros” es la frase con la que Nicola Palumbo, ex miliciano antifascista, comunista, cinéfilo obsesivo y escritor frustrado, termina una amarga reflexión en *Nos habíamos amado tanto*: “debería hablarle de otras cosas, de nuestras ilusiones de nuestras esperanzas, de nuestras decepciones. Creíamos poder cambiar el mundo y el mundo nos cambió a nosotros”. La referencia es una imagen potente de los muchos cambios que Roberto registra en su persona. Hemos observado que se observa a sí mismo con distancia crítica: ya no se reconoce en ese sentirse “limpio, honorable, digno, gallardo, valiente y etcétera”. Vimos también que dejó de identificarse con la antipropaganda soviética que justificaba las invasiones a las repúblicas populares apelando a que los alzamientos en Hungría y Checoslovaquia eran producto de un complot estadounidense, y en más de una ocasión citamos la transfiguración que sufren “los grandes esfuerzos y los grandes sacrificios” al paso de las décadas hasta quedar convertidos en “minucias que no servían de hecho para nada”. Reflexionemos ahora sobre el siguiente fragmento, que es la respuesta de Roberto a la pregunta ¿te consideras aún comunista?:

Sólo en sentido romántico, quiero un mundo mejor pues. Quisiera un mundo mejor. Y ya no hay mucha energía para lograr, en mi caso. Ya no ando, me da mucha flojera salir incluso de mi casa.

Existe un resto más del naufragio a rescatar, además del malogrado esfuerzo por la unidad de la izquierda y la decencia de los cuadros del PCM. Se trata del sueño comunista, de ese “querer un mundo mejor” con el que Roberto se declara aún identificado, si bien esto no tiene ya consecuencias prácticas, pues “no hay mucha energía”. Además de ser aún comunista en sentido romántico, Roberto conserva algunos objetos de esas épocas. Menciona y muestra durante la entrevista su carnet del Partido Comunista y un póster de propaganda enmarcado. En materia de continuidades sociales declara que ha quedado en contacto con pocas personas de esa época, la mayoría a través del *Facebook*, pero conserva un amigo que es además colaborador en su trabajo.

Con lo dicho redondeamos el segundo tipo de relación con el pasado, al que llamaremos, en referencia al título de la película citada por Roberto hace unos párrafos, “Nos Habíamos Amado Tanto”. En este punto estamos listos para realizar una primera comparación de conjunto entre el tipo de relación con el pasado “Puedo Morir Como Nací” -el de Antonio y Sabina- y el tipo “Nos Habíamos Amado Tanto”, ejemplificado con el testimonio de Roberto. Lejos está Roberto de compartir al momento de ser entrevistado la imagen heroica del militante comunista y la trama épica en la que se inserta que son propios de “Puedo morir como nací”, pero vimos ya que en su relato los comunistas también tienen algo de heroísmo virtuoso, aunque sea el que se cifra en su decencia. Ambos sienten orgullo frente a ese pasado, pero la satisfacción de “Puedo Morir Como Nací” es reemplazada por ironía en el tipo “Nos Habíamos Amado Tanto”. Observemos también que las continuidades son menores en “Nos Habíamos Amado Tanto” que en “Puedo morir como nací”: por ejemplo, Sabina y Antonio aún tienen participación política mientras que Roberto abandonó la militancia en 1980; y los balances de la historia compartida en el PCM con muy dispares: “Puedo Morir Como Nací” experimenta “nostalgia restauradora” y desea un restablecimiento del pasado de hermandad y avance político, mientras que la nostalgia de los “Nos Habíamos Amado Tanto” es “reflexiva” y se acompañan de la creencia de que la mejor contribución del partido al país fue el esfuerzo de unidad de la izquierda, que significó, según describe Roberto en un fragmento que no revisamos arriba, un “salir de las catacumbas”. Habiendo hecho estos apuntes, estamos en condiciones de apreciar a plenitud las diferencias que el tercer caso, el de Ernesto, que militó en la Juventud Comunista durante su paso por la Escuela Nacional Preparatoria, nos presenta.

### **2.3 El tipo “El Dios Que Falló”**

Al preguntársele a Ernesto por la vida del club de la Juventud Comunista “Hernán Laborde” de la Preparatoria, éste comienza su explicación diciendo “Era muy... en cierta manera muy inocente [...] y éramos unos cuantos gatos, no era una gran organización”. Más adelante, a instancias mías, retomará la primera idea:

[...] inocente en el sentido de que no sabía... yo no conocía lo que estaba pasando realmente al interior de los países socialistas. No se conocía, había poca información. No conocía realmente lo que había hecho Stalin, no conocía lo que habían hecho en la Unión Soviética con la población, los asesinatos y

las muertes millonarias de soviéticos. Todo eso no se conocía. Entonces, claro, era como una especie de acercamiento inocente.

En el relato de Ernesto la idea de “tener información” –cuya contrapartida sería “ser inocente”- es muy importante. Puesto que su posición política cambió radicalmente desde su adolescencia comunista hasta su presente “liberal” –según él mismo se define - la situación de entrevista lo pone en necesidad de ofrecer dos justificaciones: primero, la de dejar de ser comunista, y segundo, la de haberlo sido alguna vez. Lo llevaron a militar esa inocencia y también las características de esa etapa de su vida, “un momento en que pasas de la adolescencia a la primera adultez, como que era identificarte con algo que de alguna manera estaba ahí”. Volveremos en un momento sobre el tema de la “falta de información” y cómo su superación aporta la segunda justificación, la del abandono de la ideología comunista, pero antes debemos articular estas notas con el problema de la “salvación”.

En dos momentos independientes de la entrevista, Ernesto habla de que algo que lo alejaba del Partido Comunista “lo salvó”. Por ejemplo, describe el material de estudio en el club de la Juventud Comunista como “realmente muy elemental” y compara ese espacio con un grupo de lectura paralelo en que se emprendía “la lectura de textos más sofisticados [...] Allí era más abierto, era no solamente Marx, sino eran Wilhelm Reich y esas cosas ya propiamente no marxistas [...] Yo creo que fue lo que me salvó. (Ríe)” ¿Por qué te salvó?, pregunto yo, y él responde “Pues porque la mentalidad era muy cuadrada. Entonces siempre te tenías que dirigir hacia el marxismo, y no había más opciones. Entonces esa diversidad de visiones que de pronto teníamos con todo tipo de lecturas, de alguna manera nos daba más libertad”. En otro momento, cuando Ernesto aborda su expulsión del Partido –que se efectuó por la vía de la selección de miembros de la Juventud Comunista cuando el Partido decidió disolver a la organización paralela para juventudes en 1973- nuevamente usa la expresión “me salvó”. ¿De qué lo salvó su expulsión en este caso?: “me salvó [...] de convertirme en una persona... en un militante de tiempo completo. En un militante de tiempo completo y obsesionado con la revolución.”. Tenemos entonces que el Ernesto actual estima que en la militancia comunista existían lo que llamaremos “riesgos biográficos”: por ejemplo adquirir una “mentalidad cuadrada” y convertirse en “un militante de tiempo completo y obsesionado con la revolución”. El riesgo percibido en la militancia de tiempo completo tiene un origen familiar claro. El hermano mayor de Ernesto,

Mario, militaba en el Club Hernán Laborde desde antes de que Ernesto ingresara a la Preparatoria, y tanto Mario como Raúl –el camarada que dirigía el club- “Eran lo que se puede decir fósiles”, es decir, alumnos con rezago educativo, “fossilizados” en su estado preparatorio. Amplía Ernesto:

era como significativo el hecho de que mi hermano hubiera utilizado doce años para cubrir lo que tenía que haber hecho en la mitad, incluso en menos porque creo que cuando él entró la prepa era de dos años. Lo que te habla de que, por lo menos al final de su actividad académica en la prepa, él ocupaba mucho tiempo en la actividad política, cosa que a mí no me sucedió.

La descripción que hace Ernesto de su hermano Mario en ésta y otras partes de la entrevista nos aporta mayor claridad sobre la fuente de los “riesgos biográficos”, que se construyen sobre la base de usar la vida de su hermano como contrafáctico de la suya. Dicho de otro modo, el pasado político de Ernesto en la Juventud Comunista del PCM está asociado con toda la negatividad de su relación con Mario:

Había [...] esta enseñanza negativa. La relación con mi hermano era buena, sobre todo en esa época se estrechó mucho, pero sin embargo yo lo criticaba mucho en su forma de vida. [...] sí tengo muy claro que yo no quería convertirme en eso que veía que pasaba con muchos de estos militantes. Con algunos, por lo menos, que tenía yo cerca.

Este es el momento de recuperar el hilo que habíamos dejado suelto arriba, el tema de la inocencia y la falta de información. Ernesto estima que el estudio –que compite tanto con la manualística que se ofrecía en el club comunista como con la militancia de tiempo completo- lo “salva” de convertirse en alguien como su hermano, que tiene como característica distintiva en esa época “ser un fósil”, un estudiante que “huevoeaba”. El problema del conocimiento, manifiesto en las dicotomías “estudiar-ser un fósil” y “ser inocente-tener información”, atraviesa toda esta historia, y no es un tema trivial si añadimos al análisis que Ernesto es un académico.

Recordemos que alejarse del PCM implica “salvarse”, por tanto, el tiempo que se invirtió en la militancia comunista es visto –*retrospectivamente*- como un riesgo. Estas observaciones nos ayudan a descubrir la relación emocional de Ernesto con su pasado político, a la que podemos describir como de aprensión.

¿Qué podemos decir sobre la trama narrativa del relato de Ernesto? Aquí no hay héroes ni enfrentamientos contra el mal o el destino. Él mismo facilita esta aseveración cuando nos provee de su autoimagen retrospectiva:

[...] no considero que mi vida en la izquierda haya sido de ninguna manera heroica. O sea, me considero chavo de clase media que se interesó por una perspectiva política y que después la abandonó por decepción del asunto. Pero no me crea conflicto, hasta la fecha.

Los personajes del drama de esos años no son virtuosos, sino todo lo contrario. Mario y Raúl son “fósiles”, como hemos visto, pero hay más:

Raúl [...] era hijo de un periodista, de un periodista de izquierda [...]. Pero era muy reconocido como periodista de izquierda, él publicaba en *El día*. Esa posición de periodista le daba ventajas en relación al propio gobierno mexicano. Por ejemplo, hasta yo me acuerdo, Raúl, que era de los pocos que tenían coches en esa época, el coche lo había obtenido a través de Octavio Sentíes, que era el jefe de gobierno del Distrito Federal, en ese entonces se llamaba regente. Es decir, no era tan... o a lo mejor como sucede en este país, no era una oposición tan oposición, porque había redes que se entreveraban con el propio Estado. Y entonces como que todo mundo hacía *mutis* de eso, no eran temas... su madre era maestra –ya estaban divorciados los papás- pero su mamá era maestra de primaria con reconocimiento por el magisterio, venía de una familia de militantes dentro del Partido Comunista. Pero a pesar de eso como que había ciertas ligas con el propio Estado, que les permitía tener algunas cosas, como el caso del coche.

Raúl, con rezago educativo, de mentalidad cuadrada, que dirigía el club Hernán Laborde desde el café La Moneda cercano a la Preparatoria, era además algo hipócrita. La forma en que obtuvo su automóvil lo descalifica moralmente como comunista: todo lo contrario a la “gente muy decente” que nos describía Roberto (y ni hablar de la “muy muy muy valiosa” que nos retrataba Anastasia). Además, estos personajes se embarcaban en largas discusiones encaminadas a determinar

cómo organizar a los estudiantes, cómo hacer que participaran, cómo reclutar gente, finalmente. Hacer crecer las organizaciones. Cosa que yo creo que nunca tuvo éxito, porque... yo no me acuerdo que fuésemos más de diez personas en la prepa que éramos parte de la Juventud Comunista.

Este fragmento me interesa por dos razones. Primero, porque ilustra la noción de futilidad de los esfuerzos –que ya habíamos visto en el tipo “Nos Habíamos Amado Tanto” en la idea de “minucias que no servían para nada”. Segundo, y más interesante, porque me permite introducir una reflexión sobre el parámetro de medición del éxito. La ilustración de la futilidad que hace Ernesto nos ofrece un criterio numérico: “nunca fuimos más de diez personas”. El argumento que deseo introducir es que el número diez, en sí, *no es ni mucho ni poco*. Es el procesamiento que hace la memoria de la escala de la organización lo que es central para los balances individuales, y no la escala en sí. Para demostrarlo, introduciré aquí un breve paréntesis comparativo con una entrevista que no hemos usado en este apartado. La comparación es sugerente porque la entrevistada, Rebeca, también ingresó a la Juventud Comunista por esos años -específicamente en 1968-, también por la vía de un club

en una preparatoria de la UNAM y también es profesora universitaria. Cuando Rebeca, que ingresó a la Facultad de Economía, habla de la escala de la célula Ramón Ramírez del PCM allí, cuenta:

Éramos diez, pero todos con experiencia, esa era la diferencia. [...] Allí éramos diez comunistas [...]. Eran cuatro profesores y los demás éramos estudiantes... para que te des una idea. ¡Es que tampoco eran de masas las cosas!.

La coincidencia en el número patentiza la operación que la memoria está jugando detrás del juicio. Para Ernesto, “no ser más de diez personas” es signo de marginalidad y fracaso, pero para Cristina, “ser diez” no es poco porque “todos tenían experiencia” y “tampoco era de masas la cosa”. Lo importante para la memoria individual, en suma, no es cuántos eran, sino el procesamiento que quien recuerda hace del número para convertirlo en “muchos” o “pocos”. Cerremos este paréntesis para concluir el punto que desarrollábamos sobre la trama narrativa en el relato de Ernesto.

La trama narrativa que ejemplifica el testimonio de Ernesto es cómica. Los personajes, como hemos visto, son ridículos, no hay un especial virtuosismo en ellos, de hecho figuran de forma prominente algunos de sus defectos. Las acciones que emprenden, fútiles. Y el desenlace es feliz porque implicó la superación de la inocencia y con ella la evasión de los riesgos biográficos.

La dimensión de las continuidades en el caso de Ernesto, la última que nos queda, requiere avanzar con tiento. Los cambios operados en los últimos cuarenta años de su vida hacen que su militancia juvenil sea descrita como “inocente”, como hemos visto, y el proceso de superación de esa inocencia –y de los riesgos asociados a ella- termine vinculado con el estudio y la adquisición de conocimientos. El tiempo intermedio es de la progresiva liberación de las ideas de su adolescencia, lo que puede observarse en su lectura de la caída del Muro de Berlín:

[...] para entonces yo estaba absolutamente convencido de que eso era absolutamente una tontería. Entonces yo ya tenía casi diez años en la universidad como profesor, lo celebramos, desde luego. Vimos que era el inicio de un cambio, como después se daría, la caída del socialismo, pero ya convencido de que lo que estaba, o lo que había sido motivo de la creación del muro de Berlín era en realidad un proyecto negativo, por lo tanto era motivo de alegría.

Ahora bien, existe una complejidad adicional:

[...] visto a la larga, tampoco me creía yo mucho el asunto. Es decir... era una época donde estábamos convencidos de la revolución y de los cambios que se tenían que hacer y todo eso. Pero como en el fondo de mí existía una gran duda si eso era lo que yo quería en mi vida. Y entonces, por lo tanto, yo no descuidaba lo otro [el estudio], era como una especie de “esta es la parte de mi vida que quiero, y lo otro a lo mejor sí, a lo mejor no, pero por lo pronto mantengo las dos cosas”. Y así fue. Entonces, por eso digo, afortunadamente (ríe).

Ernesto, a final de cuentas, encuentra el modo de restablecer un hilo de continuidad entre la imagen de su adolescencia –inocente, en riesgo de convertirse en su hermano, “convencido de la revolución”- y su presente. El recuerdo de “la gran duda en el fondo” es el puente que conecta ambas orillas de su biografía, es lo que “afortunadamente” le aleja de repetir el ejemplo negativo de Mario y lo mantiene en la senda del estudio. La operación “gran duda en el fondo” relativiza de hecho su inocencia adolescente, y con ello también su pertenencia a este grupo de personajes fosilizados e hipócritas. Abramos aquí un paréntesis para explorar la posibilidad de comunicar estas observaciones con algunos hallazgos del campo de la psicología.

Este tipo de exmilitantes tiene que lidiar con una incoherencia biográfica. Las acciones y convicciones militantes del yo juvenil, que incluían “estar convencido de la revolución” e “ir a pegar carteles en la madrugada, a la hora en que la policía cambiaba de turno”, son vistas retrospectivamente no sólo como ingenuas, inútiles y erróneas, sino como riesgosas e incluso condenables. El concepto psicológico de auto-coherencia (*self-coherence*) puede echar luz sobre el asunto. Conway lo pone de este modo:

Con frecuencia se ha observado y es sabido desde hace tiempo que los recuerdos pueden ser alterados, distorsionados, incluso inventados, para sustentar aspectos actuales del *self* [...]. La coherencia es una gran fuerza en la memoria humana que actúa en la codificación, la recordación post-codificación y la re-encodificación para moldear tanto la accesibilidad de los recuerdos como la accesibilidad de su contenido. Esto se realiza de un modo tal que hace a la memoria consistente con las metas, autoimágenes, y creencias sobre sí mismo del individuo [...] Por tanto, la memoria y aspectos centrales del *self* forman un sistema coherente en el cual, en el individuo saludable, creencias y conocimientos sobre el *self* son confirmados y sustentados por recuerdos de experiencias específicas (2005: 595, la traducción es mía)

Si estamos sobre la pista correcta, la búsqueda de coherencia explicaría que el mismo sujeto reporte, en rápida sucesión, “estábamos *convencidos* de la revolución” y “en el fondo de mí existía una gran duda”: la función del recuerdo de esa duda sería hacer a la memoria consistente con el *self* actual. Sobra decir que no tenemos acceso al Ernesto de principios de los años setenta para establecer si su convicción o compromiso eran en lo esencial idénticos o efectivamente menores a los de los demás exmilitantes con quienes

podríamos compararlo: nuestro argumento permanecerá por ello a nivel de hipótesis. Nótese, únicamente, que lo que aquí se implica no es que Ernesto sea víctima de algún tipo de autoengaño o esté inventando retrospectivamente sus dudas: basta con que las recuerde como algo central de su experiencia. Es decir, es factible que muchos alberguen grandes dudas –y eso explique, por ejemplo, su decisión de salir del partido–, pero que sólo los exmilitantes como Ernesto deban recurrir a su evocación al emprender una reconstrucción autobiográfica en aras de establecer una continuidad en medio de una ruptura tan acentuada.

Anotemos, finalmente, que Ernesto no conserva documentación de sus años en el Club Laborde, y aunque tiene algunas amistades de larga data, ninguna específicamente asociada a su paso por la Juventud Comunista. Tampoco tuvo, después del episodio del Club, nada parecido a una relación cercana con su hermano Mario. Nada, con la posible excepción de algunos volúmenes de su biblioteca, denota en los muros o estantes de su casa su vieja adscripción al comunismo o en general a la izquierda, y, como hemos visto, tampoco quedan en su actual identidad e ideología políticas rastros evidentes de las ideas que sostuvo en su adolescencia. La continuidad en este tercer tipo, salvo por la “gran duda de fondo” que hemos descrito hace un momento, es prácticamente nula.

Habiendo explorado las tres dimensiones de nuestro concepto “relación con el pasado” en este tercer tipo de exmilitantes, queda pendiente darles alguna etiqueta con la que podamos identificarlo posteriormente. Lamentablemente, Ernesto no nos facilita en su testimonio una comparación literaria o cinematográfica para estos fines, pero en realidad no escasean ficciones y ensayos escritos por excomunistas arrepentidos. Una compilación muy citada de los mismos que data de 1949 se titula *The God that failed* (“El Dios que falló”) y reúne las reflexiones de seis prominentes intelectuales de la época (Arthur Koestler, Ignazio Silone, Richard Wright, André Gidé, Louis Fischer y Stephen Spender). El editor explica en su introducción al volumen la elección del título:

En este libro, seis intelectuales describen su viaje hacia el comunismo, y luego el regreso. Lo vieron en un inicio, desde la lejanía, [...] como una visión del Reino de Dios en la Tierra; y [...] dedicaron sus talentos a trabajar humildemente en pro de su realización. No los descorazonaron el desprecio de los revolucionarios profesionales, ni las burlas de sus oponentes, hasta que cada uno descubrió la brecha entre su propia visión de Dios y la realidad del Estado comunista –y el conflicto de conciencia alcanzó un punto de quiebre. (CROSSMAN, 1963: 3, la traducción es mía)



No es difícil ver el paralelo entre el testimonio de Ernesto y el espíritu de la compilación de Crossman cuyo sugestivo título ha sido retomado varias veces y no sin cierta ironía tras el desplome del socialismo real, por ejemplo en 2009 -cincuenta años después- por Larry Elliott y Dan Atkinson en su volumen *The gods that failed: How blind faith in markets has cost us our fortune* (*Los dioses que fallaron: cómo la fe ciega en los mercados nos ha costado nuestra fortuna*), o bien, ocho años antes, por Hans-Hermann Hoppe, quien tituló al suyo *Democracy: The God That Failed* (*Democracia, el Dios que falló*). Usaremos pues “El Dios que falló” como etiqueta para este tipo de relación con el pasado y para los exmilitantes a los que caracteriza.

## 2.4 Síntesis

Empezamos este capítulo con una definición operativa de relación con el pasado, a la que describimos como el vínculo subjetivo que un actor establece con un acontecer pasado, según lo imagina o recuerda, y del cual puede o no haber participado. Establecimos, para el caso de los exmilitantes del PCM y por tanto partícipes del pasado que nos interesa, tres dimensiones de este concepto: afectividad, trama narrativa y continuidad. Atribuyendo valores a cada una de estas dimensiones a partir del análisis detallado de tres testimonios delimitamos igual número de tipos de relación con el pasado y los etiquetamos para futura referencia en esta tesis. El siguiente cuadro sintetiza los hallazgos hasta ahora, colocando entre paréntesis a los exmilitantes entrevistados que no fueron citados.

**Tabla 1: Tipología de relaciones de exmilitantes con su pasado**

Casos	Tipo	Afectividad	Trama narrativa	Continuidad
Sabina y Antonio (Leopoldo, Benita, Anastasia)	“Puedo Morir Como Nací”	Orgullo, satisfacción, nostalgia restauradora. Operación: redimensionalización de expectativas	Épica	Identificación y continuidad plena.
Roberto (Úrsula, Rebeca)	“Nos Habíamos Amado Tanto”	Ironía, orgullo, nostalgia reflexiva. Operación: “rescatar los restos del naufragio”	Tragicómica	Continuidad identitaria, discontinuidad práctica e ideológica.
Ernesto (Adrián)	“El Dios Que Falló”	Aprensión/Operación: “riesgos biográficos”	Cómica	Discontinuidad y desidentificación, “gran duda de fondo”

### **3. Relación de los descendientes con el pasado de sus padres**

En el capítulo anterior propusimos una tipología de las relaciones que los exmilitantes del PCM tienen con su propio pasado en la organización. Para ello partimos de un concepto de relación con el pasado del cual distinguimos tres dimensiones: afectividad, trama narrativa y continuidad. Este capítulo está dedicado a realizar un ejercicio semejante con sus hijos, pero para ello nuestro concepto de “relación con el pasado” debe sufrir algunos ajustes en sus dimensiones. Conservaremos la noción de afectividad, puesto que los hijos también manifiestan emociones al evocar el pasado de sus padres. La categoría trama narrativa no será usada: si bien los hijos también pueden dotar al relato sobre el pasado político de sus padres de estructuras narrativas épicas, trágicas o tragicómicas, la fragmentariedad de sus conocimientos relativiza los efectos del tramado y lo hace menos relevante para nuestra indagación de su relación con ese pasado. En su lugar, trabajaremos con la categoría “actualidad”, que hace referencia al modo y la medida en que los descendientes entienden que el pasado político de sus padres sirve de referencia para entender o actuar en el presente. La dimensión “continuidad” del concepto que usamos en el capítulo anterior también debe ser ajustada porque los descendientes, por el diseño mismo de esta investigación, nunca formaron parte del PCM y por tanto es impropio atribuirles permanencias de algo de lo que no participaron (la excepción, Sergio, se trata en el último apartado de este capítulo con abundante cautela). El concepto que usaremos en lugar de continuidad es el de herencia, con el que haremos referencia a elementos alusivos o vinculados con el pasado en el PCM transmitidos por los padres a sus descendientes.

#### **3.1 El tipo “Relevo generacional”**

Julia, nacida en 1968, es la hija mayor de dos militantes del PCM. Esto piensa de los comunistas en la actualidad:

No entiendo por qué esa gente no... iba a decir, no encontró su lugar, pero más bien por qué perdió su lugar en la vida política nacional. Como grupo, no quiero decir como partido, se disolvió, pero como un grupo de gente con un pensamiento similar. Tú puedes decir, se incorporaron al PMS, al PSUM, y luego al PRD, pero pues no. Todo eso se fue diluyendo cada vez más, y es gente que sigue pensando o teniendo el pensamiento, la formación... es algo que a mí me parece tan valioso y tan desperdiciado. Gente que se formó ideológicamente, intelectualmente, pues en una ideología... y que todo eso, yo siento que está como perdido, y siento que de alguna manera... [...] lo digo como grupo, como los comunistas, que de alguna manera hay como un... lo digo yo... como una frustración, pues. [...] Y

cuando escuchas las historias, de cómo se conocieron y que si iban pa'cá y para allá y que si hacían tal. Que son historias tan interesantes es ¿dónde está todo eso? ¿y dónde está toda esa gente y el aporte que ellos pudieron hacer...? Y cada vez yo creo que más perdido y más diluido.

Julia opina que el lugar del Partido Comunista está vacío. Ella compara “las historias” con la disgregación contemporánea de sus protagonistas y se pregunta “¿dónde está todo eso?”. Notemos que Julia, si bien vivió en una casa en la que la interacción con el PCM llegó a ser muy intensa (en el capítulo cinco retomaremos este hilo), nunca militó en partido alguno y habla de los comunistas en tercera persona: no es *su* organización la que echa en falta, sino la de los padres. Insistamos: hubo una época en la que personas con “el pensamiento, la formación”, algo “tan valioso”, “iban pa'cá y para allá”, y eso hoy “está como perdido”, “desperdiciado”. Antes de establecer el tipo de afectividad que este fragmento revela, comparémoslo con otro extraído del testimonio de Darío, nacido en 1987 de una pareja de exmilitantes del PCM que continuó su trayectoria política en las organizaciones herederas. Leeremos, justamente, el balance que hace Darío de la autodisolución de la agrupación comunista en 1981 y del devenir tanto institucional como de sus padres:

[...] Tengo la sensación de que [...] fueron los que se dejaron arrastrar (ríe) por la historia... por la trayectoria hegemónica de la izquierda en México. [...] tengo la imagen de que el trayecto de la izquierda –PC, PSUM, PRD- es como la transición a esa gran trayectoria de prácticamente todos los que pasaron por esas épocas. Y que se dejaron llevar por la oleada de hacia dónde se decantaba [...] la izquierda. Y que fueron parte de esos grandes procesos, no sé si decirlo así. Primero la renovación a través del Partido Socialista Unificado, y después la disolución, la *confluencia en [...] este mayor espacio [el PRD], donde [...] era una virtud olvidarse de los principios, más bien, e intercambiarlos por un sentido común de “progreso” o de “lo posible”*, y la coincidencia fue el gran proceso unificador que unificó Cuauhtémoc Cárdenas, y que el balance después de eso [...] pues fue negativo. Estuvo mal que se hiciera así. Pero muy comprensible, al mismo tiempo, porque no sólo fue el PC, fueron un montón de organizaciones de izquierda comunista, movimientos sociales... y hasta [para] los que más resistían la tentación fue enorme. [...] Aunque finalmente se diga que está mal, o que se ha desarrollado en un sentido negativo, para el proyecto de la izquierda, es demasiado comprensible... como que en parte quizá porque sean mis padres, no los condeno, pero viendo las esperanzas que tenían y el proceso que siguieron, uno podría decir que aunque en parte se dejaron llevar, por otra parte era una gran fuerza que los empujaba, y sin organización partidaria como el PC que colectivamente los hiciera reflexionar sobre lo que había pasado, más bien era en lo individual. Los grupos del PRD que se fueron formando pues me imagino que no se parecían nada a los espacios políticos del PC donde reivindicabas una tradición común que te arraigaba a algo, que te permitía no sucumbir a la primera. Quizá la autodestrucción de esas organizaciones socialistas fue también la condición de que no hubiera una reflexión crítica posterior organizada, cada quien sacaba sus conclusiones. Y después tienen que hacer reencuentros para ver qué pasó, pero ya demasiado tarde, con demasiados compromisos encima.

Decidí citar en extenso el balance de Darío porque es extraordinariamente rico en matices. Combina la decepción con el resultado del proceso de fusión institucional que impulsó el PCM cuyo paso final fue la confluencia en el PRD con un esfuerzo grande por

contemporizar con sus padres, que formaron parte de las transiciones: “es demasiado comprensible”, nos dice, a pesar de la dureza de sus críticas. Notemos también que la imagen del PCM como un espacio cuya tradición “te arraigaba a algo, te permitía no sucumbir a la primera” es muy favorable, y contrasta nítidamente con la del PRD, en donde “es una virtud olvidarse de los principios”. Detengámonos también en esa penúltima frase de Darío: “ya es demasiado tarde”, y notemos cómo nos remite no sólo a la idea de pérdida, sino a la de irreversibilidad. Debe ser clara ya para el lector la afectividad que describimos: se trata de nostalgia. Redondeemos la idea con un fragmento más, esta vez del testimonio de Rafael, nacido en 1984 también de una pareja de exmilitantes del PCM y con una militancia política muy cercana a la de su padre, quien hizo –como los padres de Darío– todas las transiciones hasta el PRD, si bien padre e hijo lo habían abandonado para el momento de la entrevista.

Tal como me lo cuentan, qué maravilla haber estado en ese momento histórico. Muy diferente a la descomposición política que a nosotros generacionalmente nos ha tocado vivir. Era un tiempo con expectativas, yo lo visualizo de ese modo. El autoritarismo era férreo, la represión contra el disenso era muy fuerte, no había democracia en el país, prevalecía el partido único, pero este grupo compacto de militantes pensaba que podía cambiar el mundo. Y cuando menos cambiaron su entorno. Vivieron en ese mundo que ellos querían construir.

El pasado político de los padres en el PCM se corresponde, “tal como me lo cuentan”, con una época de “maravilla”, muy diferente a “la descomposición política que a nosotros generacionalmente nos ha tocado vivir”. El contraste es de una nitidez ejemplar, y puedo enfatizarse aún más si vemos el balance que Rafael hace de su propia experiencia en el PRD, la organización heredera del PCM:

la historia que me toca a mí vivir [...] no es precisamente la de los triunfos y de los logros, sino la de la desintegración, un proceso involutivo, un proceso regresivo al que a la generación de mi padre le correspondió. No es un proceso de épica, de mística en la militancia, en donde se anteponían los principios, en donde había convicciones, sino un proceso en donde se va pervirtiendo la militancia, en donde se busca el poder como un fin en sí mismo, y en donde comenzamos a ver prácticas de corrupción que antes se combatían. Ahí sí hay una brecha generacional que separa la narrativa de mis padres [de] la izquierda que a mí me ha tocado vivir. [...] da mucho coraje que el legado histórico de ese movimiento sea lo que hoy es el PRD. [...] indigna mucho, da mucha tristeza.

La imagen de la “brecha generacional” sintetiza a la perfección lo que venimos explicando sobre esta forma de nostalgia. De un lado de la brecha está “la narrativa de mis padres”, “el proceso de épica, de mística en la militancia, en donde se anteponían los principios, en donde había convicciones”; y del otro la “izquierda que a mí me ha tocado

vivir”, caracterizada por la “perversión de la militancia”, “las prácticas de corrupción”, la indignación, el coraje, la tristeza.

¿Para qué sirve “el pasado político de los padres”?, ¿qué actualidad tiene? Darío tiene una militancia política en la izquierda socialista desde hace años, primero en la Otra Campaña neozapatista, luego en el trotskista Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y finalmente en la Organización Política del Pueblo y los Trabajadores. Más adelante en la entrevista explica que hizo su servicio social universitario en la catalogación del archivo del CEMOS, pero agarró gusto al trabajo con los documentos por los siguientes motivos:

[...] lo que más me interesaba en esos tiempos en los que yo personalmente buscaba fórmulas o referentes, experiencias pasadas de organización que pudieran servir, [eran] las minutas y los informes de las células, y me quedaba revisando [...] eran sobre todo células juveniles que de forma muy detallada explicaban lo que se hacía, las deficiencias, pero *todo se reflejaba con una seriedad y un compromiso difícil de encontrar ahora*. [...] mi servicio social lo hice en 2008, 2009, ya había pasado la experiencia esta de militancia un tanto laxa [en el neozapatismo], y era un poco desesperante ver que era demasiada experimentación (ríe). Que pocas veces rendía frutos notables. Y mientras uno se va metiendo en la militancia va abandonando esta idea de lo nuevo, de experiencias nuevas. Y entonces pues haces ahora la idea contraria, ¿no? El camino contrario. Después de haber escuchado tantas experiencias de que las formas antiguas de organización ya no funcionan, de que ni siquiera luchas anticapitalistas funcionan, y entonces buscas lo nuevo, de cómo renovar esas luchas para que sí sirvan, quizá era parte de lo atractivo de las propuestas de la Otra Campaña, y del EZLN [Ejército Zapatista de Liberación Nacional]. Después de un periodo de frustración de que eso no está pegando pues haces el camino contrario de ¿qué sí funcionó para que pegara? Y preguntas a otros militantes más viejos cómo se organizaban, y en esa temporada pues sentía que esto me ayudaba como referente, como para saber qué sí podía avanzar. Después te das cuenta de que los mismos viejos cuadros te dicen que en realidad no hay una forma específica de organización, que ellos también pasaron por distintas etapas de decisión, de qué hacían en cierto momento, organizaciones más flexibles, más rígidas.

Empecemos por reforzar la idea del pasado perdido, de esas células en las que se reflejaban “seriedad y compromiso difícil de encontrar ahora”, pero podemos ir algo más allá. Lo que interesa aquí es que Darío encuentra que el “pasado político de sus padres” tiene un interés inmenso en tanto referente organizativo, y eso lo motiva a realizar una búsqueda propia de información, leyendo las minutas de las células del PC en el archivo del CEMOS y preguntando “a otros militantes más viejos cómo se organizaban”. La experiencia de la generación de los padres, de la cual por cierto le gustaría que le hubieran transmitido más, tiene gran actualidad porque de ella pueden extraerse lecciones. Estas lecciones son bastante sofisticadas -“los mismos viejos cuadros te dicen que en realidad no hay una forma específica de organización”-, no se trata de “recetas” o fórmulas prefabricadas, pero lo que

interesa es que ese pasado tiene mucho que decir al militante del presente: el cambio temporal no lo ha dejado obsoleto. Algo semejante podemos rastrear en Rafael:

Esto de denostar a los viejos y decir que ya no sirven, ni madres, ojalá y logremos lo que ellos lograron como generación, y que dejaron pendientes muchas cosas. Ojalá y nuestra generación tenga los logros que las anteriores.

Vemos que la actitud de Rafael frente a los militantes de más edad es de comparación permanente y admiración, la fórmula “ojalá y nuestra generación tenga los logros que las anteriores” nos ayuda a redondear la idea de la actualidad que ese pasado tiene para este tipo de descendientes: la experiencia de los padres, tal cual ha sido escuchada o estudiada, *es un parámetro* para la propia experiencia política. En el caso de Darío, “el compromiso y seriedad difícil de encontrar ahora” que caracterizaba a las células nos devuelve una idea semejante: la experiencia del PCM –tal y como se la representa, al menos- es un parámetro con el cual juzgar el presente.

Dicho lo anterior, reconozcamos ahora que tanto Darío como Rafael admiten discontinuidades entre la militancia de los padres y sus propios tiempos, lo cual supone actualizar o cambiar palabras, modalidades de acción o coordinadas ideológicas. Esto puede apreciarse en la forma en que Rafael responde a la pregunta ¿te consideras comunista?:

Me identifico en la dimensión emotiva, pero como te digo, mi formación ya responde a otro contexto en que el comunismo se había disuelto en aras de la integración de las izquierdas, del pluralismo democrático, de la vía institucional, del parlamento. Me identifico más con la palabra izquierda en ese sentido. El comunismo me parece pues que fue una etapa histórica, [...] cuyos valores, cuyos principios que lo motivan, tienen plena vigencia, en eso sí me identifico. Pero no en la etapa histórica, no sé si me doy a entender.

“Fue una etapa histórica” marca distancia con al referente, ruptura frente a la experiencia de los padres en el PCM. Sin embargo, el complemento “valores y principios que tienen plena vigencia” sugiere una continuidad, si bien en un plano distinto. El pasado de los padres en el comunismo es también aquí, como decíamos arriba, un parámetro: los “logros” de nuestra generación pueden o podrán eventualmente compararse con los de las anteriores cuyos valores siguen vigentes, ya que es posible identificarse y reflejarse en lo que motivó a los padres y a sus camaradas. Sin embargo, las formas de organización y acción política parecen haberse agotado en el tránsito a “la integración de las izquierdas, el pluralismo democrático, la vía institucional y el parlamento” y su nomenclatura ya no es un

ítem adecuado para describir la propia identidad política (“me identifico más con la palabra izquierda”). Para continuar con nuestra reflexión sobre las continuidades y rupturas, revisemos lo que Rafael responde cuándo se le pregunta cuáles son los logros de las generaciones anteriores:

comenzar con el pluralismo en este país, dismantelar un régimen autoritario de partido único, comenzar a habitar las instituciones de distintos colores, pero creo que en eso no ha sido un movimiento lineal acumulativo, sino que hemos tenido fuertes regresiones, amenazas o reinstauración incluso en muchos aspectos del autoritarismo, y que hay una agenda pendiente y abrumadora para este país y que tiene que ver con la lucha en contra de la desigualdad, y que esa es la estrella que debe orientar las acciones de la izquierda, o como le quieras llamar actualmente, pero es esa lucha en contra de la desigualdad. *La entrega de la estafeta, yo me la imagino como una entrega de estafeta generacional [...] yo creo que se lograron cosas pero la lucha nunca acaba.* Son cosas que son procesos históricos, y que los cambios sociales toman mucho tiempo, mucho mucho tiempo, y muchas generaciones. La labor de uno debe entenderse inscrito en esa realidad. El orden natural de las cosas pues es la transmisión generacional. Yo estoy convencido de eso, que sólo se le puede dar viabilidad en la historia a largo plazo al proyecto emancipador si hay una transmisión generacional de principios, de experiencias de formación, pero también se permite que las nuevas generaciones, los perfiles emergentes, pues también comiencen ya a actuar.

La idea de la “estafeta” nos aclara muchas cosas: Rafael entiende que entre el pasado político de sus padres y su presente hay una continuidad fundamental en términos de “el proyecto emancipador”. Reconocer los logros de los predecesores y aceptar su herencia de principios, valores y experiencias es completamente congruente con “permitir a las nuevas generaciones comenzar a actuar”, es decir, con una renovación de los repertorios de acción, de las identidades, de las coordenadas teóricas y en general de todo lo que haga falta para continuar “el proyecto” en circunstancias nuevas.

Veamos ahora, para darle un último giro de tuerca a este tema, cómo explica Darío el concepto “comunismo”:

Cuando me dicen comunismo... pienso en una idea en conflicto. Es inevitable pensar la palabra comunista en su sentido condenatorio. Siempre cuando la oigo es como una palabra que la han destruido ideológicamente y hasta nosotros que si me preguntas que si soy comunista diría que sí, no puedo dejar de pensarla en su sentido negativo, y con mil peros, y si alguien me pregunta qué es el comunismo, empezar a explicar su problemática. Su justificación. Entonces cuando pienso en comunismo me llega la cara de Stalin, de los juicios que le hicieron a los revolucionarios para que Stalin se deshiciera de ellos. En el Partido Comunista, pienso en los estereotipos del Partido Comunista. Y ya después empiezo a relacionarla con una tradición más amplia, el comunismo no sólo son ellos, el comunismo ha sido una tradición muy amplia de experiencias que luchan por transformar el mundo; y después trato de cambiar la palabra comunismo. Socialismo me suena más suave, más amigable; por anticapitalismo. Trato de poner comunismo en otras palabras, como si fuera doloroso reivindicar el comunismo por sí mismo, y hay que adornarlo o... o explicarlo. No es una palabra que se presente por sí misma. Pero siempre volviendo como a esta idea, una frase de [Daniel] Bensaïd que decía “no importa qué tan ensuciada esté la palabra, qué tan denigrada esté la palabra, en el fondo aunque no nos llamemos comunistas, nosotros sabemos que somos comunistas”. Entonces es algo que

reivindico pero con esa dificultad, con ese peso histórico. Y tiendo a sustituir la palabra comunismo, prácticamente no la utilizo. Y la relaciono después con otras experiencias, trato de enlazarla a esas experiencias libertadoras, de luchas políticas que aunque la mayoría son perdidas, muestran el fondo del significado de la palabra comunismo. La relaciono con el Che Guevara, la relaciono con la liberación de Vietnam de la invasión estadounidense, y ya. Es una palabra difícil.

Comunismo “es una palabra difícil”. Para Darío, que militó dentro de una agrupación trotskista, el término evoca un universo semántico lleno de contradicciones: “experiencias libertadoras” al mismo tiempo que “los juicios a los revolucionarios”; son “los estereotipos del Partido Comunista” y también una “tradición muy amplia de experiencias que luchan por transformar el mundo”. “Sí me preguntas si soy comunista diría que sí”, afirma, y momentos después explica “trato de sustituir la palabra”, “como si fuera doloroso reivindicar el comunismo por sí mismo”. ¿De dónde proviene ese dolor? De un desgarramiento temporal. Hubo una época –la de la militancia de los padres en el PCM, anterior al nacimiento de Darío en 1987- en que uno podía ser y decirse comunista aparentemente sin necesidad de “adornarlo o explicarlo”. Es el tiempo, como vimos, del “compromiso y seriedad difícil de encontrar ahora”, es un pasado cuya actualidad se cifra en que sirve de parámetro para juzgar el presente. Pero la continuidad no es plena: hay un “peso histórico” que impide reivindicar plenamente al comunismo.

Las herencias de este grupo de descendientes son bastante acentuadas. Los casos en que esto es más evidente son los de Rafael y Darío, quienes, como vimos, son hijos de exmilitantes del PCM y ellos mismos tuvieron militancia partidaria. Al preguntarle al primero sobre la influencia de la actividad política de sus padres en su vida, declara:

[...] yo seguí también esta intención de hacer vida en la militancia, en la política, de participar en la vida de la república en su sentido tradicional. Pues claro que los antecedentes fueron determinantes en mi formación y en convertirme en la persona que hoy soy, y en haber escogido este derrotero, este camino de vida. A veces me pregunto si hubiera podido ser de otra forma. A mí me gusta mucho la historia, me gusta mucho la música, toco el piano, a veces me imagino qué hubiera sido de mí si hubiera escogido esa otra trayectoria.

Y Darío afirma algo muy semejante: “para que yo considerara una vida de militancia política fue ese peso... ese peso del pasado de mis padres”. Julia no tenía militancia política al momento de la entrevista, pero en sus años en la UNAM estuvo muy involucrada con el movimiento del Consejo Estudiantil Universitario (1986), y Dolores, a la que aún no hemos citado en este apartado, ha entrado, salido y vuelto a entrar al PRD. Los cuatro han conocido a muchas personas que militaron en el PCM con sus padres e incluso



tienen algunos vínculos de amistad con hijos de viejos camaradas; los cuatro se dicen de izquierda y –con excepción parcial de Darío, cuyas críticas al PRD hemos visto- manifiestan un altísimo grado de coherencia con las posiciones políticas de sus progenitores.

También es característico de este tipo de relación con el pasado de los descendientes una gran familiaridad con los símbolos, canciones y en general todo tipo de referentes de la izquierda y el comunismo y el haberla adquirido en buena medida en la interacción familiar. Rafael, por ejemplo, bromea al respecto: “entre broma y verdad me arrullaban con la canción de *La internacional socialista...*” Además de canciones e iconos, Rafael conoce con sorprendente detalle la historia política reciente de México, especialmente la trayectoria de las fuerzas y movimientos de izquierda, y puede explicar con bastante exactitud el recorrido de sus padres –en especial de su padre, que continúa activo profesionalmente en política al momento de escribir esto. Al preguntársele cómo puede evocar con tanta facilidad esa información, explica simplemente “Es parte de mi biografía. En todos esos momentos he estado muy cerca de mi padre desde el ámbito familiar.”. Y es que Rafael, además de estudiar Ciencia Política y Administración Pública en la UNAM, acompañó a sus padres:

A todo. A todo. Era una militancia muy apasionada la de mis padres. Siempre procuraron también el tiempo familiar, pero a mí me gustaba estar mucho con ellos, y me gustaba el ambiente además. ¡Putá! Me llegan a la mente muchas imágenes de marchas, de mítines, un montón de mítines, un montón de pueblos, comités ejecutivos.

No es aventurado afirmar que Rafael aprendió a militar en su casa. Algo semejante, si bien ella no tiene una trayectoria militante comparable, ocurre con Julia, que cuenta: “de las campañas te puedo decir que yo me la pasaba en los mítines, me sé todas las canciones (ríe) del Partido Comunista.”. Retengamos que este primer tipo de descendientes se caracterizan por un patrón acentuado de herencias, caracterizado por una continuidad referencial y normativa y posiblemente un intento por actualizar la herencia de experiencias e ideas políticas de los padres. Siguiendo la afortunada expresión de Rafael, llamaremos a este tipo de herencia “estafeta”.

Recapitemos los atributos que corresponden a este tipo de relación de los descendientes con el pasado político de sus padres, recordando que partimos de un concepto con tres dimensiones: afectividad, actualidad y herencia. Estos hijos, además de

sentir orgullo de sus padres, presentan una *afectividad nostálgica* frente a su pasado: tienen una imagen marcadamente positiva del mismo y manifiestan sentimientos de pérdida frente a lo que piensan que el PCM era aún cuando no fueron sus contemporáneos o, si lo fueron, eran demasiado jóvenes para militar propiamente en la agrupación. Esta positividad del recuerdo se asocia con una *actualidad paramétrica* del pasado de los padres: los miembros de este grupo tienden a considerar comparables las experiencias propias y de sus progenitores, y por efecto de la nostalgia el presente tiende a salir mal parado del contraste: donde antes hubo seriedad, compromiso, logros, organización, convicciones, mística y principios hoy hay indisciplina, descomposición, indignación, retroceso y tristeza. Por último, estos descendientes presentan una acentuada herencia: poseen numerosos referentes adquiridos en casa o por su cuenta, participan políticamente, adquieren, se apropian o utilizan objetos relacionados con el pasado de sus padres, conocen gracias a ellos a personas de ese ambiente e incluso han sociabilizado en forma independiente con sus hijos. La excepción parcial es la herencia identitaria e ideológica. En el primer caso, “comunismo” es una palabra difícil o “de otra época”, hay que adornarla o sustituirla con “socialismo”, “anticapitalismo” o “izquierda”; en el segundo -el plano ideológico- los valores siguen vigentes pero no siempre sucede lo mismo con los modos de accionar políticamente.

Para terminar nos resta únicamente etiquetar este tipo de relación con el pasado para futuras referencias. Usaremos la expresión “Relevo Generacional” para tal finalidad, haciendo alusión a la herencia de “estafeta” con la que los hemos caracterizado.

### **3.2 El tipo “Envidia distante”**

Eunice y Alejandro, nacidos en 1975 y 1978 respectivamente, son hijos de la misma pareja de exmilitantes del PCM y fueron entrevistados por separado. Ambos reportan que sienten orgullo del pasado político de sus padres, pero hay algo más. Dice la primera:

O sea, a mí me hubiera gustado yo tener una causa así. Siento que se la pasaron muy bien y en algún momento también como que me sentí muy bien de sentir que yo había sido producto de ese momento, que siento que fue muy romántico. Sí creyeron... y qué padre, un ideal que los movió. Los movió de lugar, los hizo crecer...

“Me hubiera gustado tener una causa así”, “qué padre un ideal que los movió” ¿qué es lo que Eunice siente al pensar en el pasado de sus padres? No es muy distinto a lo que experimenta su hermano:

Creo que han de haber vivido unos años envidiables en el sentido [...] de si yo ahora veo algo así con lo que se pueda identificar, pues creo que no, ¿no? Y en esos años me parece que el ser parte... siendo gente tan diferente, pues que de pronto confluya, ha de haber sido algo muy bonito, ser parte de un grupo que en verdad pensaba que representaba la posibilidad de un cambio (ríe).

“Ha de haber sido algo muy bonito ser parte de un grupo que en verdad pensaba que representaba la posibilidad de un cambio”, ese es el contenido de “haber vivido unos años *envidiables*”. Envidia, ¡esa es la emoción que estamos buscando! No es la nostalgia por un referente político irremediadamente perdido, sino el deseo de experimentar una sensibilidad específica: la pasión, la certidumbre, la comunión y el compromiso que asocian con la juventud militante de sus padres. Notemos que esta envidia ya no se corresponde con la representación de ese pasado político como uno actualizable, comparable con el presente de modos significativos y esclarecedores, cosa que ocurría en los Relevo Generacional. Esto lo deja claro Omar, nacido en 1988 de dos exmilitantes del PCM:

[...] a veces lo veo lejano. Como si tuviera que ver con una experiencia que a mí no me ayuda para entender cosas de lo que ocurre ahora. Yo no me siento, por ejemplo, en ningún sentido, como llamado a tener una participación política parecida a lo que era militar en sus tiempos. No por el hecho de militar, sino en qué... ¿con quién?... como que para ellos las cosas les eran muy claras. Parecería que es algo que hasta se envidia. Para ellos, “¿de qué lado estás?” “¡Pues está fácil! Estoy de este o estoy de aquél, y ya”. Si eras de izquierda, de las cosas más lógicas era acercarte con los comunistas. [...] además eran muy jóvenes... de los quince a los veintitantos... me parece algo como que sí, que viniera de otra dimensión (ríe). [...] [mi padre] tenía una anécdota buenísima de uno de sus compañeros que estaba en un mitin, pequeño mitin en la Facultad o el CCH [Colegio de Ciencias y Humanidades], y decía “compañeros, hay que recordar que las circunstancias nos dan la razón, y si no fuera así ¡peor para las circunstancias!” Entonces era como... como que uno nunca dice esas cosas. A ellos les parecía hasta de variedad, pero era algo que se podía decir.

La claridad “es algo que hasta se envidia”, pero al mismo tiempo se corresponde con una experiencia que “no ayuda para entender cosas de lo que ocurre ahora”: parece algo “que viniera de otra dimensión”. La brecha aquí no está, como en el tipo anterior, entre la época dorada de los padres y la corrupción y decadencia que vivimos hoy, ya no se trata de añorar un mundo perdido, sino únicamente de atestiguar con cierto pesar la inconmensurable distancia entre subjetividades. “¡Peor para las circunstancias!” era algo que se podía decir – ¡y seguramente se sentía muy bien hacerlo!- pero “uno nunca dice esas cosas”. Volvamos a Eunice para cerrar la idea de esta envidia distante o desvinculada:

la verdad personalmente me ha costado trabajo pertenecer, sentir que pertenezco... justo, nunca me involucro demasiado. ¡Y fui a dar al budismo! (ríe) [...] la parte espiritual es una necesidad del ser humano que cubría durante mucho tiempo la religión. Yo creo que para mis papás, o para esa época setentas, ochentas, fue el comunismo. Una idea. Para unos puede ser comunismo, para otros lo contrario, la derecha. Defender, no sé, el imperio. Y ya, y se murió, la verdad es que ahora... todavía hay partidos comunistas en Europa, pero la verdad es que ya no es un espacio en el que cubra esta parte, yo creo.

Eunice imagina que sus dificultades para “pertenecer”, que la llevaron al budismo, se hubieran podido resolver con la militancia comunista en los “setentas, ochentas”. Es algo, sin embargo, que ya no estuvo disponible para ella, “se murió”, el comunismo “no es un espacio que ahora cubra esa parte”. Reforzamos así nuestro argumento: en este grupo nadie echa en falta al Partido Comunista, a sus células comprometidas y a su pureza ideológica. Más bien se mira desde la lejanía un horizonte subjetivo progresivamente clausurado al que pertenecen elementos deseables que han dejado de estar disponibles -al menos por la vía de la militancia política partidista. Comenzamos a vislumbrar que esta afectividad envidiosa se acompaña de una construcción de ese pasado como algo bastante poco actual: el comunismo “ya murió”, o “tiene que ver con una experiencia que no ayuda a entender cosas de ahora”. Exploremos otra arista de esta idea a partir de las respuestas que los entrevistados ofrecen a la pregunta ¿Qué relevancia crees que haya tenido el PCM en la historia de México? Habla Omar:

Yo creo que... (pausa larga) la impresión que tengo es de, por un lado, como ser parte de la gran organización comunista, pensar en algo como el comunismo internacional, no sé... como ser la réplica en México de algo que fue la utopía de una época. [...] Y creo que el peso cualitativo es importante, el peso simbólico, el peso como “el partido de la izquierda revolucionaria en México”, es significativo. Pero es impresionante cómo... es como si se hubiera hecho el harakiri. No sé cómo juzgar eso ahora. El comunismo en México se diluyó a sí mismo. [...] es como si hubiera una derrota histórica de la cual no se logró salir, [el PCM] se diluyó en el mosaico de la izquierda mexicana. No sé. Me parece fuerte eso. Pues sí, comunistas eran unos, y no eran tantos, tenían un peso específico, pero no era tanta gente. Como que había muchos otros partidos en México de inspiración obrera, revolucionaria, o seudorevolucionaria. Es impresionante cómo el comunismo se logró diluir en el nacionalismo priista, güey. [...] el comunismo actualmente está totalmente vapuleado. ¿Tú te imaginas algo como que saliera alguien a decir “es que nosotros somos comunistas”? En el México neoliberal y [de] la victoria de las élites neoliberales, y la respuesta no es el comunismo, la respuesta discursiva quizá, no es. Respuestas discursivas funcionan mucho más la autonomía, la defensa de lo local... la defensa de los recursos. [...] Como el peso histórico es importante, pero totalmente derrotado.

El contraste entre el testimonio de Rafael que revisamos en el apartado anterior y el de Omar nos ayuda a perfilar las diferencias entre sus respectivas relaciones con el pasado militante de sus padres. Mientras que Rafael afirmaba “Ojalá y nuestra generación tenga los logros que las anteriores.”, Omar habla de un “peso simbólico” más que matizado por un “harakiri” y una “dilución”; lo que es más: “el peso histórico es importante, *pero totalmente*

*derrotado*”. El hecho es que estamos frente a un problema magnífico de memoria política: tanto Omar, que estudió historia, como Rafael, que estudió ciencia política, son, además de hijos de excomunistas, ávidos lectores de la historia de la izquierda: no es en información que difieren sus testimonios. Se trata de interpretación: donde Rafael ve, con todo y la nostalgia por una época perdida de militancia heroica, un camino ascendente que lo tiene a él parado a hombros de gigantes, Omar contempla una secuencia de derrotas. En el próximo capítulo discutiremos el modo en que este contraste se vincula con las distintas relaciones de sus respectivos padres con su propio pasado, pero por lo pronto observemos que una de las razones por las que para Omar el pasado partidario de sus progenitores tiene un alto grado de obsolescencia (“no ayuda a entender lo que pasa”) es por su *intrascendencia*: si hubieran “sido exitosos” ese pasado tendría una gran actualidad, pero el hecho de que fueran *totalmente derrotados* limita su relevancia a un plano simbólico de cuestionable importancia. Veamos otro ejemplo, esta vez habla Alejandro, respondiendo a la pregunta ¿Piensas que hubo aportes, que hubo éxitos; crees que el México contemporáneo le deba algo de bueno al Partido Comunista Mexicano?:

Pues yo creo que sólo la memoria [...] que tienen los hijos de los que participaron en el Partido, porque algo así que yo vea... creo que no. [...] Incluso en el mismo sistema político, pues pienso que no queda nada de eso. [...] Creo que lo que podría haber generado es un modelo de organización diferente de la sociedad, algo que yo veo que no tuvo continuidad. Creo que lo que ahora sucede es por otros lados. Y a lo mejor es de rebote por el mismo comunismo en sí, puede ser, pero como te digo, creo que muchas de las conquistas que tuvieron en el Partido Comunista, sí se las deben, en general... lo que te comentaba, el registro de partido, un partido de izquierda, la creación de un IFE [Instituto Federal Electoral] [...] lo digo por todo el devenir del 68, que finalmente lograron englobar en un partido a toda una gente y una posición, que al menos frente al gobierno se ganó una especie de respeto... pues sí, de respeto. Así que en ese sentido yo creo que sí. [...] Son la base para los partidos de izquierda, pero sí, al no haber continuidad, creo que más bien se vició toda la cultura partidista.

Las ideas de Alejandro en torno a la trascendencia del Partido Comunista son un buen complemento a lo que veníamos diciendo. Lo que México, según Alejandro, le debe al PC es bastante poco. Hubo, *en su momento*, algunas conquistas como “el IFE”, “el registro de un partido de izquierda” y “un modelo de organización diferente”, pero “la falta de continuidad” hace que “lo que ahora sucede sea por otros lados” y que se “haya viciado toda la cultura partidista”. Es decir, fuera de “la memoria de los hijos” y “una especie de respeto”, el PCM no dejó prácticamente ninguna herencia de valor. La noción de distancia o discontinuidad histórica con el pasado político de los padres, característica de este tipo de descendientes, se nos aparece en toda su magnitud: Alejandro, aún reconociendo que el

partido en el que militaron sus padres tuvo algunos éxitos en el pasado que pueden apreciarse con un esfuerzo de contemporización, piensa que éstos no tienen prácticamente ninguna relevancia para el presente. En otras palabras, que esa militancia, vista desde hoy, no sirvió para nada.

A estas alturas es ya evidente que nos encontramos muy lejos de la actualidad paramétrica del pasado político de los padres que caracterizaba a los Relevo Generacional, quienes veían en la experiencia del PCM un referente de prestigio orientador de la acción política. Sin embargo, para los descendientes que estamos discutiendo la experiencia de los padres *sí tiene un valor para entender el presente*. ¿De cuál se trata? Omar nos lo explica:

Creo que hay que retomar a Marx, creo que hay que retomar esa experiencia y entenderla, pero creo que también hay que asumir la derrota histórica, porque en la medida en que no se asuma esa derrota, no se entiendan las causas de esa derrota, nos será muy complicado pensar en alternativas al capitalismo, pensar alternativas a la explotación, pensar alternativas de muy diversa índole.

El pasado de los padres, con sus derrotas y fracasos, con su *harakiri* y su falta de continuidad, con su futilidad e intrascendencia, *sirve de ejemplo*. Su actualidad, interesadamente, se cifra en ser una experiencia fallida. Por lo tanto, a condición de “entender las causas de esa derrota”, puede haber en ese pasado militante una lección valiosa para el accionar presente. Para denotar el valor que asume esta categoría en este segundo tipo de descendientes usaremos el concepto “actualidad de ejemplo negativo”. Para estos sujetos, la experiencia de los padres tiene un alto grado de obsolescencia y hasta de irrelevancia, sea porque careció de continuidad o porque apostaron por una causa a la postre derrotada. Sin embargo, su fracaso sirve de mal ejemplo, y en ese sentido tiene un lugar en el presente, algo importante hay para rescatar en ella. Apuntado esto, pasemos a analizar la última dimensión de la relación estos hijos con el pasado de sus padres: la herencia.

Eunice, la hermana mayor de Alejandro, jamás se integró en un partido político ni tiene interés en ello. Ella relata que en general fue bastante reactiva al activismo político de sus padres (“me chocaba la política”, dice), al que resentía en su infancia por asociarlo, entre otras cosas, con estrechez económica:

como que yo decía “mis papás, siento que son muy apasionados de algo que además implica no tener dinero” Era parte también de mi rechazo, probablemente, de “no, yo no creo que esté bien”, yo lo entendía así.

Eunice estudió matemáticas, luego una maestría en lo mismo en Estados Unidos y está hoy integrada a la Secretaría de Hacienda, en un programa de bancarización que ella misma describe como “algo muy técnico” y que la llevó a cursar una segunda maestría en el Tecnológico de Monterrey. Pero entre Estados Unidos y la Secretaría de Hacienda hay un periodo muy interesante de su vida, pues trabajó varios años en el gobierno de la Ciudad de México con Andrés Manuel López Obrador, primero en el procesamiento estadístico de las encuestas diarias que mandaba a hacer el jefe de gobierno y posteriormente en una Secretaría. ¿Qué ocurrió en ese tiempo?:

Casualmente encontré trabajo en el gobierno del DF cuando era López Obrador el jefe de gobierno, había ganado, y entonces es otro momento en el que vivo las cosas diferente porque de pronto estoy trabajando en un gobierno súper politizado, estaba marcando siempre las diferencias con [Vicente] Fox, en ese momento, era un momento particular en la política nacional, y de pronto me doy cuenta que tengo todo un vocabulario y todo un bagaje al que yo siempre había como querido negar o no explotar, porque no estudié nada de ciencias políticas ni me interesaba meterme en eso.

La expresión “un vocabulario” con la que Eunice nombra a los referentes sobre la política que había adquirido en casa es afortunada. Porque a lo largo del resto de la entrevista ella describirá el contenido de ese “bagaje” como “palabras raras”. ¿Cuáles son esas palabras?: “oposición”, “burgueses”, “Moscú”:

Mi papá estuvo en Moscú dos veces como parte de esta formación de cuadros. Entonces también Moscú. Moscú era una palabra... y, por ejemplo, Lenin. Mi papá tiene un busto de Lenin que está así peloncito, y aparte es súper pesado, no sé de qué piedra sea. Y me acuerdo que mi papá es pelón [...] y yo veía esta esculturita de Lenin y yo decía “ay, hasta se parece a mi papá” (ríe). Era muy suavecita pero muy dura, porque luego mi papá la usaba de martillo.

“Lenin”, “el pleno”, “partido”, “mitin”, “manifestación”, “discusión”... “cierto vocabulario que a lo mejor pues mucha gente no necesariamente las tiene, y yo sí las tengo desde que soy niña”. Eunice, súbitamente en medio de un torbellino político, encuentra en aquello que “la hartaba” la clave para entender lo que está pasando, se da cuenta de que “traía como un código”. Su caso expresa nítidamente la adquisición por vía familiar de referentes asociados al pasado político de los padres porque nos la presenta casi en pureza: su desinterés y hasta resistencia a la política no obstó para que adquiriera “el vocabulario” que más adelante le resultaría tan útil.

¿Qué más, además de “palabras raras”, pudieron aprender estos descendientes de sus padres? Eunice, por ejemplo, cuenta que tiene “una cajita de música, [...] que compré una vez en París, que toca [*La internacional*]. [...] la escuché, la compré por eso, porque

fue como remitirme a mi infancia”. Ocurre que Rebeca, su madre, “hacía el quehacer cantando eso.” También Alejandro, su hermano, conoce bien la canción, y Omar cuenta:

Yo me acuerdo una vez en casa de Agustín, de repente Francisco, Agustín y yo [hijos de exPCs], nos sabemos la canción esa que era el himno del Partido Comunista Mexicano. No sé si el mexicano, pero era la de “Puedo morir como nací”, y entonces estábamos pedos, teníamos quince años a las dos de la mañana, y resultaba que todos podíamos morir como nacimos, “en las filas del Partido Comunista”. Ya no me acuerdo bien de la letra. Pero son cosas, como que te vas dando cuenta, así como “bueno, qué chingados con esto” (ríe)

A las canciones que se escuchaban en estas casas hay que agregar un mínimo de literatura socialista o soviética. Omar recibió de su padre en su vigésimo cumpleaños *La madre* de Máximo Gorki; años antes le había obsequiado *Los capitanes de la arena*, de Jorge Amado: leyó ambas con interés y evoca sus argumentos con facilidad durante la entrevista. También él destaca una referencia cinematográfica asociada al comunismo a la que llegó por la vía familiar: se trata de *Novecento*, de Bernardo Bertolucci:

cuando teníamos, no sé... trece años, mi hermana cinco, “vamos a ver una película” [dijo mi padre] y veíamos *1900* con Gerard Depardieu y Robert de Niro en donde... pues justo se trata de los años veinte en el sur de Italia, en donde el dueño de una especie de hacienda se vuelve fascista, y el capataz es un facho así asqueroso, Donald Sutherland; y Gerard Depardieu que es hijo del pueblo, se vuelve comunista, y hay un momento en que todos los peones de esta como finca avanzan con la bandera rosa, cantando “avanti popolo”

Observamos que este tipo de descendientes obtuvo por la vía de la interacción familiar un bagaje cultural alusivo a la militancia comunista de sus padres muy semejante al que describimos para el caso de los Relevo Generacional. También ellos tienen familiaridad con símbolos, himnos, emblemas, efigies y hasta un “vocabulario político” adquirido en la familia. Hay, sin embargo, discontinuidades entre padres e hijos en el plano de las conductas e ideas políticas más acentuadas que las que registrábamos para los Relevo Generacional. Veamos un contraste: Rafael, que, como mencionamos en el apartado anterior, tiene una trayectoria partidista propia, dice “sigo pensando que la vía de los partidos es importante”, mientras que Alejandro sencillamente opina “Yo creo que ya no deberían de existir”. La experiencia de Omar puede ayudarnos a perfilar mejor esta diferencia:

participé en MORENA [Movimiento de Regeneración Nacional], al principio, al mero principio, fui a algunas reuniones en el comité de Coyoacán, que me tocaba. Después de las elecciones de 2012 fui defensor del voto. Me afilié a MORENA y estuve de representante de casilla, y luego ya. Fui a algunas reuniones, y me pareció un movimiento de base. Quienes lo conformábamos éramos vecinos, nos ubicábamos, casi todos, o bueno, algunos. Y luego dejé de ir. No sé. [...] No sé bien por qué. Nunca



tomé la decisión de dejar de ir, sólo lo hice. ¿Sabes? En el momento en que te das cuenta “chin, ya van cinco reuniones a las que no voy, creo que ya no estoy adentro”.

El rechazo de Omar a la militancia partidista no es tan radical como el de Alejandro (“ya no deberían de existir”): de hecho en su anécdota lo vemos realizando conductas propias de ese modelo de participación política como seleccionar la alternativa más afín a su ideología, intervenir en la jornada electoral, afiliarse a la organización e ir a reuniones del comité de base. Pero hay algo difícil de identificar que simplemente no le entusiasma y lo lleva a “dejar de ir”. Hagamos un contraste más entre Rafael y Omar, esta vez en relación al nivel de coincidencia política con los padres. Donde el primero afirma “Coincidimos mucho [con mi padre] en términos políticos”, Omar nos ofrece una reseña maravillosa de desencuentro generacional con el suyo:

Creo que sí es su experiencia de militancia [la que] lo condiciona hacia allá. Respecto al movimiento #yosoy132 le tenía simpatías por la movilización, pero [lo] consideraba también pues muy fofo. Algunas cosas que creo que tenía al final razón, pero como que reniega esas formas actuales de movilización y participación. Le parecen muy ajenas, no las entiende, le molestan. Creo yo, no sé. Evidentemente le gustó que corretearan a Peña Nieto en la [Universidad] Ibero[americana], evidentemente. Pero él decía “Lo que tiene que hacer el 132 es pronunciarse a favor de López Obrador” “No papá, eso no va a pasar” “Pero es lo que tiene que hacer” “No sé si es lo que tiene que hacer...” Pero estaba habiendo movilizaciones, “sí sí, todo eso está muy bien, qué bueno que hagan su [asamblea] interuniversitaria, pero que no se hagan pendejos, tienen que decir “Estamos con López Obrador””. Esa era como su postura. [...] en esas cosas luego no estamos como tan de acuerdo. Es curioso, donde hay un desencuentro más fuerte, de parte suya, es sobre la política en España. Él va a votar Partido Comunista Español siempre que pueda, hasta el último día de su vida. Entonces, es muy raro ese entendimiento de lo que ocurre en España desde México en una familia de exiliados en la segunda y tercera generación, tercera y cuarta si se quiere. Estos cuates de los de Podemos dice también que son pagados, que sólo vale Izquierda Unida y los comunistas. Entonces tiene esas cosas, tiene eso como de decir “no, es que se deben de posicionar, ¿cómo que no hay posicionamiento?” Que no es que yo defendiera, pero “no pérate, yosoy132 no es a favor de López Obrador, es contra el PRI”, *pero le cuesta, como que hay una especie de desfase generacional, que yo no comparto sus posturas, y él creo que no entiende bien y le resulta muy ajeno.* Él no se pararía, no participaría en un movimiento de ese tipo. No sólo porque era un movimiento juvenil, estudiantil, pero sencillamente no... no. No lo haría. Es muy obradorista.

La imagen del “desfase generacional” es de una nitidez extraordinaria y mucho nos ayuda por su fácil comparación con “la brecha” que discutimos en el apartado anterior. ¿En qué puntos están los desacuerdos entre Omar y Renato, su padre? En torno a la lectura de los movimientos sociales y de la vigencia del comunismo como opción electoral. Para el padre de Omar, al menos según el testimonio de éste último, Podemos “son pagados”, hay que votar por Izquierda Unida; el movimiento #yosoy132 es “muy fofo” y su posición frente a la coyuntura electoral en la que surge es incomprensible. Cabe decir que la investigación también reveló que este tipo de descendientes pueden tener confluencias con

las posiciones políticas actuales de sus padres –y, como vimos, Darío, que es un Relevo Generacional, tiene algunas divergencias con las de los suyos. Sin embargo, lo que es interesante del contraste entre el “coincidimos mucho” de Rafael y el “desfase” del testimonio de Omar es que lo que hay atrás de este último es que de algún modo Renato sigue opinando, participando y leyendo la realidad política como lo hacía cuando militaba en el PCM, y estas coordenadas son incompatibles con las de Omar y, a juicio de este último, inadecuadas para descifrar las nuevas circunstancias.

Tenemos entonces que Rafael, que milita en los mismos espacios que el padre, “coincide mucho con él”, mientras que Omar, que difiere políticamente en varios aspectos con el suyo, ejecutó un intento fallido de militar en MORENA. Otra forma de poner esto es que entre Omar y su padre se abre una brecha de cultura política mucho más grande que entre Rafael y el suyo. Tal vez el hecho de que el padre de Rafael haya continuado profesionalmente activo en la política partidista y el de Omar, a pesar de su interés y de ciertas intervenciones puntuales, nunca haya recuperado el nivel de militancia que alcanzó cuando estaba en el PCM, tiene mucho que ver con estos contrastes entre sus respectivos hijos, que por cierto son casi de la misma edad.

Con lo dicho tenemos suficientes elementos para perfilar el tercer atributo de este tipo de relación con el pasado partidario de los padres, valor que junto con la afectividad envidiosa y la actualidad de ejemplo negativo conforma la especificidad de este tipo de descendientes. Hemos visto, por un lado, que estos sujetos son receptores –gustosos o hastiados- de un bagaje de símbolos, canciones, códigos y valores vinculados al pasado político de sus padres. Por el otro, también vimos que no sólo no militan en partidos sino que se encuentran “desfasados generacionalmente” con ese modelo de participación política: Alejandro quería verlos desaparecer y Omar no consiguió entusiasmarse y pronto abandonó un corto periodo de participación en MORENA. A esta herencia más intensa en lo afectivo y lo simbólico que en lo práctico e ideológico la llamaremos “diccionario” jugando con la idea de Eunice de haber adquirido de su familia “un vocabulario”. Como cualquier diccionario bilingüe, esta herencia sirve para entender –a la izquierda, a la propia familia- y provee de insumos útiles para comunicarse –con los padres, con otros hijos de

excomunistas- pero a final de cuentas no son sino palabras sueltas, carentes de una gramática que las dote de sentido y permita hablar su lenguaje.

Nos resta asociar una etiqueta a este tipo de relación con el pasado para identificarlo posteriormente. Usaremos la de “Envidia Distante”, aludiendo a la afectividad de estos descendientes, que caracterizamos de envidiosa, y también a sus ideas sobre lo remoto de la experiencia paterna.

### 3.3 El tipo “Inmunización política”

Salvador nació en 1992 de un exmilitante del PCM y tiene ideas muy vagas en torno a ese periodo de la vida de su padre. Cuando se le pregunta la sensación que le produce ese pasado, responde “indiferencia”, y más adelante añade:

Siento curiosidad... de hecho después de esta entrevista realmente llegará un momento en que llegue y le pregunte: “pero y para todo esto... ¿qué es lo que tú hacías?” (ríe). Pero eres testigo de que realmente me da un poco de indiferencia [patente en] el hecho de que no le haya preguntado hasta ahora. Porque ya vino algo que me hizo pensar qué sé, qué no sé, y creo que no sé mucho, o no le he preguntado mucho al respecto.

Tenemos entonces “indiferencia” y “curiosidad”, esta última aparentemente inducida por la situación de entrevista, en la que Salvador comenzó advirtiendo: “no tengo enorme o profunda información acerca de su participación como militante”. Es una combinación sugerente: ¿qué tanto puede querer saberse de algo ante lo que se es indiferente? Comprendemos la afectividad de este tercer tipo de descendientes frente al pasado militante de sus padres tras descifrar este movimiento aparentemente contradictorio. Continuemos la ruta de este enigma citando a Carlos, nacido trece años antes que Salvador, en 1979, quien responde en este fragmento de la entrevista a la pregunta “¿cómo debería ser una organización política para que tú sintieras deseos de involucrarte?”:

Creo que para involucrarme no tengo ningún interés, como que tengo muy claro que... tal vez también por mis papás, que eso es un oficio, es una profesión, y que eliges eso o eliges o eliges ser sociólogo (ríe) o ser músico, o periodista [...] Siento que para hacerlo bien se necesitaría hacerlo de tiempo completo y no me gustaría. [...] realmente no me interesa como esta gestión política. Porque me gusta demasiado como escribir y verlo y reflexionarlo y hacer música (ríe) a estar clavado en eso ¿no?

“No tengo ningún interés” indica que no hay ninguna organización política imaginable capaz de despertárselo. La comparación con los Envidia Distante hará muy

clara la importancia de este punto, pues si bien estos descendientes, como hemos visto, no sienten un impulso partidista –Omar es el único que hizo una experiencia, en MORENA, y le duró sólo algunas semanas- todos pueden imaginar las características de alguna hipotética organización política en la que les entusiasmaría participar. En respuesta a la misma pregunta que le hice a Carlos, Omar dice:

Me es mucho más sencillo pensar en participar en agrupaciones con fines quizás declaradamente sociales, pero que en el fondo son muy políticos. Me parece mucho más factible pensar en una asociación de vecinos de Copilco el bajo y entonces participar ahí, mover políticamente cosas ahí...

Alejandro imagina “la organización ideal” así:

lo que más me ha desagradado de las organizaciones de las que he estado cerca ha sido el protagonismo. Es decir, cómo hay gente que tiene estas ganas de encabezar, de ser líder, pero que muchas veces no sabe cómo hacerlo, y termina utilizando eso para sentirse bien, para... no sé. Pero ejercen una cierta autoridad, hay cierto funcionamiento. [...] Pienso que en una organización ideal, por decirlo así, tendría que haber una cuestión de funcionalidades más que de jerarquías, de organización en función de las funciones, y nada más.

Su hermana Eunice también puede concebir algún tipo de participación, pero bajo estas condiciones:

¿Qué necesitaría para creer en ellos? Que hubiera un liderazgo. Yo sí creo que necesitas liderazgos. [...] también algo que me llamaría sería si sintiera que tengo algo que aportar, y si hubiera espacios de participación

Es curioso que lo que estos tres Envidia Distante encuentren deseable o entusiasmante sea a tal punto diverso: el primero está pensando en la acción local, el segundo en la horizontalidad y la tercera en el liderazgo. Pero el contraste que interesa en este momento es con el modo en que Carlos respondió a la pregunta, pues ahora es más nítido el hecho de que su falta de involucramiento político no está asociada con la oferta contemporánea de organizaciones políticas, sino con un decidido desinterés personal. Digámoslo sintéticamente: mientras que para los Envidia Distante la idea del activismo político tiene algún atractivo, a los descendientes de este tercer tipo les resulta completamente ajena. Volvamos con Salvador, en esta ocasión citamos su opinión sobre los partidos políticos en general:

Con una opinión desinformada, no tengo una buena opinión. No tiene que ver con México. Y no sé realmente cómo funcione en otros países, pero pienso que debería de ser simplemente... sin partidos (ríe). No entiendo cuál es el sentido, por eso abrí diciendo que era desinformado. Realmente no entiendo para qué sirven los partidos políticos. Para ayudarse entre todos a hacer bolita y obtener más dinero, o cuál es el sentido. O sea, y eso dejando de lado que si se lo quedan o no, simplemente cuál es el sentido si todo funcionara bien.

De forma semejante a los Envidia Distante, el horizonte de acción de los partidos políticos le parece a Salvador lejano, pero mucho más que a aquéllos: mientras que Omar había probado y abandonado MORENA, y Alejandro abogaba por desaparecer a las agrupaciones partidistas del país, Salvador afirma que su opinión “no tiene que ver con México” e indica llanamente que “no entiende para qué sirven”: el extrañamiento es total. Ahora bien, lo que aquí es fundamental no es la extrañeza en sí misma-¿cuánta gente no se siente como ellos?-, sino el hecho de que tanto Carlos como Salvador sean hijos de exmilitantes comunistas y ambos relacionan su desinterés por la acción política con aprendizajes adquiridos de sus padres, asunto crucial sobre el que volveremos más adelante. Por ahora llegamos por fin al punto de retomar la idea inicial de este apartado, pues es justamente *el extrañamiento* lo que explica esa mezcla de curiosidad e indiferencia: sólo frente a lo que nos resulta completamente ajeno podemos sentir ese interés impasible. En los testimonios de Carlos y de Salvador no encontramos ningún rastro de la envidia que era tan importante en la relación con el pasado de los padres que caracterizaba a los Envidia Distante, muchísimo menos algo de la nostalgia que evidenciábamos en los Relevo Generacional. Extrañeza es, entonces, el atributo con el que caracterizaremos la afectividad de este tercer tipo de descendientes frente al pasado político de sus padres.

Pasemos a ocuparnos de la segunda dimensión de la relación con el pasado de los padres de estos descendientes: actualidad. ¿Qué tanto sirve, a juicio de estos descendientes, “el pasado político de sus padres” para entender el presente? Esto es lo que Carlos opina sobre “el comunismo”:

[...] sí lo veo como ya un poco algo del pasado, ¿no?, y como que tomando ciertas ideas fundamentales de ello, pero también ciertos aspectos que pueda haber positivos del capitalismo, como que hay que tratar de tener más opciones. Es muy distinto el mundo actual al que... incluso al de principios del siglo XX y mediados, cuando estaba toda esta inmensa cantidad de académicos, intelectuales, y todo mundo escribiendo al respecto.

“Hay que mezclar con aspectos positivos del capitalismo”, reflexiona Carlos. ¿Qué piensa Salvador del capitalismo?

entonces el capitalismo [es] un sistema político social y económico que domina el mundo de hoy en día, siglo XXI, y está basado en la idea –y no estoy seguro de por dónde estoy caminando (ríe)- está basado en la idea de que si todos intentamos crear valor, todas las cosas saldrán bien de esta manera. [...] si todos intentan crear el máximo bien, todo se va a acomodar de una forma que las cosas funcionen como si fuera con una mano invisible, y eso a mí me recuerda el capitalismo, como si todos

intentamos crear el máximo valor de las cosas, valor justamente de capital, dinero y como crecer económicamente, un poco el mundo y los habitantes del mundo se van a acomodar bien.

Observemos simplemente que no hay negatividad evidente en el concepto que Salvador tiene del capitalismo. Reparemos ahora en que de entre todos los descendientes entrevistados en esta investigación, únicamente Carlos y Salvador asocian algún tipo de valor positivo al capitalismo. Y, aunque sea una obviedad, recordemos que el comunismo es por definición un corpus ideológico *anticapitalista*. Es decir, que en algún momento sus padres pensaron que el capitalismo era el enemigo a vencer. La pregunta es: si la crítica al capitalismo es uno de los *leitmotiven* del comunismo y estos hijos de excomunistas están muy lejos de estar comprometidos con ella, ¿qué actualidad tiene el pasado comunista de sus padres? Recordemos las palabras de Carlos: “Es muy distinto el mundo actual”. Aproximémonos al problema de la actualidad por otro ángulo, el del interés en las narraciones del padre, citando nuevamente a Carlos:

sí, como que unas veces pregunté “Ay, ¿cuándo se fueron al PSUM, y cómo fue eso?” y así, o sea, ya más detalles, sí. O sea, justo ahorita no lo recuerdo porque han sido hace tiempo esas pláticas, pero sí. Digamos que llegué a preguntar de eso y... pues para saber.

La finalidad de hacer preguntas es “pues para saber”, y los detalles de las pláticas se pierden en su memoria. Aclaremos que nada hay de ilegítimo en esta curiosidad, por supuesto. Lo que interesa es destacar que lo que se averigua no adquiere un lugar destacado en la vida del descendiente: tal vez el contenido de estas pláticas es difícil de recordar porque no tiene un sitio significativo en la de Carlos, al menos no más que ser la trayectoria de sus padres, a los que respeta y de los que se siente orgulloso. Si ponemos esto en contraste con la actualidad que los Relevo Generacional y los Envidia Distante concedían al pasado de los padres, resultará fácil observar que este tercer tipo dista de ver en este pasado un parámetro con el que juzgar el accionar presente, y tampoco encuentra ningún tipo de lección a extraer. Perfilamos ya que a este tipo de hijos corresponde una actualidad *anecdótica*, pues el pasado comunista puede ser interesante y hasta curioso, pero el hecho es que a su juicio no tiene una especial relevancia para ubicarse en el presente.

Revisemos ahora la dimensión “herencias” de la relación con el pasado que tiene este tercer tipo de descendientes. Las de Salvador, comparadas con las de los Relevo Generacional y los Envidia Distante, parecen a primera vista escasas. Salvador no tiene familiaridad con himnos comunistas ni referentes literarios o cinematográficos soviéticos,

nunca ha ido a una manifestación ni participado de movimiento social alguno, no tiene muchos detalles sobre el destino del Partido Comunista Mexicano o la historia de la izquierda. ¿En qué puede cifrarse su herencia? El siguiente fragmento de su testimonio es clave para comenzar la reflexión al respecto:

Sí creo que haber considerado esas ideas influenció [a mi padre] en muchas partes de su vida [...] Estoy tratando de explicar de qué manera podría haberme influenciado a mí y creo que es difícil [...] Incluso el hecho de haberlas considerado y haberlas dejado de lado [es] algo diferente que simplemente nunca haberlas considerado o seguir pensando así [...] yo he [...] visto todo eso de manera que me siento advertido [...] por él, como: “yo ya pensé en eso, no lo...” No es como “no lo veas” [sino más bien] “yo ya pensé eso hace muchos años cuando tenía tu edad... y cambié de opinión. Tenlo en consideración” [...] Con la personalidad que tengo el hecho de que [...] mi padre haya estado ahí y haya cambiado de opinión, representa mucho para mí.

Interesantemente, Salvador se siente *advertido* por su padre en contra de las ideas que califica como “de izquierda”. No sabe mucho del paso de su padre por el PCM, pero sí que tiene conciencia de un elemento fundamental: “el abandono por parte de mi papá de esas ideas”. Revisemos ahora el testimonio de Carlos:

[...] realmente estoy muy desinteresado en la militancia política. La militancia política no me atrae pero en lo más mínimo. [...] nunca me interesó ni nada así pertenecer a un partido ni nada. *Creo que eso más bien sí me quedó como una especie de roña a la política. También porque a través de mis papás sabía cómo en todas las corrientes había oportunismos muy fuertes, políticos.* [...] sentía como que al parecer mucha gente en los partidos anteponía ciertos intereses más de poder que en realidad ideológicos (ríe), entonces no... sí, no, no, nunca me atrajo en absoluto.

“A través de mis papás sabía...” es una fórmula extremadamente interesante para nuestra indagación, sobre todo porque ese saber se asocia con un decidido desinterés por la participación política, cuestión en la que Carlos insistirá en varios puntos más de la entrevista. Lo que aquí es importante es que tanto Salvador como Carlos se entienden muy alejados de la militancia política, y ambos asocian esta lejanía con aprendizajes adquiridos en la interacción con sus padres. La siguiente viñeta nos ayudará a redondear esta importante idea de “advertencia” y sus efectos. Salvador, en el marco de un intercambio académico en Italia, es invitado por algunos compañeros a una junta del “comité comunista”:

Se me hizo muy... interesante, primero. Era una clase sobre marxismo [...] y llegó uno a hablarnos de eso... pero luego lo sentí muy como seguro de sí mismo. Lo mismo que no me gusta o lo mismo que me dejó esa enseñanza o advertencia de mi papá. ¿Cómo pueden ellos estar tan metidos y tan seguros de esto? Y ya, pero además eran un verdadero comité, muy unido, amigos entre todos.

Es significativo que Salvador, que después de la junta acompañó a los *compagni* a distribuir prensa militante, no se sintiera especialmente interesado por la dinámica y no volviese a participar de ella. Pero más significativo aún es que la “enseñanza o advertencia de mi papá” se manifestara como desconfianza frente a un discurso aparentemente totalizador que tal vez no fuese muy diferente al que se escuchaba en la célula en que militó el padre a principios de los años setenta. Revisemos un ejemplo más, en todo punto complementario al del comité italiano:

Creo que la lección que yo tomé de eso [la “advertencia”] es que nunca puedes estar muy casado con una idea. Tal vez es por eso también que yo nunca me he unido a ningún movimiento, a esto de Yosoy132, ¡vamos a las calles!, yo no sería uno que realmente... en ese entonces me dieron ganas, pero yo no sería uno de ir y salir y mostrar “estoy con este movimiento”, porque yo no estoy con ese movimiento. No me gustaría afiliarme a nada de ese tipo.

Nuevamente, la advertencia opera como un disuasivo. ¿Pero un disuasivo de qué? De dos cosas: la convicción política (“nunca puedes estar muy casado con una idea”) y la acción política organizada (“yo no sería uno de ir y salir y mostrar ‘estoy con el movimiento’”). Reparemos en la jugosa comparación entre esta desconfianza frente a la convicción política y la envidia que sentían los Envidia Distante frente al compromiso y la certidumbre que asociaban con la militancia de sus padres. Lo que es extraordinario es que mientras que los primeros veían en esa subjetividad militante algo lejano pero a la vez *envidiable* (“ha de haber sido algo muy bonito”, decía Eunice), a Salvador no sólo le resulta por completo ajeno, sino que le inspira una gran desconfianza (“¿cómo pueden los comunistas italianos estar tan metidos y tan seguros de esto?”). Vemos que la “advertencia” del padre contra “las ideas de izquierda” marca una diferencia fundamental en la valoración de la experiencia militante: lejos de ser “bonita”, se vuelve más bien sospechosa.

Sigamos pensando en herencias: en materia de “las palabras raras”, según expresión de Eunice que citamos en el apartado anterior, la entrevista con Salvador exhibe pocas, en particular indagemos en una:

[...] me vino ahorita esa palabra: utopía. Es otra que es algo que sí creo que he escuchado textual de mi papá. Un comunismo que funcionara sería una utopía, tendría que serlo. Si las cosas no son perfectas, todo se derrumba. Y yo imaginándome cómo sería esto, ese es el resultado un poco que llega a mi mente. Recordé ahorita de algo que me gusta mucho... el libro de *Un mundo feliz*, ¿cómo se llama en inglés? *Brave new world*. En secundaria lo leí. Pero sería como un poco en mí esa idea, para que sea una utopía tienes que tener controlados a cada uno de los elementos, a las personas y a los recursos que hay. Yo creo que relacioné un poco en mi mente, comunismo sería una utopía, y en una utopía tienes que tener control.



La palabra utopía, más que a referentes de la tradición socialista, quedó asociada para Salvador con la distópica novela de Aldous Huxley y por ello, según cuenta más adelante, connotada negativamente. Esto es interesante por dos motivos: el primero es que no es nada difícil leer a Huxley en clave de crítica al autoritarismo, no en vano uno de los personajes principales de *Un mundo feliz* se llama Lenina y otro se apellida Marx. El segundo motivo por el que esto es interesante para nuestra indagación es que, de acuerdo al testimonio de Salvador, la palabra “utopía” y su asociación con el comunismo y el control son elementos que obtuvo del padre, pero la conexión entre esto y la distopía huxliana –a la que conoció en la escuela- la hizo él mismo. Tenemos entonces que la “advertencia” del padre opera *disuadiendo* del involucramiento político, *induciendo desconfianza* de los discursos totalizadores y fomentando *cadena asociativas cargadas de negatividad*.

Va resultando claro que la herencia más importante de estos descendientes es esa sensación de “advertencia” que se manifiesta de tan diversas formas. La interacción con sus padres ha instruido a Carlos en torno a “los oportunismos”, incluso le enseñó que “puede haber una izquierda peor que un tipo de derecha”; mientras que a Salvador le lleva, entre otras cosas, a sospechar del marxista italiano o a asociar “comunismo” con “utopía”, y “utopía” con el distópico *Mundo feliz*. La metáfora más adecuada para sintetizar este tipo de herencia es la que surge de compararla con una *vacuna*, pues una forma de sintetizar lo que hemos discutido es que la transmisión de las experiencias de los padres en el comunismo de algún modo ha inmunizado a los hijos en contra de las “fiebres políticas” que los primeros padecieron. Siguiendo esa idea, usaremos la etiqueta “Inmunización política” para identificar a este tipo de descendientes de aquí en adelante.

### **3.4 Síntesis**

Finalmente hemos completado nuestra tipología de la relación de los hijos con el pasado político de sus padres. Recapitulemos: nuestra conceptualización de esta relación posee tres dimensiones, “afectividad”, “actualidad” y “herencia”. A partir de agrupar a los entrevistados de acuerdo covariaciones en estas categorías, obtuvimos tres tipos de relación con el pasado político de los padres: Relevo Generacional, Envidia Distante e Inmunización Política. La relación de los Relevo Generacional ha sido caracterizada como de afectividad

nostálgica, actualidad paramétrica y herencia de estafeta, la de los Envidia Distante como de afectividad envidiosa, actualidad de ejemplo negativo y herencia de diccionario; y la de los Inmunización Política con una afectividad de extrañeza, una actualidad anecdótica, y una herencia de vacuna. El siguiente cuadro lo resume y, junto con el que obtuvimos de la codificación de las relaciones de los exmilitantes con su propio pasado, nos ayudará sobremanera en la reflexión que emprenderemos en el próximo capítulo.

**Tabla 2: Tipología de relaciones de descendientes de exmilitantes con el pasado político de sus padres**

Casos	Tipo	Afectividad	Actualidad	Herencia
Julia, Darío, Rafael, Dolores	Relevo Generacional	Nostalgia	Paramétrica, “brecha generacional”	Estafeta
Omar, Eunice, Alejandro, Samuel	Envidia Distante	Envidia	Ejemplo negativo, “desfase generacional”	Diccionario
Salvador, Carlos	Inmunización política	Extrañeza	Anecdótica	Vacuna

### 3.5 Un aparte

Sergio, nacido en 1949 de un militante del PCM, fue entrevistado para esta investigación en calidad de descendiente, pero su caso no corresponde con los demás: podríamos decir que pertenece a un cuarto tipo. Sin embargo, hay diferencias que me han decidido a darle tratamiento aparte: ocurre que Sergio tenía 31 años al momento de la autodisolución del partido y alcanzó a afiliarse fugazmente en la organización, realizando el paso al PSUM. Su edad y experiencias lo distinguen de todos los otros descendientes entrevistados a causa de que es, a la vez, *exmilitante* y *descendiente*, y su inclusión en la discusión general del capítulo resulta problemática por tres motivos metodológicos: 1) su padre falleció en 1982 y por tanto era imposible obtener su testimonio; 2) prefirió realizar la entrevista por escrito, lo cual hizo que el material resultante sea muy diferente al resto; 3) es el único sujeto con estas características estudiado y la falta de comparaciones hace al análisis especialmente endeble. Sin embargo, puesto que su caso tiene similitudes interesantes con el de Christopher Domínguez Michael, quien dedicó dos largos artículos en *Letras Libres* a reflexionar sobre su familia y su propio paso por el PCM, pareció oportuno dedicarles un

aparte: tal vez las observaciones que puedan surgir de esta menos que óptima comparación sirvan al lector de punto de partida para ulteriores reflexiones.

Christopher Domínguez nació en 1962. Su padre, José Luis Domínguez Camacho, fue militante del PCM y falleció en 2012. Como Sergio, Christopher fue criado en el seno de una familia de comunistas y, al igual que él, se afilió al PCM en su etapa final. Ambos se dedican a la escritura y comparten un decidido rechazo de todo lo que asocian con el comunismo. Sergio lo pone en estos términos:

El comunismo es una idea perdida, extraviada en la historia moderna; es una forma especialmente irritada de ver el mundo y una vía segura para toda clase de autoritarismos. Una idea noble, pero ensangrentada por la conducta de los dirigentes soviéticos, desde Lenin cuando suprimió los sindicatos en 1922, si recuerdo bien, hasta Stalin, que es uno de los asesinos más atroces que ha habido. Un comunista, adherido a esa idea, conducido por ella, es una persona extraviada de buena fe pero al final castigada por la condición de sistema cerrado de la doctrina marxista —un sistema que todo lo explica ante las bondades del futuro y la recompensa de una sociedad perfecta—, su rudimentaria idea de la dialéctica y su propensión al “centralismo democrático” y otras aberraciones políticas.

Y Christopher no tiene reparos en caracterizarse como anticomunista:

Los crímenes de Stalin o Pol-Pot me parecían una desgracia que la superioridad moral e intelectual del marxismo se encargaría de lavar. Me avergonzaré toda la vida de haber practicado esa escatología diabólica. [...] si por comunismo se entiende bolchevismo, hidra materna del leninismo, del trotskismo, del estalinismo, del maoísmo y del guevarismo, soy anticomunista. Esa es por desgracia la forma esencial del izquierdismo en América Latina. Es frecuente que quien lleva la camiseta asquerosa del Che Guevara sea un aspirante al matarife bolchevique, el revolucionario profesional (1999, el énfasis es mío)

De entre todas las miradas que pueden volcarse sobre el comunismo y sus referentes, Sergio y Christopher eligen la más negativa, una que nos recuerda a *El libro negro del comunismo* que reseñábamos en el estado del arte, cuyo argumento básico era que la dimensión transversal del comunismo era su esencia criminal. A ellos no los conmueven ni divierten los himnos soviéticos; no les parece que “comunismo” denote una utopía igualitaria sino una distopía totalitaria; no ven en la experiencia de los padres vivencias paradigmáticas o envidiables, sino a gente “extraviada” que les inspira “piedad” (Sergio); no recuerdan con gusto sus lecturas juveniles soviéticas, más bien, según dicen, “colecciono todo aquello que han dejado en el camino los renegados del comunismo, incluyendo a quienes devinieron neoconservadores y cuyos libros leo con provecho y sin escrúpulos” (DOMÍNGUEZ, 2013) y “recuerdo con cierto desagrado mis lecturas de infancia: novelones soviéticos realista-socialistas, medio emocionantes entonces y en mi memoria francamente detestables. He aquí un par de títulos: *Así se templó el acero*,

*Banderas sobre las torres.*” (Sergio). El rechazo es muy grande y de hecho, si damos crédito a las crónicas autobiográficas de Domínguez, llegó a expresarse abiertamente en vida del padre:

Habiéndole yo expresado, grosero y vehemente, mi júbilo por la caída del muro de Berlín, primero, y por la implosión de la URSS, después, no volvimos a hablar de política. Sus carteles embastillados de Marx y Lenin lo vieron languidecer desde las paredes. Nunca se deshizo de sus ediciones soviéticas y dejó de leer los periódicos una vez que se derritió “el bloque socialista”, como él lo llamaba. China y Cuba no le parecían suficientes como reserva de la humanidad. Sin la URSS, para él, las leyes científicas habían dejado de regir el universo. (2013)

Dos cuestiones son importantes en el examen de estos casos: la primera es que, según se desprende del testimonio de los hijos, los padres nunca abdicaron de su “estalinismo”. El de Sergio murió antes de la caída del Muro firme en sus convicciones (“su obcecado estalinismo”), y el de Christopher lo habría hecho víctima de un “mecanismo de negación” que le impedía aceptar el quiebre del socialismo real. La segunda es que ambos descendientes, en un momento temprano de sus vidas, hicieron eco de la propaganda del socialismo real de la que su crianza estuvo impregnada y debieron retractarse más adelante. Esto los distingue de todos los otros casos estudiados en esta investigación, pues el resto de los descendientes jamás defendió –al menos como adulto- a la URSS y, si vio a sus padres hacerlo, los escuchó más tarde criticarla, decepcionados, arrepentidos o hasta avergonzados. La reconciliación de Christopher y Sergio con sus padres nunca podrá ser ideológica: esa posibilidad está clausurada. Sin embargo, lo anterior no les impide alcanzar una reconciliación personal con los viejos militantes. Sergio, por ejemplo, anota: “El PCM dejó una estela de militantes verdaderamente heroicos, incansables, de una honradez a toda prueba; en ese sentido su legado múltiple es una parte de la reserva moral de México.”; y Christopher cuenta: “Mi padre era un poco como esos fabianos que, por una mezcla de ingenuidad, tozudez y humanitarismo mal entendido, se volvieron propagandistas domésticos del estalinismo” y más adelante confiesa “Soy de quienes creen que nunca se les ha reconocido, como debe de ser, su mérito al pequeño grupo de dirigentes comunistas que planearon ese viraje, despojados muy poco después de su partido por los disidentes priistas que traían consigo otra cosa: la fórmula del éxito electoral”. Advirtamos, además, que Sergio es el único de mis entrevistados que había dado una entrevista en la que se le preguntó por su padre y por la relación que tenía con él. Ésta se publicó en 2014 y el

entrevistador fue nada menos que Christopher Domínguez. En el documento se lee a Sergio afirmando sobre su padre:

[...] creo que juzgar su vida, su política y su poesía con una mirada retrospectiva puede ser un poco cruel y poco indulgente. Cometió errores brutales en términos filosóficos, ideológicos y políticos pero *no era una mala persona*. Tengo la impresión de que los estalinistas que traté en mi infancia y en mi adolescencia eran personas brillantes que habían caído en un error abismal y algunos de ellos tuvieron tiempo de corregirlos.

Al final del camino hay algo que reconocerles a los padres y a sus viejos camaradas, así sea a nivel de virtudes personales como heroísmo, inteligencia u honradez, pues, a pesar de sus *errores brutales/abismales*, no eran *malas personas*. Esto último no puede dejar de recordarnos a la mirada que los exmilitantes Nos Habíamos Amado Tanto vertían sobre su propio pasado, según la cual los comunistas hacían “tonterías que no servían de hecho para nada” pero que al mismo tiempo les permite estar orgullosos porque, entre otras cosas, “eran gente muy decente” (Roberto).

Christopher y Sergio están a medio camino entre ser exmilitantes y descendientes no sólo por el hecho obvio de que son ambas cosas, sino porque su relación con esos pasados –propio y paterno- es fiel reflejo de esta hibridez. Sienten *vergüenza* por haber defendido al comunismo real, como escribió Christopher en 1999, pero también *piedad* y cierta inclinación a ser indulgentes con sus padres, según explica Sergio en las entrevistas de 2014 y 2015. La historia de sus ideas políticas es narrada como la de una *superación* del estalinismo,<sup>39</sup> en la que lecturas (Victor Serge, Tony Judt, Karl Popper, Alexander Solzhenitsin, Gabriel Zaid, José Revueltas...), traducciones y conversaciones son marcadores de un descubrimiento progresivo de sus errores (de modo no muy distinto a lo que describía Ernesto, exmilitante El Dios Que Falló); pero en el relato de la militancia de sus padres éstos son personajes *virtuosos* y a la vez *profundamente equivocados*, lo que recuerda, como vimos hace un momento, a la forma de tramar de los Nos Habíamos Amado Tanto. Revisemos ahora este revelador fragmento de mi entrevista con Sergio:

Las equivocaciones de mi padre, que me parecen tremendas, me apenan, pero poco o nada puedo hacer ante ellas. Mi recuerdo de mi padre está lleno de amor, de admiración y de intentos constantes de

---

<sup>39</sup> “Haber crecido entre comunistas, no todos ellos estalinistas, provocó en mi interior una larga ‘purga’ para desestalinizarme” cuenta Sergio en 2014; y en 2015 me escribe: “yo pasé por un largo y penoso proceso de ‘desestalinización’”

comprenderlo tanto como pueda. Supongo que *en el fondo no me queda otra posibilidad más que la de enfrentarme a mis propias equivocaciones y seguir sintiendo ese inmenso amor por la sombra de un hombre ya muerto hace muchos años*

“Poco o nada puedo hacer ante las equivocaciones de mi padre”, “me apenan”, “no me queda otra posibilidad que enfrentarme a mis propias equivocaciones”, dice Sergio. La pregunta es ¿por qué debería uno *hacer algo* con los errores de su padre? Todos los descendientes de comunistas entrevistados fueron interrogados en torno a los errores que creían que sus padres habían cometido. Veamos algunas respuestas: los padres de Julia y de Eunice se sumaron durante el sexenio de Carlos Salinas (1988-1994) al Programa Nacional de Solidaridad bajo el mando de Luis Donald Colosio, y eso es lo único que ambas clasifican como un “error” en sus trayectorias políticas. El hermano de Eunice, Alejandro, mete al saco de los “errores” de su madre el haber sufragado por la derecha en el año 2000 en el espíritu del voto útil y dar una entrevista periodística al respecto (“ese sí fue un error, chiquito”), y también piensa que la desmovilización actual de sus padres es un error porque podrían aportar su experiencia a alguna organización. El hijo de Roberto, Samuel, piensa que a veces su padre tiene su juicio “nublado” por su parcialidad, “creo que mi padre a veces puede ser así, de un punto de vista nada más”: no se le ocurre nada más que califique como un error. Podríamos seguir, pero el punto es claro: ninguno registra que el “estalinismo” sea uno de los errores –en lo que a veces difieren con los mismos padres- ni se siente apenado o en necesidad de hacer algo frente a lo que sí concibe como equivocaciones paternas. Sin embargo, en el caso de Christopher y de Sergio, el hecho de que los padres hayan “muerto en el error” y de que ellos “lo hayan cometido también” crea un vínculo problemático, es como si como hijos cargaran el peso de la equivocación irredenta de los padres y de algún modo debieran “purgarla”. La indulgencia y la piedad son para los padres pues eran “ingenuos” y “decentes”, por tanto merecen comprensión y amor; mientras que el arrepentimiento y la vergüenza (“me avergonzaré toda la vida”) está reservada para ellos mismos. Reparemos en que la vergüenza *no es la única posibilidad* abierta a los exmilitantes que han dejado de identificarse con su yo pasado: en el capítulo anterior veíamos que la ironía (“éramos ilusos”), como mecanismo de distanciamiento crítico, era la solución de los Nos Habíamos Amado Tanto; y la gran duda de fondo (“en el fondo nunca me lo creí”), que permitía restablecer la continuidad biográfica en medio de las mutaciones ideológicas, era el recurso de los El Dios que Falló. Appreciamos entonces,

con las limitaciones que nos impone el material del que partimos, que Christopher y Sergio son un tipo anómalo –en los términos de nuestras tipologías- de exmilitante y de descendiente, híbrido en tanto que es ambas cosas y también en tanto se juzga a sí mismo y a sus padres con raseros distintos.

## **4. Relaciones entre las tipologías**

El presente capítulo cruza las dos tipologías que hemos desarrollado, interrelación que constituye uno de los hallazgos empíricos más interesantes de la investigación que da origen a esta tesis. A estas alturas del texto el lector perspicaz habrá tal vez adivinado a qué tipo pertenecen los padres de cada uno de los descendientes citados en el capítulo anterior, pero esto no obsta para que comencemos esta sección explicitándolo. Los descendientes Relevo Generacional son hijos de exmilitantes Puedo Morir Como Nací; los descendientes Envidia Distante nacieron de padres Nos Habíamos Amado Tanto; y los descendientes Inmunización Política lo hicieron de padres El Dios Que Falló. Este capítulo se dedicará a analizar el entramado de vínculos y correspondencias entre la relación de los exmilitantes con su propio pasado y la de sus hijos.

### **4.1 Nacer como morirán mis padres: la casa de los militantes**

Rafael, Julia, Dolores y Darío nacieron y crecieron en casas de políticos profesionales que comenzaron sus carreras en el Partido Comunista. Su afectividad nostálgica frente al pasado de sus padres espejea a la perfección la de los exmilitantes. Julia, hija de Antonio y Sabina, escuchó las historias del PCM y se pregunta “¿dónde está todo eso?, ¿y dónde está toda esa gente y el aporte que ellos pudieron hacer...?”, del mismo modo que su madre, como vimos antes, enfatizaba la hermandad en el seno de la extinta agrupación y decía “Si yo lo que pregunto es por qué se deshizo el Partido Comunista. Eso es lo que yo preguntaría”. Antonio, el padre, que coordina un proyecto editorial dedicado a la historia de la izquierda mexicana, explica, como vimos, sus motivaciones de este modo:

Porque hay una falta absoluta de continuidad y de recuperación de la memoria de la izquierda del siglo XX. Como que si nada hubiera existido, como que si nada hubiera pasado, como que el mundo empezó en el 88 con Cuauhtémoc, y luego el 89 con el PRD, y yo creo que hubo muchos errores, sin lugar a dudas, pero que el papel y la aportación de la izquierda en todas las esferas de la vida nacional, para verla de esa manera, pero también de la internacional, de la cultural, no está sistematizada

Vemos que “el papel y la aportación de la izquierda” es indudable, pero a juicio de Antonio carece del reconocimiento. Su hija menciona en entrevista algo muy parecido intentando explicar en qué consiste la frustración que observa en los excomunistas:

Ahora que los compañeros y los camaradas son mayores, no hay como un reconocimiento social. No sólo no hay un reconocimiento social, no es el caso de mis padres, pero pues las condiciones de vida a lo mejor no buenas de gente que ha aportado o aportó mucho al país, a la lucha por la democracia, con su propia actividad, activismo, lo que sea [...] digo, yo me entero directamente por mi padre, “No pus,



no sé quién que está en el hospital, pero pues que ya está solo, ya no tiene familia, no hay quien...” Gente con un reconocimiento que tuvo un aporte y demás. Y bueno, pues que no hay como espacio para ellos. Ni individual ni colectivo, de grupo.

La noción de “falta de reconocimiento a los logros” reaparece, reproducida intergeneracionalmente. Volvamos ahora a “los logros de las generaciones” que veíamos en el testimonio de Rafael y su expresión “Esto de denostar a los viejos y decir que ya no sirven, ni madres, ojalá y logremos lo que ellos lograron”. Notemos que el tema del reconocimiento insuficiente (“denostar a los viejos”) también está presente, pero es posible advertir una relación adicional si volvemos sobre nuestros pasos al momento en que perfilamos a los Puedo Morir Como Nací. Un elemento clave de nuestro análisis de ese tipo de relación con el propio pasado era la redimensionalización de las expectativas: Antonio y Sabina en su juventud pensaban que la revolución socialista estaba próxima y hoy, que no tuvo lugar ni la ven por ningún lado, conjuran la decepción con la idea de “tareas generacionales” (“cada generación tiene sus tareas”, “nosotros ya hicimos lo que nos correspondía”). ¡Es la misma idea de Rafael, que ve su propio lugar en el “proyecto emancipador” como de “pase de estafeta”! Por cierto que el padre de Rafael, Pedro, también sostiene las tesis de los logros de las generaciones y del insuficiente reconocimiento, como se aprecia en el siguiente fragmento, extraído de su discurso frente a la tumba de Valentín Campa del 19 de febrero de 2016:

[estamos aquí para] subsanar una deuda que teníamos con nuestro compañero Valentín. No una deuda estrictamente política sino una deuda moral. Porque nosotros no podemos darnos el lujo de no solamente no reconocer lo que han sido los esfuerzos, el trabajo y la lucha de muchos compañeros y compañeras [...], no podemos darnos el lujo de no contribuir a mantener la memoria colectiva [...] Tenemos que reivindicar a esa generación de comunistas de la izquierda que hicieron una aportación fundamental a la lucha política en este país. En los peores momentos, en la mayor adversidad, nunca claudicaron, y hoy gracias a ese esfuerzo estamos pues en la lucha democrática, estamos en el Senado de la República, estamos en los gobiernos municipales, estamos en los gobiernos locales, y eso tenemos que reivindicarlo como el mayor aporte que ellos hicieron.

Estas palabras fueron pronunciadas en un acto de memoria en el Panteón Jardín al que volveremos en el capítulo siguiente. Por ahora baste observar la plena correspondencia entre padre e hijo en materia de los “logros” y “aportes” insuficientemente reconocidos y en necesidad urgente de reivindicación.

Recordemos ahora la forma épica en que los Puedo Morir Como Nací tramaban el relato de su militancia en el PCM, como un enfrentamiento entre el bien y el mal en el que héroes audaces arrancaban concesiones al enemigo. Es el momento de poner en relación esa

forma de imaginar y contar el pasado que tienen los padres –atravesada naturalmente por la afectividad nostálgica- con la actualidad paramétrica que le otorgan los hijos. El testimonio de Anastasia, la madre de Dolores, es inmejorable para realizar este vínculo y en todo punto complementario a los de Antonio y Sabina. Revisemos sólo tres viñetas, empezando con una sobre el compromiso político. Para Anastasia:

el Partido Comunista era de verdad de gente convencida, porque ingresos no había. Uno tenía que pagar sus gastos, sus pasajes y todo eso. No era como ahora que todos los partidos tienen millonadas y se lo gastan en su santo. No, antes boteábamos, salíamos a botear para poder sacar propaganda, volantes, todo eso. Y nosotros boteábamos, repartíamos, íbamos a las imprentas, ayudábamos a imprimir. La imprenta era clandestina también. Conseguíamos para papel, todo eso.

El contraste entre “la gente convencida” y el “ahora”, con millonadas malgastadas, no requiere mayores glosas. Veamos ahora una segunda viñeta en torno a la disciplina:

Empezamos a participar en todo ese tipo de movimientos. Y ya de manifestaciones... pero no de estas. Estas son de puros vándalos. Cuando nosotros hacíamos manifestaciones para protestar por alguna invasión, algún país, o por la Guerra de Vietnam, o por... que metían a la cárcel a Valentín Campa, o a los campesinos, o a los ferrocarrileros, hacíamos marchas. Pero eran marchas ordenadas. Que eran reprimidas todas. Nos correteaban, nos golpeaban, ¡bueno!

Ahora la comparación es entre “marchas ordenadas” y las manifestaciones actuales, “de puros vándalos”. Por supuesto que el presente desmerece frente a la disciplina que los comunistas mantenían incluso ante la infaltable represión policiaca. Apreciemos ahora el retrato de los protagonistas de estas historias:

[militar] me dio oportunidad de tratar a gente muy muy muy valiosa. Y cuando tú conoces a gente muy valiosa, muy preparada, muy convencida, con muchos valores... pues eso te entusiasma mucho. Nosotros, por ejemplo, yo traté mucho a Valentín. Pues también a [Demetrio] Vallejo, a un compañero que le decían El Ratón [Miguel Ángel] Velasco. Era su apodo. [...] Pero me di oportunidad de tratarlos. Gente valiosísima de verdad. Valiosísima, valiosísima, del Partido. Y gente ferrocarrilera, gente increíble, de verdad. Tanto como mujeres. Mujeres muy... grandes, matrimonios completos, eran verdaderos luchadores sociales. Y que tenían valores, que respetaban a la mujer, que para ellos la familia era muy importante, el vecino era muy importante. El ser humano era muy importante. Cosa que se ha perdido ahora. Y además nosotros a nuestros viejos los veíamos como a gente muy sabia, muy respetada y muy querida.

La gente de antes era valiosa, preparada, convencida, con muchos valores, increíble, verdaderos luchadores sociales, respetaban a la mujer, cuidaban a su familia, al vecino, querían a los viejos: era entusiasmante conocer a estas personas. “El ser humano era muy importante. Cosa que se ha perdido ahora”. Más adelante en la entrevista Anastasia abundará en las cualidades de esa gente valiosa: “congruentes con el hacer y el decir”, “valiente”, “formadores de líderes”, “solidaria”, etc.

Vemos una vez más que, para los Puedo Morir Como Nací, la comparación entre el pasado heroico en el PCM y el presente es ineludiblemente desfavorable al segundo. Y para sus hijos es igual, lo cual no es difícil de observar si retomamos al testimonio de Darío, quien encontraba en las actas de las células juveniles del PCM “un compromiso difícil de encontrar ahora”, o de Rafael, que nos decía “tal como me lo cuentan, qué maravilla haber estado en ese momento histórico”. Ahora por fin tenemos claro de donde proviene la actualidad paramétrica que ese pasado tiene para los hijos Relevo Generacional: naturalmente la transmisión de una imagen tan magnífica del pasado impacta en su evaluación del presente. Y es imposible que el presente salga bien parado de la comparación con una época mítica.

#### **4.2 Nos encantaría amarnos tanto: la casa de los desencantados**

Omar, Alejandro y Eunice son hijos de padres Nos Habíamos Amado Tanto. Recapitulemos las características de ese tipo de relación con el pasado: hay orgullo pero también ironía, y una trama tragicómica para el relato de la militancia, en la que personajes virtuosos pero algo ridículos enfrentan un destino que al final va a derrotarlos. A esto se suma una discontinuidad práctica esencial: para el momento de la entrevista, los Nos Habíamos Amado Tanto hacía años que habían abandonado la militancia partidista. Recordemos que en el apartado que dedicamos a caracterizarlos nos basamos en el testimonio de Roberto, que marcaba una fuerte discontinuidad entre su perspectiva como militante y su mirada actual con frases como: “Ahora que lo veo a distancia, éramos unos ilusos y unos soñadores”, “hacíamos actividades bastante riesgosas en cierto sentido y bastante inútiles en otro” y “ahora que lo ve uno, lo que le parecían los grandes esfuerzos y los grandes sacrificios, son minucias que no servían de hecho para nada.”. Sin embargo, Roberto se decía orgulloso de haber pertenecido al PCM porque “éramos gente muy decente”. Reparemos en que de forma muy semejante se expresan Úrsula, la madre de Omar, quien recuerda de este modo su trabajo de politización de trabajadores a la salida de una fábrica:

De pronto sentíamos que teníamos muy buena respuesta de los obreros, a distancia creo que nos veían con cierta ternura (ríe). Éramos como muy jóvenes y quizá algunos de nosotros, incluida yo, como... no sé, como... cándidos, por decirlo de alguna manera, inocentes. Y aún así, pues con una energía que creo que también era notoria, en el discurso que les presentábamos, y un atrevimiento a hablar con ellos de cosas que eran vividas por ellos desde otro lugar. [...] Es decir, a distancia todavía creo que

algo contribuimos en una especie de... no sé, como de... construir confianza recíproca, para que ellos también discutieran temas dentro de su... con sus amigos, compañeros de fábrica. Esa era como mi convicción. Que yo podía promover la conciencia... obrera. Suena muy presuntuoso, pero yo lo pensaba realmente.

Apreciemos que “la energía” y “el atrevimiento” conviven con la sensación retrospectiva de haber sido “cándido”, “inocente” y “presuntuoso”, de forma semejante al modo en que lo hacía en el testimonio de Roberto la “decencia” con la futilidad y el ser “ilusos y soñadores”. Ahora, pongamos esto en relación con la afectividad de sus hijos, a la que caracterizamos como “envidiosa” ya que éstos manifiestan añoranza por las *sensaciones* de convicción, pertenencia y compromiso político que asocian con el pasado político de los padres. La correspondencia es fácil de apreciar: los hijos acusan recibo de la nostalgia pero también de la distancia reflexiva que los padres ponen entre su subjetividad actual y su viejo ser militante. Cuando militaban eran gente “decente”, “atrevida” y “enérgica” –atributos positivos- pero *también* “ingenua”, “cándida” y “presuntuosa”. Por supuesto que militar se *sentía* bien, pero *el fundamento* de esas sensaciones es visto retrospectivamente como inadecuado, y eso tiene su correlato en los hijos. Recordemos el testimonio de Eunice: “ha de haber sido algo muy bonito, ser parte de un grupo que en verdad pensaba que representaba la posibilidad de un cambio”, pero el comunismo, como fuente de pertenencia y satisfacción espiritual, “se murió”.

La idea de la derrota es otro punto interesante de confluencia entre padres e hijos. Veamos el testimonio de Rebeca:

Luchábamos afuera para transformar el país, pero también para transformar nuestra universidad, que desde entonces queremos transformar y cómo ves no se ha transformado. Hemos fracasado también en eso. ¡Es que hay que reconocerlo! Hemos fracasado [...] el país ha cambiado, ciertamente, pero nosotros no hemos podido, y fracasamos. ¿Por qué le tenemos miedo un poco, digamos, a las palabras? Siempre nos han derrotado. ¡Pues sí! Si no nos hubieran derrotado la generación del 68 dirigiría este país.

“Hemos fracasado” y “siempre nos han derrotado”: dos sentencias fulminantes que contrastan duramente con los “logros y tareas generacionales” de los Puedo Morir Como Nací y de sus hijos. Ahora es preciso relacionar estos balances negativos con la mirada de los descendientes. Recordemos a Omar hablando de la relevancia del PCM en la historia de México: “el peso histórico es importante, pero totalmente derrotado.” Esa idea del “peso histórico” podemos encontrarla desarrollada en los esfuerzos de los otros hijos de Nos Habíamos Amado Tanto, que buscan –igual que sus padres- “restos del naufragio”. Eunice

declara: “con todas sus fallas y todo pues sí somos más plurales en México. Yo creo que todo eso se lo debemos, sin duda. O sea, sí hay frutos, sí fue muy importante.”; antes citábamos a Alejandro en su rescate de “una especie de respeto” y “la memoria de los hijos”; y podemos también traer a colación a Samuel –hijo de Roberto- que muestra una visión aún más optimista:

creo que sí tuvo mucha relevancia. Pues creo que tiene muchísima relevancia, [el PCM] es como el padre de la izquierda política en México. No conozco bien la historia ni mucho menos. Nada, pues creo que tiene que ver sobre todo en la visión de la izquierda, ajustar un poquito y ver, tratar de agarrar, las ideas comunistas que eran mejor para una mejor sociedad, más equilibrada. Más justa. No, creo que sí tiene mucho que ver, y no sólo en la izquierda, quizás tiene que ver hasta en la derecha, o no identificar, sino en los partidos políticos de México ha tenido... ha hecho un peso, a mayor o menor grado, de alguna forma.

Curiosamente, aún en medio de los balances negativos de los padres, los hijos rescatan una herencia relativamente favorable del PCM, así sea simbólica o en la memoria. Agreguemos, además, que todos se dicen orgullosos de que sus padres hayan militado en la agrupación –en lo cual reflejan el orgullo que sus padres sienten de sí mismos.

Reflexionemos ahora en torno a la correspondencia entre la relación Nos Habíamos Amado Tanto de los exmilitantes con su pasado y la “actualidad de ejemplo negativo” que sus hijos conceden a ese pasado, su sensación de que las experiencias de los padres no son especialmente útiles para interpretar el presente excepto en un punto: constituyen un fallo sobre el que puede reflexionarse. Como vimos arriba, esta obsolescencia de la experiencia paterna tiene dos fuentes. La primera es la falta de éxito e incluso de continuidad: el país no fue moldeado por el proyecto del PCM, agrupación que además ya no existe: en esos sentidos ese pasado carecería de actualidad. Esto claramente está vinculado con la idea de derrota histórica que acabamos de examinar: “si no nos hubieran derrotado la generación del 68 dirigiría este país”, dice Rebeca, pero como *sí los derrotaron*, “en el mismo sistema político [...] no queda nada de eso”, dice Alejandro, su hijo, que puede reconocer algunos éxitos del PCM “en su momento” pero no ve que casi ninguno de ellos alcance al presente.

La segunda fuente de obsolescencia de la experiencia paterna en el PCM es la discontinuidad percibida entre el mundo en que se desarrolló esa militancia y la subjetividad política asociada a ella, por un lado, y el mundo actual y las nuevas coordenadas de lectura política que éste exige, por el otro. Esto es lo que crearía el “desfase

generacional” que Omar relataba al hablar de las diferencias políticas con su padre, que no entendía que el #yosoy132 no se posicionara a favor de López Obrador sino en contra del PRI. La forma de relacionar esto con los padres resulta evidente si recordamos que ellos mismos se describen a sí mismos como cándidos e ingenuos, es decir, algo avergonzados por muchas de las ideas que recuerdan haber tenido cuando militaban. El ejemplo más fácil de aprehender es el de las justificaciones soviéticas de las invasiones a las repúblicas populares de las que, como vimos en el capítulo dos, Roberto renegaba por completo al momento de la entrevista. La idea aquí es la siguiente: podemos entender que los hijos encuentren obsoletas muchas prácticas e ideas políticas que asocian al pasado comunista de sus padres cuando observamos que los mismos padres así lo hacen.

En el capítulo dos revisamos que los exmilitantes Nos Habíamos Amado Tanto tienen un patrón intermedio de continuidades. Abandonaron la militancia partidista – algunos muchos años antes de ser entrevistados para esta investigación- pero siguen asistiendo a manifestaciones, cuidando casillas electorales, poniendo su nombre al calce de manifiestos y comunicados y en general orientan su voto hacia los partidos herederos del PCM. En la entrevista se autodenominan comunistas o izquierdistas –aunque sea “en sentido romántico”, según expresión de Roberto- y en general mantienen algún contacto o vínculo de amistad con camaradas de su época de militancia. También conservan o incluso exhiben en sus casas objetos sueltos asociados a su paso por el PCM, como Úrsula, que tiene en un estante un recordito del Festival de la Juventud en Cuba, o Roberto, que preserva su carnet del partido. La herencia de sus hijos, a la que etiquetamos con el término “diccionario”, refleja este patrón mixto de continuidad y discontinuidad: los Envidia Distante aprendieron de sus padres “un vocabulario” (Eunice), canciones y abundantes referentes culturales de izquierdas, como iconología socialista o literatura filocomunista. Heredaron también su adscripción izquierdista y un repertorio de anécdotas de activismo de los padres, pero, igual que éstos, no tienen militancias partidistas, si bien asisten esporádicamente a marchas y se sienten convocados por los movimientos sociales. Un detalle interesante es que los Nos Habíamos Amado Tanto votan y casi siempre lo hicieron por las agrupaciones herederas del PCM, pero sus hijos o bien se abstienen o bien anulan una parte de sus sufragios. Comenta Rebeca sobre la votación de 2015: “Ahora no votó ninguno de ellos [Alejandro y Eunice], no quisieron. La vez pasada [2012] fuimos. Los tres votamos de manera diferente.

Claro, nadie por el PRI ni por el PAN ¡obviamente!”. Ese “¡Obviamente!” es significativo porque el fenómeno de obvio no tiene nada. Ilustra las herencias parciales que intentamos describir: “votamos de manera diferente” indica cierta ruptura, pero “¡obviamente!” nadie por el PRI o el PAN, lo cual marca una continuidad basal pero en modo alguno necesaria. Veamos otro caso: Roberto vota siempre y “siempre por la izquierda”, y en 2015: “Voté por candidatos de MORENA para diputados. [...] y para jefe delegacional voté por la candidata del PRD, Dinorah Pizano, que la conozco”. Su hijo, Samuel, cuenta sobre las elecciones de 2015:

Voté nulo. Sí había votado anteriormente, pero esta vez ya como que estoy en el lugar más bajo de mi decepción política del país. Siempre he votado por la izquierda, por el PRD en realidad. Pero en el PRD en específico ya no confío hace... bueno, el PRI ni el PAN nunca he confiado. Pero el PRD no sé, como que... lo ha visto uno destruirse y volverse terriblemente corrupto. Y ya no importa... en realidad ya no importa. No sé, ya lo siento... se parecen mucho los partidos políticos, sus propuestas son... siento que están corruptas, están encaminadas a no mejorar el país.

Roberto, en su novena década de vida, vota siempre y el hecho de conocer a los candidatos lo ayuda a orientar su sufragio. El hijo, *que también vota siempre*, lo hacía convencionalmente por el PRD, pero en 2015 decidió anular porque “se parecen mucho los partidos políticos”. Lo que intento destacar es que si bien los dos comparten una lectura muy negativa de los políticos y los partidos, sus umbrales de diferenciación entre las opciones partidistas son distintos y eso se nota al momento de sufragar, pues Roberto, aún en medio de la debacle, ve razones para votar a ciertos candidatos y hasta para fracturar su voto entre las alternativas izquierdistas disponibles, pero para Samuel es a tal punto indistinto que anula todo –¡mas no deja de acudir a las urnas!

Retomemos algo que enunciamos muy rápido en el párrafo anterior: los hijos de los Nos Habíamos Amado Tanto heredaron, sin excepción, la adscripción izquierdista de los padres. Ésta usualmente incluye –si bien no exclusivamente- una crítica a la desigualdad, una connotación negativa de conceptos como conservadurismo, derecha y capitalismo, y la aspiración a una sociedad mejor. Así lo explica Eunice:

No soy conservadora, creo que no. Y sí soy crítica. O sea, de izquierda como alguien que critica el sistema o que la crítica en general es buena, que yo sí creo que hay que siempre mejorar, o siempre estar viendo cómo puedes mejorar, cómo puedes cambiar algo para que cada vez sea mejor. ¿Y qué quiere decir mejor? Cómo te decía, yo creo en mejor para todos, en tratar de conseguir una sociedad más... ¡Ay! Más... con una mejor convivencia, más igualdad, más amable. No sé, más justa.

De este modo lo expresa su hermano Alejandro:

[...] me cuesta trabajo creer en la democracia como un estado que sea el estado óptimo civilizatorio, que sea la solución [...] Y lo mismo me pasa con el modo de producción, una vez muerto el socialismo pareciera que ya hoy no existe nada, no existe realmente otra cosa que pueda... que pueda sacarnos del capitalismo. Parece que ya ni se cuestiona. Más bien es como las propias reformas que el mismo sistema se hace. En ese sentido yo sigo pensando un poco como socialista utópico en un modo de producción diferente, en una organización de la sociedad diferente [...]. A veces veo esfuerzos de mucha gente que hace más de lo que dice que hace, y uno puede ver experiencias muy bonitas de gente viviendo fuera de las ciudades, organizándose de otra manera, que luego no se sabe tanto. Por suerte. A lo mejor es una cuestión de tiempos. Y el capitalismo, como decía Marx, solito se autodestruirá.

Es fácil vincular ítems como “creo en conseguir una sociedad más justa” y “yo sigo pensando como socialista utópico” con el “comunismo en sentido romántico” de Roberto, pero hay algo más. Lo que se esconde detrás de esta correspondencia es una transmisión de valores, fundamentalmente el de la igualdad. Los hijos de los Nos Habíamos Amado Tanto han recepcionado, por un lado, el horizonte normativo igualitarista que animó la militancia de los padres; y, por el otro, la decepción ante la derrota del proyecto comunista, al menos según fue vivida por este sector de los exmilitantes. Esto es lo que a fin de cuentas nos permite entender que el pasado de los padres sea un ejemplo –si bien uno negativo-, y que, según palabras de Omar, haya “que retomar esa experiencia y entenderla [para] pensar en alternativas al capitalismo”. El Partido Comunista, de acuerdo con esta lectura, fue vencido. Su fallo probó la ineficacia de sus métodos, pero la meta heredada sigue allí, y con ella la búsqueda de “alternativas”, sea que se cifren en “experiencias muy bonitas de gente viviendo fuera de las ciudades” (Alejandro), se codifiquen en “respuestas discursivas” como “la autonomía, la defensa de lo local... la defensa de los recursos” (Omar) o se refugien en una suerte de activismo de lo cotidiano, según cuenta Eunice:

me da impotencia, me gustaría hacer algo pero tampoco se me ocurre qué, entonces en lo único que recaigo es en lo que yo puedo hacer en mi vida privada personal, en mi ámbito, en mi contexto, que así impacte a diez personas, yo pienso que mejor que impacte diez a que no impacte a nadie.

### **4.3 Mi padre ya creyó en eso: la casa de los conversos**

Carlos es hijo de Adrián y Salvador de Ernesto, de cuyo testimonio nos valimos en el capítulo dos para caracterizar el tercer tipo de relación de los exmilitantes con su pasado, el de los El Dios Que Falló. Recapitulemos algunos atributos de ese tipo: afectividad aprensiva –la idea de que abandonar o marcar distancia con la militancia comunista equivale a “salvarse” de riesgos biográficos- y entramado cómico de la narración –personajes viciosos, con defectos prominentes que emprenden cruzadas fútiles pero que son



capaces de superar su inocencia. Estamos ahora en condiciones de establecer el modo en que la aprensión de los padres se relaciona con la sensación de advertencia que acusaban los hijos.

Ernesto, según vimos, indica que la pertenencia a un círculo de estudio paralelo al del Club de la Juventud Comunista lo salvó de desarrollar “una mentalidad cuadrada”, y que en general su compromiso académico “lo salvó de convertirse en un militante de tiempo completo obsesionado con la revolución”. En esto se parece a Adrián, que en una entrevista de 2012 afirmó:

Fui un intelectual comunista, yo diría, bastante atípico en México: mis camaradas intelectuales comunistas eran muy duros, muy dogmáticos, y yo llevaba una vida muy diferente, una vida cotidiana distinta, en parte porque nunca acepté que mi vida privada quedase atrapada por las redes del Partido Comunista. Llevaba una vida burguesa, estaba casado con una mujer burguesa y leía literatura burguesa. Esto, *afortunadamente*, era un contrapeso. También tenía la herencia de mis padres, que nunca fueron comunistas y eran muy abiertos; eran unos demócratas, y yo sentí su influencia. *Eso me salvó* de la inmersión en lo peor del dogmatismo marxista, así que en esa época, sobre todo en los últimos veinte años del siglo pasado, estaba en lo posible marginado de la vida militante típica [...]

El contrapeso (la vida burguesa, la herencia de los padres) “me salvó” del dogmatismo marxista, refiere Adrián a su entrevistador. Es notable que los testimonios de Ernesto y Adrian se parezcan incluso en el uso del adverbio “afortunadamente” para referirse a sus actividades paralelas al PC (en el caso de Ernesto era su compromiso con la escuela). Retomemos un segundo ítem: la imagen retrospectiva de los camaradas y del Partido Comunista. Como veíamos en el capítulo dos, los personajes que habitan el relato de la militancia comunista de Ernesto son dogmáticos, incongruentes y padecen rezago educativo. Se trata de una imagen cargada de negatividad que naturalmente contrasta con “la gente muy muy muy valiosa” (Anastasia) que retrataban los Puedo Morir Como Nací y con la “gente decente” (Roberto) que poblaban la memoria de los Nos Habíamos Amado Tanto. Complementemos con la imagen retrospectiva que tiene Adrián del PCM, según me la relata en entrevista:

yo era muy consciente de que el Partido Comunista era una organización muy mediocre, muy pobre, muy pequeña, marginal, y realmente cada vez tenía para mí una significación simbólica. Era el único... la única agrupación de izquierda en México que me parecía más... menos mala, digamos. Menos dogmática. [...] Estaba en el lugar menor malo según yo, pero no un lugar que me entusiasmase ni mucho menos.

El contraste casi se hace solo: nada hay de la “hermandad” a la que nostálgicamente se refería Sabina o el “gran sentido de humanidad” con que Leopoldo caracterizaba al

Partido. En este relato, el PCM es mediocre, pobre, marginal; la “menos mala” de las opciones. ¿Qué efectos tienen estas retrospectivas sobre los hijos? Recordemos que Salvador manifiesta sentirse “advertido” por el padre en contra de “las ideas de izquierda”, es, en palabras del hijo, como si le dijera “yo ya pensé eso hace muchos años cuando tenía tu edad... y cambié de opinión. Tenlo en consideración”. Empecemos por explicitar la interesante correspondencia entre riesgos y advertencias, e ilustrémosla con un ejemplo: para Ernesto *es peligroso* desarrollar una “mentalidad cuadrada” y “obsesionarse con la revolución”, y Salvador indica que la “advertencia o enseñanza” del padre se hizo presente al escuchar la clase de marxismo de la célula comunista italiana, “lo sentí muy como seguro de sí mismo. Lo mismo que no me gusta o lo mismo que me dejó esa enseñanza o advertencia de mi papá. ¿Cómo pueden ellos estar tan metidos y tan seguros de esto?”. De algún modo Salvador ha interiorizado que las ideas o militancias de izquierda deben ser vistas con cierto recelo, a través de la mirada autorizada de su padre. Sin embargo, hay algo aún más interesante y que nos pone en la pista del rechazo que Carlos y Salvador tienen hacia la acción política organizada, de ese “nunca me atrajo en absoluto” en que insistía el primero. Durante la entrevista conmigo, Salvador manifiesta sentir cierta atracción hacia las “ideas comunistas” contra las que se siente advertido:

yo nunca he mostrado ningún... al menos no le he mostrado a él (ríe)... tener ideas comunistas. Al mismo tiempo debería mencionar que sí me interesan. No soy alguien que sea para nada activista ni nunca he hecho realmente algo por desligarme del camino usual... para nosotros, para mí generación en mis ámbitos sociales. La escuela, luego la universidad, consigues un trabajo, etcétera. Pero siempre me ha gustado mucho esa idea de simplemente “no”, y salirme de ese *mood*. Y pues así las ideas... las ideas de izquierda, diría yo, más que el comunismo, es decir la palabra que me gustaría decir es “izquierda”, sí me parecen muy correctas. Y me parece que no sé lo suficiente para poder explicarme incluso a mí mismo por qué no funcionarían, y ese intento de explicarme cualquier cosa viene yo creo del hecho de que sé, estoy muy influenciado por... por el abandono de parte de mi papá de esas ideas.

¿Por qué Salvador no le muestra estas afinidades a Ernesto?

Pienso que hay dos cosas [...] que pueden salir de que yo le dijera [...] esos intereses, que entre paréntesis él debe saber que me gustan. Uno de los posibles *outcomes* sería que yo no estaría en grado de defender mi posición contra él. Me frustraría. Simplemente no sabría yo lo suficiente, no sería lo suficientemente elocuente para enfrentarlo. Otro *outcome* sería... tal vez son tres *outcomes* en todo caso. Otro *outcome* sería que sí me sentí suficientemente elocuente y que expliqué el punto de por qué pienso que una cosa debería ser de tal manera o de tal otra, y aún así no lo habría convencido, y eso me frustraría más. O la otra sería que él desearía, simplemente, tal vez, un poco evadiendo. Como si fuera en un plan... “cuando crezcas entenderás”, aunque esas no serían sus palabras. Y pues para mí eso sería también malo, no saldría satisfecho de esa conversación.

Manifiestar “ideas comunistas” a su padre excomunista tendría, en la proyección de Salvador, el efecto de confrontarlo y de conducir necesariamente a algún tipo de derrota en la discusión. Sea por pobreza de los propios argumentos, por cerrazón del contrincante o por desconocimiento mismo de la legitimidad de la interlocución, no hay resolución favorable del lance. Tal parece que, desde la perspectiva de Salvador, no hay nada que él pueda argumentar capaz de legitimar frente al padre la defensa de una idea comparable a las que éste descartó desde antes de que su hijo menor naciera. Regresemos al perfil de “los comunistas” en la memoria de Ernesto: dogmáticos, incongruentes y propensos a “huevonear”. Tal vez lo que Salvador padece cuando conversa con su padre sobre estos temas es producto de ser colocado en situación de ser como estos personajes mediocres y susceptibles de descalificación. Si estamos en lo cierto, el rechazo que Ernesto desarrolló a la figura del militante comunista que encarna su hermano Mario es la fuerza motriz de esta suerte de tabú que percibe Salvador. Los “*outcomes*” de una discusión con su padre al respecto de “las ideas de izquierda” que encuentra “muy correctas” son todos negativos, pues implican enfrentar desaprobación e incluso desdén. ¿Cómo se ve este proceso desde la perspectiva de Ernesto?

no son de izquierda, ninguno de [mis dos hijos]. A pesar de que tienen amigos que sí, especialmente Salvador. De pronto sale con que fulanito dice algo, cosas así, las cosas que han pasado en México, sí lo platicamos [...] como que le trato de dar una explicación, desde mi punto de vista obviamente, de lo que está pasando. El ejemplo más cercano es este de Ayotzinapa. “Fue el Estado”. A ver, ¿qué quiere decir eso? “No, pus es lo que allá...” [...] analizar qué es eso. Fue el Estado, así, simplemente, no desde mi punto de vista. Entonces no hago tanto referencia a mi propia vida, sino más bien tratar de analizar lo que pasa, ¿no? Darle mi punto de vista. [...] No respeto [...] las acciones violentas. Todo esto que se genera de pronto en el país, con la CNTE [Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación], o con estos grupos que se dicen de izquierda, pues ahí sí no me parece que sean respetables. O no respeto los argumentos de alguien que venera a López Obrador [...] son una serie de lugares comunes que sí le llegan a la gente, pero que detrás no tienen realmente argumentos sustentables, pura pasión y *puras ideas cuadradas* y pensamientos que desde mi punto de vista me parecen deleznable.

Ernesto piensa que sus hijos “no son de izquierda” y ofrece ciertos detalles sobre los diálogos que Salvador vive como advertencias y cuyos “*outcomes*” lo disuaden de mostrarle a su padre algunas de sus afinidades políticas. Ahora centrémonos en la frase “*puras ideas cuadradas*” y veamos cuán importante es esta noción geométrica en el testimonio de Ernesto: “yo sentí que la mayor parte de la izquierda que seguía de alguna manera siendo marxista, se volvía cada vez más cuadrada”; “nosotros estábamos en esa, una visión muy ortodoxa, muy rígida, muy cuadrada, de que era la única salida, yo creo que

[los chavos de hoy] ya no.”; “la mentalidad era muy cuadrada. Entonces siempre te tenías que dirigir hacia el marxismo, y no había más opciones.”, “El partido era como muy rígido en muchas cosas, o sea, como que tenía muy... cuadrada la visión [...] de lo que teníamos que hacer, de cuál era nuestra labor.”. Es obvio que la adjetivación cuadrangular (una idea cuadrada, una izquierda cuadrada, una visión cuadrada, una mentalidad cuadrada) sintetiza una fortísima carga de negatividad en Ernesto, denota algo “deleznable”. Esto implica que, para Salvador, diferir políticamente con su padre -por izquierda al menos- supone el riesgo de ser colocado en situación de ser “cuadrado” y de ese modo descalificado, que es el tercer *outcome*: “él desecharía, simplemente [...] Como si fuera en un plan ‘cuando crezcas entenderás’”.

Explorado el funcionamiento del tabú, volvamos al extrañamiento que los hijos sienten frente al tipo de política que realizaron sus padres en el PCM, esa curiosidad desapegada que describíamos en el capítulo anterior. No hacen falta agregar elementos a los que ya hemos juntado: observemos simplemente que los propios exmilitantes sienten extrañeza frente a su biografía, que incluye en un caso una larga y pública asociación con una organización “pobre”, “mediocre”, “pequeña” y “marginal”, y en el otro ser “ingenuo” y “cuadrado”, es decir, sostener ideas “deleznales”. Reparemos en que Adrián, en la entrevista que concedió en 2012 y que arriba hemos citado, enfatiza que él llevaba una vida “muy diferente” a la de sus camaradas “duros” y “dogmáticos”; y recordemos que Ernesto, según revisamos en el capítulo dos, se distanciaba de sus camaradas del Club Hernán Laborde insistiendo en que nunca descuidó los estudios (como sí hacían su hermano Mario y Raúl, el líder de la célula). La reconstrucción que ellos hacen de su militancia comunista pone una gran distancia entre el yo que recuerda (liberal, informado, crítico, demócrata) y el yo que es recordado (comunista, ingenuo, dogmático, revolucionario) y resuelve la contradicción enfatizando todo aspecto potencialmente continuo de la propia biografía: el escepticismo (que siempre se tuvo) de la línea política, las diferencias (que siempre se tuvieron) frente a los otros, las críticas (que siempre se dirigieron) al partido, etc.

Hagamos un alto para recordar el ángulo analítico en el que estamos interesados. Lo importante en este momento no es si el Partido Comunista era o no era pequeño y marginal, o si sus miembros eran o no eran dogmáticos y cuadrados. Lo que interesa es que la

situación discontinua de recordación lo reconstruye de ese modo, y para ello no hay mejor evidencia que un fragmento de otra entrevista que Adrián dio en Argentina en 2005, siete años antes que la que hemos citado de 2012 y diez años antes de conversar conmigo:

Sí, yo fui comunista durante muchos años. Vale aclarar aquí que el Partido Comunista mexicano [*sic*] no tiene nada que ver con el argentino. En principio, porque creo que aquí es una especie de antigualla y allá era un partido de corte reformista y socialdemócrata. [...] El Partido Comunista argentino [*sic*] era terriblemente dogmático, atrasado, estalinista... El Partido Comunista mexicano [*sic*] era un partido socialdemócrata, reformista, ligado a la Primavera de Praga... Era otra cosa.

Es curiosa la metamorfosis de la imagen retrospectiva. Lo que en 2005 podía ser descrito como “reformista”, “socialdemócrata”, “ligado a la Primavera de Praga” y contrastado más que positivamente con un homólogo sudamericano caracterizado como “antigualla”, “terriblemente dogmático, atrasado, estalinista”, en 2012 se ha poblado de “camaradas intelectuales duros y dogmáticos” y en 2015 es ya “pobre”, “mediocre”, “pequeño” y “marginal”. Digamos ahora una obviedad: el PCM se autodisolvió en 1981, y su impronta organizacional, llevada por las organizaciones herederas (PSUM, PMS) se diluyó al confluir con otras fuerzas en la fundación del PRD en 1989. Lo que está mutando no es el Partido –que ya no existe- sino su recuerdo.

#### **4.4 Síntesis**

En esta sección hemos revisado correspondencias que conectan las tipologías que exploramos en capítulos anteriores. Dejamos establecido que, al menos en nuestra pequeña muestra, a cierta relación de los padres con su pasado militante corresponde cierta relación de los hijos con ese mismo pasado. El siguiente capítulo, último con vocación analítica, explorará algunas mediaciones entre la relación con el pasado de los padres y la de los hijos, variables adicionales que pueden ayudarnos a comprender más finamente tanto los mecanismos familiares de transmisión como la variabilidad apreciable en los descendientes.

## 5. Mecanismos de transmisión

En el capítulo anterior observamos que la relación de los hijos con el pasado político de sus padres presenta correlaciones con la relación que los padres tienen con su propio pasado: a exmilitantes nostálgicos corresponden descendientes igualmente nostálgicos, a progenitores que tematizan su pasado como una derrota histórica corresponden hijos que tienen dificultad para identificar aportes del PCM en su presente, a padres que ven su militancia como un periodo de riesgos biográficos corresponden hijos que se sienten advertidos en contra de ciertas ideas o prácticas políticas, y así sucesivamente. La pregunta que nos haremos en este capítulo es por las mediaciones: nuestro objetivo será proponer conceptos capaces de explicitar mecanismos a la base de estas correlaciones.

### 5.1 Transmisión espontánea: densidad referencial y construcción de significados comunes

Leopoldo describe en entrevista a su familia como una “familia comunista”. Así explica en qué consiste:

Ser miembros del partido. Identificar las canciones. Emblemas, *La internacional*, *La canción del Partido Comunista*, la literatura. [...] no hay *best-sellers* en la casa. La literatura mercantil. Ni cine ordinario. [...] Tiene que ver con toda esta, podríamos decir la palabra cosmovisión. Una visión del mundo. Pues ellos son [de] 83 y 87, les toca la postrimería de periodo del mundo socialista. Pero los dos [...] fueron a Cuba de niños. A distinta edad, a esas jornadas internacionales que van y levantan la zafra. [...] nuestro mundo está rodeado de personas militantes, de distinto signo político, pero en la izquierda. [...] en nuestra casa acudían frecuentemente personas de otros países, de todas las tendencias izquierdistas. [...] Y todas nuestras referencias e este mundo, este mundo de la igualdad, de la justicia, la lucha socialista, la lucha comunista [...] Tú dices Fidel y no piensan en Fidel [Velázquez], el de la CTM, el que dirigió el sindicato corporativo, piensan en Fidel Castro. Dices Schafik y lo conectan con el que fue dirigente del Partido Comunista Salvadoreño. [...] la casa estaba llena siempre de distintivos, de emblemas. Pues ese [señala la pared] es un dibujo ruso [...]. Ahí está un vodka (ríe) ahí están los vodkas. Las gorras emblemáticas de la militancia. Del movimiento social. Ahí está [una foto] de Benita echando un discurso en la Asamblea Legislativa. Ahí está con un escudo del PRD. [...] el entorno es ese. Nuestras amistades son de ese tipo. No hay esa relación del mundo fuera de esta izquierda, amplia, difusa...

Ser “una familia comunista” consiste en la membrecía partidista, canciones, emblemas, literatura, cine, teatro, música, cosmovisión, viajar a Cuba, rodearse de militantes, pensar en Castro y no en su tocayo Velázquez cuando se escucha el nombre Fidel... ¿Cómo dar cuenta analíticamente de esta primera descripción del espacio familiar? Empecemos proponiendo el concepto de *densidad referencial*, con el que denotaremos la

cantidad y relevancia de referencias al comunismo y al pasado de los padres en el PCM. El hecho es que el hogar de Leopoldo y Benita está profundamente atravesado por la participación y la discusión políticas. Los amigos, los tíos, los abuelos, los decorados de la casa, los discos... todo remite al pasado –y presente- de militancia de los padres: caractericemos esto como una densidad referencial elevada. Por supuesto que Leopoldo y Benita se profesionalizaron en la política y continuaron militando en las organizaciones heredadas del PCM –lo hacen aún en el PRD-, pero eso no es requisito para que exista esa elevada referencialidad: ya en el capítulo tres constatamos que los descendientes Envidia Distante heredaron gran cantidad de símbolos y referentes de sus padres, quienes hacían el quehacer cantando *La internacional*, regalaban *La madre* de Gorki de cumpleaños, cargaban *Bandiera Rossa* al nuevo Ipod del hijo y tenían en su cuarto “un cartel [...] donde estaba Lenin barriendo del mundo a la aristocracia, la burguesía y la iglesia.” (Omar)

**Ilustración 7: “El camarada Lenin limpia el mundo de basura”, Viktor Deni, 1920**



Fuente: <[http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Tov\\_lenin\\_ochishchaet.jpg](http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Tov_lenin_ochishchaet.jpg)>

¿Por qué, si lo hemos abordado ya, valdría la pena insistir con el tema de las referencias? Por dos motivos. El primero es que no hemos aún intentado explicar qué es lo que las hace numerosas o escasas. El segundo es que revisitar el tema, pero ahora de forma transversal a los tipos propuestos en los capítulos anteriores, nos da motivo para discutir el problema de la transmisión de significados, lo cual complejizará la noción misma de lo que es una “herencia”. Vamos en orden.

¿Cómo explicar esta alta densidad de referentes en el espacio familiar con posterioridad a la disolución del PCM? La clave la hemos adelantado ya: se trata de la dimensión “continuidad” de la relación que con el pasado tienen los exmilitantes. Mientras más continuos sean los exmilitantes en relación a su época de militancia, mayor interacción tendrán sus hijos con todo tipo de sobrevivencias de ese pasado y con narraciones paternas que las dotan de significados asociados al PCM. Como vimos previamente, los exmilitantes Puedo Morir Como Nací son los más continuos de todos los estudiados: continúan –o durante décadas continuaron- desarrollando actividad política partidista y diciéndose comunistas, conservan todo tipo de objetos y documentos relacionados con su paso por el PC, permanecen integrados a redes de sociabilidad vinculadas con la organización –de hecho, en las cuatro familias estudiadas de este tipo, los padres se conocieron y casaron en la militancia comunista y los matrimonios se sostienen o se sostuvieron hasta la muerte de un cónyuge, peculiaridad a la que pronto regresaremos. La cantidad de objetos, ideas, prácticas y relaciones personales sobrevivientes o alusivos al pasado comunista de los padres en el espacio familiar es fundamental para esta modalidad de transmisión del pasado porque su ubicuidad detona las narraciones. Responde Leopoldo a la pregunta ¿Qué circunstancias se prestan para hablar del PCM?: “Todo el tiempo. Todo el tiempo. [...] Todos los días es parte de la vinculación y la comunicación se da bajo ese piso común. De una experiencia que nos marcó”.

Ahora bien, ¿qué hace que algo sea una referencia al “pasado político de los padres”? ¿Se trata de una cualidad intrínseca de las relaciones interpersonales, los libros de Lenin en el armario, los distintivos y los folletos, o más bien es la mirada de los sujetos la que dota de ese carácter a cualquiera de esos elementos? Darío, que hijo de Leopoldo y por tanto parte de “una familia comunista”, cuenta lo siguiente:



[Hay en la casa] una foto de Valentín Campa. Un dibujo grandote de Heberto Castillo. Muchas fotos con Cuauhtémoc Cárdenas sobre cuando están en el PRD. [...] Una maravillosa bolsita de café como de tela... Un tipo de tela muy peculiar. Está llena de pines. Pines de la URSS, pines del Partido Comunista, pines del Partido Socialista Unificado de México, del PRD. Ya se van mezclando todos los pines. Hay un pin de Checoslovaquia de aquella época... [...] Hay libros, están la mayoría de las obras de Lenin, esos grandes tomos en edición rusa. Libros de Arnoldo [Martínez Verdugo]. Libros de historia. [...] *Pero no se volvieron como objetos así específicos, no los vivía como una unidad, hasta después empecé a entender que tenían que ver con la historia de mis padres y su militancia.* En parte porque no me explicaban. Estuvo extraño, no me explicaban. Mi mamá menos.

Combinando los testimonios de Leopoldo y Darío redondeamos la imagen de la casa de “una familia comunista”: tiene dibujos de líderes, fotos de actos políticos, pines, vodka, literatura, libros de historia, conversaciones sobre Cuba, Fidel, Schafik Hándal y el Partido Comunista Salvadoreño, visitantes izquierdistas, canciones, emblemas... pero para “vivirlos como una unidad” es necesario *entender* cuál es la relación que los vincula con la historia de militancia de los padres, y esta comprensión es producto de *explicaciones* y *narraciones*. Digámoslo de una vez: ni el vodka ni los dibujos ni las obras completas de Lenin son, en sí mismos, fragmentos de un pasado militante, porque tal cosa no tiene existencia objetiva ni es por tanto divisible en partes que le sobrevivan o lo referencien. Estas cosas –y muchas otras- se convierten en parte de ese pasado –y por tanto forman “una unidad” en la subjetividad de los actores- al serles atribuido ese significado, lo que en el ámbito familiar que nos interesa ocurre primariamente cuando los padres narran y explican a los hijos qué son (o, mejor aún, cómo deben ser interpretados) todos esos elementos.

Recurramos al testimonio de Omar para pensar en un ejemplo distinto al de objetos almacenados en la casa. Éste explica que “Cuando sale Pablo Gómez en la tele” se presta para que su padre hable de su época en el PCM. Gómez, afiliado a la Juventud Comunista desde su adolescencia, dirigente del movimiento estudiantil de 1968, preso en Lecumberri desde octubre de ese año hasta 1971, diputado plurinominal a la LI Legislatura por el PCM (la que marca su reingreso al sistema electoral), integrante de la dirección colegiada del PSUM, asambleísta en el Distrito Federal, fundador del PRD –del que sigue siendo miembro-, dos veces diputado por el Distrito XXIII (Coyoacán), y actual senador por el Distrito Federal, ha sido, de entre las figuras públicas heredadas del PCM, sin duda una de las más constantes, igualado tal vez por Amalia García<sup>40</sup> o por Gilberto Rincón Gallardo<sup>41</sup>.

---

<sup>40</sup> Gobernadora de Zacatecas de 2004 a 2010, presidenta del PRD de 1999 a 2002.

Volviendo a Omar, hay veces, en efecto, en que “Pablo Gómez sale en la tele”, y para aquellos que, como el padre de Omar, *saben* que Gómez fue PC igual que ellos, esas apariciones mediáticas suponen oportunidades de narrar a sus hijos ese pasado, de dotar a “Pablo Gómez” de un encuadramiento narrativo que lo vuelva parte del “pasado político de los padres”. Y esto que le ocurre al referente “Pablo Gómez” puede perfectamente no pasar, incluso con personas mucho más cercanas, como ilustra también Omar:

mi papá ahí como que ha tenido más amigos que han tenido diferentes historias de militancia, no necesariamente en el PC, [...] yo no sé tampoco cuáles de los amigos de mi padre militaron. Hay algunos que sí es muy claro, pero los que aún conserva no estoy seguro.

Recordemos lo que Darío decía en relación a los objetos de su casa: “no se volvieron como objetos así específicos, no los vivía como una unidad, hasta después empecé a entender que tenían que ver con la historia de mis padres y su militancia”. Advirtamos que Omar nos regresa la misma idea, pero negativamente: no basta con que las relaciones personales se hayan conservado: para que ese pasado se transmita a los hijos es indispensable que los padres lo encuadren. Puede que los amigos del padre sean sobrevivencias de la militancia comunista, pero si él no lo explicita es difícil para el hijo articularlos con el resto de los referentes que tiene sobre ese pasado. En otras palabras, el espacio familiar se puebla con referencias al pasado militante no sólo por la persistencia de huellas de ese pasado, sino por efecto de un proceso interpretativo constante que significa y articula entre sí, para los hijos, todas esas actitudes, personas, dibujos, símbolos, documentos, “palabras raras” y canciones adquiridos durante el paso de los padres por el PCM. Sinteticemos diciendo que la transmisión del pasado militante está dada por la reconstrucción intergeneracional dentro del espacio familiar de esa red de relaciones simbólicas y no sólo por la conservación de sus rastros.

Pensemos en un ejemplo de transmisión espontánea en el que el encuadramiento narrativo no se vuelque sobre una persona o un objeto, sino sobre un lugar, uno que además tenga la ventaja analítica de no ser el hogar familiar. Omar cuenta durante la entrevista una anécdota de unos golpeadores que secuestran en un Sedan a un camarada del padre a la

---

<sup>41</sup> Tras casi cuarenta años de carrera política en la seguidilla PCM-PSUM-PMS-PRD, Gilberto fue candidato presidencial de su efímero Partido Democracia Social en 2000, y falleció en 2008 después de fundar y presidir durante el foxismo el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

salida de la fábrica donde contactaban a obreros. Este es el contexto que le permitió acceder a ese contenido:

la [anécdota] del vochito y todo eso, esa contada por mi padre fue cuando murió mi abuelo, que murió en un hospital que está ahí al lado. Entonces murió él y me dijo “vente, vamos a comer unos tacos”. Estábamos en la esquina en la que ellos se ponían entonces y me decía “mira, nosotros nos poníamos acá, los de la fábrica se ponían de aquél lado, nos hacíamos como unas señas con los líderes de los obreros, entonces nos cruzábamos, nos pasábamos cosas” Fue un poco como en el lugar.

Una vez más, la narración es detonada por una coincidencia fortuita: la taquería cercana al hospital donde fallece el abuelo tiene vista al espacio en el que, tres décadas antes, Renato intentaba politizar obreros a la salida de una fábrica. Es imposible que el sitio adquiriera ese significado para Omar sin que medie el encuadramiento producto de la narración del padre: nada en esa esquina acusa el hecho de haber sido escenario de los eventos relatados. A lo anterior agreguemos otra idea: es factible que Renato recuerde los acontecimientos del secuestro y no los cuente a Omar, sea porque no quiere que su hijo los conozca, porque piensa que no son relevantes o no van a interesarle o cualquier otro motivo. Sin embargo, Renato relata: de hecho, según explica su hijo, es un exmilitante orgulloso de su paso por el PCM y comparte con gusto todo tipo de anécdotas alusivas a esa etapa de su vida y referentes izquierdistas con sus dos hijos.

¿Únicamente importan los encuadramientos narrativos o es necesario que efectivamente haya rastros? Reflexionemos a partir del siguiente ejemplo. La única ocasión en que Salvador recuerda que Ernesto, su padre, le relató su paso por la Juventud Comunista fue la siguiente:

Mi recuerdo de hecho era estar caminando por el centro, y ahí está su antigua secundaria, y que me estaba contando un poco su vida a partir de que estábamos ahí al lado de la que era su secundaria. ¡No! La visitamos, entramos, porque ahora es un museo. Y pues a partir de eso me contó esa parte de... o sea, cosas de su hermano... esto ha de haber sido en la prepa, más que la secundaria, cómo él casi terminó la prepa antes que su hermano, que es mayor por dos años o más, y yo creo que en ese hilo “porque sí, siempre estaba ahí súper metido [...] y en otras locuras de fiesta. Un poco un plan pues yo también, pero él... sí estaba ahí siempre”. Y me contó desde eso hasta cosas de chicas con las que estuvo en la prepa. Me parece que fue en ese momento, de hecho lo tengo vivo ese recuerdo. No sé si habrá habido otra ocasión.

Vemos aquí que la pervivencia del inmueble (aún con el cambio de función) que fue escenario de la militancia de Ernesto y de su hermano en la Juventud Comunista es fundamental para detonar la rememoración de ese pasado: la narración tuvo lugar espontáneamente, en el marco de un paseo casual con Salvador por el centro histórico.

También observemos que, sin la narración del padre, el edificio muy difícilmente adquiera para Salvador algún significado asociado al pasado militante del primero. Dicho en dos frases: sin inmueble no hay anécdota, y sin anécdota no hay transmisión del significado del inmueble. La transmisión espontánea del pasado usualmente supone, entonces, dos cosas: primero, la supervivencia de lo que, a ojos de los exmilitantes, constituye rastros, recuerdos o continuidades de ese pasado; y, segundo, el encuadramiento explicativo o narrativo que de estos elementos se hace y que permite a los hijos dotarlos también de ese significado – que se vuelve, entonces, *común*. Esto nos permite revisitar la asociación que habíamos trazado entre continuidades en los exmilitantes y densidad referencial: a mayores continuidades de los exmilitantes, mayores oportunidades para que transmitan a sus hijos los significados que asocian a todas esas personas, creencias, gestos, objetos, palabras y conductas.

Ahora bien, ¿se transmiten mecánicamente esos significados a los hijos? Intentemos resolver esta pregunta observando que algunos descendientes estudiados se apropian de objetos de sus padres referidos a la militancia. Veamos el caso de Omar:

Resulta que yo tenía una colección de pines, cuando tenía como doce, trece [años], estaba como muy clavado en hacerla crecer [...] De todo, equipos de futbol, de lugares... e inauguré la sección de pines políticos cuando me encontré [dos pines entre las cosas viejas de mi padre] y uno era un martillo y una hoz, y otro era una estrella roja, y entonces me los chingué, nada más le comuniqué que yo era el poseedor de esa estrella roja y de ese martillo con la hoz.

Reparemos en que los distintivos comunistas son objeto de una refuncionalización por parte de Omar. No los toma para prenderlos en su ropa y afirmar públicamente una identidad o pertenencia comunista; y tampoco los incorpora a un archivo sobre la militancia de sus padres –de hecho los sustrae de la caja de “cosas viejas”. La nueva función de los objetos es integrarse a una colección, inaugurando la sección “pines políticos”. Esto último no es un detalle banal: a Omar no le pasan desapercibidos los significados políticos de las insignias de las que se apropia, esa es la razón de que queden agrupados en una subcategoría que los reconoce (“sección de pines políticos”) y no sean incorporados a un ordenamiento por color o tamaño o lo que fuera. Sin embargo, el hecho es que la apropiación saca a los objetos de un contexto que remitía un cierto significado–“las cosas viejas de mi padre”- y los coloca en otro en donde domina otro -“la colección de pines”. Este ejemplo, por su extrema simplicidad, ayuda a comprender que la transmisión familiar

de un pasado militante no es un proceso mecánico en el que los hijos simplemente reproducen en grado variable los conocimientos, recuerdos o prácticas de los padres, sino que la interacción familiar da lugar a recombinaciones en los que los elementos de ese pasado pueden adquirir nuevos significados, sin que esto implique necesariamente que pierdan los anteriores. La caja de “cosas viejas” que agrupa todo tipo de materiales alusivos a la militancia de Renato –folletos, recortes, etc.- corresponde a la organización que el padre dio a esos objetos y nos sirve como metáfora del modo en que los exmilitantes conciben su pasado y el lugar que le otorgan. La colección de pines con su sección “política”, si continuamos desarrollando la metáfora, vendría siendo la manera en que los descendientes organizan elementos vinculados al pasado político de sus padres, reconociendo algunos de los significados de los que los padres los dotan, pero integrándolos a esquemas distintos y tal vez insospechados –si hay algo que Renato no pensó cuando decidió conservar esos objetos es que su hijo nonato se “los chingaría” décadas más tarde para inaugurar la sección política de su colección de pines.

En suma, la densidad referencial es uno de los mecanismos que nos ayuda a entender las correspondencias entre la relación que tienen los exmilitantes con su pasado militante y la relación que con éste tienen sus descendientes. Es el patrón de continuidades (conductuales, sociales, identitarias, ideológicas, materiales, etc.) en los padres lo que explica el patrón de herencias en los hijos, pero lo que está entremedio de ambos polos es la familia operando como un espacio comunicativo de construcción de significados comunes. En el marco de las interacciones familiares, narraciones y explicaciones paternas encuadran objetos, personas, lugares e ideas como “comunistas” o referidos al “pasado militante”; y es el encuentro más o menos casual con estas referencias (pasear frente al edificio donde se militó, recibir la visita de un viejo camarada, ver a Pablo Gómez en la tele) lo que hace surgir situaciones espontáneas de transmisión.

Esta última apreciación –el encuentro casual con referencias detona narraciones- nos da una pista muy interesante para ampliar nuestra reflexión hacia el ámbito de la memoria pública, a la que podemos entender, siguiendo a Eugenia Allier, del siguiente modo:

los ejercicios de memoria en el espacio público (declaraciones, conmemoraciones abiertas, ceremonias). Considerada desde aquel triple sentido de lo público mencionado, es la que logra (vuelve efectiva la necesidad de) que los temas vehiculados por ella aparezcan a la luz (pues se construyen sólo

al aparecer en público), generen lazos comunes (buscando ir más allá de los protagonistas) y se abran (tengan accesibilidad); es decir, que otros grupos (nuevas generaciones u otros actores) puedan incluirse en dichas memorias, diferenciándose así de las memorias exclusivamente grupales o individuales. Además, este concepto debe ser entendido como el campo de batalla donde las distintas memorias rivalizan por el dominio público. (2009: 290)

Una esfera pública rebosante de referencias a un determinado pasado impacta en las familias de quienes lo vivieron pues los que fueron parte de ese pasado tienen constantemente ocasión de recordarlo -decidan o no contarlo a sus hijos- y sus descendientes motivos para indagar en la biografía de los padres. Un ejemplo en que es fácil verlo es *El Nazi perfecto* de Martin Davidson (2012) que comienza así “Durante treinta y cinco años de mi vida, mi hermana y yo vivimos bajo la sombra de una pregunta sin respuesta: ¿qué había hecho durante la guerra nuestro abuelo alemán?” La afiliación nacionalsocialista del abuelo Bruno era objeto de un fortísimo tabú en la familia del autor, “era un terreno prohibido”, pero en la Inglaterra de los sesenta y setenta, “dominada por la larga sombra de la Segunda Guerra Mundial”, menudeaban referencias al nazismo en los discursos públicos:

Como todos los miembros de mi generación, quizá no haya sabido gran cosa sobre su realidad histórica, pero los “nazis” eran para mí personajes tan vivos como los Daleks de *Doctor Who*. Creía saber cómo eran, cómo hablaban, cómo se comportaban. Derrotarlos había sido la proeza más grande del siglo XX. [...] Yo sabía todo esto porque no pasaba una semana sin ver alguna película bélica en la televisión, cuya gramática básica se reproducía desenfadadamente en historietas cómicas o juegos en el patio de recreo. (2012: “Edimburgo y Berlín, 1960-1984”)

El contraste entre un espacio público retacado de alusiones a la guerra y al nazismo y un espacio privado deliberadamente vaciado de ellas es un fuerte aliciente para realizar, una vez muerto el abuelo, la investigación que dio origen al libro que estamos citando. Ahora bien, correlativamente, una esfera pública carente de referencias limita esas oportunidades para la rememoración y la transmisión. La existencia misma del PCM como organización constituía una referencia pública constante de su pasado: el contacto con sus campañas electorales, sus mítines, sus intervenciones parlamentarias, sus periódicos y demás productos de su actividad política podía servir a militantes y exmilitantes de pretexto evocativo, y a sus hijos de acicate para la curiosidad. La autodisolución del partido y la posterior incorporación al PRD de sus herederos anuló esa posibilidad: en la medida en que el PCM dejó de existir, cesó la actualización de ese pasado y con ella el discurso público que sobre sí misma emitía la organización. La memoria puede entonces tomar el relevo, es posible que se genere un discurso público que haga referencia a ese pasado. Lo que hace

interesante al caso del PCM y nos ayuda a distinguirlo de otros que han sido estudiados desde la perspectiva de la transmisión familiar— por ejemplo víctimas del holocausto— es que ese discurso público es marginal, y sólo desde hace unos pocos años algunos exmilitantes realizan esfuerzos sostenidos por remediar esta situación. Llega el momento, entonces, de discutir mecanismos de transmisión deliberada.

## **5.2 Transmisión deliberada: agencias comunicativas y esquemas narrativos**

Podemos pensar a una parte de los discursos públicos sobre el pasado como el producto de agencias comunicativas: las representaciones que circulan de forma amplia pueden ser creadas deliberadamente con la finalidad de incidir sobre lo que el público sabe o recuerda del pasado. Es el caso de monumentos, placas, memoriales, museos, libros de texto, programas oficiales de historia escolar, manifestaciones conmemorativas, la conmemoración mediante declaratorias de días nacionales o internacionales (día de la independencia, día del armisticio, día de la mujer), etc. Existen también discursos públicos que si bien inciden en forma amplia sobre la representación del pasado no han sido creados con esa finalidad, por ejemplo las ficciones históricas como el cine de vaqueros o el de romanos, o los juegos de mesa o de video cuyos creadores se sirven del pasado con fines lúdicos o estéticos. En este apartado nos interesamos por las primeras, aquéllas acciones que deliberadamente tienen la intención de comunicar representaciones sobre un pasado o elementos de una cultura asociada a él. Algunas de las preguntas que guiarán la exploración serán las siguientes: ¿qué importancia tiene, para la transmisión familiar, que representaciones sobre el pasado político de los padres circulen en forma pública, excediendo las fronteras del espacio doméstico; qué ocurre cuando los propios padres se esfuerzan activamente por conseguirlo?, ¿qué diferencia hace que se escriban libros sobre el padre, que se entreviste a la madre en la televisión, que se publiquen sus memorias, que se impongan sus nombres a plazas y avenidas, que se marche año con año para recordar las gestas de las que participaron, que se erijan memoriales y se devalen placas para recordar a sus compañeros caídos; qué importancia tiene que poco o nada de esto suceda?

Cuando Carlos, nacido en 1979, es interrogado por el pasado político de su padre, lo primero que le viene a la mente es un perfil basado en una larga entrevista que publicó en

2012 una revista al cumplir Adrián 70 años. La reconstrucción que Carlos hace de ese pasado sigue, punto por punto, el relato que contiene la revista, pero las coincidencias no se agotan en esa diada: también el recuento que Adrián me hizo de su trayectoria en entrevista algunos meses antes del encuentro con su hijo es sorprendentemente parecido, y todas estas reconstrucciones presentan correspondencias notables con otra entrevista editada, ésta en 2015, como parte de un libro. El efecto es tan notable que amerita que lo tratemos con cierto detalle. Para ello nos serviremos de un cuadro comparativo en el que la primera columna corresponde a la respuesta de Carlos a la pregunta ¿Qué sabes de pasado político de tu padre? Para nuestra fortuna, Carlos marca transiciones en su respuesta con la formula “sé qué”, que utilizaremos como indicador de corte.



**Tabla 3: Comparación entre relatos de Adrián y Carlos**

Entrevista a Carlos para esta investigación (2015), quien responde “¿Qué sabes del pasado político de tu padre?”	Entrevista a Adrián publicada en revista (2012)	Entrevista a Adrián publicada en libro (2015)	Entrevista a Adrián para esta investigación (2015)
(1) sé que estuvo en la cárcel por repartir unos volantes en contra de Kennedy, digo, creo que dos días o un día, no sé bien cuánto.	Por repartir un volante en el zócalo contra el presidente Kennedy, que venía de visita a México, me metieron a la cárcel diez días.		repartíamos volantes y folletos de orden antiimperialista. Yo estuve repartiendo unos con un compañero de la célula [...]. Y la policía nos agarró, y faltaba una semana para que llegase Kennedy. Nos tuvieron cerca de diez días, no me acuerdo cuánto, en la cárcel, incomunicados.
(2) Sé que algún momento pues sí estuvo como en un grupo guerrillero, se interesó en ello al menos, creo que estuvo unos días y ya.			Entré al Partido Comunista Mexicano en 1961. El año anterior ya me había radicalizado mucho... participé en un grupo político de extrema izquierda encabezado por Rubén Jaramillo, un líder campesino del Estado de Morelos, que se supone es el grupo que guiaba al movimiento guerrillero en la zona de la costa grande de Guerrero, en Arcelia.
(3) Sé también que, en cuanto a mi papá, sé que... el autoritarismo priista lo ahuyentó un poco del país y empezó a conocer otras izquierdas y partidos comunista del mundo, [...]	Las tensiones eran tan fuertes que antes del 68 sentí que el ambiente era irrespirable para gente como yo, que no tenía ninguna perspectiva, y me fui de México. Partí a Venezuela hartado del ambiente político de represión. Al mismo tiempo que se generaba un nuevo espíritu en los territorios culturales, vivíamos sofocados. Era de esperarse que estallase algo.	Me fui porque el ambiente en México era irrespirable, porque siendo un militante radical, comunista, tenía muy pocas posibilidades de conseguir buenos trabajos. Trabajaba en la Comisión Río Balsas, que encabezaba el general Lázaro Cárdenas, en el departamento de estudios, que dirigía Cuauhtémoc, su hijo. Ahí hice mi tesis [...] el ambiente en México era tan gris, tan mediocre y, además, para un radical como yo, las oportunidades de trabajo estaban muy cerradas; entrar en la UNAM era impensable.	Por ser comunista me era muy difícil conseguir trabajo, en México, donde logré buen trabajo y donde hice mi tesis, la investigación, fue en la Comisión del Río Balsas, que era encabezada por el General Lázaro Cárdenas, y en la dirección de estudios que dirigía Cuauhtémoc Cárdenas, que era mi jefe inmediato. [...] Pero, fuera de ahí, entrar a la universidad, un comunista en aquella época, era absolutamente imposible. En fin, las perspectivas en México eran muy malas.
(4) [...] sé que lo sorprendió mucho Venezuela,	Había hecho una mutación en Venezuela: me volví un socialdemócrata, aunque no usaba esa palabra. A pesar de que era militante comunista, era un demócrata. Contra lo que decía la izquierda, en Venezuela pude comprobar que la democracia era una alternativa viable y muy deseable en los países		y esto significó para mí, esa militancia en Venezuela, un viraje radical en mis posiciones políticas. Porque ahí es donde yo descubrí la democracia. Aunque cuando yo regresé a México a mí me tildaron de eurocomunista, en realidad no fue en Europa donde yo descubrí la importancia de la democracia, sino que fue en Venezuela, en las luchas del Partido Comunista Venezolano. [...] Para mí fue una gran revelación ver a un país atrasado, subdesarrollado, más dominado por el capital extranjero que cualquier otro que yo conociese, mucho más que

	subdesarrollados		México, desde luego, en donde, no obstante, funcionaba una democracia. La famosa democracia formal, burguesa, me parecía una maravilla, había libertad de expresión... realmente cambió mi idea.
(5) y sé que luego estuvo en Europa y le ofrecían una beca para Berlín Occidental, y bueno, cuando lo invitó un amigo suyo que estudiaba ahí, me parece, o trabajaba ahí, como para que se diera una idea de cómo era, pues lo ahuyentó más bien. Entonces supe que se fue a Berlín Occidental a ver cómo estaba la cosa, comentó un poco que fue... no sé si su primera probada, pero una de las más efectivas del comunismo europeo soviético, más cercano a eso, y aparentemente se dio cuenta que había... primero, que no era nada como era la teoría, que era más bien un régimen autoritario, tal vez más cercano a lo que era el PRI que a lo que él imaginaba el comunismo, y entonces dio un viraje dentro de la cuestión comunista	En los sesenta, París era el lugar al que había que ir, así que me marché a Francia, pasando rápidamente por la República Democrática Alemana, en donde me ofrecían una beca. Prudentemente aproveché el viaje y vi que aquello no era para mí. Era la época posterior a la invasión a Checoslovaquia: el ambiente de guerra era un desastre. Wilhelm Dyer me aconsejó que no me quedase; él mismo se fue	Tuve el cuidado de ir a Berlín a ver cómo estaba la cosa antes de aceptar la beca. Fui, y lo que vi me horrorizó, aquello era el infierno. Eso fue a comienzos de 1970, al poco tiempo de la invasión de las tropas del Pacto de Varsovia a Checoslovaquia. El dogmatismo imperaba en la RDA, era todo un desastre. Tuve la suerte de encontrarme con Wilhelm Dyer [...] y cuando le platicué que tenía una beca para estudiar allí me dijo que estaba loco, que por qué quería ir a Berlín, que era terrible. Creo que al año siguiente él se fue a Estados Unidos. Me regresé a Londres y de Londres me fui a estudiar el doctorado a París.	El Partido Comunista me había conseguido una beca para ir a estudiar mi doctorado a Berlín, a la Universidad de Humboldt, pero yo tuve la precaución de ir a mirar qué pasaba ahí, cómo estaba, desde Londres, y vi un panorama de represión... había ocurrido la invasión soviética, o del Pacto de Varsovia, a Checoslovaquia, lo de Praga... el ambiente en Berlín era... Berlín Oriental, era horrendo. Y aunque quien concretamente me había abierto camino ahí [...] quería que me quedase en Berlín. Yo fui a ver y me encontré con Wilhelm Dyer, que todavía estaba ahí, y él me desaconsejó tajantemente que estudiase ahí. Me dijo “estás loco, aquí no...” Me preguntó que me interesaba “bueno, me interesa la antropología, el marxismo en la antropología” me dijo “es que aquí la antropología creen que es una ciencia burguesa y el marxismo está completamente anquilosado. Mi otra opción era irme a París. Me fui a París.
(6) Sé que aquí regresando militó en el partido y era... era parte de un grupo que los llamaban eurocomunistas por esta onda de que básicamente no creían en la dictadura del proletariado porque la habían visto, o porque sabían cómo funcionaba en realidad, y desde su punto de vista –y del mío también- no era tal, no era una dictadura del proletariado sino había un dictador que se hacía llamar como... se llamaba como parte del proletariado. Y bueno, entonces formó parte de esta corriente del Partido Comunista, y bueno, sus debates internos, y ya exactamente la fecha en que se salió... pero bueno, siempre estuvo ligado a la izquierda.	llegué con la idea de impulsar un partido de opinión pública, un partido abierto, un partido –valga la paradoja, porque era un partido mexicano– eurocomunista. A mí eso no me molestaba demasiado, porque yo también soy europeo, así que me parecía natural ser eurocomunista. Claro, no a todos los comunistas mexicanos les parecía bien, pero me encontré a algunas personas sensibles a esta posición, pues el PCM había cambiado mucho.		Aunque cuando yo regresé a México a mí me tildaron de eurocomunista, [...] Ahí se aglutinó principalmente el grupo que era tildado de reformista, revisionista, eurocomunista, de derecha incluso del Partido Comunista, y que apoyábamos decididamente la fusión, la disolución del Partido Comunista...

De entre todos mis entrevistados, Adrián es el único sobre cuya trayectoria personal e intelectual se había volcado tanta atención pública. Sus respuestas entre 2012 y 2015 a preguntas parecidas no son muy distintas entre sí: la práctica de explicar lo mismo una y otra vez en tan corto tiempo parece haberlo proveído de una versión canónica de su propia vida apta para compartirse con periodistas e investigadores por igual. Pero lo que aquí resulta tan sugerente, como decíamos arriba, es el fortísimo paralelismo entre esta versión canónica –publicada en 2012, vuelta a publicar en 2015, en parte registrada en mi propia entrevista- y el sintético recuento que Carlos hace del “pasado político de su padre” en los primeros minutos de la entrevista conmigo. Carlos dice “sé que estuvo en la cárcel por repartir unos volantes en contra de Kennedy”, Adrián había dicho al periodista en 2012 “Por repartir un volante en el zócalo contra el presidente Kennedy, que venía de visita a México, me metieron a la cárcel diez días.”; Carlos dice conmigo: “el autoritarismo priista lo ahuyentó un poco del país”, en la entrevista de 2012 se leía “el ambiente era irrespirable para gente como yo [...] Partí a Venezuela hartado del ambiente político de represión” y en la de 2015 publicada en un libro “Me fui porque el ambiente en México era irrespirable”; y así sucesivamente. La selección de anécdotas, personajes e impresiones, su secuenciación y las explicaciones que las acompañan son sorprendentemente semejantes –mucho más que entre cualquier otro par de exmilitantes y descendientes entrevistados en esta investigación. Esto me lleva a pensar que la existencia de una versión canónica de esa historia, pública y conocida por el hijo, influye sobre la reconstrucción que éste hace de la trayectoria de su padre. El motivo podría ser que Carlos cuenta con un relato cronológico, articulado, coherente, disponible y autorizado sobre ese pasado al momento de enfrentar mi pregunta, cosa que lo distingue de casi todos los otros descendientes entrevistados, que disponen únicamente de fragmentos desordenados recogidos de forma espontánea en el marco de las interacciones familiares. Reparemos en que al final de la entrevista Omar, otro descendiente, declara “muchas de estas preguntas nunca me las hubiera formulado. Y para mí eran muy claras ‘claro, la historia de militancia de mis papás’.” Esto no es un dato menor: nuestro encuentro fue la primera vez en su vida que se vio en necesidad de producir un relato al respecto –relato que, a diferencia de Carlos, no tenía antes porque sus padres nunca estuvieron en situación de producirlo y comunicárselo.

Volvamos ahora a la idea de la versión canónica de la autobiografía: habíamos dicho que Adrián era uno de los pocos exmilitantes aquí estudiados que se había visto en situación de producirla. Otros exmilitantes, con la excepción parcial de los que han escrito abundantemente sobre sí mismos –en un momento hablaremos de ellos- se enfrentaron por vez primera a la pregunta sobre su pasado político cuando yo se las formulé: nunca antes tuvieron necesidad de articularlo coherente y cronológicamente, de seleccionar de entre todo lo contable un conjunto de recuerdos, ponerlos en secuencia, tramarlos y verbalizarlos para alguien más. Me interesa concebir la producción y difusión de una versión canónica de la propia trayectoria como una *agencia comunicativa*—un sujeto realiza la actividad “articular un relato sobre su pasado” con la explícita finalidad de comunicarlo a otro.

Ahora bien, ¿qué pasa cuando son los propios exmilitantes –y no periodistas o entrevistadores- los que realizan *trabajos de memoria*, es decir, actividades encaminadas a recordar y a posicionar sus personajes y relatos en la esfera pública? En esta investigación se recogió un interesante ejemplo: la abundante producción textual de Antonio en torno a su propia vida y al PCM. Observemos el tipo de efectos que sobre la esfera familiar tiene el involucramiento de los padres en trabajos de memoria. Cuenta Julia:

hay fotos más, lo que pasa es [que] el asunto de las fotos es ahora un problema. Mucho tiempo hubo un álbum donde había [...] algunas fotos de la cárcel, alguna piñata, algún cumpleaños mío, yo me acuerdo una foto como acostada con mi papá, pero cuando mi papá empezó (ríe) con este rollo de los libros y demás, empezó como a sacarlas de los álbumes para digitalizarlas y así. Y al principio pues las regresaba y demás. Después se fueron como extraviando. Entonces ya están como un poco dispersas, y luego cambios de casa que ellos han tenido y demás, bueno, no las tengo.

Ocurre que la pasión de Antonio por escribir, publicar sus recuerdos y participar del debate historiográfico sobre el PCM –a cuya dirigencia estuvo integrado bastantes años- constituye una suerte de *desbordamiento* de la memoria familiar. Las imágenes de Julia partiendo una piñata en la prisión durante el encarcelamiento del padre son parte de su memoria individual y familiar, pero, por efecto de “este rollo de los libros”, el álbum fotográfico –esa representación gráfica de la narrativa familiar- ha sufrido una especie de saqueo y sus fragmentos “se fueron como extraviando”.

Desde la perspectiva de Antonio, el hecho de haber escrito y publicado sus recuerdos no carece de relevancia. En la entrevista, conforme narra su trayectoria, en más de una ocasión me lo menciona (“Recuerdo, y *lo he contado en uno de mis libros* [...]”; “entonces, *lo he contado*, de una ingenuidad o de una estupidez, que me fui a confesar y le dije al padre ‘acabo de ingresar a la Juventud Comunista’”). Lo mismo ocurre con Adrián, que responde a una de mis preguntas del siguiente modo: “Eso sí no hay tiempo... ya lo hice. ¿Por qué no miras un artículo que publiqué [...] sobre Arnoldo, cuando murió?”. El interés en estos detalles no es pequeño: la *escritura* de la memoria – que constituye, en nuestro concepto, una agencia comunicativa, con frecuencia orientada públicamente- tiene la virtud de *fijar o congelar la narrativa del pasado*. Mientras que la articulación narrativa oral de los recuerdos presenta variabilidad conforme cambian quienes narran, se transforma el contexto y varían los interlocutores, la fijación en un soporte escrito vuelve a la narrativa inmutable. Mas no sólo es eso: la dota también de un cierto prestigio a ojos de los descendientes. Vimos ya que para Carlos contar “el pasado político de su padre” es una operación que comienza haciendo referencia a la entrevista publicada en 2012 y que culmina con el resumen de su contenido. No es distinto para Julia:

Te iba a decir pues que sé todo. Sé todo y sé mucho. Lo sé porque se comenta o se ha comentado a lo largo de la historia familiar, en las reuniones informales y demás, y lo sé porque mi padre se ha encargado como de rescatar la historia, su propia historia, y también parte de la historia del movimiento del 68, y bueno, de la izquierda, y en ese sentido pues se comenta con mayor puntualidad e interés la historia en general y la propia.

Lo más notable del caso de Julia es que ella se excusa varias veces a lo largo de la entrevista por “su mala memoria”, ya que, dice, “muchas cosas no me acuerdo con detalle”. Insistirá al respecto cuando no consiga evocar fechas o eventos, por ejemplo las circunstancias de ingreso de sus padres al partido. Hay aquí una interesante contradicción: ¿cómo puede “saberse todo y saberse mucho” y al mismo tiempo “caracterizarse por tener mala memoria”? La clave ya la tenemos, pero postergar el momento de revelarla nos da la oportunidad de llegar a ella también a partir de un ejemplo contrastante, el de Omar. ¿Qué sabes del pasado político de tus padres?, es una de las primeras preguntas que éste me responde en entrevista:

Lo que sé de ellos... es más como una especie de constancia, como algo que siempre está ahí, y siempre ha estado, y siempre estará. Como una especie de manera de ser, de manera de ver las cosas. Sin embargo [...] *tengo pocos conocimientos concretos de su pasado político.*

Antes de comentar, vayamos al fin de la entrevista, en donde Omar reflexivamente agrega:

[Tras la entrevista] Me doy cuenta de todo lo que no sé y todo lo que sí sé, o más bien de cuánto no sé y cuánto sé que no sabía que sabía (ríe) ¿sabes? [...] Me he dado cuenta de que sé muy poco, y al mismo tiempo estoy como imbuido de un montón de símbolos. Qué, cómo, cuándo, dónde hicieron las cosas, es una neblina. (ríe) una cosa muy amorfa. [...] ¿qué tanto no sé? Es una pregunta fuerte. Siento que hay muchísimo que no sé.

Nuevamente, dos horas y media después, aparece la idea de la vastedad de la ignorancia. Si bien el proceso de ser entrevistado le ha hecho reflexionar en que había cosas “que no sabía que sabía”, el balance es inequívoco: “siento que hay muchísimo que no sé”. ¿Qué es lo que Omar “sí sabe” y reporta durante la entrevista? Las circunstancias de ingreso de sus padres a la Juventud Comunista en un bachillerato universitario, el nombre de la organización comunista en la escuela y el de la agrupación rival de filiación anarquista, los de los dirigentes de la época, el proceso de reclutamiento de la madre, su viaje a Cuba a un Festival de la Juventud, la transición del club de la Juventud a una célula del Partido, su participación en la campaña presidencial de Valentín Campa en 1976, su trabajo repartiendo el periódico del partido a obreros de la industria farmacéutica en Coyoacán y sus esfuerzos por reclutarlos, el uso del mimeógrafo en la producción de volantes, la anécdota del vochito que arriba citamos, la labor de propaganda en autobuses, el boteo en solidaridad con huelgas, los festivales culturales del periódico *Oposición*, y varias cosas más. ¿Se corresponde esto con “pocos conocimientos concretos” y la sensación de que “hay muchísimo que no sé”? Para dar respuesta hay que hilar con cuidado. Cuando hablamos de memoria, no hay una totalidad objetiva con la cual comparar en aras de establecer si lo que se sabe es “poco” o “mucho”, lo relevante es intentar explicar por qué para Omar lo que sabe –que no daría la impresión de ser menor que lo reportado por otros entrevistados que declaran saber “bastante” o “mucho” - es descrito como “poco”. La explicación de estos contrastes nos la había dado ya Julia: “lo sé porque mi padre se ha encargado como de rescatar la historia y también parte de la historia del movimiento del 68, y bueno, de la izquierda”. Lo que para Julia está operando subjetivamente como totalidad del “pasado político de

los padres” es el discurso escrito y publicado por Antonio, y para efectos de juzgar cuánto sabe es irrelevante “tener mala memoria” porque a final de cuentas dispone de los textos. En otros términos, el conocimiento sobre ese pasado está, para Julia, *objetivado* en forma de artículos y libros: se lo puede “tener todo” (en el librero) sin “recordar mucho” (durante le entrevista). En cambio, para Omar, que a solicitud mía articula por primera vez en su vida un relato con la consigna “el pasado político de mis padres” a partir de los fragmentos que una serie inconexa de intercambios orales con ellos le ha proporcionado, la totalidad es vivida como algo enorme cuya reconstrucción supone un reto distinto. Consiste en darle forma al relato por su cuenta, ya que no dispone de una estructura *a priori* para esas imágenes y datos, como sí le ocurre a Carlos, que basa su reconstrucción en la entrevista al padre publicada en 2012. Este esfuerzo por articular un relato coherente lo lleva a evaluar sus conocimientos a partir de su potencial para cubrir ciertos requisitos narrativos, por ejemplo, ofrecer un relato cronológico con un principio y un final en el que sean explícitas las motivaciones de los personajes, o hacerlo congruente con sus conocimientos generales de la historia del PCM. La pista de esto la encontramos observando cuáles son las cosas que Omar “no sabe”, las ausencias constitutivas de la experiencia de “tener pocos conocimientos concretos de su pasado político”:

Y luego en algún momento que no sé muy bien cuándo es, si cuando ya estaban saliendo de CCH o ya en la Facultad, ellos dicen “entramos a la célula” [...] La verdad es que tampoco me cuadra muy bien con la misma historia del partido, pero ellos sólo estuvieron cuando era PC. [...] no sé si [se salieron] cuando deja de ser PC, creo que es en el momento en que ellos ya no continúan. No me queda muy claro. Ni el tiempo ni el por qué. [...] yo no sé cómo funcionaba la organización, yo no tengo claro cuándo pasaron de ser movimiento de activismo estudiantil a pertenecer a la célula del partido, cuándo dejaron de pertenecer a la célula del partido, por qué dejaron de pertenecer a la célula, quiénes más estaban involucrados, yo ahí ya no sé nada [...] Me es oscura su historia del momento en el que militaron. Me es bastante oscura. A veces, incluso, ¿cuánto tiempo habrá sido? ¿habrá sido mucho, habrá sido poco? Ni idea. Ni idea, ni idea. [...] [sé] lo del trabajo ahí con los obreros de las fábricas de cosméticos, pero cómo funcionaba, cuanta gente la conformaba... Cómo entraba dentro de la organización de partido... no lo sé. Pareciera que dentro de la historia que yo conozco, están ellos dos y ya, y como unas personas ahí medio anónimas con las que trabajaban, pero quién sabe quiénes eran.

Omar no sabe cuándo sus padres entraron a la célula, cuándo abandonaron la militancia, cómo funcionaba la organización, la identidad de los otros camaradas... digamos una obviedad: no sabe lo que no le han contado, que en buena medida es lo que en la memoria de mismos padres no ocupa un lugar destacado, por ejemplo “cuánta gente conformaba” el grupo de agitación obrera o la relación orgánica de la célula con la

estructura partidaria. Esto podemos afirmarlo porque tampoco Úrsula, su madre, menciona casi ninguna de estas cosas en una larga entrevista conmigo: si bien tal vez sea capaz de responder a preguntas sobre la estructura orgánica del partido, ésta no es relevante para relatar los recuerdos que para ella son importantes como integrante de una célula estudiantil. Es decir que Omar, en su articulación autónoma del relato del pasado político de sus padres, le atribuye a ciertos ítems una importancia que parecieran no tener en la memoria de sus padres: él los necesita para contar esa historia y al buscarlos se da cuenta de que no los tiene. *Ergo*, su experiencia es la de “saber poco”. Esta reflexión es importante porque llama nuestra atención sobre otro punto central: responder que se sabe “todo” no sólo es indicativo de que los padres han articulado el relato por escrito, sino de que los hijos asumen efectivamente ese relato como la representación total de su pasado, es decir, que están satisfechos con esa articulación, lo cual implica que no tengan motivos para disputarla y que no conserven preguntas que la narración de los padres dejen sin contestación.

Cambiamos el ángulo y preguntémosnos ahora ¿Qué ocurre cuando las representaciones de al menos una parte del pasado de la organización comunista o de los padres alcanza un lugar en la memoria pública? Veamos el caso de Alejandro, Eunice y su madre, Rebeca. Es ella quien habla:

Yo me acuerdo de una recriminación fuerte de ellos de cuando fueron los veinte o veinticinco años del 68, me los encontré en la marcha por su lado. Cada quien fue. Alejandro estaba en la prepa, en el CCH, y Eunice en la Facultad. Me los encontré pero separados. Después, ya en la casa me recriminaron porque yo no había hablado lo suficiente del 68 y de la cárcel de mi hermano.

Las marchas conmemorativas de la masacre del dos de octubre en Tlatelolco son grandes eventos colectivos de memoria. Lo que es tan interesante de la narración de Rebeca es que la participación de sus hijos, que concurren a la manifestación “por su lado”, desemboca en un episodio de demanda de transmisión en la familia, en un interés nuevo y propio por el pasado militante de su madre y tíos. Observemos que el movimiento estudiantil de 1968 tiene un lugar destacado en la memoria pública mexicana: lo apreciamos en su memorial en el Centro Cultural Universitario Tlatelolco, en los incontables libros y artículos abocados a estudiarlo y recordarlo, en la existencia de un comité dedicado desde 1978 a realizar activismo de memoria en torno suyo, en el significativo hecho de que el libro de texto de historia de quinto de primaria dedique



cuatro de sus 190 páginas a reseñarlo, etc. La memoria de numerosos miembros de la Juventud Comunista de esa época está asociada –prestigiosamente en muchos casos- a la del movimiento estudiantil, pues esta organización anexa al PC tuvo una participación activa en la movilización. También notemos que el interés de Eunice y Alejandro después de participar en el evento conmemorativo está centrado en la experiencia de sus familiares *específicamente en el movimiento*, y no en el Partido Comunista en general. Esto se refleja en las reconstrucciones que estos hijos pueden hacer en la entrevista conmigo. Alejandro proporciona detalles de la participación de su madre en el movimiento estudiantil, pero de la época posterior –que la halló junto con su marido en Puebla haciendo trabajo político en la universidad- no puede evocar ninguna anécdota: “De allí casi no tengo recuerdos.”, dice. En este fragmento me explica qué contextos se prestan para platicar con Rebeca sobre el 68:

¿En qué contextos [me cuenta mi madre del 68]? [...] después de muchos años que se empezó apenas a escribir sobre el 68, pues un poco en el contexto de leer algún libro, de ver algún programa, o de alguna declaración que se haya hecho al respecto [...] Normalmente ha sido durante la comida, o en algún momento, tomando café o cosas así. Y siempre cuando hay alguna coyuntura, cuando hay algún libro, alguna lectura, alguna cosa que esté en el momento, ha sido así. Pero claro, hubo dos, tres veces en las cuales sí fue como acercarme y decirle “mamá, cuéntame cómo fue tu experiencia en ese día”, y un par de veces ella me ha contado su relatoría de los hechos desde esa perspectiva, más como anécdota.

Notemos que lo que detona las narraciones es “leer un libro”, “ver un programa”, “una declaración que se haya hecho”, “cuando hay alguna coyuntura”, “alguna cosa que esté en el momento” y, finalmente, la pregunta “¿cómo fue tu experiencia en ese día?”. Intentemos explicar esto. En primer lugar, vemos que la corriente de memoria pública (libros, programas, declaraciones) *genera más ocasiones de narrar la propia experiencia*, sea porque la evoca de forma espontánea, sea porque desata un impulso inquisitivo en los hijos. Pero hay algo más. Porque cuando a Rebeca se le recrimina “no haber hablado lo suficiente del 68” después de la marcha conmemorativa, ella reacciona de este modo:

Y entonces me sorprendió porque dije, “pero ¿cómo no?” “No, es que tú nunca nos contaste” “Pero cómo no...” “No, es que tú nunca nos contaste” “Pero cómo no... El dos de octubre era cumpleaños de mi mamá, y siempre nos reuníamos con mi mamá, siempre. Y siempre platicábamos sobre ese cumpleaños del 68, pues era inevitable, y ustedes estaban ahí.” “No, es que nunca nos contaste con detalle” Entonces a partir de ese momento me han preguntado mucho, mucho. O me preguntaron mucho. Y entonces yo creo que ahora saben todo.

La sorpresa de Rebeca es interesantísima. Antes de examinarla observemos que Eunice, la hija mayor, confirma que los cumpleaños de la abuela eran ocasiones de rememorar los eventos del dos de octubre:

siempre era platicar de aquella vez, de aquella noche, que estaba con mi tía. Todo el detalle. De la corretiza y los disparos y que mi tío Armando estaba en Tlatelolco, y cómo no supieron de él en toda la noche, y al día siguiente mi tía fue temprano por el periódico y estaban buscando si salía su nombre, y siempre vinculado... a mí me causaba, no quiero decir gracia, pero pues era cumpleaños de mi abuelita. Entonces siempre era contarnos lo que había pasado en esa fecha.

Tenemos, entonces, que el hecho fortuito de que el día de la masacre de Tlatelolco sea también cumpleaños de la abuela convierte el evento de celebración familiar en una suerte de ritual de memoria. Ritual en el que los nietos están presentes, por supuesto, y conscientes de la coincidencia. Pero es hasta después de asistir a la marcha conmemorativa que “recriminan” a Rebeca que no les haya contado. Alejandro recuerda así este episodio:

[...] mi mamá nos había platicado alguna vez, pero *en ese momento nos surgió más la inquietud*, de decir “tú, que viviste ahí, pues *cuéntanos otra vez*, a ver esto y esto”, con más elementos de dónde preguntar, de qué preguntar.

“En ese momento nos surgió más la inquietud”. ¿Qué ocurrió aquí? Mi idea es que la memoria pública genera una suerte de marco general que los hijos pueden conectar con los recuerdos de los padres, y esta conexión tiene el efecto de volverlos (más) significativos, interesantes y recordables. En este caso el marco –que en el testimonio aparece como “más elementos de dónde preguntar, de qué preguntar”- permite a los hijos reevaluar lo que han escuchado de la experiencia de su madre y encontrarlo insuficiente. Para Rebeca la demanda cae como una sorpresa (“¿Pero cómo que no les conté?”) porque *ella sí les había contado*. De hecho, numerosas veces. Puede que mucho de lo que relató esa noche a solicitud de sus hijos fuese una repetición de lo que ritualmente se platicaba en los cumpleaños de la abuela. Pero ahora los hijos tienen un contexto significativo nuevo donde colocar esa información, un contexto, por ejemplo, que realza la importancia de lo ocurrido en la plaza de Tlatelolco el dos de octubre de 1968 y dota de un relieve distinto al testimonio de la madre (“tú, que viviste ahí”). De pronto algo que era importante en la vida de la madre y que era importante en la historia de la familia es visto como importante para la sociedad: los recuerdos que Rebeca pueda contar sobre “la corretiza y los disparos” que vivió en la Plaza de las Tres

Culturas siendo adolescente adquieren, a causa de la memoria pública, una proporción nueva para sus hijos.

Propongo detenernos aquí, pues lo que en el párrafo anterior hemos llamado “contexto significativo” es equivalente a lo que antes en este apartado, refiriéndonos al modo en que Omar reconstruye el pasado de sus padres, denominamos “esquema narrativo”. Recapitulemos: Omar no disponía de una versión preexistente en la cual basar la reconstrucción del “pasado político de sus padres”, cosa que lo diferenciaba de Carlos, que había leído una entrevista al padre publicada en una revista; la sensación del primero de “saber poco” la explicamos aludiendo a los vacíos que iba encontrando en su relato, las cosas que ignoraba pero que le parecía necesario saber para contar la historia de un modo satisfactorio para él. Mi argumento es el siguiente: la memoria pública del movimiento estudiantil de 1968 provee a Eunice y a Alejandro, justamente, de un esquema narrativo. Uno en el que sus conocimientos sobre la participación de sus familiares, hasta entonces vividos como suficientes, pasan a ser vistos como insatisfactorios, lo cual exige una indagación ulterior (un “cuéntanos otra vez”). Si hacemos la analogía con los testimonios de Omar y Julia que contrastamos arriba, antes de involucrarse en la marcha los hijos de Rebeca “sabían todo”; pero al momento de llegar a la casa, “sabían poco”. Enfatizamos una vez más que no hay una totalidad objetiva con la cual comparar cuánto se sabe sobre el pasado de los padres, por lo que tener la experiencia de saber “todo”, “mucho”, “bastante”, “poco” o “poquísimo” no es un indicio de la extensión de los conocimientos sino de cómo se compara lo que se sabe con una idea subjetiva de totalidad que está operando al momento de articular un relato. Esta idea subjetiva de totalidad es lo que hemos llamado “esquema narrativo”, cuyos diferentes módulos pueden o bien ser llenados con la información de la que se dispone o bien quedar vacíos, dejando la sensación de una pregunta irresuelta, de un “no sé”, de una laguna en los conocimientos. El problema no es cuánto saben en abstracto estos descendientes, sino cuánto *requieren* para contar la historia del modo en que a su juicio debe ser contada. Lo que las narraciones existentes (entrevistas, libros, discursos públicos) proporcionan a los descendientes no sólo son datos, sino también formas de contar que incluyen una selección, ordenamiento y jerarquización de recuerdos tanto como un conjunto de articulaciones lógicas, justificaciones y explicaciones causales.

El ejemplo del cambio de esquema narrativo operado por la marcha conmemorativa de la masacre de Tlatelolco llama nuestra atención sobre un aspecto fundamental del caso elegido para esta investigación y sobre el que finalmente podemos discurrir: el PCM ha ocupado un lugar marginal en la memoria pública mexicana durante las últimas décadas. No hay memoriales ni estatuas<sup>42</sup> ni marchas conmemorativas ni documentales ni cine de ficción<sup>43</sup> ni miniseries ni, salvo muy contadas excepciones, calles, plazas, estaciones o premios<sup>44</sup> que lleven los nombres de sus líderes. Las memorias publicadas de exmilitantes suman doce –pocas centradas en la política o el PCM- y sólo cuatro han visto reediciones. La aparición del Partido y sus militantes en la ficción literaria es escasa y su posición no especialmente honrosa<sup>45</sup>. Lo que es más: el PRD, la organización que heredó su registro legal y buena parte de lo que quedaba de sus

---

<sup>42</sup> Aunque los miembros del Movimiento Comunista Mexicano, al momento de escribir estas líneas, gestionan con el gobierno del Distrito Federal la creación de uno en torno a Valentín Campa en Buenavista; y a principios de año erigieron sobre la ruinosa tumba del sindicalista en el Panteón Jardín un monumento.

<sup>43</sup> La única excepción podría ser *Dicen que soy comunista* (Alejandro Galindo, 1951), protagonizada por Germán Valdés “Tin Tán”.

<sup>44</sup> El Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación entrega anualmente el premio “Rostros de la discriminación Gilberto Rincón Gallardo”, cuyo nombre honra al fundador de la institución –no tanto al viejo comunista.

<sup>45</sup> *El hombre que amaba a los perros* de Leonardo Padura, novela centrada en León Trotski y Ramón Mercader (el agente soviético que lo asesinó en 1940), menciona al PCM de pasada con excusa del primer atentado dirigido por José Alfaro Siqueiros (PADURA, 2009: “20”, “21” y “26”). El partido y sus militantes fueron elementos recurrentes en la ficción de José Revueltas, pero rara vez ocuparon un lugar honroso. *Los días terrenales* (1949) y *Los errores* (1954) son dos obras llenas de alusiones en ese sentido. Gerardo de la Torre, quien fue miembro del PCM, dedicó el cuento “El ejecutor” (2007) a Guillermo Rousset Banda, un escritor y traductor comunista –en una época afiliado al PCM- que debió exiliarse en Francia tras asesinar al amante de su exesposa. En *La línea dura*, una novela delirante del mismo autor escrita en 1968, el protagonista Horacio Taciturnus ostenta un discurso radical y decide lanzarse a una campaña guerrillera en Xochimilco. En un prólogo de 2008, de la Torre escribió “[la novela] pretendía [...] en esos años en que la guerrilla era una tentación romántica [...] hacer una crítica juguetona de quienes creían en la viabilidad (y quizás en la indefectibilidad) del foco guerrillero” (2014: 5); es factible leer que parte de los aludidos serían miembros de la Juventud Comunista, pero no hay ninguna mención explícita. Ruperto Berriozábal, el protagonista de *Los Juegos* de René Avilés (1981) es una sátira del intelectual izquierdista: son varios los personajes de esta novela que pasaron por el PCM, Ruperto entre ellos, y en ella se relatan distintos episodios explícitamente alusivos al partido. Las novelas sobre guerrillas rurales de Carlos Montemayor están salpicadas de breves referencias al PCM, por ejemplo en *Las armas del alba*, centrada en el fallido asalto al Cuartel de Madera, Chihuahua, en 1965, en que Arturo Gámiz (uno de los líderes del Grupo Popular Guerrillero) explica a otro combatiente que “Los dirigentes comunistas [PCM] y socialistas [PPS] tienen dinero para otras cosas, no para hacer una revolución ni para tomar las armas. Ellos en una oficina hacen planes perfectos sobre la revolución. Hablan de los círculos concéntricos y una serie de técnicas conspirativas y de estructuras de organizaciones clandestinas. Hacen los esquemas en las servilletas con que se limpian la boca mientras comen o beben café. A media noche distribuyen unidades guerrilleras a granel sobre el mapa de su agenda y fijan el día y la hora en que simultáneamente las unidades guerrilleras imaginarias se levantarán en todo el país.” (2003: 188).

cuadros en 1989, parece poco interesado en reivindicar esa corriente fundacional. Si exceptuamos el hecho de que el auditorio de la sede del partido se llama Valentín Campa, la historia que éste se cuenta lo vincula más netamente con las gestas cardenistas que con cualquier tipo de socialismo.

En algo ha variado esta situación de la memoria pública del PCM en los últimos años con la fundación de la asociación Movimiento Comunista Mexicano (MCM), a la que están afiliados Benita, Antonio, Pedro (el padre de Rafael), Leopoldo y Sabina, todos exmilitantes Puedo Morir Como Nací. Esta organización, que aglutina a muchos viejos comunistas y edita una publicación digital llamada *Tribuna comunista*, tiene entre sus objetivos la promoción de la memoria del extinto partido y ha organizado no pocos eventos de memoria, por ejemplo la restauración de la tumba de Valentín Campa en 2016 y el homenaje en vida a Enrique Semo el año anterior. No es gratuito que la iniciativa de fundar dicha organización surgiera a raíz del grupo de *Facebook* “Haciendo Memoria”, cuya descripción textualmente reza:

Grupo de izquierdistas, anarquistas, reformistas, comunistas y otros istas que de alguna manera, bajo el principio basico de "Echando a perder se aprende", nos la arreglamos para hacer historia y queremos acordarnos de como le hicimos para ver si ya con intencion nos sale mejor

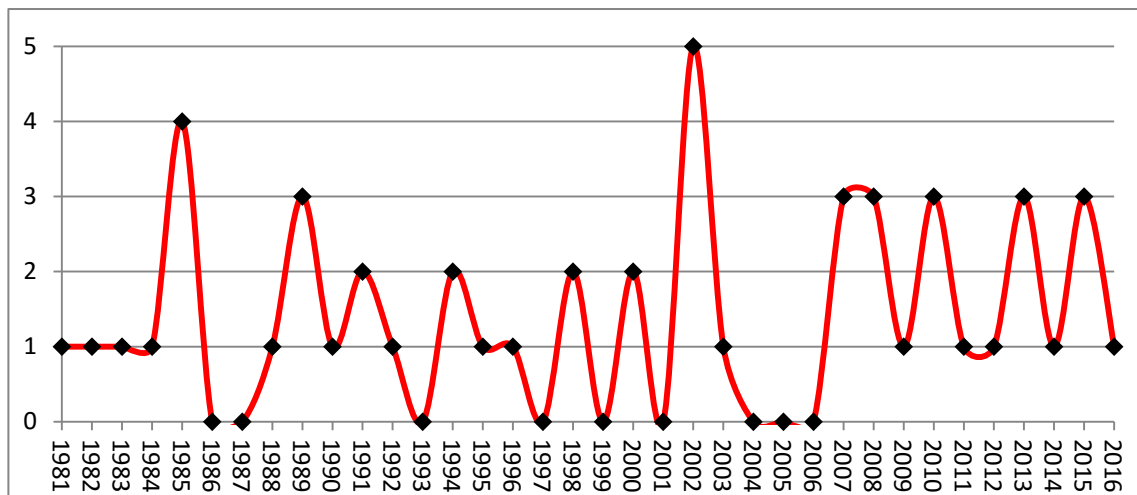
“Haciendo Memoria”, el MCM y sus principales impulsores (Paco Rosas, Marcos Leonel Posadas) califican, siguiendo a Allier, como “motores de memoria”, es decir, “grupos que buscan que la ‘memoria’ del pasado sea recreada en la sociedad, aquellos que se involucran personalmente en un proyecto, al mismo tiempo que comprometen a otros, generando una tarea organizada de carácter colectivo, y nuevos proyectos, ideas y expresiones.” (2009: 291). Cabe anotar que los esfuerzos de estas agrupaciones se suman a los del CEMOS, que conserva en acceso público un archivo del Partido Comunista y edita intermitentemente desde 1983 su boletín/revista bajo el significativo título *Memoria*, cuyo primer número abría con un texto de su fundador, Arnoldo Martínez Verdugo:

Estimados amigos y compañeros: Con este acto inicia sus actividades el Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista. Probablemente haya quien piense que el momento por el que atraviesa nuestro país no es el más adecuado para dedicar esfuerzos y tiempo a la investigación del pasado, y al estudio de las tendencias actuales del movimiento obrero nacional. Pero nosotros estamos convencidos de que precisamente hoy, cuando el país se hunde en la crisis más profunda del último medio siglo, insistir en el estudio de un movimiento de larga tradición histórica, poner

de relieve sus aportes al desarrollo nacional y analizar las peculiaridades de su actuación tienen una importancia vital para el presente y para el futuro de la acción del movimiento obrero.

En torno al CEMOS y su revista está reunido un pequeño grupo de académicos – algunos de ellos, como su actual directora Elvira Concheiro, exmilitantes- que tiene entre sus intereses la historia del PCM. No son los únicos: de hecho la producción académica sobre la extinta Sección Mexicana de la Tercera Internacional dista de ser despreciable. De 1981 –año de la autodisolución- hasta al momento de escribir estas líneas he contabilizado medio centenar de textos académicos que abordan la historia de la organización más allá de una mención o referencia de paso, entre ellos veinticuatro tesis (cuatro de ellas editadas más tarde como libros).

### Ilustración 8: Producción académica sobre el PCM (1981-2016)



Nota: El gráfico incluye tesis de licenciatura, maestría y doctorado, libros académicos, capítulos en libros académicos y artículos en revistas especializadas. Las tesis publicadas como libros (4) o como artículos (1) sólo han sido contadas una vez y en la fecha de la publicación; los libros reeditados (2) sólo han sido contados una vez y en la fecha de la primera edición en cualquier lengua. No se consideraron “textos académicos sobre el PCM” a materiales dedicados principalmente a la vida y/u obra de militantes prominentes del partido (J. Revueltas, J.A. Siqueiros, D. Rivera, F. Kahlo, J.A. Mella, X. Guerrero, T. Modotti, E. Lizalde) o a textos en los que el partido aparece sólo como referencia o no ocupa un lugar protagónico (por ejemplo estudios sobre guerrillas producto de escisiones del partido o sobre el paso de Trotski por México y su asesinato); en la mayor parte de los casos se usó la inclusión de “Partido Comunista Mexicano” o “PCM” en los títulos como indicador de centralidad. N=50.

Fuente: Elaboración propia.

Es interesante que esta proliferación historiográfica coexista con una percepción, por parte de algunos de sus productores, del olvido del PCM, como Fautsch, que dice: “Espero que el lector vea en este trabajo el ensayo de una historia, una invitación a mirar nuevamente [...] a un sujeto histórico que ha sido bastante olvidado” (2010, 8) En

cualquier caso cabe preguntarse: ¿Nos ayuda la constatación de este conjunto de trabajos historiográficos y de memoria a explicar que en las últimas ediciones del libro de texto de Historia de quinto año de primaria el PCM merezca una mención y hasta una fotografía?

## Ilustración 9: El PCM en el libro de texto de quinto de primaria

### BLOQUE IV



#### COMPRENDO Y APLICO

Imagínate que quieres participar en los cambios que necesita el país y decides formar un partido político. Dividan el grupo en dos: una parte representará al partido oficial y la otra mitad a los partidos de oposición.

Tomando en cuenta lo que han aprendido hasta ahora acerca de la historia de México, cada equipo elabore una lista de problemas nacionales, planteé soluciones a los mismos y discútanlas. Al final, cada “partido” presentará su propuesta ante el grupo.

**Fraude electoral.** Violación del proceso y resultados de una elección para que éstos favorezcan a determinado candidato y no al que fue elegido por el voto ciudadano.

A pesar del predominio del partido oficial, los partidos de oposición conservaron su importante presencia política en la sociedad. Hubo momentos en que sus candidatos estuvieron cerca de ganar las elecciones presidenciales, como los generales Juan Andrew Almazán, en 1940, y Miguel Henríquez Guzmán, en 1952. Sus seguidores acusaron al gobierno de haber cometido **fraude electoral** en favor del PRM y del PRI. Hubo otros partidos de oposición, como el Partido Acción Nacional (PAN), fundado en 1939 por el abogado Manuel Gómez Morín, y el Partido Comunista Mexicano (PCM), creado en 1919. Sólo hasta la década de 1970 la oposición comenzó a ganar algunas elecciones locales. En 1977, Jesús Reyes Heróles, secretario de Gobernación, impulsó una reforma electoral a fin de permitir a los partidos de oposición participar con mayor libertad en los procesos electorales. De esta forma, diputados de diversos partidos se integraron al congreso.

124



Manifestación de comunistas en la ciudad de México.

Nota: El texto y la imagen son los mismos a partir de la edición de 2010. En la edición piloto de 2009 no había imagen y la única alusión era la siguiente “Durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, la oposición política tuvo diversos orígenes ideológicos; el Partido Comunista Mexicano (PCM), creado en 1919, señalaba la necesidad de que la clase obrera fuera independiente.” Este libro piloto puede descargarse de < <https://issuu.com/sbasica/docs/historia5?e=0>>.

Fuente: SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA, 2014: 124.



Otra investigación haría falta para estudiar esta corriente de historiografía y rememoración pública, por lo pronto recuperemos tres ideas: primero, que el MCM y sus trabajos de memoria son recientes. Segundo, que la memoria pública incide sobre la esfera familiar, y que el recuerdo del PCM ocupa un lugar marginal en ella y estuvo prácticamente ausente durante la crianza de estos descendientes;<sup>46</sup> tercero, que sólo los Puedo Morir Como Nací toman parte –o incluso están enterados– de estas actividades, pero si algo es claro en este trabajo es que no sólo ellos tienen memoria de su militancia y la capacidad de transmitirla a sus descendientes.

Hemos explorado ya, bajo la rúbrica de agencias comunicativas, 1) el efecto que sobre los hijos tiene la disponibilidad de discurso público sobre el pasado de los padres (entrevistas publicadas, marchas conmemorativas); 2) el efecto que la participación de los padres en el debate público sobre el pasado (escritura de memorias, elaboración historiográfica) tiene en los hijos. La idea ha sido identificar conductas deliberadamente encaminadas a transmitir un pasado o una cultura partidaria y el efecto que tienen en las familias de los exmilitantes. Pero el esquema, que hasta ahora ha rastreado interacciones entre las esferas pública y privada, está incompleto porque al interior mismo de las familias también existen agencias comunicativas, es decir, acciones cuya finalidad es transmitir o propiciar la transmisión. En materia de agencias de los hijos hemos ya visto, en el ejemplo del interrogatorio al que Alejandro y Eunice someten a Rebeca después de la marcha conmemorativa de la masacre de Tlatelolco, la más importante: preguntar a los padres. Pero éstos tienen a su disposición algunos otros mecanismos para transmitir conscientemente algunos elementos de su cultura partidaria. Revisaremos sólo dos ejemplos.

---

<sup>46</sup> Podríamos pensar que imágenes del pasado de las exrepúblicas socialistas, mayormente negativas (escasez, autoritarismo, atraso, represión, genocidio, etc.), circularon con más regularidad y frecuencia en el espacio público durante el periodo de crianza de los descendientes estudiados que los discursos de memoria sobre el PCM. Si bien el PCM y el socialismo real no son el mismo objeto, es evidente que están relacionados y que la retrospectiva de que el “experimento socialista” fue una catástrofe impacta sobre los balances de los exmilitantes y las herencias de sus descendientes –en el capítulo tres revisamos que Darío, a pesar de ser comunista, la considera “una palabra difícil” y que Omar declaraba que “el comunismo está totalmente vapuleado”: es clara su familiaridad con esas representaciones negativas. Un abordaje de ese tipo podría llevarnos a pensar que los recientes trabajos de memoria de los miembros del MCM instalan un conflicto en la memoria pública –o entre memorias públicas, si queremos una fórmula en plural.

Los hijos de Leopoldo y Benita (Darío y su hermano mayor), los de Antonio y Sabina (Julia y sus hermanos), los de Rebeca (Alejandro y Eunice) y los de Anastasia y Rubén (Dolores y sus hermanos) realizaron, bajo el auspicio de sus padres, viajes a Cuba durante sus infancias o adolescencias. Julia cuenta al respecto:

el primer viaje internacional que yo hice fue a Cuba con los pioneros, a un campamento de pioneros, a los siete u ocho años. Pues fue toda una experiencia en muchos sentidos. De eso me acuerdo bastante, sobre todo este rollo de la sensación –yo era una niña pequeña- de haberme sentido todo el tiempo segura. Pero al mismo tiempo libre. A esos campamentos llegaban niños de todo el mundo. Entonces esa convivencia, que en algún momento todos tenían que hacer algo, una obra de teatro, cantar. Algo de tu país. Las personas que nos cuidaban, los cubanos, súper cariñosos, cuidadosos, con la infancia. Además era un campamento de niños que venían de fuera. Una experiencia muy muy grata.

¿Por qué enviar a los hijos a un viaje a Cuba? Antes de intentar responder, observemos que existe una diferencia relevante entre, por ejemplo, una alusión espontánea de sobremesa al Partido y enviarlos a un viaje internacional al máximo referente regional del socialismo. Ambas pueden ser vistas como instancias de transmisión de un pasado o una cultura militante, pero son distintas porque la segunda involucra un nivel de agencia que está ausente en la primera. Entre ambos elementos podemos ubicar muchos puntos intermedios, tomemos por caso la decoración del cuarto del niño con un bonito póster de la campaña de Valentín Campa a la presidencia, gesto en el que se mezcla el gusto estético con la alusión ideológica. Es por esto que haremos mejor en concebirlos como polos de un continuo que va de agencia a espontaneidad que como dicotomía o juego de contrarios. Hecha esta aclaración, que nos aclara por qué el viaje a Cuba constituye más una transmisión intencional que una accidental, regresemos a la pregunta con la que abrimos este párrafo.

En Cuba los hijos de militantes o exmilitantes pudieron hacer tres cosas: tener una experiencia propia de un modelo de organización social considerado por los padres deseable o cuando menos interesante; adquirir elementos para participar de la eterna polémica pro y anti castrista que cruza la política latinoamericana desde el triunfo de la Revolución Cubana; y tener una vivencia del internacionalismo comunista. Notemos que estos viajes a la isla, promovidos por el propio gobierno cubano, no eran turísticos: se trataba de inmersiones guiadas encaminadas a mostrar el mejor rostro del régimen socialista y formaban parte de su estrategia de propaganda. Una pregunta interesante es

cuáles eran los efectos reales de participar de estos eventos en niños. Eunice relata de este modo su experiencia:

Yo tenía diez años, pienso que estaba muy chiquita. No sé si la edad o la educación, pero yo no me sabía peinar. Tenía el pelo hasta acá y me acuerdo que se me hizo un nudo... recuerdo muchas cosas así, también fue afrontarme a tener que cuidarme sola, o sea, no hay mamá... [...]. Fui un verano, ha de haber sido julio o junio, e íbamos cinco del PSUM. Y llegando allá, pues no sé, ahí los niños cubanitos sí están súper ideologizados, y todo era política y términos que para mí eran familiares, pero yo no sabía qué contestar ni qué decir. [...] Organizaban encuentros. “Hoy toca el encuentro con Panamá”, entonces los niñitos panameños no sé qué decían, y nosotros teníamos que decir cosas, yo nunca dije nada porque no sabía qué decir. O no me acuerdo. E intercambiábamos cositas, me acuerdo que yo regresé con una bolsa llena de tarjetas, y pines, miles de pines de los partidos comunistas de cada lugar, y posters, y recuerditos... folletos, me acuerdo mucho de los palestinos por ejemplo. Para mí fue muy importante como educación de relaciones internacionales. Como que hay un mundo allá afuera, había muchísima gente, niños del mundo, me acuerdo mucho de los palestinos, porque ni siquiera es un país, y platicaban de su drama y llevaban unos folletos en árabe, que además se lee al revés y no sé leer, unas cosas así... [...] había unas negritas de Nigeria, que se peinaban con las trencitas. Pues esos son mis recuerdos, más bien la diversidad de culturas, razas, etc. Y lo politizado de los cubanos.

Es interesante observar que Eunice, cuya noción de un “vocabulario” heredado usábamos en otro capítulo para ejemplificar las herencias de los descendientes Envidia Distante, recuerde que en Cuba los “términos” le resultaban “muy familiares”: tal vez sea una pista de una cultura internacional comunista que lo mismo servía a los padres para comunicarse con camaradas del mundo que a los hijos, aún siendo niños, para conseguir algo semejante. Al mismo tiempo, su experiencia de “no saber qué decir” parece contrastar con “lo politizado de los cubanitos”: ¿un indicio tal vez de los contrastes entre niños formados en un país socialista y los hijos de militantes comunistas en un país no comunista cuyo partido acababa de disolverse? En cualquier caso, el testimonio no trasluce un proceso especialmente acabado de politización infantil: los recuerdos giran más en torno a la fascinación con la diversidad cultural y el estar lejos de casa que a los debates o aprendizajes políticos –y en esto Eunice coincide con Julia, que también hizo el viaje a muy corta edad. Esto no obsta para que nos preguntemos por el tipo de familia que promueve que sus hijos tengan esta experiencia y no, por ejemplo, la de los *Boy Scouts*, el campamento YMCA Camomila en Morelos o un *summer camp* en Estados Unidos para aprender inglés.

Los mismos testimonios nos llevan a un segundo ejemplo de agencia de transmisión, pues además de enviar a sus hijos a Cuba, varios exmilitantes entrevistados buscaron –mientras el partido existía- inscribir a sus hijos en grupos de Pioneros

Comunistas, el frente infantil del Partido. El espíritu de la Unión Nacional Infantil, la organización que aglutinaba a los núcleos de Pioneros, lo sintetiza Mara Robles –hija del dirigente comunista tapatío Joel Robles y Secretaria de Educación del Gobierno del Distrito Federal al momento de escribir estas líneas- en el perfil que le hizo el diario *El Universal* en febrero de 2014:

“Martha Recasens y Arnoldo Martínez Verdugo fundaron la Unión Nacional Infantil, una especie de boy scouts pero con sentido social, éramos los pioneros del Partido Comunista Mexicano. Fuimos a los Campamentos Internacionales en Cuba, Fidel iba a inaugurarlos y nos regaló una casa de muñecas” (CORTÉS, 2014)

Julia y Dolores, nacidas en familias de dirigentes del PCM, fueron compañeras en el mismo núcleo de Pioneros, grupo cuyas reuniones semanales tenían lugar en el Parque España en La Condesa. Ambas tienen buenos recuerdos de la experiencia, y resulta interesante comparar sus testimonios al respecto. Habla Julia:

Nos reuníamos, hacíamos actividades infantiles. Juegos y demás. No había propiamente, o no hasta donde yo me acuerdo, como una cuestión de... de inducción política de ningún tipo. Obviamente pues todos éramos hijos de comunistas, cantábamos algunas canciones, a lo mejor canciones infantiles cubanas y así, pero no *La internacional*. Esas las cantábamos pero pues íbamos al mitin de no sé quién, pero no ahí en los pioneros. El modelo obviamente estaba copiado de las organizaciones infantiles cubanas, soviéticas y demás. Pero principalmente era eso, reunirse a tener actividades infantiles con los hijos de los comunistas. Fue algo muy muy padre.

Julia, que tiene poca participación política –si bien fue integrante activa del movimiento estudiantil del Consejo Estudiantil Universitario en la UNAM en 1986-, no recuerda que hubiera “inducción política de ningún tipo”. Dolores, por su parte, que trabajó diecisiete años al lado de su padre en todo tipo de emprendimientos políticos y hoy dirige una Fundación que lleva su nombre dedicada a promover los derechos humanos, tiene un recuerdo muy distinto:

Lo que nosotros hacíamos era nos reuníamos todos los sábados en el parque España. Habían distintos grupos de pioneros por todo el país, éramos cerca de 2000 en la Unión Nacional Infantil. Y también había distintos puntos de reunión en la Ciudad de México, pero a mí me tocaba en el Parque España. Llegábamos, me recuerdo muy bien de cantos y juegos, pero todos politizados, que cantábamos *El himno pionero*, y cantábamos esta canción que después la escuché en Cuba, ya tenía yo diecisiete, dieciocho, en adelante. Que se llama *Un redondel y un cielo azul* [sic por *Un cielo azul y un redondel*], algo así. Y la cantan los pioneros cubanos. Los pioneros comunistas. Entonces siempre eran canciones así. Nos hablaban de José Martí, de Fidel, de Camilo Cienfuegos, nos politizaban. [...] Entonces mientras a lo mejor mis amiguitas de esta escuela que te digo andaban haciendo no sé qué cosas, jugando con sus muñecas, qué se yo, yo andaba haciendo trabajo político, a los seis, siete, ocho años. O cuando nos decían que había que hacer pintas. Yo no sé si hoy se usa ese lenguaje, yo creo que no porque hoy incluso le han de pagar a la gente para que lo haga. Pero antes quienes hacían las pintas del partido éramos nosotros con la JC, y también los militantes del partido, pero nosotros éramos un organismo fundamental porque nos involucraban en

las actividades del partido. Entonces para nosotros dibujar la hoz y el martillo en el muro de la calle era *lo máximo*.

Los testimonios, a pesar de diferir en detalles y en el concepto que las entrevistadas tienen de lo que constituye una politización, son muy valiosos porque nos hablan de un espacio rutinario de transmisión y reproducción de referentes comunistas fuera del hogar. Pero no sólo es eso, porque además de aprender canciones como *Un cielo azul y un redondel*, escuchar sobre los dirigentes revolucionarios cubanos y pintar la hoz y el martillo en las bardas (“lo máximo”), en los pioneros los hijos de los comunistas se conocían entre sí, *reproduciendo* la sociabilidad política de los padres intergeneracionalmente.

### **5.3 Refuerzos: interpenetraciones familia-partido y perspectiva narrativa**

¿Qué diferencias hay entre la memoria de los descendientes que fueron contemporáneos a la militancia de sus padres en el PCM y los que nacieron después de la disolución del Partido?, ¿qué implica crecer en una familia fuertemente atravesada por la participación partidista de los padres, qué distingue a la memoria de estos hijos de la de quienes fueron criados en hogares con fronteras más definidas entre vida pública y privada?

Dolores, a pesar de que recuerda con cariño a los exiliados o perseguidos que fueron hospedados en la casa familiar durante su infancia, describe la experiencia como “una invasión”:

La vida política de mis padres, desde que yo era niña, siempre fue de mucho movimiento, de una invasión a nuestra intimidad tremenda, porque nosotros siempre teníamos gente en nuestra casa refugiada, escondida, siempre. Yo no recuerdo una época de mi vida que no hubiera ese tipo de solidaridad.

La experiencia de asilar perseguidos es común a varias de las familias estudiadas, y en ocasiones resulta bastante prolongada y da lugar a reacomodos semipermanentes de la intimidad doméstica. Revisemos nuevamente el testimonio de Dolores:

Nosotros teníamos una casa [...] que tenía tres recámaras. Éramos dos hijos varones y yo, y mis papás, y vivía ahí con nosotros un matrimonio con cinco hijos. Nosotros entendíamos que teníamos que ser solidarios. Mis papás para protegerme a mí como niña mujer, en medio de tanto varón, porque además era la más chiquita, lo que hicieron –que fue muy lindo– fue meter una casita de madera en el cuarto de mi hermano, que estaba contiguo al de ellos, entonces yo dormía en una

casita de madera, [...] Entonces mi cuarto era una casita de madera, con sus ventanitas, su tocadorcito chiquito, de colores... Fui feliz en medio de todo eso.

“La casita” dentro de la casa “invadida” es una buena metáfora global de los efectos del alto grado de integración entre la esfera familiar y la política que se observa en algunas de las entrevistas. Crecer en un hogar continuamente “invadido” es importante para los hijos de estos militantes, pues la interacción cotidiana con los huéspedes –adultos y niños– supone una vivencia de algún modo íntima de procesos políticos lejanos, el aprendizaje del deber de la solidaridad con el perseguido y la posibilidad de adquirir todo tipo de referentes sobre la política internacional. Cabe anotar que la noción de “invasión”, por sugerente que resulte, no aprehende plenamente lo que me interesa captar, pues el elevado grado de interpenetración entre familia y partido que venimos reseñando no sólo se verifica como presencia intrusa en la casa: existen múltiples formas de borrar las fronteras entre estas dos esferas. Citemos a Antonio para ilustrar este punto:

A la mejor era un aventurerismo, pero también era algo inteligente. Julia, Toñito, Sabina y yo trasladamos de Mazatlán para acá, en dos viajes, un poco más de cuatro millones de pesos. Y pues veníamos con la familia, jóvenes, en un vocho, los niños. Por eso a mí me divierte mucho cuando te ponen el pinche retén. En primer lugar, ¿a poco el Chapo va a andar en vocho o en autobús, que es lo que más revisan? Y a las familias sigue siendo lo mismo. O sea la mejor coartada es esa. Tener una vida familiar normal que nosotros a pesar de todo siempre la tuvimos.

“La mejor coartada es tener una vida familiar normal” es la frase clave. La esfera familiar “invadida” por la política no está en modo alguno circunscrita al espacio físico de la casa –y por cierto que la de Antonio y Sabina también fue refugio para perseguidos. Se trata de una interrelación más profunda que la mera colindancia, que permite –por ejemplo– *integrar* a los hijos a tácticas de evasión propias de la clandestinidad, o llevarlos a viajes de trabajo o recreo por los países del bloque socialista. Recuerda Julia:

El segundo... país que me a mí me tocó conocer fue la RDA [República Democrática Alemana]. Mi padre fue a un viaje, invitado. Él viajaba muy seguido, en esa ocasión él nos invitó a nosotros. [...] Yo no sé si es un recuerdo idealizado, pero bueno, así es como yo lo recuerdo. [...] Estuvimos en Berlín. [...] Para esa época yo tenía ya como nueve o diez años. Estábamos en un hotel. [...] Claro, mi padre era invitado también. Pero por ejemplo de los hoteles, a los que llegamos que seguramente eran como del Partido Comunista y lo que sea... fuimos a Berlín pero después fuimos a un pueblo en el bosque, y entonces toda esta apertura o... por ejemplo, había un refrigerador donde habían chocolates, queso, cosas así. Y tú podías llegar y agarrar lo que quisieras, y te anotabas en una libreta. El asunto no es que agarres lo que quieras, puedes ir a un hotel todo incluido y agarras todo lo que quieras en un buffet, sino este asunto como de “agarrar lo que quieras

y anótalo tú en la libreta que está, lo que consumiste, para que puedan reponer lo que se consumió” Había unas bicicletas en el hotel, el que quisiera podía agarrarla. Ibas, paseabas, regresabas y la dejabas, hasta los paraguas. Eran cosas que a mí me hacían mucho contraste. Lo mismo, los paraguas estaban ahí y si llovía pus agarrabas un paraguas, lo usabas, regresabas y lo dejabas y se acabó. Esta cuestión así como decir: eso. Todo es de todos. Digo, eso era una situación ideal, insisto, era un hotel.

Advirtamos que Julia *tiene recuerdos propios* del socialismo: el viaje por la RDA no es un dato de la trayectoria política del padre, sino un episodio de su propia vida, y, consecuentemente, lo que se registra del mismo es el bosque, los chocolates y las bicicletas. Lo interesante es que “el pasado político de los padres”, a causa de la interpenetración entre familia y partido, es indisociable de sus propios recuerdos. Esto nos lleva a una observación más en torno a los efectos de este elevado grado de interpenetración. Ocurre que los descendientes nacidos antes de la autodisolución del PCM (1981) en hogares fuertemente atravesados por la militancia responden a la pregunta ¿Qué sabes sobre el pasado político de tus padres? de un modo distinto al que caracteriza las respuestas de quienes nacieron después de la autodisolución o bien antes pero en hogares con baja interpenetración. Revisemos nuevamente el caso de Julia, que comienza su respuesta de este modo:

[mi padre tiene un libro] como de 1987 [...] Es como una [...] especie de novela con datos históricos verídicos. Ese libro se llama así porque mi padre compartió la celda con José Revueltas, y creo, o por lo menos es la historia que me sé, la verdad es que nunca me he encargado de verificar, que a José Revueltas no sé si lo aprehendieron, o lo llevaron a compartir la misma crujía que mi padre durante unos días o unos meses, y entonces no sé si el día que lo aprehendieron o el día que entró a esa crujía, fue el día en que yo nací.

Notemos que la evocación que hace Julia del “pasado político de los padres” *comienza* con los eventos que rodean *su nacimiento* en 1968. El relato –que continúa a lo largo del encuentro- no sigue una cronología externa, histórica, comenzando con “el inicio de la militancia de papá” o “la anécdota más antigua que conozco”, sino que arranca donde empieza la vida del relator. La militancia de los padres de Julia tiene un lugar importante en la explicación de su propia historia: sus padres se conocieron en la actividad política y la circunstancia de nacer estando Antonio encarcelado es clave en su propia reconstrucción biográfica –incluso considerando que Julia no tiene ningún recuerdo propio de esos primeros años de su vida. Vale la pena reparar en la importancia de este último punto: es sólo gracias a la narración de los padres que Julia puede reconstruir ese crucial entrecruzamiento entre su historia personal, la de su familia y el

pasado en el PCM de sus padres. El relato que Julia recibe de Antonio y Sabina entrelaza significativamente múltiples niveles de memoria: el de su biografía, el de su familia, el del Partido e incluso el del país, pues fue en el marco del movimiento estudiantil de 1968 que Antonio cayó preso. Las circunstancias que rodearon al nacimiento de Julia – con el padre preso por su rol de dirigencia durante el movimiento estudiantil que sacudió México- la hacen partícipe de una gran gesta.

Revisemos ahora un segundo ejemplo de respuesta a la pregunta ¿Qué sabes sobre el pasado político de tus padres? Habla Dolores, nacida en 1969:

si yo te hablo de qué es lo que recuerdo, así a botepronto con la pregunta, yo te puedo decir que lo primero que se me viene a la cabeza es una cosa muy rara, porque yo era la más orgullosa cuando niña si yo decía en el colegio que mi papá había estado preso. [...]. Si tú me preguntas qué recuerdo de la actividad política, esos son mis recuerdos. Mis recuerdos son marchas, mítines, nosotros íbamos al frente casi siempre en una marcha –nosotros hablo de los niños del Partido. Íbamos siempre al frente como un contingente, nos uníamos, existía la Unión Nacional Infantil, yo pertenecía a esa Unión Nacional Infantil del Partido Comunista.

Nuevamente observamos que la pregunta por el pasado político de los padres conduce sin mediaciones a la propia biografía, a la autoreferencialidad, a la *inscripción* del hablante en lo relatado. Es el momento de comparar lo que hemos revisado con la forma en que responden a la misma pregunta los hijos no contemporáneos al Partido Comunista, para lo cual recurriremos al testimonio de Rafael, nacido en 1984, igualmente respondiendo a la pregunta ¿Qué sabes sobre el pasado político de tus padres?:

Pues... es largo. (ríe) Empezando porque se conocieron en el Partido Comunista, en un grupo de discusión [...]. Era una revista que se publicaba periódicamente. Mi padre comenzó a participar políticamente desde la universidad. Luego estuvo muy movilizado con los trabajadores de la Universidad [...] siempre muy involucrado con la izquierda, con el comunismo. Él recuerda con mucho afecto que mi abuelo, siendo actor, estaba también muy cercano a los grupos artísticos de la izquierda y del Partido Comunista. Recuerda una anécdota que le correspondió a mi abuelo, que también se llama Rafael, pasear a Pablo Neruda en una de sus visitas a México. Él es así como recrea su historia, sus primeras influencias dentro de la política.

Rafael, nacido tres años después de la autodisolución del PCM, es incapaz de realizar una *inscripción autobiográfica* en ese pasado, como hacían Julia y Dolores. El relato de “el pasado político” de sus padres comienza con una retrotracción progresiva a un origen cada vez más distante. ¿Dónde ubicar el origen de ese “largo” pasado político? En el momento en que se conocieron en la militancia, o en las primeras formas de



participación política, o en el filocomunismo del abuelo... en cualquier caso, lo que debe llamar nuestra atención es la última frase “Él es así como recrea su historia”, porque ahí está la clave de la diferencia entre los descendientes contemporáneos al PCM y los que nacieron después de su disolución: mientras que los primeros *usan su propia perspectiva* para narrar –y por eso comienzan con sus propias historias a responder mi pregunta- los segundos emplean –reconstruyéndola- *la perspectiva de los padres* para hacerlo. Lo que ahora interesa retener es que una elevada interpenetración entre partido y familia da lugar a intersecciones entre la memoria individual, familiar y partidista que dotan de un significado distintivo a ese pasado militante, desdibujan en la memoria los contornos de lo que en la historia estuvo o está aún entremezclado. Insistamos: no es lo mismo que el “pasado político de los padres” sea algo que ocurrió antes de que los hijos llegaran al mundo a que éste atraviese la memoria familiar y biográfica de los descendientes de formas determinantes, pues en este último caso *se es parte del pasado político de los padres*.

Con lo anterior en mente podemos interpretar el hecho de que los hijos contemporáneos al PCM comiencen a responder mi pregunta con su propia historia como una suerte de rebelión a las divisiones establecidas en mis preguntas, en las que implícitamente “el pasado político de los padres” es algo separado de la historia del hablante. El hecho es que no hay ninguna univocidad en la categoría “pasado político de los padres”: para quienes nacieron después de la disolución del Partido, se trata de algo ajeno, que tuvo lugar y terminó antes de su aparición; para los descendientes contemporáneos, sobre todo los que fueron criados en hogares fuertemente cruzados por la militancia, se trata de algo propio e inseparable de su biografía.

Un paréntesis para enfatizar un detalle importante: no basta la contemporaneidad de los hijos y el partido para que la memoria individual de estos intersecte con la de la militancia paterna, para que ellos se sientan parte del “pasado político de los padres”. Hace falta, además, que la militancia haya efectivamente impactado la vida familiar, como ocurrió en el hogar de Antonio y Sabina, pues éste estaba preso al nacer Julia; o en el de Eunice, que nació en Puebla porque sus padres habían sido enviados por el partido a hacer trabajo político allí. El contrapunto perfecto es el caso de Adrián y su hijo

Carlos. Carlos nació en 1979, antes de la disolución del PCM y de hecho en una época en que su padre formaba parte del Comité Central, pero la interpenetración entre familia y partido, como el mismo Adrián explica, era mínima:

yo tenía una vida privada, una vida familiar, una vida intelectual, siempre la tuve, que el Partido Comunista no me sorbió el seso, nunca, ni siquiera en la primera época de mi militancia digamos más dogmática. Dedicaba el grueso de mi tiempo a estudiar y a leer [...] Mi vida privada, personal, familiar, de amistades, etcétera, tenía poco que ver con el Partido Comunista. Eran dos esferas muy distintas. [...] mi vida privada no estaba demasiado ligada al Partido Comunista y yo creo que hacía lo posible por desligarme, aunque mi esposa, mi esposa actual [...] también venía del Partido Comunista, pero igual que yo, no le interesaba en lo más mínimo mezclar nuestra vida privada con la del Partido.

Carlos confirma la imagen de fronteras claras que aporta Adrián. Aunque el último pico de involucramiento partidario de su padre coincidió con sus primeros años de vida, él no participa del anecdótico político de la época porque el hogar no se vio trastornado por ello –a diferencia de lo que ocurría con Julia, a la que siempre le cuentan de sus piñatas en la penitenciaría de Lecumberri y los objetos que pasaban de contrabando en sus pañales.

Hasta ahora hemos hablado de interpenetración partido-familia teniendo como eje el análisis de la familia nuclear y su vida doméstica, pero hay un sentido más, fundamental para la memoria, en que podemos usar el concepto. Observemos otro fragmento del testimonio de Leopoldo, en el que describe la relación que sus hijos tienen con el extinto PCM:

En el caso de mis hijos quizá el PC sea sólo una evocación o un molde donde se mueven ellos adentro, por las amistades, los libros, el pensamiento, la construcción, la música, el arte, todo. Si vamos hoy a la casa de mi hermano mayor encontraremos un bordado de las olimpiadas en la URSS, el osito. Ahí lo luce con mucho orgullo. O vamos con Alberto, que fue el otro hermano menor que yo, influido profundamente por Othón Salazar [...] Reservado, calladón. Por eso fue buen alumno de Othón Salazar. Solamente se incendian cuando hablan ante la masa. Lo demás son silenciosos, imperceptibles (ríe). Es el entorno general. No tienen ellos una vivencia directa de lo que fue el Partido Comunista.

Tenemos aquí una buena imagen sintética de la densidad referencial de la que hablábamos en un apartado anterior. Nos presenta al PC como “un molde” o un “entorno general” formado por “amistades, libros, pensamiento, construcción, música, arte, todo”. Pero también debe llamar nuestra atención un rasgo fundamental de este tipo de hogares: la militancia se extiende a buena parte de la familia ampliada, pues casi todos los numerosos hermanos de Leopoldo y Benita –y hasta los padres de esta última- tuvieron

o tienen aún participación política partidista en el PCM y las organizaciones herederas (PSUM, PMS, PRD). Este es un atributo que Leopoldo, Benita y Darío tienen en común con la familia representada en esta investigación por Antonio, Sabina y Julia, especialmente por el lado materno, pues los padres de Sabina fueron comunistas, al igual que sus dos hermanos, quienes, como ella, estaban aún activos en política partidista al momento de las entrevistas. Este tipo de cruce entre familia ampliada y militancia política tiene el efecto de reforzar las continuidades de los exmilitantes, pues parte de la sociabilidad propia del partido, al estar entrelazada con la vida familiar, se conserva al interior de ésta incluso tras la extinción de la organización. El siguiente fragmento, una vez más extraído del testimonio de Leopoldo, redondea a la perfección este segundo sentido de la interpenetración familia (ampliada)-partido, si bien está referido a la época posterior a la autodisolución del PCM:

[A nuestros hijos] No les dábamos tarea política. Nos acompañaban como toda familia que va. Cuando vas a una fiesta pues te llevas a los hijos porque no tienes donde dejarlos. O vas a una marcha [...] nos acompañaban a todos lados, pero sin tarea. Los cuidábamos mucho y procurábamos la mayor de las veces dejarlos con los abuelos, los hermanos, pero era importante que nos acompañaran para que vieran donde estábamos, porque no toda la militancia es sufrimiento ni tarea. Ir a una reunión del partido, por ejemplo, a las concentraciones en el zócalo era terminar en un restaurante del centro histórico. Entonces eran felices. Y si se llevaban sus amigos, amigas, sabían que íbamos a comer en un restaurante del centro, por muy modesto que fuera, no es lo mismo que comer en tu casa que en La Pagoda, la Blanca [...] Pero ellos sabían... hasta procuraban no dejarnos ir. Nos íbamos en el camión con toda la bola. Y siempre después de los mítines todos prefieren quedarse a hacer compras. [...] cuando íbamos al centro ellos sabían que si el mitin terminaba temprano, ir al museo, les convenía acompañarnos, y después ir a comer. [...] Ellos sabían que ese era el premio. O que fuéramos a un templo católico, las viejas construcciones, y les explicáramos la historia. O estar en la Alameda comiendo un helado. El mitin y la acción política no implicaba un sacrificio. [...] En parte también es muy lúdica la convivencia con ellos en la política. No sé si me explico. Iba [...] mi mamá, mis hermanos, mi suegro, mi suegra, los cuñados, los vecinos, y terminábamos en el centro de la ciudad en una cafetería, paseando, en las tiendas, aprovechábamos para comprar zapatos.

Esta estampa que nos describe una fluida transmutación de la familia en contingente de manifestantes -y de vuelta en familia- es la imagen perfecta de la yuxtaposición entre el mundo privado y el mundo político en los hogares de algunos militantes: ir al zócalo a un mitin es algo que se alterna sin problemas con “comer en un restaurante del centro” y “hacer compras”; llevar a los hijos a la marcha para “que vieran dónde estábamos” es también una gran expedición de la que participan amigos, abuela, tíos, suegros, cuñados y hasta vecinos... Todos ellos conservan recuerdos de esos eventos, pero sus vínculos interpersonales no dependen única ni principalmente de la

compartida participación política o la vida partidaria. La implicación es que no es necesario hacer un foro o erigir una estatua para tener ocasión de recordar vivencias políticas: un cumpleaños familiar es un contexto suficientemente propicio para la evocación.

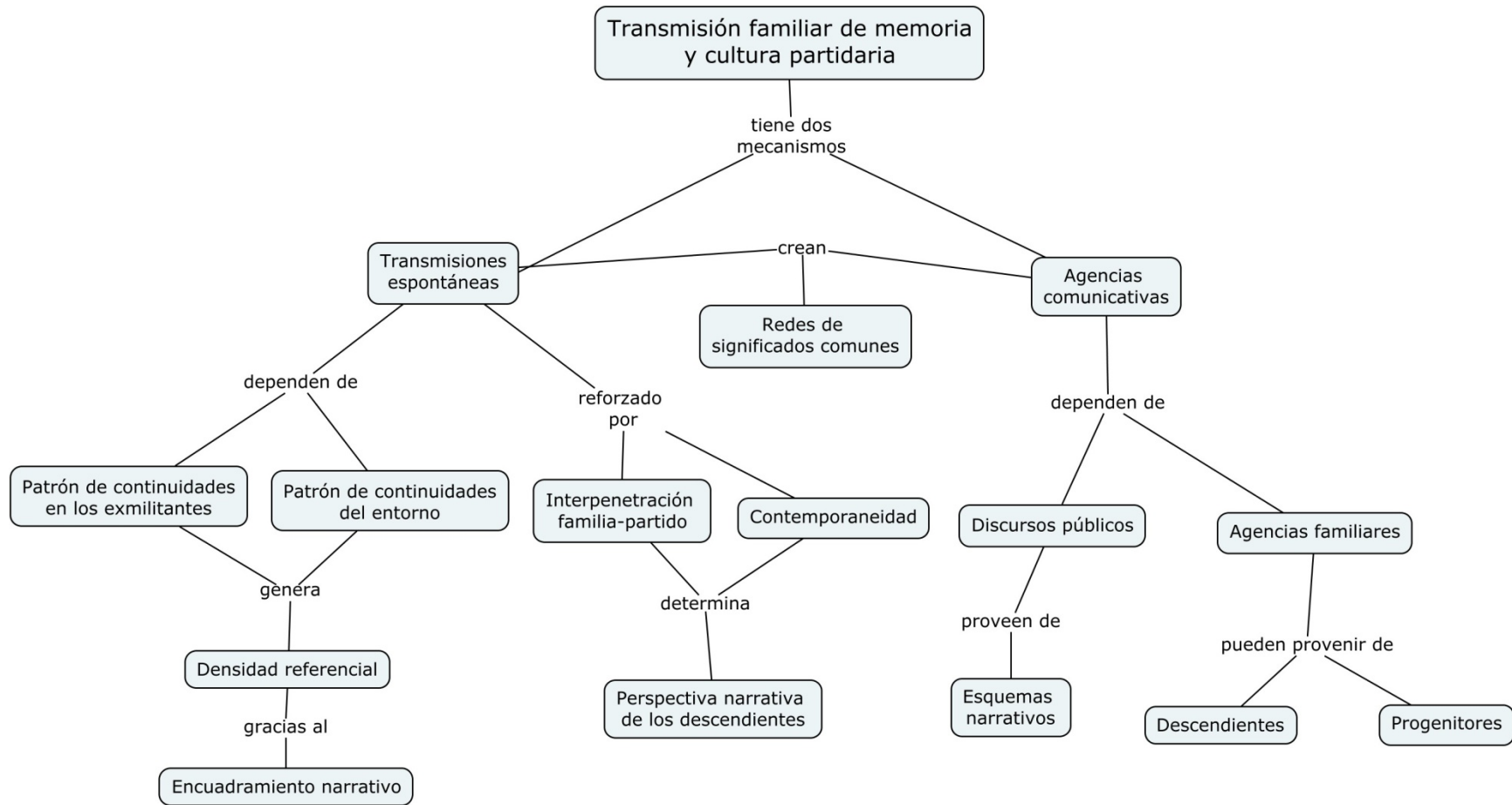
Algo semejante ocurre con las parejas, pues cuando éstas se formaron en la militancia constituyen pequeñas comunidades de memoria: la interpenetración de su memoria como militantes y como familia parece tener el efecto de reforzar la transmisión familiar de su pasado. Es interesante que los hijos siempre conocen las anécdotas de cómo se conocieron sus padres y, cuando estos hechos están relacionados con la militancia comunista, *conocen también algo del pasado comunista*. En el marco de esta investigación fue notorio que casi todos los exmilitantes entrevistados se casaron y tuvieron hijos con gente del Partido, y que los matrimonios de los Puedo Morir Como Nací (Anastasia y Rubén, Benita y Leopoldo, Antonio y Sabina, los padres de Rafael) se sostuvieron mientras que los Nos Habíamos Amado Tanto casados con camaradas (Úrsula y Renato, Rebeca y su marido) se divorciaron. Ignoro qué tan representativo sea este hallazgo, por lo pronto quedémonos con la idea de que la superposición de memoria familiar y política producto del matrimonio entre camaradas y su conservación refuerza los mecanismos de transmisión del pasado militante de los padres.

#### **5.4 Síntesis**

En este último capítulo se ha buscado conceptualizar algunos mecanismos que están a la base de las correspondencias entre la relación que con su pasado tienen los exmilitantes y la relación que tienen los hijos con el mismo. En otras palabras, la intención ha sido proponer conceptos para entender el funcionamiento de la transmisión familiar de memoria y cultura partidarias, que quedó descrita como un proceso de construcción de significados comunes. La primera división es entre transmisiones espontáneas y agencias comunicativas. Las primeras ocurren como parte de las interacciones familiares cotidianas y su número y variedad puede explicarse como función de la densidad referencial, que depende a su vez del encuadramiento narrativo que los padres hacen de las continuidades personales y contextuales. Vimos que la contemporaneidad de los

hijos y la militancia partidaria, cuando ésta intersecta la vida familiar, opera como un mecanismo de refuerzo de la transmisión espontánea porque permite a los hijos inscribir una parte de su biografía en el pasado político de los padres, y también reparamos en que las familias ampliadas y los matrimonios ayudan a conservar los vínculos interpersonales y por lo tanto facilitan la transmisión espontánea. En materia de agencias comunicativas, observamos que prácticas y discursos públicos de recordación tienen el efecto de dotar a los descendientes de esquemas narrativos, que muchos exmilitantes complementan la transmisión espontánea con algunas prácticas deliberadamente encaminadas a transmitir, y que las preguntas y curiosidad de los descendientes juegan también un rol importante en ese sentido. El siguiente y último esquema tiene por finalidad sintetizar todas las propuestas conceptuales de este capítulo.

### Ilustración 10: Mapa mental: Transmisión familiar de memoria y cultura partidaria



Fuente: elaboración propia con CMapTools < <http://cmap.ihmc.us/> >

## Conclusiones

### **Cierres: hallazgos, limitaciones y futuras líneas de investigación**

En esta tesis nos hemos preguntado por los efectos que el hecho de que los padres hayan militado en el Partido Comunista Mexicano tiene sobre la subjetividad de sus hijos. Es una pregunta de socialización política familiar, puesto que nos interesan los rasgos de cultura política adquiridos por los hijos en la interacción con los padres, pero también lo es de memoria autobiográfica y social, porque la experiencia de militancia comunista no se sobrepone o lo hace sólo parcialmente con la vida y crianza de los hijos y no existe una corriente pública de memoria que les permita hacerse de referencias: el acceso de los hijos a ese universo, clausurado al culminar el proceso sucesivo de fusiones, está mediado principalmente por el recuerdo de los padres. La intuición fue que encontraríamos covariaciones entre la memoria autobiográfica de los exmilitantes y la memoria y cultura políticas de los hijos y en efecto así fue: el capítulo cuatro se dedica a explorarlas. Sin embargo, la técnica no aleatoria de muestreo, que aspiró a la máxima diversidad en un número pequeño de casos y no a la representatividad, implica que nuestra respuesta a la pregunta seminal (¿cuáles son los efectos de la vieja militancia comunista paterna en la subjetividad de los hijos?) sea provisional a causa de tres limitaciones: 1) no es posible establecer que la distribución de la variación observada en la muestra refleje la distribución poblacional; 2) no es posible establecer que las covariaciones observadas en la muestra sean generales en la población ni hemos controlado sistemáticamente otras variables: no contamos, por tanto, con bases sólidas para realizar inferencias causales; 3) no es posible establecer si los atributos observados en los sujetos y sus covariaciones son exclusivos de familias con padres exmilitantes del PCM o pueden ampliarse a poblaciones más amplias. Futuros estudios empíricos, empleando lo aquí sugerido como fuente de hipótesis e insumo para el diseño de instrumentos, pueden trascender estas limitaciones y mejorar nuestra comprensión de la relación entre ambas variables, sea para familias de exmilitantes del PCM u otros casos comparables.

Ahora bien, la técnica de muestreo no estuvo alineada con un diseño de investigación causal sino con uno de teoría fundamentada. Es decir, la idea fue desdoblarse la pregunta básica sobre efectos de una variable independiente sobre una dependiente en interrogantes teóricas: ¿cómo conceptualizar la memoria de la vieja militancia paterna?, ¿cómo conceptualizar la subjetividad política de los hijos vinculada a la experiencia paterna? y ¿cómo conceptualizar los procesos familiares de transmisión de memoria y cultura políticas? Los conceptos a los que se llegó por medio de un proceso de inducción son también hallazgos de esta investigación, pues este trabajo no sólo ha establecido (con las limitaciones antes enlistadas) una covariación, sino que ha desarrollado un repertorio teórico para aprehender el fenómeno. El alcance de nuestras observaciones es limitado; pero después de este recorrido hemos aprendido algo sobre cómo pensar 1) la memoria política de los excomunistas y sus variaciones (capítulo dos); 2) la subjetividad política de sus descendientes en aspectos referibles a la experiencia paterna y sus variaciones (capítulo tres); y 3) la transmisión familiar de memoria y cultura partidarias (capítulo cinco). Los conceptos empíricamente fundamentados “relación de los exmilitantes con su pasado” y “relación de los hijos con el pasado de los padres” (cada uno con sus tres dimensiones) son productos de esta investigación, y lo mismo puede decirse de “transmisiones espontáneas”, “densidad referencial”, “esquema narrativo”, “agencias comunicativas”, “interpenetración” y “perspectiva narrativa”. Puesto que uno de los obstáculos con los que este estudio se topó muy al principio fue la dificultad para hallar antecedentes y la inexistencia de un marco conceptual satisfactorio con el cual aprehender el objeto de estudio, considero que estos desarrollos teóricos son un aporte a los estudios de memoria social: esta tesis concluye habiendo producido una primera versión de lo que su autor originalmente necesitó para resolver una pregunta, buscó y no consiguió encontrar. Estos conceptos y sus relaciones pueden ser desarrollados, corregidos y complementados por medio de nuevas investigaciones empíricas que los pongan a prueba en el estudio de otros casos de transmisión familiar de memoria y cultura políticas. Evidentemente, existen muchas conexiones entre estas propuestas conceptuales y desarrollos precedentes, por ejemplo teorías narrativas de la memoria, de las emociones, del cambio generacional y de la transmisión cultural: estudios teóricos



posteriores pueden aclarar las relaciones y conectar estas ideas, producidas a partir de una investigación inductiva muy puntual, con tradiciones teóricas robustas. Un ejemplo:

Mannheim, en un ensayo que citamos en el capítulo uno, teorizó influyentemente sobre las generaciones, proponiendo conceptualizar la generación como una *posición* dentro de una estructura histórico-social. Estas son implicaciones sociales que Mannheim extrae del hecho biológico de que las generaciones se sucedan, en particular el lugar que ocupa la experiencia pasada en el presente:

La experiencial pasada solo es relevante cuando existe concretamente incorporada en el presente. [Hay] dos modos en que la experiencia pasada puede ser incorporada en el presente (i) como modelos conscientemente reconocidos sobre los cuales los hombres moldean su comportamiento (por ejemplo, la mayoría de las revoluciones subsecuentes tendieron a modelarse a sí mismas más o menos conscientemente siguiendo a la Revolución Francesa); o (ii) como patrones “condensados” inconscientemente, meramente “implícitos” o “virtuales”; consideremos, por ejemplo, como las experiencias pasadas están “virtualmente” contenidas en manifestaciones específicas tales como la sentimentalidad” (1952: 295, la traducción es mía).

El pasado vive en el presente cuando constituye modelos conscientemente reconocidos o cuando se condensa inconscientemente en patrones. Esto es, de modo aproximado, lo que se buscó aprehender en el capítulo tres con las dimensiones “actualidad” y “herencia” de la relación de los hijos con el pasado de sus padres. Actualidad representa los aspectos modélicos de la militancia de los padres: vimos que para algunos descendientes es un referente positivo, para otros un ejemplo negativo y para un tercer grupo un contenido mayormente anecdótico. Esto implica un posicionamiento consiente por parte de los hijos de los exmilitantes. Con la dimensión “herencia”, por otra parte, se procura aprehender todo lo que fue adquirido por los hijos - por la vía de la socialización familiar- que guarde relación con la vieja militancia paterna. Por supuesto, el método de entrevistar a los sujetos partió de varios supuestos, y uno de ellos es que la situación de entrevista les permitía hacer consientes -y por tanto reportar al investigador- elementos que fueron transmitidos de forma inadvertida. No creo que sea un supuesto disparatado: los mismos descendientes reportaron que la reflexividad previa o paralela a la entrevista los “ayudó a verlo”. Pasemos ahora a lo que Mannheim llama la *estratificación*, concepto al que aludimos en el capítulo uno. Su idea es que las generaciones distintas mantienen su especificidad aún si viven los mismos procesos porque la “dialéctica interna de la conciencia humana” parte de una base de

“primeras impresiones” que estructura el significado de las experiencias posteriores, que irían articulándose “dialécticamente” en torno a este núcleo primario. Algo análogo es lo que en esta investigación surgió como la dimensión “continuidad” en la relación de los exmilitantes con su pasado en el PCM (capítulo dos), si bien no diría que su tiempo en el partido estructura el significado de toda experiencia posterior como Mannheim quiere para las vivencias infantiles (1952: 298-9). En cualquier caso, la idea es que los exmilitantes siguieron acumulando experiencias después de la autodisolución de la organización. Esta estratificación experiencial fue operando cambios en su subjetividad, dentro de la cual pueden descubrirse distintos patrones de continuidad y ruptura, que nos interesaron especialmente por ser un factor de transmisión intergeneracional. En fin, basten estas notas para ilustrar el punto y enfatizar las posibilidades de diálogo entre estudios inductivos puntuales y la teoría social.

### **Aperturas: ¿cuál es “el punto” de la memoria de la izquierda comunista?**

“Al punto, al punto”, le exigen al octogenario Adolfo Gilly, cortando bruscamente el incontenible flujo de sus recuerdos sobre su difunto amigo, Daniel Bensaïd, en un seminario titulado Melancolía de la Izquierda. Empezamos esta tesis preguntándonos ¿cuál es el punto? Tras el recorrido, llega el momento de aportar algunas pistas para responder esa pregunta, para lo cual propongo descomponerla del siguiente modo: ¿para qué sirve y qué impacto en la política tiene la memoria de la izquierda?, ¿por qué sería relevante el hecho de que la cultura y memoria del Partido Comunista Mexicano se transmita a los hijos de los exmilitantes, qué importancia tienen las formas que estos últimos tienen de hacer balances?, además del atractivo teórico que pueda tener el desarrollo de conceptos con los que estudiar este tipo de fenómenos, ¿a quién pueden interesarle los procesos de transmisión cultural en familias de la izquierda comunista?

Empecemos por el final: estas cosas le interesan –o al menos deberían interesarle- a la misma izquierda (ex)comunista, porque la familia es una institución clave de reproducción social. Naturalmente, no hay garantías de un alto grado de coherencia entre padres e hijos –no es difícil encontrar casos de fuertes reacciones y desencuentros intergeneracionales-, pero esto no quita la tendencia al aprendizaje

inherente a la socialización primaria. En este sentido es curioso el contraste entre las abultadas discusiones y los interminables esfuerzos comunistas abocados a reclutar entre las clases revolucionarias y la ausencia de reflexiones sistemáticas sobre cómo deben los militantes criar a sus hijos para procurar que hereden -y eventualmente mejoren- lo que los padres consideraban mejor de sí mismos. Tal vez sólo los años en que la Unión Nacional Infantil articuló núcleos dispersos de Pioneros, esa suerte de *boy-scouts* comunistas, atestiguaron en México un esfuerzo de la organización por transmitir algo a los niños, incluidos los hijos de los militantes. Fuera de eso, la idea de que la crianza es un espacio posible para la política escapó a los viejos comunistas mexicanos: basta leer sus memorias, que eluden por entero estas cuestiones, para entender que su comprensión de la política excluía por completo las interacciones sociales en el ámbito familiar. Estas afirmaciones pueden naturalmente conducirnos a nuevas preguntas: ¿dice algo del comunismo mexicano este tardío descubrimiento de la infancia como campo posible para la acción política?, ¿cómo se comparan las familias del PCM con las de otras organizaciones comunistas en materia de interpenetración entre vida pública y privada?, ¿hubo en los partidos de otros países redes de sociabilidad más cerradas, debate (o cuando menos línea) sobre la familia, la crianza y el consumo cultural, asociativismo deportivo, escuelas, cursos de verano, empresas, cooperativas de vivienda?, ¿fue en otras latitudes posible criarse en un mundo de militancia comunista mucho más cohesivo e integrado que el que relatan mis entrevistados? Si fue así, ¿qué efectos tuvo sobre los hijos, cómo se compara con lo descrito en esta tesis?

¿A quién, además de a los comunistas, puede interesarle reflexionar sobre las familias comunistas? Pienso que a sus hijos, porque son, consiente o inadvertidamente, alegre o penosamente, portadores de una herencia de la que es posible –de ningún modo obligatorio- apropiarse de múltiples formas. El ejemplo de los hijos de comunistas en Estados Unidos–los *red-diaper babies*- es interesante porque ese legado es objeto de múltiples apropiaciones. La existencia misma de la antología de textos autobiográficos que hemos citado da de ello testimonio, pero sus compiladores se encargaron de hacerlo completamente explícito:

Al involucrar a centenares de *red-diaper babies* en la creación de este libro [...] hemos intentado ayudar a la comunidad *red diaper* a nombrarse, conocerse y fortalecerse a sí misma. Frente a

petulantes negaciones de la relevancia de construcciones anticapitalistas de la historia, nuestra intención con esta antología es afirmar la riqueza de nuestro legado. Al crear un foro para estas historias en torno a crecer rojamente, honramos esa herencia (KAPLAN, y SHAPIRO, 1998: 12, la traducción es mía)

Sin embargo, “afirmar la riqueza del legado” y “honrar la herencia” frente a las “petulantes negaciones” de ningún modo agota el espectro de apropiaciones posibles. Josh Kornbluth es un comediante neoyorquino nacido en 1959 que escribió y actúa un monólogo autobiográfico titulado *Red Diaper Baby* en el que todo tipo de referentes del comunismo son refuncionalizados con fines humorísticos. Así comienza Kornbluth: “Mi padre, Paul Kornbluth, era un comunista. Creía que iba a haber una revolución comunista violenta en este país y que yo iba a dirigirla. Sólo lo menciono para que se den una idea de la presión” (1996: 3-4, la traducción es mía). La mayoría de los hijos de exmilitantes del PCM aquí entrevistados adquirieron en sus casas los referentes con los que descifrar las bromas de Kornbluth sobre los modos de producción, el himno *La internacional*, los pósters de los héroes comunistas en los muros, la lucha de clases, etc. En suma, no es indispensable la solemnidad para tomarse este legado en serio.

Dicho lo anterior, una buena pista para futuras investigaciones de corte comparativo sería justamente problematizar estas diferencias entre hijos de militantes comunistas en distintos países y periodos. ¿Qué es específico de la experiencia de los comunistas estadounidenses que lleva a algunos de sus descendientes a identificarse y nombrarse a partir del vínculo familiar?, ¿de qué modo impacta en la vida familiar vivir bajo el anticomunismo macarthista y en qué se distingue de hacerlo, por ejemplo, bajo su equivalente alemanista en México?, ¿puede en rigor hablarse de una “comunidad *red diaper*”, cómo quieren Kaplan y Shapiro, o más bien lo que es específico y está necesitado de explicación es la avidez que algunos descendientes tienen de que tal colectividad se materialice?

Regresemos sobre las preguntas: ¿qué importancia tienen las formas en que los exmilitantes hacen balances? Esta investigación aporta indicios de que no es menor, para empezar, en sus familias: al interior de la muestra estudiada se encontraron sugerentes covariaciones entre el modo en que los padres tramitan su pasado comunista y el modo en que los hijos se posicionan frente a la historia, los repertorios de acción y las herencias simbólicas de la izquierda. Por supuesto que por covariaciones no deben

entenderse reproducciones mecánicas, cual copias fotostáticas, de la subjetividad de los padres en la de los hijos: el proceso de transmisión *tiene* mediaciones generacionales fundamentales, pero, *ceteris paribus*, los hijos exhiben diferencias que parecen ligadas a la variabilidad en los balances de los padres. Ahora bien, es posible que las retrospectivas de los exmilitantes tengan algo más de alcance que la sobremesa dominical. Pensemos en los balances políticos y politológicos disponibles sobre la transición democrática en México. Por mencionar dos que marcan la amplitud del espectro, tomemos como referencia optimista el de José Woldenberg quien afirma “México vivió una auténtica transición democrática entre 1977 y 1996-1997” (2012: “A manera de presentación”), y como contraparte pesimista citemos el de John Ackerman, quien apunta “El retorno del viejo partido de Estado al poder presidencial en 2012 es solamente el indicador más claro del carácter vacío y estéril de la supuesta ‘transición democrática’ en el país.” (2015). ¡Hay espacio para el debate en el seno mismo de las izquierdas! Una pregunta interesante para hacernos es la siguiente: ¿aporta algo a nuestra comprensión de este espectro polémico el estudio de la relación con el pasado de los exmilitantes del PCM? Tal vez sí, porque la memoria es constitutiva de la cultura política. Puede que por ello al menos una parte de las paradojas de nuestra democracia estén vinculadas al procesamiento memorístico que los actores de la transición, incluidos los comunistas, hicieron y hacen del proceso. Pensemos, a título de ejemplo paradójico, en que algunos elementos de la transición *facilitan* la acción política democrática: parecería que, en comparación con el panorama de hace medio siglo, hoy en México es más fácil –o menos difícil– formar agrupaciones políticas, conseguir financiamiento público, acceder desde la oposición a medios masivos de comunicación, obtener una candidatura a un puesto de elección popular, incidir en el proceso legislativo, prevenir o revertir un resultado electoral fraudulento, supervisar la actuación de funcionarios y representantes, etc. Sin embargo, asistimos a una creciente desafección por la política (¿por ciertas formas de política?), patente, por ejemplo, en la reducción del porcentaje de electores que concurre a votar o en los indicadores de las encuestas que pretenden medir la cultura política de los jóvenes. En otras palabras, hacer política parece más *fácil* y al mismo tiempo *menos emocionante*.

Recordemos ahora que poner en contexto la memoria de los exmilitantes del PCM exige reconocer que la izquierda marxista mexicana atravesó por su propio proceso de transición durante las últimas décadas del siglo XX, transición estrechamente conectada con la crisis del socialismo real y del horizonte utópico asociado. Al final de sus memorias Joel Ortega Juárez –un exmilitante que hoy se define liberal- hace una suerte de poema en el que ofrece una síntesis de todo el libro. Un fragmento de este texto resume bien el sentimiento:

Cuando cayó *el Muro*, me alegré/ No escondo mi vanidad pequeñoburguesa de haber acertado en mis premoniciones./ Se había caído un imperio de simulación. / No calculé sus consecuencias. / La euforia se sustituyó por la desilusión. / Los conservadores festinaron el fin de la historia./ Se había terminado con la utopía. / Ahora sólo contaría la fría moral de la competencia. / La rapiña era la divisa de los nuevos tiempos. / Atrás quedaban las ilusiones de la igualdad, la fraternidad y la libertad. / En nuestra aldea había una deuda anacrónica: construir la democracia. / Terminar con el reino de la *dictadura perfecta*. / Nada para el sueño *sesentayochista* de exigir lo imposible. / Minucias ante la aspiración de acabar con la alienación y la explotación capitalistas. / Poco, muy poco, para resarcir los sacrificios de una generación que soñó con asaltar el cielo [...] / Había que atreverse a enlodar las banderas libertarias a cambio de *reformas burguesas*. / Apostar a lo viable. (331-2: 2006, los énfasis son del autor)

*Apostar a lo viable* es una consigna dura para quien quiso tomar el cielo por asalto. Para la izquierda de orientación marxista la transición implicó una redimensionalización radical de las expectativas depositadas en la acción política. La hipótesis a la que deseo llegar es que el colapso del horizonte utópico revolucionario hace entrar en crisis a la motivación misma de la acción política para un segmento de la ciudadanía. El procesamiento memorístico que esta izquierda hace (y difunde) de la transición y la dificultad por ajustar sus expectativas podrían ser una de las bases de la desafección y las actitudes antipolíticas: no es fácil emocionarse –ni emocionar a otros- con una política de “lo viable” cuando en la memoria pulsa el recuerdo de aspirar fervientemente a lo imposible.

La exploración de esta hipótesis supone un desafío para futuras investigaciones que podrían preguntarse por el modo en que se compara la memoria y cultura políticas de los hijos de comunistas con las de otros sectores de sus mismas generaciones. ¿Qué hay de idiosincrático en la subjetividad política de los hijos de comunistas?, ¿cuáles son las vías por las que los contenidos culturales que hemos asociado con la militancia paterna pueden ser interiorizados por personas que no pertenecen a ese tipo de familias?,

¿hay algo semejante a un reencuentro entre los hijos del conflictivo abanico de las izquierdas mexicanas, o más bien las pugnas y disparidades son heredables?, ¿está asociado, como arriba hemos sugerido, el desencanto juvenil con la democracia actual con la herencia de horizontes (y frustraciones) políticos revolucionarios, o, por otra parte, nada hay de extraño en que las nuevas generaciones miren con insatisfacción la normalidad política producto de los esfuerzos de sus antecesoras?

Ahora bien, ¿cuál es el balance de los viejos comunistas? Notemos que, como Darío –uno de los descendientes aquí entrevistados- agudamente señala, “quizá la autodestrucción de esas organizaciones socialistas fue también la condición de que no hubiera una reflexión crítica posterior organizada, cada quien sacaba sus conclusiones. Y después tienen que hacer reencuentros para ver qué pasó, pero ya demasiado tarde, con demasiados compromisos encima.”. En efecto, los viejos comunistas mexicanos no han emprendido un proceso colectivo de balances de sus últimas decisiones, las que condujeron a la disolución, fusión y final dilución de la Sección Mexicana de la Tercera Internacional en la corriente más amplia de la izquierda mexicana. No es claro para los actores si todo eso fue un acierto o un error o siquiera *qué fue lo que pasó después de la autodisolución*; al respecto no sólo no existe nada lejanamente parecido un consenso, sino que escasean los espacios disponibles para deliberar sobre el tema –tal vez el primero en su tipo fuera el grupo de Facebook “Haciendo memoria” al que nos hemos referido varias veces, sin embargo está principalmente dedicado a intercambiar convocatorias a la movilización, denuncias, memes, editoriales sobre la coyuntura y *memorabilia* del partido. El campo de la producción historiográfica es interesantísimo en ese sentido: desde la autodisolución de 1981 se han realizado *medio centenar* de estudios sobre todas las etapas del Partido, y lo que más abunda son trabajos sobre el proceso de sucesivas fusiones orgánicas de los años ochenta, ¡pero los balances –que suelen ubicarse en los epílogos, pues casi nadie estudia al PSUM y al PMS- son todos distintos! Una viñeta: Canchola le critica al PSUM que era homogeneizante y se distanció de los “verdaderos movimientos de base”:

La unificación orgánica representó homogeneización, que impidió nutrir el nuevo partido de la diversidad (movimientos sindicales, estudiantiles, autónomos y regionales). Estos sectores de la izquierda que en algún momento manifestaron un vínculo con el PCM, advirtieron y desconfiaron de la organización del partido, como vía para la transformación social, ello provocó que el nuevo partido, el PSUM, se viera poco a poco relegado de los verdaderos movimientos de base. (2015: 165)

Rojas, que sí centra su estudio en el PSUM, argumenta que la heterogeneidad fue la causa de que se frustrara el proyecto:

[el proyecto del PSUM] se frustró, debido principalmente a la oposición dogmática e izquierdista de algunos de sus principales dirigentes y de buena parte de sus militantes hacia una formación que centraba su actividad en la democracia y el socialismo (2008: 14)

¿Fracasó el PSUM porque era demasiado homogéneo o porque era demasiado heterogéneo? Tal vez lo que explique la contradicción en los balances sea la experiencia autobiográfica de quienes reflexionan, y la posición sobre el tema dependa de si lo hacen personas que fueron expulsadas por disentir o personas que abogaban por expulsar a las que disintían. Puede incluso que quienes piden homogeneidad lo hagan anclados en las categorías de 1981 que corresponden a un partido con apenas un lustro fuera de la semiclandestinidad, y quienes reclaman heterogeneidad juzguen al PSUM con las del presente, en las que la diversidad no es sólo un valor sino una bandera. En cualquier caso, nada tiene de extraño que este tipo de contrastes en los discursos académicos espejee la diversidad de balances en los testimonios de los exmilitantes aquí entrevistados: para unos, lo hemos visto ya, lo más rescatable es el proceso de fusión y “la salida de las catacumbas” (Roberto); para otros que Heberto Castillo declinara a favor de Cuauhtémoc Cárdenas en 1988 y la fusión orgánica posterior fueron terribles errores, “eso la historia nos lo va a cobrar” (Anastasia). Tal vez, contrario a lo que teme Darío, no sea demasiado tarde: puede que se esté aún a tiempo de abrir una discusión colectiva para intentar entender mejor lo ocurrido e incluso hacer las paces con ello. Ahora bien, incluso si tal proceso deliberativo es factible, deberíamos estar advertidos en contra de colocar todas nuestras expectativas sobre la memoria: alcanzar el mejor de los balances es una labor que requiere historiadores, quienes ganan mucho escuchando y analizando testimonios pero ambicionan ir más allá de ello con sus reconstrucciones. Entender, por ejemplo, las decepciones electorales de los años ochenta requerirá algo más que el testimonio contemporáneo, por más reflexivo, plural y completo que sea, de los decepcionados. Las limitaciones de las fuentes orales son especialmente agudas si no disponemos de una adecuada comprensión del lugar que esta memoria ocupa en la subjetividad contemporánea de los testigos. Esta investigación, al explorar y tipificar la diversidad de relaciones con el pasado de los viejos comunistas, puede ayudarnos a entender sus testimonios, a explicar por qué recuerdan lo que recuerdan, olvidan lo que



olvidan y relatan del modo en que lo hacen, y en ese sentido facilitar un trabajo historiográfico que sepa reconocer el valor de la fuente oral tanto como enfrentar críticamente sus desafíos metodológicos. Al término de nuestro recorrido debe al menos ser claro que la comprensión cabal de los testimonios actuales de exmilitantes comunistas supone entender cómo éstos resuelven de distintas formas cuestiones básicas que constituyen claves para sus retrospectivas, por ejemplo las siguientes: ¿es el pasado comunista una vergüenza, por lo que “modernizarse” supone negarlo y olvidarlo, o es por el contrario un orgullo y la pugna política de hoy exige reivindicarlo y actualizarlo?, ¿es la apuesta por la democracia vista retrospectivamente como una traición a la causa, como un modesto pero necesario paso de una trayectoria ascendente hacia la utopía, como un nombre distinto para la revolución o como un elevado fin en sí mismo? Del modo en que cada actor dé respuesta a estas y otras interrogantes, todas ellas cargadas emocionalmente, depende mucho del testimonio que es capaz de proporcionarnos, y hacemos bien en saberlo de antemano.

Tiempo de volver a primera de las interrogantes con las que abrimos esta suerte de epílogo: ¿para qué sirve, qué impacto en la política tiene la memoria de la izquierda?. Esta es tal vez la más importante de las preguntas que nos hemos planteado. El hecho es que la política y la historia están fascinadamente entrelazadas y mediadas por la memoria: el modo en que representamos el pasado impacta sobre nuestras ideas de lo que es alcanzable e imposible, transigible e innegociable, eficaz e intrascendente, justo e inaceptable, urgente y aplazable, emancipatorio y opresor. De lo que veamos como tácticas probadamente exitosas nutriremos nuestros repertorios de acción, de las figuras que encontremos heroicas haremos modelos con los que compararnos, de lo que entendamos como errores procuraremos extraer lecciones que nos guíen, de las anécdotas sobre traidores aprenderemos de quién no podemos fiarnos, y en nuestra propia imagen, que adivinamos reflejada en el fondo de todas estas visiones, hallaremos claves para entender quiénes somos, qué hemos hecho y qué debemos hacer. A descifrar este reflejo especular, a observar los modos en que observamos el pasado y los mecanismos por los que los heredamos se ha dedicado esta tesis: queda ver si sus lectores -y sus sujetos- encuentran en ella provocaciones y nuevas rutas para pensarse a sí mismos.

## Referencias

ACKERMAN, John, 2015, *El mito de la transición democrática: Nuevas coordenadas para la transformación del régimen mexicano*, México, Planeta.

AGOSTI, Aldo, 2007, “Un balance de los comunismos”, en Elvira CONCEIRO, Massimo MODONESI, y Horacio CRESPO (coords.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, México, UNAM-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, pp. 17-26.

ALFORD, John, Carolyn FUNK, y John HIBBING, 2005, “Are political orientations genetically transmitted?” *Faculty Publications: Political Science*, Estados Unidos, University of Nebraska, disponible en <<http://digitalcommons.unl.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1006&context=poliscifacpub>>.

ALI, Tariq, 2010, “Daniel Bensaïd obituary”, *The Guardian*, 14 de enero, disponible en <<http://www.theguardian.com/world/2010/jan/14/daniel-bensaïd-obituary>>.

ALLIER, Eugenia, 2009, “Presentes-pasados del 68 mexicano. Una historización de las memorias públicas del movimiento estudiantil, 1968-2007”, *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 71-2 (abril-junio), pp. 287-317, disponible en <[http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0188-25032009000200003](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-25032009000200003)>.

ALMOND, Gabriel, y Sidney VERBA, 1989, *The civic culture: Political attitudes and democracy in five nations*, Estados Unidos, Sage.

ANDRADE, Víctor Manuel, 2007, *Transformaciones de la izquierda política en Xalapa*, México, Universidad Veracruzana/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

ANIMAL POLÍTICO, 2014, “‘La corrupción es un asunto de orden cultural’: Peña Nieto”, *Animal Político*, disponible en <<http://www.animalpolitico.com/2014/09/la-corrupcion-es-un-asunto-cultural-pena-nieto/>>.

ARISTEGUI NOTICIAS, 2014, “La casa blanca de Enrique Peña Nieto (investigación especial)”, *Aristegui Noticias*, disponible en <<http://aristeguinoticias.com/0911/mexico/la-casa-blanca-de-enrique-pena-nieto/>>.

AVILÉS, René, 1991, *Memorias de un comunista: manuscrito encontrado en un basurero en Perisur*, México, Gernika.

AVILÉS, René, 1981, *Los juegos*, México, Universidad Autónoma del Estado de Sinaloa.

AZUELA, Alicia, 1993, “El Machete and Frente a Frente”, *Art Journal*, vol. 52, núm. 1 (primavera), pp. 82-87.

BARTRA, Roger, 2000, *La democracia ausente*, México, Océano.

BERNSTEIN, Harry, 1958, “Marxismo en México, 1917-1925” *Historia Mexicana*, vol. 7, núm. 4 (abril-junio), pp. 497-516, disponible en <<http://www.jstor.org/stable/25134931>>.

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA, 1975, *El machete ilegal*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

BERLINGUER, Enrico, 2009/1973, “Reflexiones sobre Italia tras los hechos de Chile”, *Utopías: Nuestra Bandera*, vol. 1, núm. 219, pp. 55-69, disponible en <<http://www.socialismo-chileno.org/sag/Biblioteca/Utopias.PDF>>.

BOYM, Svetlana, 2001, *The future of nostalgia* [EPUB], Estados Unidos, Basic Books.

BRAVO, Héctor, 2012, “La montaña roja de Guerrero: una década de lucha de la izquierda por la democracia, 1979-1989”, tesis de Licenciatura en Historia, México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, disponible en <<http://132.248.9.195/ptd2013/julio/303271000/Index.html>>.

BROWN, Wendy, 1999, “Resisting left melancholy”, *Boundary 2*, vol. 26, núm. 3 (otoño), disponible en <<https://muse.jhu.edu/article/3271>>.

CAMPA, Valentín, 1978, *Memorias de un comunista mexicano: mi testimonio*, México, Ediciones de Cultura Popular.

CANCHOLA, Gabriela Evangelina, 2015, “La influencia del eurocomunismo en la alianza de izquierdas: la formación del Partido Socialista Unificado de México (PSUM) 1977 – 1981”, tesis de Licenciatura en Historia, México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, disponible en <<http://132.248.9.195/ptd2015/mayo/304060676/Index.html>>.

CANO, Aurora, 1997, “El machete”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, pp. 151-169, disponible en <<http://publicaciones.iib.unam.mx/index.php/boletin/article/view/607/596>>.

CARR, Barry, 1996, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, México, Ediciones Era.

CARR, Barry, 1986-7, “Crisis in Mexican Communism: The Extraordinary Congress of the Mexican Communist Party” (dos partes), *Science and Society*, vols. 50 y 51, núm. 4 y 1 (invierno), pp. 391-414 y 43-67, disponibles en <<http://www.jstor.org/stable/40402973>> y <<http://www.jstor.org/stable/40402760>>.

CARR, Barry, 1985, “Mexican Communism 1968-1981: Eurocommunism in the Americas?”, *Journal of Latin American Studies*, vol. 17, núm. 1, pp. 201-228, disponible en <<http://www.jstor.org/stable/157503>>.

CARR, Barry, 1982, “Temas del comunismo mexicano”, *Nexos*, núm. 54 (junio), disponible en <<http://www.nexos.com.mx/?p=4066>>.

CARR, Barry, y Martha TAPPAN, 1989, “El Partido Comunista y la movilización agraria en la Laguna, 1920-1940: ¿una alianza obrero-campesina?”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 31, núm. 2, pp. 115-149, disponible en <<http://www.jstor.org/stable/3540681>>.

CASTAÑEDA, Jorge, 2014, *Amarres Perros* (EPUB), México, Alfaguara.

CENTRO DE ESTUDIOS DEL MOVIMIENTO OBRERO Y SOCIALISTA, 1994, *Frente a frente (1934-1938)*, edición facsimilar, México, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista.

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN Y DIFUSIÓN DE FILOSOFÍA CRÍTICA, 2013, *Izquierdas mexicanas en el siglo XXI, problemas y perspectivas (entrevistas)*, México, UNAM, disponible en <<https://massimomodonesi.files.wordpress.com/2014/02/izquierdas-mexicanas-definitiva.pdf>>.

CRESPO, Horacio, 2007, “El comunismo mexicano de 1929: el ‘giro a la izquierda’ en la crisis de la revolución”, en Elvira CONCEIRO, Massimo MODONESI, y Horacio CRESPO (coords.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina*,

México, UNAM-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, pp. 559-586.

CONCHEIRO BORQUEZ, Elvira, 2007, “El comunismo del siglo xx: algunas distinciones necesarias”, en Elvira CONCHEIRO, Massimo MODONESI y Horacio CRESPO (coords.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, México, UNAM-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, pp. 41-52.

CONCHEIRO BORQUEZ, Elvira y Carlos PAYÁN (comps.), 2012, *Los congresos comunistas: México 1919-1981* (2 tomos), México, CEMOS.

CONCHEIRO SAN VICENTE, Luciano, y Ana Sofía RODRÍGUEZ, 2015, *El intelectual mexicano: una especie en extinción*, México, Taurus.

CONDÉS, Enrique, 2000, *Los últimos años del Partido Comunista Mexicano, 1969-1981*, México, Universidad Autónoma de Puebla.

CONWAY, Martin, 2005, “Memory and the self”, *Journal of memory and language*, núm. 53, pp. 594–628, disponible en <[http://ac.els-cdn.com/S0749596X05000987/1-s2.0-S0749596X05000987-main.pdf?\\_tid=25ec2c0e-1d5e-11e6-98c5-00000aab0f6b&acdnat=1463620268\\_49cf7f5d1c60685f293187a6d21c6963](http://ac.els-cdn.com/S0749596X05000987/1-s2.0-S0749596X05000987-main.pdf?_tid=25ec2c0e-1d5e-11e6-98c5-00000aab0f6b&acdnat=1463620268_49cf7f5d1c60685f293187a6d21c6963)>.

COOPER, Joel, 2007, *Cognitive dissonance: fifty years of a classic theory*, Reino Unido, Sage.

CORTÉS, Nayeli, 2014, “Personajes. ‘Cuando terminé la prepa quería ser guerrillera’”, *El Universal*, 2 de febrero, disponible en <<http://archivo.eluniversal.com.mx/ciudad-metropoli/2014/impreso/-8220cuando-termine-la-prepa-queria-ser-guerrillera-8221-121455.html>>.

COURTOIS, Stéphane (ed.), 1998, *El libro negro del comunismo*, España, Espasa Calpe/Planeta.

CROSSMAN, Richard (ed.), 1963, *The God that failed*, Estados Unidos, Harper & Row.

CUEVAS, Jesús Aurelio, 1984, *El Partido Comunista Mexicano, 1963-1973: la ruptura entre las clases medias y el Estado fuerte en México*, México, Línea/Universidad Autónoma de Guerrero/Universidad Autónoma de Zacatecas.

DAVIDSON, Martin, 2012, *El nazi perfecto* [PDF], España, Anagrama.

DELGADO, Kavyn Simon, 2013, “El Partido Comunista Mexicano y el movimiento estudiantil de 1968: enfrentamiento, aportación e impacto”, tesis de Licenciatura en Historia, México, Universidad Autónoma de Querétaro, disponible en <<http://filosofia.uaq.mx/nugahu/fils/his0003.pdf>>.

DREYFUS, Michel *et al.*, 2004, *Le siècle des communismes*, Francia, Éditions de l’Atelier/Éditions ouvrières.

DOMÍNGUEZ MICHAEL, Christopher, 2013, “Marxismos y liberalismos”, *Letras Libres*, núm. 180 (diciembre), disponible en <<http://www.letraslibres.com/revista/convivio/marxismos-y-liberalismos>>.

DOMÍNGUEZ MICHAEL, Christopher, 1999, “Recuerdos del Partido Comunista”, *Letras Libres*, núm. 11 (noviembre), México, disponible en <<http://www.letraslibres.com/revista/libre/recuerdos-del-partido-comunista>>.

DOMÍNGUEZ PÉREZ, Olivia, 1979, “Un estudio de caso: los comunistas de San Bruno”, *Anuario II*, Centro de Estudios Históricos, Universidad Veracruzana, pp. 224-252, disponible en <<http://cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/8211/2/anua-II-pag224-252.pdf>>.

DURÁN, Javier, 1999, “México, la Guerra Civil española y el cardenismo: la revista *Frente a frente*”, *La palabra y el hombre*, núm. 109 (enero-marzo), México, Universidad Veracruzana, pp. 107-118, disponible en <<http://cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/735/2/1999109P107.pdf>>.

DURKHEIM, Émile, 1912, *Las formas elementales de la vida religiosa* [PDF], Alianza Editorial, disponible en <<http://cesycme.co/wp-content/uploads/2015/07/Durkheim-Las-formas-elementales-de-la-vida-religiosa.pdf>>

DUTRÉNIT, Silvia, 2010, “The imprint of exile through the plot of the narratives”, *Antíteses*, vol. 3, núm. 5 (enero-junio), pp. 519-528, disponible en <<http://www.uel.br/revistas/uel/index.php/antiteses/article/view/4759/4922>>.

ECHEVERRÍA, Irina y Lourdes DÍAZ, 2008, *Carta a mi padre: testimonio de una persona transexual con discapacidad*, México, Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación.

ESTRADA, Juan Uvaldo, 2002, “El Partido Comunista Mexicano bajo la dirección de Dionisio Encina: 1940-1959”, tesis de Doctorado en Historia, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, disponible en <<http://tesiuami.izt.uam.mx/uam/aspuam/presentatesis.php?recno=9326&docs=UAM9326.PDF>>.

ESTRADA, Juan Uvaldo, 1996, “El Partido Comunista Mexicano en el periodo cardenista: 1934-1940”, tesis de Maestría en Historia, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, disponible en <<http://tesiuami.izt.uam.mx/uam/aspuam/presentatesis.php?recno=865&docs=UAM0865.PDF>>.

FAUTSCH, Marlene, 2010, “El Partido Comunista Mexicano y las Brigadas Internacionales”, tesis de Licenciatura en Historia, México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, disponible en <<http://132.248.9.195/ptb2010/julio/0659720/Index.html>>.

FESTINGER, Leon, Henry RIECKEN, y Stanley SCHACHTER, 2008, *When prophecy fails* [EPUB], Gran Bretaña, Pinter & Martin.

FURET, François, 1995, *El pasado de una ilusión: ensayo sobre la idea comunista en el siglo xx*, México, Fondo de Cultura Económica.

GALEANA, Benita, 1994, *Benita*, Estados Unidos, Latin American Literary Review Press.

GALL, Olivia, 2007, “El papel del PCM y de Lombardo en la guerra del Kremlin, la Comintern y la GPU contra Trotski. México 1936-1940” en Elvira CONCEIRO,

Massimo MODONESI, y Horacio CRESPO (coords.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, México, UNAM-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, pp. 615-652.

GARCÍA, Jorge Ignacio, 2001, “El caso del Partido Comunista Mexicano, 1960-1981”, tesis de Licenciatura en Historia, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.

GILLY, Adolfo, 2010, “Entrevista. Lo que existe no puede ser verdad”, *New Left Review*, núm. 64 (septiembre-octubre), pp. 28-44, disponible en <[http://newleftreview.es/article/download\\_pdf?language=es&id=2850](http://newleftreview.es/article/download_pdf?language=es&id=2850)>.

GOLDBERG, Diana, 1989, “Las percepciones del Partido Comunista Mexicano a través de *La voz de México: la política exterior de México y las relaciones México-Estados Unidos, 1964-1971*”, tesis de Licenciatura en Relaciones Internacionales, México, El Colegio de México, disponible en <[http://200.52.255.191/exlibris/aleph/a21\\_1/apache\\_media/B85RRTJ7KLLPDTQ8KABY8BAX2PKLVG.pdf](http://200.52.255.191/exlibris/aleph/a21_1/apache_media/B85RRTJ7KLLPDTQ8KABY8BAX2PKLVG.pdf)>.

GÓMEZ ÁLVAREZ, Jesús Ernesto, 1991, “El Partido Comunista Mexicano, el movimiento obrero y el Estado, 1929-1940”, tesis de Maestría en Historia, México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM.

GÓMEZ BRUERA, Hernán Francisco, 2002a, “La transformación de las posiciones de la izquierda mexicana en torno a la democracia: el caso del PCM y su derivación en PSUM PMS, 1976-1988”, tesis de Licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, disponible en <<http://132.248.9.195/ppt2002/0306387/Index.html>>.

GÓMEZ BRUERA, Hernán Francisco, 2002b, “La travesía de la izquierda hacia la democracia”, *Este País*, núm. 141 (diciembre), disponible en <[http://archivo.estepais.com/inicio/historicos/141/6\\_Ensayo3\\_La%20travesia\\_gomez.pdf](http://archivo.estepais.com/inicio/historicos/141/6_Ensayo3_La%20travesia_gomez.pdf)>.

GÓMEZ LEZAMA, Olivia, 2015, “El Partido Comunista Mexicano y la vía democrática al socialismo (1968-1978)”, tesis de Maestría en Historia, México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, disponible en <<http://132.248.9.195/ptd2015/enero/095364988/Index.html>>.

GONZÁLEZ GUTIÉRREZ, Alejandro, 2015, “De revolucionarios, partidos y utopismos: algunas reflexiones en torno a la izquierda mexicana”, *Política y cultura*, núm. 43 (primavera), pp. 27-53, disponible en <[http://bidi.xoc.uam.mx/resumen\\_articulo.php?id=10154&archivo=8-700-10154lrs.pdf&titulo\\_articulo=De%20revolucionarios,%20partidos%20y%20utopismos.%20Algunas%20reflexiones%20en%20torno%20a%20la%20izquierda%20mexicana](http://bidi.xoc.uam.mx/resumen_articulo.php?id=10154&archivo=8-700-10154lrs.pdf&titulo_articulo=De%20revolucionarios,%20partidos%20y%20utopismos.%20Algunas%20reflexiones%20en%20torno%20a%20la%20izquierda%20mexicana)>.

GONZÁLEZ GUTIÉRREZ, Alejandro, 2013, “Las antinomias de la unidad. La crisis del Partido Comunista Mexicano y el congreso extraordinario de 1940”, México, tesis de Licenciatura en Historia, Escuela Nacional de Antropología e Historia.

GONZÁLEZ SUÁREZ, Patricia, 1992, “El PSUM: análisis crítico del proceso de fusión”, tesis de Sociología, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

GORKI, Máximo, s.d./1906, *La madre* (PDF), Proyecto Espartaco, disponible en <<http://www.rebellion.org/docs/8642.pdf>>.

GREENSTEIN, Fred, 2009, “Children and politics” en Edward GREENBERG, *Political socialization*, Estados Unidos, Transaction Publishers.

GRUSEC, Joan, y Paul HASTINGS, 2006, *Handbook of socialization: Theory and research*, Estados Unidos, The Guilford Press.

HALBWACHS, Maurice, 2004a, *La memoria colectiva*, España, Prensas Universitarias de Zaragoza.

HALBWACHS, Maurice, 2004b, *Los marcos sociales de la memoria*, España, Anthropos.

HIRSCH, Marianne, y Leo SPITZER, 2010, *Ghosts of home: the afterlife of Czernowitz in Jewish memory*, Estados Unidos, University of California Press.

HIRSCH, Marianne, 2008, “The generation of Postmemory”, *Poetics today*, vol. 29, núm. 1 (primavera), pp.103-128.

IBARRA, Eduardo, 2014, *Remembranzas: Anécdotas, memorias y personajes de la izquierda en México* [PDF], Forum Ediciones, disponible en <[http://www.forumenlinea.com/site/index.php?option=com\\_wrapper&view=wrapper&Itemid=506](http://www.forumenlinea.com/site/index.php?option=com_wrapper&view=wrapper&Itemid=506)>.

ILLADES, Carlos, 2012, *La inteligencia rebelde: La izquierda en el debate público en México, 1968-1989*, México, Océano.

JEDLICKI, Fanny, 2013, "Les enfants du retour chilien de la mémoire familiale de l'exil au manque de reconnaissance", (*Re*)*penser l'exil - revue en ligne*, núm. 3, pp. 173-180, disponible en <[https://issuu.com/exil.ciph/docs/repenserlexil\\_no3\\_part1](https://issuu.com/exil.ciph/docs/repenserlexil_no3_part1)>.

JEDLICKI, Fanny, 2008, "Les retours des « enfants de l'exil » chilien. L'empreinte du politique dans les parcours d'insertion", en Véronique PETIT (ed.), *Migrations internationales de retour et pays d'origine*, Francia, Rencontres, pp. 193-205, disponible en <[http://www.ceped.org/cdrom/migrations\\_5-6\\_avril\\_2004/html/table3/com\\_jedlicki.pdf](http://www.ceped.org/cdrom/migrations_5-6_avril_2004/html/table3/com_jedlicki.pdf)>.

JENNINGS, Kent, Laura STOKER, y Jake BOWERS, 2009, “Politics Across Generations: Family Transmission Reexamined”, *The Journal of Politics*, vol. 71, núm. 3 (julio), pp. 782–799, disponible en <<http://www.jakebowers.org/PAPERS/JenStokBow2009.pdf>>.

JIMÉNEZ, Alejandro Arturo, 2000, “El nacionalismo del Partido Comunista Mexicano durante el cardenismo, 1934-1940”, tesis de Maestría en Historia, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

JOHANSSON, Steven Iván, 2002, “De la lucha contra el capitalismo a la adopción del Neoliberalismo. Evolución de las posiciones en materia económica de una corriente de la izquierda mexicana (PCM-PRD, 1979-2001)”, tesis de Maestría en Estudios Políticos y Sociales, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, disponible en <<http://132.248.9.195/pdtestdf/0312728/Index.html>>.

KAPLAN, Judy, y Linn SHAPIRO (eds.), 1998, *Red Diapers: Growing up in the Communist Left*, Estados Unidos, University of Illinois Press.

KENEN, Peter, 2006, *A History of the Soviet Union*, Estados Unidos, Cambridge University Press.

KORNBLUTH, Josh, 1996, *Red diaper baby: three comic monologues*, Estados Unidos, Mercury House.

KUNTZ, Sandra, 2012, *Historia mínima de la economía mexicana, 1519-2010* (EPUB), México, El Colegio de México.

LAVABRE, Marie-Claire, 1994, *Le fil rouge: sociologie de la mémoire communiste*, Francia, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.

MAC GREGOR, Javier, 1998, “Política, organización y movimiento: un balance historiográfico del PCM, 1919-1940”, *Iztapalapa*, núm. 43 (enero-junio), pp. 175-196, disponible en <http://tesiuami.uam.mx/revistasuam/iztapalapa/include/getdoc.php?id=593>.

MAC GREGOR, Javier, 1995, “Browderismo, unidad nacional y crisis ideológica: el Partido Comunista Mexicano en la encrucijada (1940-1950)”, *Iztapalapa*, núm. 36 (enero-junio), pp. 167-184, disponible en <http://tesiuami.uam.mx/revistasuam/iztapalapa/include/getdoc.php?id=470&article=471&mode=pdf>.

MAC GREGOR, Javier, 1994, “Burocracia, disciplina y organización: el Partido Comunista Mexicano en los cuarenta. Una crisis a debate”, *Iztapalapa*, núm. 32 (enero-junio), pp. 79-90, disponible en <http://tesiuami.uam.mx/revistasuam/iztapalapa/include/getdoc.php?id=385&article=391&mode=pdf>.

MANNHEIM, Karl, 1952/1928, “The problem of generations” en Paul KECSKSMETI (ed.), *Essays in the sociology of knowledge*, Inglaterra, Routledge, disponible en <https://archive.org/details/essaysonsociolog00mann>.

MANNING, Armando Filiberto, 1982, “Los trabajadores universitarios ante la participación de Partido Comunista Mexicano en las elecciones legislativas”, tesis de Licenciatura en Psicología, México, Facultad de Psicología-UNAM.

MÁRQUEZ, Manuel, y Octavio RODRÍGUEZ, 1973, *El Partido Comunista Mexicano en el periodo de la Internacional Comunista: 1919-1943*, México, El Caballito.

MÁRQUEZ CARRILLO, Jesús, y Paz DIÉGUEZ DELGADILLO, 2008, “Política, universidad y sociedad en Puebla, el ascenso del Partido Comunista Mexicano en la UAP, 1970-72”, *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, vol. 11, pp. 111-130, disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=86912618006>.

MARTÍNEZ ALCARAZ, Paris, 2011, “Comunistas mexicanos se reagrupan... en Facebook”, *Animal político*, 5 de abril, disponible en <http://www.animalpolitico.com/2011/04/comunistas-mexicanos-se-reagrupan-en-facebook/>.



MARTÍNEZ NATERAS, Arturo (coord.), 2014, *La izquierda mexicana del siglo XX* (tomo 1), México, UNAM-Secretaría de Cultura del Estado de Morelos.

MARTÍNEZ NATERAS, Arturo, 2013, *El 68: conspiración comunista*, México, UNAM, disponible en <<http://www.libros.unam.mx/digital/V4/1.epub>>.

MARTÍNEZ VERDUGO, Arnoldo (ed.), 1998, *Valentín Campa: Una vida de lucha*, México, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista/Partido de la Revolución Democrática.

MARTÍNEZ VERDUGO, Arnoldo (ed.), 1985, *Historia del comunismo en México*, México, Grijalbo.

MARTÍNEZ VERDUGO, Arnoldo, 1971, *Partido Comunista Mexicano: trayectoria y perspectivas*, México, Ediciones de Cultura Popular.

MICHEL, Leopoldo, 1985, “La internacional comunista en México y su sección: El Partido Comunista Mexicano, 1919-1925”, tesis de Licenciatura en Relaciones Internacionales, México, El Colegio de México.

MODONESI, Massimo, 2007, “El bosque y los árboles. Reflexiones sobre el estudio del movimiento socialista y comunista en América latina”, en Elvira CONCEIRO, Massimo MODONESI, y Horacio CRESPO (coords.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, México, UNAM-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, pp. 53-67.

MODONESI, Massimo, 2003, *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana*, México, Juan Pablos/Universidad de la Ciudad de México.

MONTEMAYOR, Carlos, 2003, *Las armas del alba*, México, Joaquín Mortiz.

MORENO, María Guadalupe, 2016, *Aproximación al Partido Comunista en Jalisco (1926-1981)*, México, El Colegio de Jalisco.

MORENO, María Guadalupe, 2010, “La izquierda y los movimientos sociales: el caso del Partido Comunista en Jalisco y la guerra sucia en Guadalajara de los años setenta”, *Revista de Historia de América*, núm. 142 (enero-junio), pp. 9-23, disponible en <<http://www.jstor.org/stable/41430026>>.

NEYMET, Marcela de, 1981, *Cronología del Partido Comunista Mexicano*, México, Ediciones de Cultura Popular.

NIEMI, Richard, y Mary HEPBURN, 1995, “The rebirth of political socialization” *Perspectives on Political Science*, vol. 24, núm. 1 (invierno), disponible en <<http://www.uvm.edu/~dguber/POLS234/articles/niemi.pdf>>.

OFER, Dalia, 2007, “The March of Memory: Survivors and Relatives in the Footsteps of the Kladovo-Sabač Refugees”, *Israel Studies*, vol. 12, núm. 3 (otoño), pp.134-160, disponible en <<http://www.jstor.org/stable/30245676>>.

ORTEGA, Joel, 2006, *El otro camino: cuarenta y cinco años de trinchera en trinchera*, México, Fondo de Cultura Económica.

ORTÍZ, Rina, 2010, “La oposición de izquierda o ¿desafiando a la revolución mexicana?: el Partido Comunista Mexicano, 1919-1943” en Alicia Olivera *et al.*, *Los*

*matices de la Rebeldía: Las oposiciones políticas y sociales*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

OLIVÉ, Natura, 2014, *Mujeres comunistas en México en los años treinta*, México, El Quinto Sol.

PADURA, Leonardo, 2009, *El hombre que amaba a los perros* (MOBI), Tusquets.

PELÁEZ, Gerardo, 1980, *Partido Comunista Mexicano: 60 años de historia (cronología 1919-1968)*, México, Universidad Autónoma de Sinaloa.

PENSADO, Patricia (coord.), 2013, *Experimentar la izquierda: historias de militancia en América latina, 1960-1990*, Argentina, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, disponible en <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20131016115545/ExperimentarLaIzquierda.pdf>.

PIPITONE, Ugo, 2015, *La esperanza y el delirio*, México, Taurus.

PROCESO, 1992, “Excomunistas, exmaoístas, extrotskistas, exceuistas; hasta exguerrilleros”, *Proceso*, 5-sep, disponible en <http://www.proceso.com.mx/160058/excomunistas-exmaoistas-extrotskistas-exceuistas-hasta-exguerrilleros>.

RAMIREZ Alva, Ma. Teresa Rafaela, 1994, “El PCM en los años de transición: avances y retrocesos de la izquierda mexicana”, tesis de Licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM.

REVUELTAS, José, 1987/1962, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, Ediciones Era.

REVUELTAS, José, 1979/1964, *Los errores*, México, Ediciones Era.

REVUELTAS, José, 1976/1949, *Los días terrenales*, México, Ediciones Era.

REYES, Juan, 1988, “El Frente Electoral del Pueblo y el Partido Comunista Mexicano (1963-1964)”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 50, núm. 3 (julio-septiembre), pp. 217-228, disponible en <http://www.jstor.org/stable/3540562>.

RÍOS, Dante Homero, 1972, “Crónica de los partidos políticos del México actual PRI, PCM, PPS, PAN”, tesis de Licenciatura en Derecho, México, Facultad de Derecho-UNAM.

RIVAUD, Amelia, y Mauricio SÁNCHEZ, 2013, “Una mujer de verdad: lectura y militancia de María Fernanda Chata Campa”, *Antropología: boletín oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, núm. 96, disponible en <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/antropologia/article/view/3614>.

RIVERA, Diego, y Gladis MARCH, 1960, *Mi arte, mi vida*, México, Herrero.

RODRÍGUEZ ARAUJO, Octavio, 1981, “Izquierda, democracia y socialismo en México (crítica al eurocomunismo mexicano)”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 43, núm. 2 (abril-junio), pp. 667-678, disponible en <http://www.jstor.org/stable/3539920>.

ROJAS, Jesús Isaías, 1985, “La lucha interna en el PCM durante los años de 1956-1962”, tesis de Licenciatura en Sociología, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

ROSAS, José Luis, 2011, “Esplendor y decadencia del Partido Comunista Mexicano como expresión de la izquierda en México de 1919 -1940”, tesis de Licenciatura en Filosofía, México, Facultad de Filosofía y Letras-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

ROSENBERG, Daniel, 2008, *Underground Communists in the McCarthy Period: A Family Memoir*, Estados Unidos, Edwin Mellen Press.

ROSENTHAL, Gabriele, 2003, “Veiling and denying the past: the dialogue in families of Holocaust survivors and families of Nazi perpetrators” en Johannes-Dieter STEINERT, e Inge WEBER-NEWTN (eds.), *Beyond camps and forced labour: current international research on survivors of nazi persecution; proceedings of the first international multidisciplinary conference at the Imperial War Museum*, Inglaterra, disponible en <[http://www.ssoar.info/ssoar/bitstream/handle/document/5688/ssoar-2003-rosenthal-veiling\\_and\\_denying\\_the\\_past.pdf?sequence=1](http://www.ssoar.info/ssoar/bitstream/handle/document/5688/ssoar-2003-rosenthal-veiling_and_denying_the_past.pdf?sequence=1)>.

ROUSSET, Antonio, 2000, *La izquierda cercada: El Partido Comunista y el poder durante las coyunturas de 1955 y 1960*, México, Centro de Estudios Universitarios Londres/Universidad de Ciudad Juárez/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

ROY, Manabendra Nath, 1984, *Memoirs*, La India, Ajanta Publications, disponible en <<https://issuu.com/rahuljain/docs/memoirs1>>.

RUBIO, Patricio, 2002, "Los círculos de la piedra en el agua. Una aproximación institucional al Partido Comunista Mexicano", tesis de Maestría en Ciencias Sociales, México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales sede México, disponible en <[http://conocimientoabierto.flacso.edu.mx/medios/tesis/rubio\\_p.pdf](http://conocimientoabierto.flacso.edu.mx/medios/tesis/rubio_p.pdf)>.

SARLO, Beatriz, 2005, *Tiempo pasado: cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Argentina, Siglo XXI.

SARMIENTO, Sergio, 2010, “Alcozauca: entre la resistencia y la esperanza: contribución de los actores sociales y políticos al cambio democrático en Guerrero. Los ensayos de gobierno de la izquierda y la construcción de ciudadanías”, tesis de Doctorado en Ciencias Políticas y Sociales, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, disponible en <<http://132.248.9.195/ptd2010/abril/0656236/Index.html>>

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA, 2014, *Historia. Quinto grado*, México, Secretaría de Educación Pública, disponible en <<http://descargas.cicloescolar.com/download/ciclo-escolar-2015-2016/primaria/quinto/Historia.Quinto.grado.2015-2016.OK.PDF>>.

SERVICE, Robert, 2007, *Comrades! A history of world communism*, Estados Unidos, Harvard University Press.

SIQUEIROS, David Alfaro, 1977, *Me llamaban El Coronelazo*, México, Grijalbo.

SOTO, Carlos, 1989, “El Partido Comunista Mexicano 1919-1939: esbozo histórico”, tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM.

SPENSER, Daniela, 2009, *Los primeros tropiezos de la internacional comunista en México*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

SPENSER, Daniela, 2008, “Radical Mexico: limits to the impact of Soviet Communism”, *Latin American Perspectives*, vol. 35, núm. 2, pp. 57-70, disponible en <<http://www.jstor.org/stable/27648087>>.

SPENSER, Daniela, 2007, “*Unidad a toda costa*”: *La tercera internacional en México durante la presidencia de Lázaro Cárdenas*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

SWADER, Christopher, 2013, *The Capitalist Personality: Face-to-Face Sociality and Economic Change in the Post-Communist World*, Estados Unidos, Routledge.

TAIBO II, Paco Ignacio, 2008, *Bolcheviques: historia narrativa de los orígenes del comunismo en México (1919-1925)*, México, Ediciones B.

TAIBO II, Paco Ignacio, 1983, “Inquilinos del DF, a colgar la rojinegra” *Historias*, núm. 3, disponible en <<http://cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/8240/2/anua-III-pag99-127.pdf>>.

THORP, Rosemary, 1998, *Progreso, pobreza y exclusión: Una historia económica de América Latina en el siglo XX* [PDF], Banco Interamericano de Desarrollo/Unión Europea, disponible en <<https://publications.iadb.org/handle/11319/412?locale-attribute=es>>.

TIBOL, Raquel (ed.), 1984, *Julio Antonio Mella en El Machete*, México, Penélope.

TRAVERSO, Enzo, 2010, “No se puede trabajar sin Marx, pero tampoco se puede trabajar sólo con Marx” (entrevista por Carlos José Márquez), *Viento Sur*, núm. 111 (julio), pp. 97-103, disponible en <[http://cdn.vientosur.info/Vscompletos/Vs111\\_Entrevista\\_Traverso.pdf](http://cdn.vientosur.info/Vscompletos/Vs111_Entrevista_Traverso.pdf)>.

TODOROVA, Maria (ed.), 2010, *Remembering communism: genres of representation*, Estados Unidos, Social Science Research Council.

TODOROVA, Maria, y Zsuzsa GILLE (eds.), 2010, *Post-Communist Nostalgia*, Estados Unidos, Berghahn Books.

TODOROVA, Maria, Augusta DIMOU, y Stefan TROEBST (eds.), 2014, *Remembering communism: Private and public recollections of lived experience in southeast Europe*, Hungría, Central European University Press.

TORRE, Gerardo de la, 2014, *La línea dura*, México, Para leer en libertad, disponible en <<http://brigadaparaleerenlibertad.com/cont/82.php>>.

TORRE, Gerardo de la, 2007, “El ejecutor” en *Nexos*, núm. 360 (diciembre), disponible en <<http://www.nexos.com.mx/?p=12403>>.

TORRE, Gerardo de la, 1990, *De cuerpo entero*, México, UNAM/Corunda.

TREVIZO, Dolores, 2002, “Dispersed Communist Networks and Grassroots Leadership of Peasant Revolts in Mexico”, *Sociological Perspectives*, vol. 45, núm. 3 (otoño), pp. 285-315, disponible en <<http://www.jstor.org/stable/10.1525/sop.2002.45.3.285>>.

VALADÉS, José, 1986, *Memorias de un joven rebelde*, México, Universidad Autónoma de Sinaloa.

VELASCO, Miguel Ángel, 1974, *El partido comunista durante el periodo de Cárdenas*, México, UNAM-Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Centro de Estudios Latinoamericanos.

VIVEROS, José Alfonso, 1991, “Política sindical del Partido Comunista Mexicano del XVI al XIX Congreso”, tesis de Licenciatura en Sociología, México, UNAM-Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

WOLDENBERG, José, 201,. *Historia mínima de la transición democrática en México* [EPUB], México, El Colegio de México.

ZAMORA, Guillermo, 1994, *La caída de la hoz y el martillo*, México, EDAMEX.

## Anexo 1: Familias, entrevistados y entrevistas

Exmilitantes entrevistados									
Seudónimo	Fecha de entrevista	Año de Nacimiento	Año de ingreso al PCM	Año de salida del PCM	Realizó tránsito al PSUM (1981)	Realizó tránsito al PMS (1987)	Realizó tránsito al PRD (1989)	Milita en el PRD	Milita o militó en otro partido
Adrián	17-Ago-15	1942	1961	1981*	Sí	No	No	No	No*
Antonio	8-Ago-15	1940	1963	1981	No	No	No	No	Sí
Anastasia	12-Feb-16	1939	1961	1981	Sí	Sí	Sí	No	Sí
Benita	9-Ago-15	1961	1979	1981	Sí	Sí	Sí	Sí	No
Ernesto	6-Ago-15	1954	1970	1973	No	No	No	No	No
Leopoldo	9-Ago-15	1954	1973	1981	Sí	Sí	Sí	Sí	No
Rebeca	16-Ago-15	1951	1968	1981	Sí	Sí	Sí	No	No
Roberto	21-Ago-15	1938	1959	1980**	No	No	No	No	No
Sabina	8-Ago-15	1948	1962	1981	No	No	No	No	Sí
Úrsula	21-May-15	1961	1977	1981	No	No	No	No	No

\*Adrián estuvo fuera del país entre 1967 y 1971 y militó, durante los primeros años de ese periodo, en otro Partido Comunista.  
 \*\*Roberto se escindió del PCM en los años sesenta y se reintegró en los años setenta.

<b>Descendientes de exmilitantes entrevistados</b>			
<b>Seudónimo</b>	<b>Fecha de entrevista</b>	<b>Año de nacimiento</b>	<b>Militancia partidista</b>
Alejandro	19-Ago-15	1978	No
Carlos	4-Nov-15	1979	No
Darío	4-Ago-15	1987	PRT
Dolores	14-Ago-15	1969	PRD, PDS, PRD*
Eunice	19-Sept-15	1975	No
Julia	5-Ago-15	1968	No
Omar	12-Ago-15	1988	MORENA**
Rafael	12-Ago-15	1984	PRD***
Salvador	8-Sept-15	1992	No
Samuel	22-Sept-15	1976	No
Sergio	Ago a Dic-2015****	1949	PCM, PSUM*****

\*Dolores reingresó al PRD meses después de la entrevista.  
 \*\*Omar participó durante unas pocas semanas en MORENA en 2012, cuando aún no era un partido político.  
 \*\*\* Rafael había abandonado el PRD unos meses antes de la entrevista.  
 \*\*\*\* Sergio fue entrevistado, a petición suya, por escrito. Recibió la primera tanda de preguntas en agosto y envió la última tanda de respuestas en diciembre.  
 \*\*\*\*\* Sergio se afilió al PCM durante el proceso de unificación que daría lugar al PSUM.

### **Familia 1: Adrián y Carlos**

Adrián fue contactado por correo electrónico gracias a una conocida en común y entrevistado en su cubículo universitario el 17 de agosto de 2015 durante dos horas, lo que supuso ajustar el guión al tiempo disponible. Al final de la entrevista solicitó una copia de la transcripción y meses más tarde, por correo electrónico, me facilitó el contacto con su hijo menor, Carlos, al que entrevisté el 4 de noviembre de 2015 en su domicilio durante dos horas y media. También él solicitó una copia de la transcripción de su entrevista y quedamos en contacto vía redes sociales, medio por el cual me facilitó algunas imágenes que había mencionado durante el encuentro. Adrián estudió antropología y se dedica a la academia, mientras que Carlos estudió sociología pero se dedica a la música.

### **Familia 2: Rebeca, Alejandro y Eunice**

Rebeca había sido mi profesora. Accedió a ser entrevistada y el encuentro tuvo lugar el 16 de agosto de 2015 en su domicilio. La entrevista duró algo más de cinco horas y al terminar me mostró una fotografía enmarcada a la que había hecho referencia y me solicitó los archivos de audio de la grabación. Fue ella quien me ayudó a contactar a sus dos hijos, Alejandro y Eunice. Entrevisté a Alejandro en la casa de Rebeca tres días más tarde durante dos horas, y a Eunice en su departamento un mes después, también por dos horas. Eunice, que estaba sobre aviso del tenor de la entrevista, manifestó haber reflexionado durante la semana anterior al encuentro en torno a la influencia que la militancia de sus padres en el PCM tuvo en su vida. Ni ella ni Alejandro solicitaron el material. Rebeca estudió economía y trabaja en la universidad, Alejandro es músico y Eunice estudió matemáticas y labora en la Secretaría de Hacienda. También Octavio, el padre de Eunice y Alejandro, militó en el PCM, pero no fue entrevistado.

### **Familia 3: Roberto y Samuel**

Contacté a Roberto por correo electrónico gracias a la mediación de un conocido común y lo entrevisté en su departamento el 21 de agosto de 2015 durante dos horas y media. En el transcurso de la entrevista fue buscando y mostrando distintos objetos: su carnet del partido, algunos libros y un póster enmarcado. Después de la entrevista establecimos contacto por redes sociales y por esa vía me proporcionó algunos materiales que había mencionado durante el encuentro. Él me facilitó los medios para contactar a su hijo menor, Samuel, a quien entrevisté en la Cafetrería El Péndulo de La Condesa un mes después, el 22 de septiembre, durante algo más de dos horas. Roberto fue obrero petrolero y más tarde se dedicó a la escritura creativa y al guión televisivo, Samuel es fotógrafo.

### **Familia 4: Rafael**



Había tenido contactos previos con Rafael en una escuela donde fuimos colegas por breve tiempo. Lo entrevisté el 12 de agosto de 2015 durante noventa minutos en las oficinas de una asociación civil de la que forma parte. Su padre, casualmente, realizó una fugaz visita al local, se comprometió a concederme una entrevista y me dio una fecha. Lo encontré más tarde en un evento político y reafirmó su compromiso, pero no confirmó el encuentro y éste se canceló. Durante varios meses intenté infructuosamente, con la mediación de su asistente y de su hijo, concretar una cita. El 19 de febrero volví a encontrarlo en un evento pero no se acordaba de mí y nuevamente se comprometió a darme la entrevista. Tras algunos intentos más, desistí. Si bien sus dos padres tuvieron militancia en el PCM y vivían al momento de la investigación, Rafael fue el único miembro de su familia en ser entrevistado, estudió ciencias políticas y administración pública y trabaja en un instituto anexo al poder legislativo federal.

#### **Familia 5: Sergio**

Contacté a Sergio con la mediación de una conocida en común. Él se mostró dispuesto a conceder la entrevista pero enfatizó que por motivos de agenda y personales prefería realizarla por escrito. Hice un esfuerzo por ajustar el guión en forma de cuestionario y él lo devolvió respondido en diez cuartillas el 2 de octubre de 2016. Le envié una segunda tanda de preguntas el 11 de noviembre, cuyas respuestas me hizo llegar en diciembre en seis páginas más, dando con esto por terminado el intercambio. Los dos padres de Sergio habían fallecido para el momento de la investigación y no contacté a sus hermanos, razón por la que es el único representante de su familia. Sergio es escritor, profesor universitario y poeta.

#### **Familia 6: Antonio, Sabina y Julia**

Contacté a Julia gracias a su hija, que había sido mi alumna, y la entrevisté en su domicilio el 5 de agosto de 2015 durante dos horas y media. Ella me informó que sus padres, que no residen en la Ciudad de México, estaban prontos a visitarla, por lo que

tres días más tarde los entrevisté a ellos, conjuntamente, en el mismo lugar, por cuatro horas y media. Julia solicitó observar el encuentro y videograbarlo, cosa que los entrevistados no objetaron y yo no impedí, por lo que esa entrevista se realizó con público y los sujetos la documentaron por su cuenta. Julia es sicóloga, Antonio estudió ingeniería pero al momento de la entrevista estaba dedicado a su proyecto editorial sobre la historia de la izquierda y Sabina estudió historia y acababa de ser candidata de MORENA a una gubernatura. Los dos habían ocupado puestos municipales de elección popular en sus estados natales (Michoacán y Guerrero respectivamente) después de la disolución del PCM

### **Familia 7: Úrsula y Omar**

Conocía a Úrsula desde mi infancia y la entrevista con ella fue el piloto. Tuvo lugar en su domicilio el 21 de mayo de 2015 y duró tres horas. También a Omar lo conocía de tiempo atrás y lo entrevisté el 12 de agosto de 2015 en su departamento por tres horas. Omar, después del encuentro, me pidió una copia de la transcripción de la entrevista con su madre. Yo lo consulté con Úrsula y ella accedió, por lo que le envié el material a Omar. En un encuentro posterior explicó que no lo había revisado pero que a raíz de la entrevista había buscado ampliar sus informaciones sobre el paso de sus padres por el PCM en pláticas con ellos. Úrsula estudió veterinaria y zootecnia y se desempeñó por muchos años como investigadora medioambiental de una institución pública y Omar estudió historia y era profesor de bachillerato al momento de la entrevista. Renato, el padre de Omar, también fue militante del PCM, pero no fue entrevistado.

### **Familia 8: Dolores y Anastasia**

Contacté a Dolores por correo electrónico gracias a un conocido en común y la entrevisté en la Cafetrería El Péndulo de la colonia Condesa el 14 de agosto de 2015 aprovechando un viaje suyo a la Ciudad de México. Nuestro encuentro duró dos horas y media y ella me solicitó una copia de los archivos de audio y me facilitó los medios para

llegar a su madre. Entrevisté a Anastasia, a la que contacté por teléfono, el 12 de febrero de 2016. El encuentro tuvo lugar en su departamento y duró algo más de tres horas. Dolores estudió diseño gráfico y al momento de la entrevista ocupaba un cargo público en un gobierno municipal y dirigía una fundación dedicada a la promoción de los derechos humanos; Anastasia se formó como maestra y ejerció durante muchos años el magisterio: estaba jubilada al momento de la entrevista. Rubén, marido de Anastasia y padre de Dolores, también fue miembro del PCM, pero hacía años que había fallecido.

### **Familia 9: Ernesto y Salvador**

Ernesto y su hijo Salvador son amigos de mi familia. Entrevisté al primero el 6 de agosto de 2015 en su domicilio durante dos horas y media, y al segundo en el mismo sitio por noventa minutos el 8 de septiembre. Salvador manifestó durante la entrevista que sentía una curiosidad nueva por el pasado de su padre, y algunos meses después le pregunté si había indagado algo a raíz de nuestro encuentro, a lo que respondió negativamente. Ernesto estudió Estudios Latinoamericanos en la UNAM y es académico, su hijo terminaba una licenciatura en ingeniería en sistemas en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey al momento de ser entrevistado.

### **Familia 10: Benita, Leopoldo y Darío**

Darío fue compañero mío en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Lo contacté por redes sociales y fue el primer descendiente en ser entrevistado, el 4 de agosto de 2015, en un café del centro de Tlalpan. El encuentro duró casi tres horas. Él me facilitó los medios de contactar a sus padres, a los que entrevisté algunos días después en su departamento. Primero, durante cuatro horas, trabajé con Leopoldo, y al terminar Benita, que había llegado a la casa, me permitió entrevistarla, lo que tomó dos horas y media. Darío estudió filosofía, su padre sociología y su madre estudios latinoamericanos, todos en la UNAM. Los dos tienen trayectorias en puestos públicos y de elección popular.

## Anexo 2: Guiones de entrevista

Guión para exmilitantes del PCM			
Dimensión	Temas	Preguntas guía	Relances/sondeos
Experiencia	Ingreso	¿En qué año y por qué ingresaste al PCM?	¿Qué expectativas tenías antes de ingresar y cómo fue el proceso de reclutamiento? - de dónde salieron esas ideas, qué significaba ingresar al PCM.
	Actividad política	¿Qué hacían los comunistas y en qué consistió tu militancia?	¿Qué actividades políticas realizaban?, ¿eventos, colectas, campañas electorales, reclutamiento, congresos, círculos de lectura, marchas, huelgas, mítines, etc.? ¿qué participación tuviste en cada uno de ellos?, ejemplifica. ¿Cómo era el día a día de la organización?, ¿cuánto tiempo llevaba militar?, ¿qué era lo que más te gustaba de militar, qué era lo que más te disgustaba?
	Identidad	¿Qué significaba ser comunista y miembro del PCM?	¿Qué caracterizaba a un miembro del PCM?, ¿qué lo distinguía de alguien de otra organización de izquierda, qué lo hacía reconocible?, ¿qué tenían en común los militantes del PCM, qué fracturas internas había?, ¿qué exigencias planteaba el partido a sus militantes?, ¿qué recompensas daba?
	Sociabilidad y consumo	¿De qué modo se relacionaba tu actividad política con las demás esferas de tu vida?, ¿cómo era la relación entre los camaradas?	¿Qué libros leían, qué cine consumían, qué música escuchaban, qué ropa usaban, que lugares frecuentaban, dónde comían, qué drogas tomaban?, ¿te involucraste de forma íntima con algún camarada?, ¿qué pensaban tus camaradas sobre tu vida privada?, ¿de tu familia? ¿tuviste que modificar conductas privadas para encajar?, ¿hiciste amigos?, ¿los conservas?, ¿qué hacías con esos amigos?, ¿eran solidarios los camaradas entre sí?, ¿podrías ejemplificar?, ¿había dinámicas de protagonismo, de competencia, de violencia, de machismo?
	Horizonte de expectativas	¿Para qué militabas?	¿Qué pensabas que podía conseguirse a corto, mediano y largo plazo, en México y en el mundo?
	Ideología	¿Qué pensaban los comunistas?	¿Qué es el comunismo? ¿Cómo se formaban? ¿cuáles lecturas eran fundamentales?, ¿qué pensabas tú de esas ideas?, ¿qué referentes históricos eran básicos?, ¿qué se discutía?, ¿qué posición tenías tú en esas discusiones?
	Eventos	¿Qué significó para ti el viraje y la autodisolución del PCM?, ¿Qué significó para ti la Caída del Muro?	¿Qué otros grandes eventos sientes que marcaron tu trayectoria política, la del Partido, la de la izquierda nacional, la de la izquierda global? –revolución cubana, primavera de Praga, 2 de octubre, victoria de Allende, guerrilla centroamericana, exilios, huelgas universitarias...

	Personajes	¿Hay algún camarada al que recuerdes particularmente?	¿Cómo era?, ¿cómo vestía?, ¿qué hacía?, ¿qué lo hacía típico/destacado?
	Salida y balances	¿En qué año y por qué saliste del PCM (o sus herederos)?	¿Cómo tomaste la decisión?, ¿cómo la tomaron los otros?, ¿qué efectos tuvo tu salida sobre otras esferas de tu vida, seguiste viendo a la gente?, ¿has tenido participación política desde entonces?, ¿dónde, cuándo?, ¿te consideras aún “comunista”?, ¿por qué?, ¿qué balances haces de tu experiencia y del Partido en general?, ¿qué errores crees que se cometieron, qué aciertos se tuvieron?, ¿al evocar tu militancia comunista... sientes frustración, enojo, nostalgia, decepción? ¿qué piensas de quienes hoy se dicen comunistas? ¿está mejor o peor México sin un PCM? Si el PCM hubiera sido una persona, ¿cómo sería?, ¿cómo vestiría?, ¿cómo sería su carácter?, ¿qué balance haces de tu experiencia en el PCM? ¿qué te evoca “Puedo morir como nací, ¡sabedlo!”
Narración	Temporalidad e interacción	¿En qué años nacieron tus hijos?, ¿cuánto tiempo convivieron en la misma casa, qué clase de contacto tuviste/tienes con ellos?	
	Prácticas de transmisión	¿Qué sabe(n) tu(s) hijo(s) sobre tu pasado político?	¿Qué contaste?, ¿por qué?, ¿en qué circunstancias?, ¿guardas documentos de esa época?, ¿fotografías?, ¿exhibes adornos vinculados con el comunismo en tus muros?, ¿escuchas música con contenido político?, ¿lees literatura militante?, ¿ellos preguntan sobre tu pasado?, ¿cuándo, qué, cómo, qué les respondes?, ¿sabes si le preguntan a alguien más?, ¿conocen tus hijos a tus viejos camaradas?, ¿por qué?, ¿sabes cómo son las familias de tus excamaradas?, ¿qué cuentan los otros a sus hijos?, ¿por qué?
	Silencios	¿Qué cosas no contaste a tu(s) hijo(s) sobre tu experiencia política?	¿Por qué?, ¿fue desgano, vergüenza, percibida falta de interés por su parte, noción de que el tema en general no tiene interés? ¿Sabes de otras familias, qué silencios las cruzan?
	Efectos de transmisión	¿Qué efectos crees que tu pasado político tuvo (o tiene) sobre la crianza de tu(s) hijos(?)	¿A qué escuela los mandaste?, ¿qué te esforzaste por enseñarles?, ¿qué valores intentaste inculcarles?, ¿qué opinan de la política?, ¿leen el periódico?, ¿qué estudiaron?, ¿qué consumen?, ¿votas, votan ellos, cómo votas, cómo votan ellos? ¿qué les diste a leer?, ¿qué consumos o prácticas les prohibiste?, ¿qué relaciones les fomentaste?, ¿los involucraste en actividades políticas (marchas, proselitismo, campañas)?, ¿procuraste que adquirieran compromisos militantes?, ¿lo esperabas, lo celebraste?, ¿hay algo que aprendiste o conociste en el PCM que quisiste mostrarles o transmitirles? (valores, prácticas, costumbres, ideas...), ¿por qué les pusiste esos

			nombres?
Recepción	Apropiación	¿Qué crees que piense(n) tu(s) hijo(s) sobre tu experiencia política?	¿Crees que tus hijos se sienten orgullosos, avergonzados, indiferentes?, ¿crees que entiendan lo que hiciste y por qué lo hiciste?, ¿te importa que lo hagan?, ¿crees que puedan extraer lecciones de lo que tú hiciste, viviste y aprendiste?, ¿por qué, cuáles?, ¿conoces el caso de otros camaradas y sus hijos?, ¿cómo lo comparas con el tuyo en estos aspectos?
	Comparación	¿Cómo comparas tus ideas sobre la política con las de tu(s) hijo(s)?	¿Qué esperas tú del futuro del país, del mundo?, ¿qué opinas de los partidos políticos en general, y de los mexicanos en particular?, ¿de los políticos?, ¿qué opinas de los sindicatos, y de los movimientos sociales, y de los derechos humanos y su defensa?, ¿crees que pueda cambiarse la sociedad?, ¿de qué modo?, ¿en qué plazo?, ¿qué piensan tus hijos sobre estas cuestiones?, ¿qué causas los entusiasman a ellos?, ¿hablan al respecto?, ¿discuten sobre sus desacuerdos?, ¿qué errores crees que ellos cometan en su pensamiento o actuar político?, ¿qué errores sobre tu pensamiento y actuar político te han hecho ver tus hijos?, ¿qué piensas de las ideas y prácticas políticas de las nuevas generaciones?

Guión para hijos de exmilitantes del PCM			
Dim	Temas	Preguntas guía	Relances/sondeos
Apertura	Temporalidad e interacción	¿Cuánto tiempo conviviste con tus padres en la misma casa, cómo caracterizas la relación que tuviste/tienes con ellos?	
Recepción	Representación global	¿Qué sabes sobre el pasado político de tus padres?	¿Cómo sabes cada cosa? Ampliar y relanzar.
	Efectos de transmisión	¿Qué efectos crees que su pasado político tuvo o tiene sobre tu crianza (y la de tus hermanos)?	¿Escuela, relaciones, prohibiciones, consumos, lecturas, canciones...?, ¿ser hijo o hijo y nieto de comunistas te distingue de la gente de tu entorno?, ¿cómo, por qué?, ¿se nota que alguien fue criado por excomunistas?, ¿conoces a otros?, ¿en qué se notaría en ellos?
Narración	Prácticas de transmisión	¿Qué te contaron (a ti y a tus hermanos) tus padres sobre su pasado político?	¿Cuándo te lo contaron, por qué, en qué circunstancias?, ¿fueron renuentes, estaban deseosos, te hostigaron con sus historias, te dejaron lleno de dudas?
Síntoma	Silencios	¿Qué crees que tus padres no te contaron sobre su pasado?	¿Por qué lo crees, por qué crees que no te lo contaron?
Recepción	Búsqueda	Además, de sus relatos ¿Cómo has averiguado lo que sabes sobre el pasado de tus padres?	¿Les preguntaste?, ¿qué, cómo, dónde, cuánto, cuándo, por qué?, ¿qué te dijeron? , ¿quedaste satisfecho?, ¿buscaste más fuentes?, ¿has leído?, ¿buscaste fotografías, cartas, documentos, otras huellas?, ¿estaban a mano en la casa?, ¿las encontraste?, ¿le preguntaste a alguien más?
	Referentes	¿Qué sabes sobre el comunismo?	¿Qué era el PCM?, ¿qué era/es un comunista?, ¿qué hace, qué piensa, qué quiere?, ¿qué hacía tu padre, por qué militó, cuándo salió, por qué salió?, ¿qué fue del comunismo?¿de dónde sacaste la información que tienes?, ¿qué opinión te merecen los grandes murales de Rivera (Palacio Nacional) o de Siqueiros (biblioteca Central)? ¿Son referentes del comunismo para ti?, ¿hay algún lugar de memoria que lo sea? (monumento a Campa, Tlatelolco, Lecumberri), ¿sabías de ellos?, ¿qué sabías?, ¿asociaciones libres con la palabra “Comunismo”, partido?, ¿Te evoca algo “¡Puedo morir como nací, sabedlo!”

Síntoma tología	Transmisión involuntaria	¿En qué se nota que tu(s) padre(s) fue(ron) comunista(s)?	¿Sus amigos, sus opiniones, la orientación de su voto, su ocupación, su forma de vestir, la decoración de su casa, sus preferencias culturales, sus diagnósticos políticos, su actitud frente a la realidad política, su forma de informarse, su amargura, referentes, los libros en los estantes?
Recepción	Apropiación	¿Qué piensas sobre la experiencia política de tu(s) padre(s)?	¿Te sientes orgulloso, avergonzado, indiferente frente a la experiencia política de tus padres?, ¿crees que les importe lo que pienses al respecto?, ¿crees que se puedan extraer lecciones de lo que tu(s) padre(s) hiciste, viviste y aprendiste?, ¿por qué, cuáles?, ¿qué relevancia crees que el PCM haya tenido en la historia de México, y el comunismo en la del mundo? ¿conoces el caso de otros hijos de comunistas?, ¿cómo lo comparas con el tuyo en estos aspectos?, ¿cómo comparas la época de su militancia con el tuyo?
	Espacio de experiencia	¿Tienes o has tenido participación política?	¿Por qué? ¿Dónde, cómo, cuánto tiempo? ¿Cómo debería ser una organización política para que sintieras deseos de participar de ella?
	Comparación	¿Cómo comparas tus ideas sobre la política con las de tu(s) padre(s)?	¿Qué esperas tú del futuro del país, del mundo?, ¿qué opinas de los partidos políticos en general, y de los mexicanos en particular?, ¿de los políticos?, ¿qué opinas de los sindicatos, y de los movimientos sociales, y de los derechos humanos y su defensa?, ¿crees que pueda cambiarse la sociedad?, ¿de qué modo?, ¿en qué plazo?, ¿qué piensan tus padres sobre estas cuestiones?, ¿qué causas los entusiasmaban a ellos?, ¿hablan al respecto?, ¿discuten sobre sus desacuerdos?, ¿qué errores crees que ellos cometieron en su pensamiento o actuar político?, ¿qué errores sobre tu pensamiento y actuar político te han hecho ver tus padres?, ¿qué piensas de las ideas y prácticas políticas de las viejas generaciones?, ¿te consideras comunista, por qué?



### **Anexo 3: Crítica al concepto de grupo de la teoría de los marcos colectivos de la memoria**

Las ideas fundacionales de Maurice Halbwachs son referencia obligada porque han sido extremadamente fecundas para el estudio de la memoria social, si bien sus seguidores a veces prefieren el concepto de “memoria cultural”. Pero nuestra atención deberá concentrarse en ellas por un motivo adicional: se trata de un marco conceptual tentador para pensar el problema de la transmisión de memoria y cultura partidarias en las familias de exmilitantes del PCM. Esto hace que nuestra decisión de no usarlo e inclinarnos por un diseño de teoría fundamentada deba estar fundamentada con algún detalle.

El argumento básico de Halbwachs es el siguiente: “uno sólo recuerda a condición de situarse en el punto de vista de uno o varios grupos y volver a colocarse en una o varias corrientes de pensamiento colectivo”<sup>47</sup> (2004b:36). Para él “recordar” es “reconstruir el pasado”, pero los insumos para efectuar esa operación no se encuentran en nuestra conciencia o subconsciente individual, sino en la memoria de los grupos a los que impactaron y de los que formamos parte. Estos grupos nos facilitarían “marcos” con los cuales dotar de sentido las impresiones dejadas por la experiencia en nosotros. Recordamos, entonces, siempre recurriendo a la perspectiva del grupo –a la que podemos acceder únicamente en la medida en que de algún modo continúe existiendo y en algún sentido continuemos formando parte de él. Correlativamente, olvidamos cuando abandonamos los grupos o estos desaparecen.

Este esquema es relevante para nuestra investigación porque, en efecto, podemos concebir el objeto de estudio del siguiente modo: el Partido Comunista Mexicano era un grupo que dejó de existir; y las familias de exmilitantes entrevistadas también son grupos; a cada uno corresponden memorias colectivas distintas y potencialmente entrecruzadas. Partiendo de ese planteamiento, podríamos comenzar a derivar todo tipo

---

<sup>47</sup> Otra fórmula sintética: “los recuerdos son evocados desde afuera, y los grupos de los que formo parte me ofrecen en cada momento los medios de reconstruirlos, siempre y cuando me acerque a ellos y adopte, al menos, temporalmente sus modos de pensar” (2004a: 9)

de hipótesis: los exmilitantes recuerdan poco porque el grupo-PCM se disolvió, los eventos que impactaron simultáneamente al grupo-PCM y al grupo-familia son recordados por los hijos porque se sitúan en la intersección entre ambos grupos; los exmilitantes que tras la disolución del grupo-PCM formaron nuevos grupos con las mismas personas recuerdan más que los que no lo hicieron; etc. En efecto, a primera vista, estas hipótesis son consistentes con la evidencia recolectada: es esto lo que tenía en mente cuando anoté que el marco conceptual era tentador. Pero el problema aquí no es empírico, sino teórico y metodológico. Tratándose ésta de una investigación empírica, me concentraré en explicitar problemas de esta teoría desde el ángulo metodológico. Básicamente exploraré un problema básico de la teoría de Halbwachs: el concepto de “grupo”. Existen otros aspectos de la teoría que ameritarían crítica, por ejemplo la idea misma de que pueda “recordarse mucho” y “poco” (¿cuál es la totalidad de referencia?), o “fácil” y “difícilmente” (¿cómo se establece la escala?), sin embargo usaremos el concepto “grupo” porque sus problemas son parte de la herencia incuestionada de esta tradición analítica.

En la teoría de los marcos sociales la noción de pertenencia grupal es equívoca: en ocasiones es producto de la interacción efectiva entre los miembros del grupo y a veces es producto de la permanencia del “impulso” del grupo en el individuo, pues el colectivo habría dejado su impronta en la subjetividad del sujeto aún tras el fin de sus interacciones con otros miembros –o la desaparición misma de cualquier interacción grupal efectiva. No es difícil ver que el hecho de la existencia de un grupo es igualmente equívoco: si basta con que uno de los miembros sienta aún el impulso del grupo para que digamos que pertenece a él, es suficiente con que sólo él lo sienta para que digamos que hay un grupo –así este individuo sea el único o el último de los suyos. Esta idea del “impulso”, a veces expresada como “encuentro en mí muchas ideas y formas de pensar que no habría aprendido solo, y gracias a las cuales sigo en contacto con ellos” (2004a: 27) o “datos o nociones comunes que se encuentran en nuestra mente al igual que en la de los demás, porque pasan sin cesar de éstos a aquélla y viceversa” (2004a: 34) refleja la impronta del marco conceptual de Émile Durkheim, quien fue mentor de Halbwachs. En la conclusión de *Las formas elementales de la vida religiosa* Durkheim había

marcado las pautas al argumentar que prácticamente todo el pensamiento humano era social:

El concepto es una representación esencialmente impersonal: las inteligencias humanas se comunican por él. La naturaleza del concepto, así definido, denuncia sus orígenes. Si es común a todos, es porque es obra de la comunidad. Ya que no lleva el sello de ninguna inteligencia particular, es porque está elaborado por una inteligencia única donde se encuentran todas las otras y van, de alguna manera, a alimentarse. Si tiene más estabilidad que las sensaciones o que las imágenes, es porque las representaciones colectivas son más estables que las representaciones individuales; pues, mientras que el individuo es sensible hasta a los débiles cambios que se producen en su medio interno o externo, sólo los acontecimientos de gravedad suficiente pueden lograr la tranquilidad mental de la sociedad. Cada vez que estamos en presencia de un tipo de pensamiento o de acción, que se impone de un modo uniforme a las voluntades o a las inteligencias particulares, esta presión ejercida sobre el individuo revela la intervención de la colectividad. Por otra parte, decíamos precedentemente que los conceptos con los cuales pensamos corrientemente son los que están consignados en el vocabulario. Pues bien, no hay duda de que el lenguaje y, en consecuencia, el sistema de conceptos que él traduce, es el producto de una elaboración colectiva. Lo que él expresa, es la manera en que la sociedad en su conjunto se representa los objetos de la experiencia. Las nociones que corresponden a los diversos elementos de la lengua son, pues, representaciones colectivas (1912: 661).

Religión, conceptos y vocabulario, todos vienen de fuera. Halbwachs sólo extendió el argumento durkheimiano hacia una región de la subjetividad que el maestro omitió al intentar demostrar que también la memoria es social.<sup>48</sup> El problema al que se enfrentó es que los miembros de las mismas sociedades –que al menos aproximadamente hablan la misma lengua y usan los mismos conceptos- tienen recuerdos de lo más diverso. Para dar cuenta de esta variabilidad desde un ángulo colectivista elaboró el concepto de “grupos” e intentó explicar todo tipo de fenómenos de memoria a partir de transformaciones y combinaciones de las “corrientes de pensamiento” grupales, así como de las “situaciones” de los individuos con respecto a los grupos. La ambigüedad del concepto de grupo que discutíamos arriba es producto de este ajuste: “el grupo” de Halbwachs funciona *a la vez* como la “sociedad” durkheimiana (que era una totalidad) y como un entorno interaccional real. Esto hace que las naciones, las ciudades, las familias, alumnos y profesores, los partidos políticos, las corrientes artísticas y dos personas que pasean juntas por una avenida sean, *todos*, “grupos”. Es difícil enfatizar lo problemático que resulta este aspecto de la teoría. Notemos, para empezar, que la ruta explicativa delimitada por estos conceptos implica que a cada

---

<sup>48</sup> “[...] los recuerdos son evocados desde afuera, y los grupos de los que formo parte me ofrecen en cada momento los medios de reconstruirlos, siempre y cuando me acerque a ellos y adopte, al menos, temporalmente sus modos de pensar” (2004b: 9)

recuerdo corresponde uno (o más) marcos colectivos de memoria, lo cual a su vez implica que para explicar el hecho de que alguien recuerde algo de un determinado modo debemos identificar cuál es el grupo o los grupos que le proveen de la perspectiva de recordación empleada. Ante la proliferación *ad infinitum* de “grupos” a los que pertenecen y han pertenecido los sujetos y ante la dificultad de establecer si un grupo existe aún o no (puesto que para que exista basta con que uno de sus miembros “sienta aún su impulso”) *nunca tendremos claro a cuál marco de memoria está apelando un sujeto para reconstruir un determinado recuerdo*. Cualquier interacción humana que haya dejado en él una impronta subjetiva *hace surgir instantáneamente un grupo que existe mientras la impronta permanezca*. El ejemplo de Halbwachs que más netamente expresa esta proliferación sin fin es el de una pareja de amantes en la cual uno está muy involucrado y el otro no. Disuelto el amorío, para intentar explicar por qué pueden recordar algo de lo ocurrido, Halbwachs establece que son un grupo; y para explicar más tarde por qué uno recuerda más que el otro, argumenta que la implicación personal con el grupo del más enamorado hizo que la impronta fuera mayor en él. Estamos entonces claros: donde dos personas tienen un intercambio significativo *al menos para una de ellas* estaríamos ya hablando de un grupo. Ahora bien, este problema todavía se complejiza más, porque la teoría de los marcos sociales de la memoria, en su vertiente original, se pretende total, es decir, aspira a explicar *todos los eventos del tipo “recordar”, sin excepción alguna*. Veamos cómo trabaja con un caso límite.

El caso límite que pone a prueba la teoría es el de una persona recordando algo que le ocurrió estando aislada y que jamás contó a nadie, y Halbwachs lo aborda cuando cita en *La memoria colectiva* a un adulto que tiene el recuerdo infantil de haber explorado, solo, una casa abandonada y hundirse en un hoyo. Nunca lo relató. ¿Cómo fue posible que este hombre recordara, cuál es el marco social que se lo permitió? Halbwachs dice que en realidad se trata de la intersección de dos marcos: uno es el de su familia, pues “pensaba en los suyos y sólo estaba solo en apariencia”, y otro es un “grupo imaginario”, porque “a un niño le da miedo la oscuridad o perderse en un lugar desierto, porque puebla este lugar de enemigos imaginarios, porque en esta oscuridad

teme enfrentarse a seres peligrosos desconocidos.”<sup>49</sup> Lo primero lo habíamos tratado ya: nunca estamos realmente solos porque necesariamente llevamos con y en nosotros la impronta de todos los grupos de los que hemos formado parte. Pero lo segundo, la agrupación imaginaria, hace que los problemas no dejen de acumularse. Primero, necesitamos admitir que el grupo imaginario de “seres peligrosos desconocidos” que –hipotéticamente- pueblan a ojos del niño la casa abandonada tiene de algún modo el mismo estatuto que la familia a la que pertenece el crío. Supongamos que somos capaces de realizar esta operación de equivalencia: ahora tenemos un nuevo problema. ¿Cuáles son los hechos que impactaron la historia de un grupo imaginario, que por tanto se conservan en su memoria colectiva, lo que posibilita su reconstrucción en forma de recuerdos? Naturalmente, ninguno. Que el niño se hundiera en el pozo no marcó la historia de ese grupo de “enemigos imaginarios” por la sencilla razón de que ese grupo no existe. Se podrá decir que existió en la conciencia del niño, que él mismo formó parte del grupo –que incluiría, entonces, “seres desconocidos” y un niño- y que él puede recordarlo porque, como adulto, recurre al “marco social” de ese grupo. Pero eso supone que el adulto, que probablemente no crea ya en esos seres desconocidos –si es que alguna vez lo hizo-, pertenece aún al grupo imaginario que formó, en su cabeza, con ellos. ¿Cómo es eso posible, cómo pudo conservarse la impronta de la agrupación que le provee de ese marco de memoria cuando él mismo ha cesado de prestarle el soporte de su imaginación, que era –si acaso- su única materialidad? ¿Basta con que un individuo lo imagine para que un grupo exista, basta con que lo haya imaginado una vez para que exista por siempre y le provea a este individuo un “marco social de memoria” con el cual recordar lo que marcó su ilusoria existencia? En suma, vemos que la vertiente

---

<sup>49</sup> Estas dos ideas –la soledad aparente y los grupos imaginarios- son constitutivas de la teoría y no sólo fórmulas desafortunadas. Halbwachs afirma categóricamente en otro punto “En realidad nunca estamos solos [...] llevamos siempre con nosotros y en nosotros una determinada cantidad de personas que no se confunden” (2004a: 26). Esto nos remite a la idea durkheimiana de grupos introyectados que ya abordábamos en el párrafo anterior: *nunca* estamos solos porque llevamos *en nosotros* la impronta de todos los grupos de los que hemos formado parte. Ahora volvamos a los grupos imaginarios. Halbwachs, refiriéndose a un hombre que, meditabundo, no se involucra en un viaje del modo en que lo hacen sus compañeros, apunta: “nuestras reflexiones seguían un curso del que ellos quedaban al margen. Llevábamos con nosotros, efectivamente, sentimientos e ideas que tenían su origen en otros *grupos, reales o imaginarios*: nos entrevistábamos interiormente con otras personas; recorriendo este país, *lo poblábamos con el pensamiento de otros seres*” (2004a: 34, el énfasis es mío). Aquí lo tenemos: lo que posibilitaría que recordásemos cosas que –aparentemente- sólo vivimos nosotros es la agrupación –real o imaginaria y en nuestra mente- de esos otros interiorizados.

*totalizadora* del argumento halbwachiano (*toda* recordación se apoya *necesariamente* en un marco social que provee un colectivo del que el individuo que recuerda forma parte) es problemática porque requiere de un concepto *ad hoc* (“grupos imaginarios”) para resolver los casos límite (individuos aislados recordando sucesos ocurridos cuando estaban solos que nunca relataron). Esta es la última vuelta de tuerca de lo que llamaremos “el problema de la proliferación de los grupos”. Nos parecía excesivo que bastara la interacción efímera de dos individuos desigualmente involucrados en un romance para hacer surgir un grupo que proveyera el marco de memoria con el cual sus miembros podían recordar; vemos ahora que, en realidad, basta con la fantasía de un individuo aislado. El caso límite tiene la virtud de llevar el problema hasta sus últimas consecuencias: los grupos de Halbwachs no tienen fin.

El problema de proliferación de los grupos no viene sólo, se acompaña de tres más: el problema de la agregación, el problema de la membrecía y el problema de la actualidad. En otras palabras, la escala de los grupos es incierta, la determinación de quién forma parte de ellos todavía más y nunca es obvio si siguen existiendo o no. Vamos en orden.

Halbwachs da el ejemplo de un conjunto de viejos compañeros escolares que se reúnen a recordar los viejos tiempos. Para explicar el hecho de que puedan recordar, procede a identificar el grupo que provee el marco de memoria, y establece que se trata de la clase. Pero Halbwachs encuentra su propia objeción: el profesor probablemente no recuerde, ni aún con el auxilio de sus viejos estudiantes, nada de lo que estos evocan. ¿Por qué? Los alumnos se acuerdan del profesor pero el profesor no de los alumnos porque para aquéllos el grupo-clase “vivirá todavía algún tiempo”, mientras que para éste

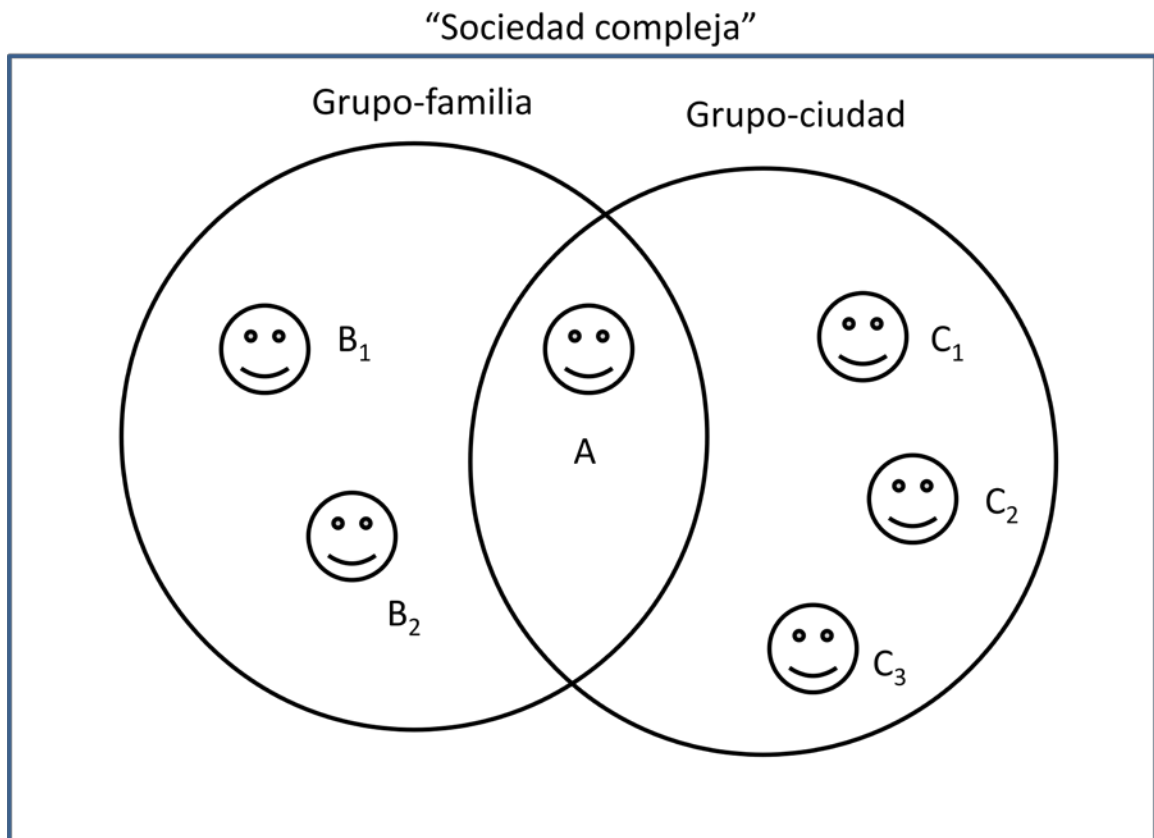
no existe ningún grupo duradero, del que [...] siga formando parte, en el que haya tenido ocasión de volver a pensar, y desde cuyo punto de vista pueda volver a colocarse, para recordar con él el pasado [...] Si sigue habiendo testigos [...] es porque dentro de la clase, con algunos compañeros, o bien fuera de la clase, con sus padres, formaban pequeñas comunidades más estrechas, en todo caso más duraderas y porque los acontecimientos de la clase interesaban también a estas sociedades más reducidas, tenían su repercusión en ellas y dejaban marca. Pero el profesor estaba al margen, o al menos, si los miembros de esas sociedades lo incluían, él no sabía nada (2004a: 30).

Tenemos entonces grupos efímeros y grupos duraderos, y lo son de un modo para algunos de sus miembros –el profesor- y de otro para otros –los alumnos. Veamos ahora el problema de la agregación: ¿por qué no seguir agrupando?, ¿cuál fue el criterio para definir que el grupo era “la clase” y no “dos clases” o “todos los alumnos de la escuela” o “todos los que estudian y trabajan en la escuela”? En el otro sentido, ¿por qué no seguir subdividiendo?, ¿por qué el grupo no habría de ser “los de la primera fila” o “los que siempre se sientan en el rincón”? Esto se complica todavía más cuando se introduce la noción de “interacción entre grupos”:

Un grupo entra normalmente en relación con otros grupos. Existen muchos hechos que son el resultado de contactos parecidos, y muchas nociones que no tienen otro origen. A veces, estas relaciones o estos contactos son permanentes, o bien se repiten con bastante frecuencia y se prolongan durante bastante tiempo. Por ejemplo, cuando una familia vive durante mucho tiempo en la misma ciudad, o cerca de los mismos amigos, ciudad y familia, amigos y familia constituyen sociedades complejas. Entonces nacen los recuerdos, incluidos en dos marcos de pensamientos que son comunes a los miembros de ambos grupos. *Para reconocer un recuerdo de este tipo, hay que formar parte al mismo tiempo de uno y de otro.* Es una condición que cumple, durante un tiempo, una parte de los habitantes de la ciudad, una parte de los miembros de la familia. Sin embargo, se cumple de manera desigual durante diversos momentos, según el interés que éstos demuestren por la ciudad o por su familia. *De hecho, basta con que algunos de los familiares dejen esta ciudad y se vayan a vivir a otra, para que tengan menos facilidad para acordarse de lo que recordaban únicamente porque estaban a la vez en dos corrientes de pensamiento colectivo convergentes, mientras que en el momento actual experimentan casi exclusivamente la acción de una de ellas.* Además, porque sólo una parte de los miembros de estos grupos se incluye en la otra, y recíprocamente cada una de estas dos influencias colectivas es más débil que si se ejerciera sola. Efectivamente, no es el grupo entero, por ejemplo, no es la familia, sino una sola fracción, la que puede ayudar a uno de los suyos a recordar este tipo de recuerdos. Nos tenemos que encontrar y poner en condiciones que permitan a estas dos influencias combinar del mejor modo posible su acción, para que reaparezca el recuerdo y lo reconozcamos. (2004a: 45-6, el énfasis es mío)

Vemos que la interacción entre grupos representa un salto cualitativo en la complejidad del esquema, pero no sin consecuencias problemáticas. Notemos que en el ejemplo citado hay tres grupos: el “grupo-familia”, el “grupo-ciudad” y el “grupo-amigos” Concentrémonos en los dos primeros que, se nos dice, interactúan entre sí con el siguiente efecto: cuando la familia vive en la ciudad sus miembros están bajo la influencia convergente de dos corrientes de pensamiento colectivo, lo que les permite recordar los eventos de entrecruzamiento entre esos dos grupos. Podríamos pensar en algo así:

### Ilustración 11: Interacción entre “grupo-familia” y “grupo-ciudad” (I)

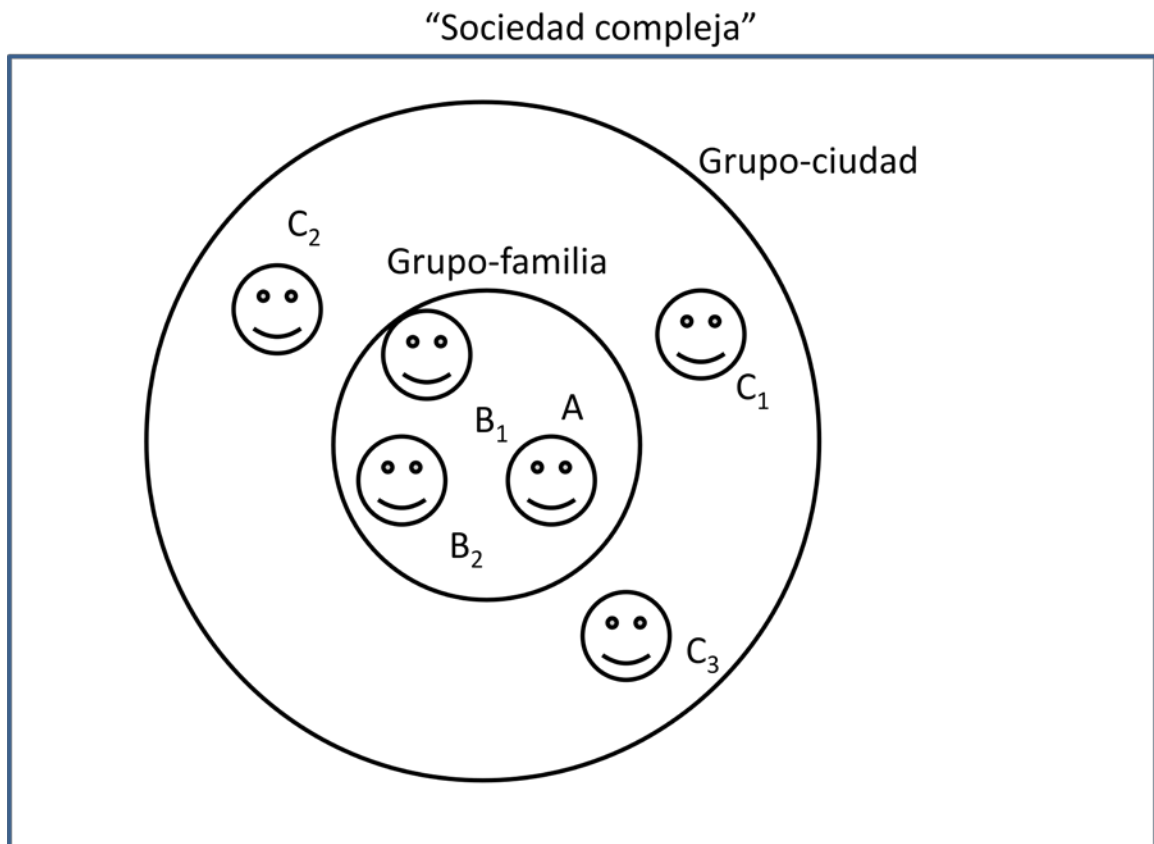


Fuente: Elaboración propia con Power Point.

En el diagrama, el grupo-familia y el grupo-ciudad interactúan, pero sólo el individuo A forma parte de ambos: sólo él está bajo la influencia de ambas corrientes de pensamiento, y sólo él está en condiciones de “reconocer un recuerdo” de un “hecho” que es producto de la relación de los grupos. Sin embargo, no es evidente por qué los dos grupos conservan su autonomía, ¿por qué no agregarlos? Tampoco es evidente por qué, en el argumento, la familia se divide internamente en “fracciones” pero la ciudad no, o por qué las familias no serían “fracciones” de la ciudad. En realidad, bien podríamos interpretar el ejemplo del siguiente modo:



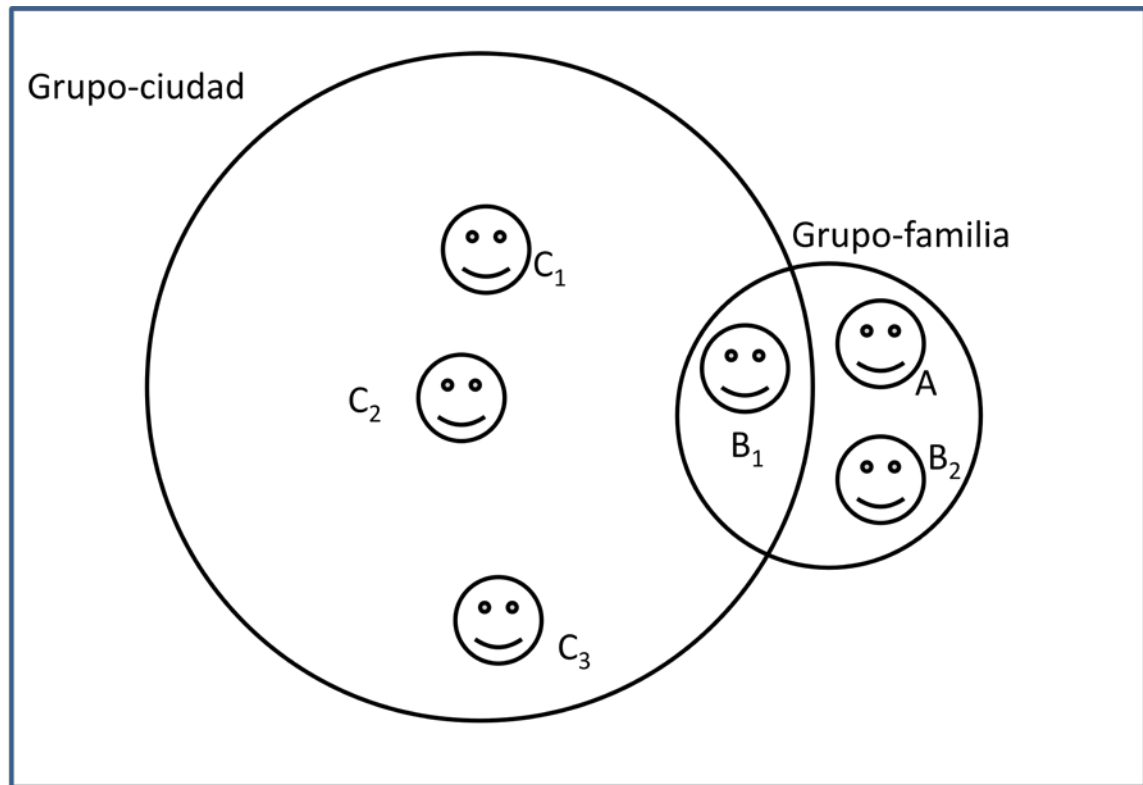
## Ilustración 12: Interacción entre “grupo-familia” y “grupo-ciudad” (II)



Fuente: Elaboración propia con Power Point.

En esta nueva versión del diagrama hemos resuelto un problema: ahora vemos que toda la gente que vive en la ciudad forma parte del grupo-ciudad, y los que son miembros de la familia forman, *adicionalmente*, parte del grupo-familia. Resulta menos evidente qué es lo que distingue al sujeto A de sus familiares, pero podemos decir que él, como ocurría con el amante desapegado, tiene un involucramiento mayor con el grupo-ciudad que sus parientes—más adelante volveremos sobre esto. Diagramemos el tiempo 2, el de la recordación, caracterizado por el hecho de que “algunos de los familiares dejan la ciudad”, suponiendo que son A y B<sub>2</sub> quienes se mudan:

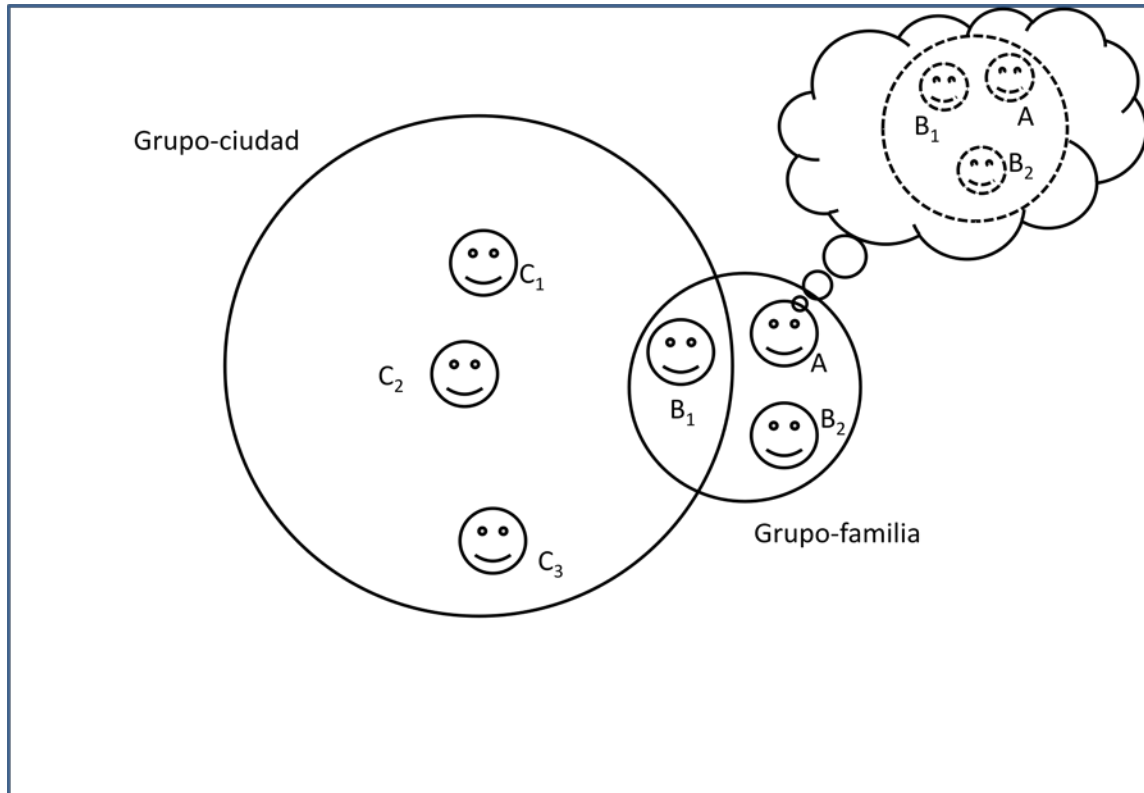
### Ilustración 13: Interacción entre “grupo-familia” y “grupo-ciudad” (III)



Fuente: Elaboración propia con Power Point.

Según Halbwachs, ahora los miembros de la familia tienen menos facilidad para recordar porque han dejado de estar bajo la influencia de las dos corrientes de pensamiento relevantes (“en el momento actual experimentan casi exclusivamente la acción de una de ellas”). Esto es bastante extraño: los familiares que se mudan dejan de estar bajo la influencia de la corriente de pensamiento del grupo-ciudad porque ya no viven ahí, pero el hecho de que el grupo-familia se divida en varias unidades distribuidas en ciudades distintas no trae consigo que sus miembros experimenten menos la acción de la corriente de pensamiento familiar. En un caso, dejamos de pertenecer a un grupo al desplazarnos físicamente fuera del ámbito de sus interacciones; en el otro, el desplazamiento no tiene efecto alguno sobre nuestra pertenencia. El grupo-familia opera como una sociedad durkheimiana: llevamos su impronta a donde sea que vayamos. Pero el grupo-ciudad no: su impronta parece desvanecerse cuando las interacciones con los otros miembros cesan.

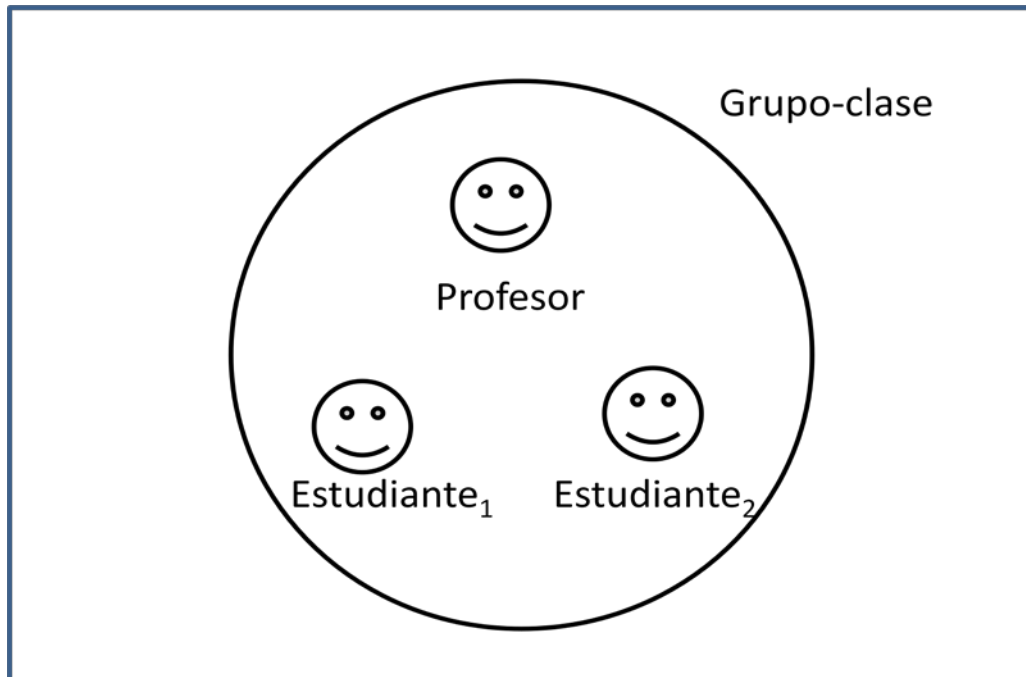
### Ilustración 14: Interacción entre “grupo-familia” y “grupo-ciudad” (IV)



Fuente: Elaboración propia con Power Point.

En la mente de A vive el grupo-familia, por tanto A puede recordar los hechos que impactaron al grupo-familia. Sin embargo, por algún motivo, no ocurre lo mismo con el grupo-ciudad. ¿Cuál es el problema aquí? Lo que pasa es lo siguiente: en apariencia, el concepto de grupo designa siempre el mismo tipo de entidad; pero en realidad hay supuestos distintos operando detrás de cada uso. Se entra y se sale del grupo-ciudad mudándose; pero al grupo-familia se entra por parentesco y aparentemente no hay escapatoria. Veamos qué ocurre cuando diagramamos el caso de los compañeros de clase:

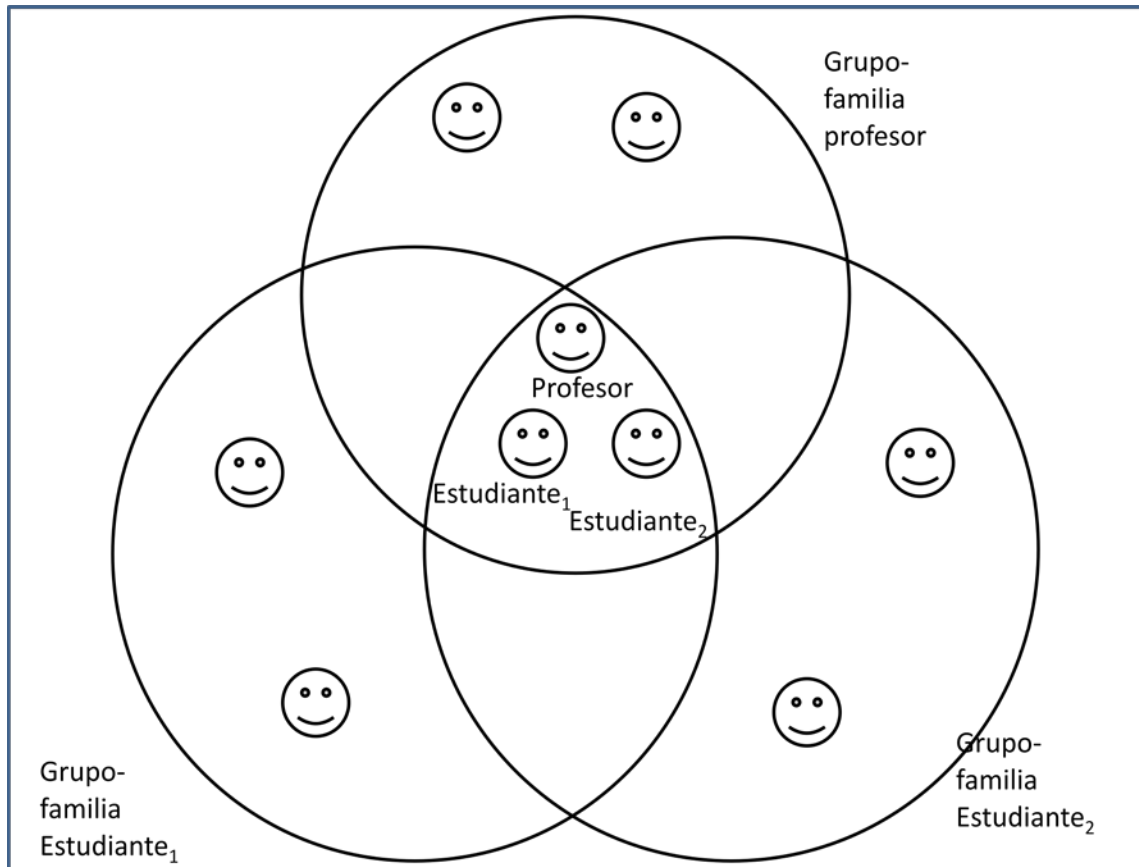
### Ilustración 15: “Grupo-clase” (I)



Fuente: Elaboración propia con Power Point.

Vemos al profesor y a los alumnos formando parte del mismo grupo durante el periodo que estuvieron juntos en la escuela. No es claro, sin embargo, por qué estos individuos *se agregaron* en un grupo-clase y no ocurrió lo siguiente:

## Ilustración 16: “Grupo-clase” (II)



Fuente: Elaboración propia con Power Point.

Aquí tenemos otro giro del problema de la agregación de los grupos: nunca es claro cuando la interacción entre individuos forma grupos nuevos y cuando debe ser vista únicamente como contacto entre grupos preexistentes. Consecuentemente, es incierto cuando un recuerdo se asocia al marco de memoria de un grupo o a la acción convergente de varios marcos. Dicho lo anterior, pasemos al tercer problema, el de la membresía.

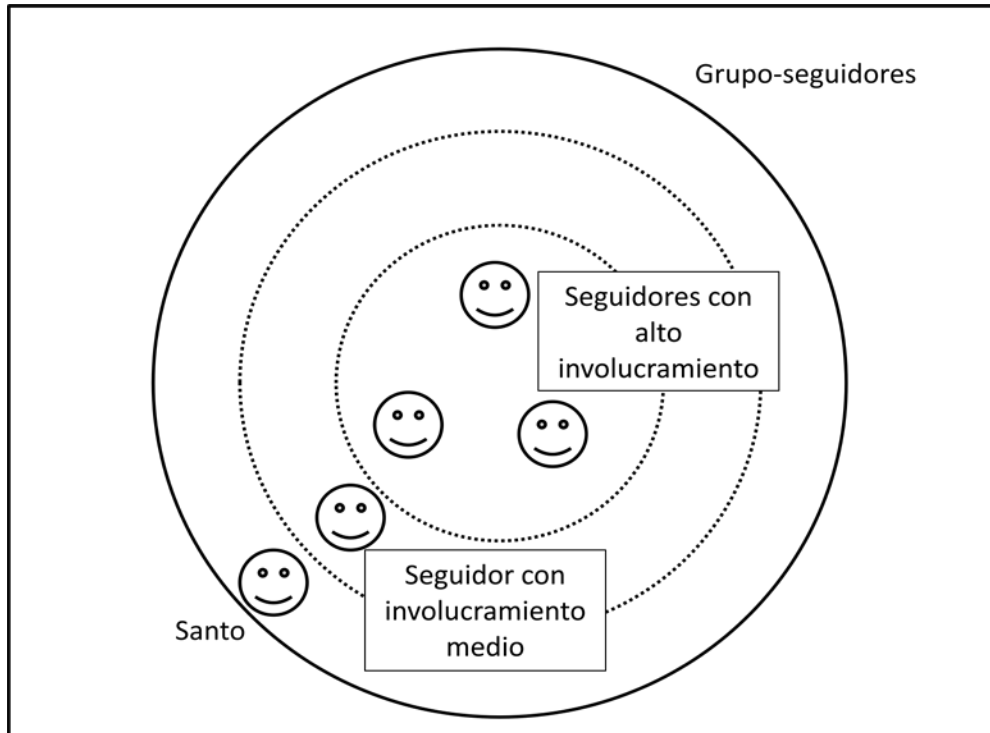
Halbwachs establece que “Los grupos de los que formo parte en las distintas épocas no son los mismos”. Esto es fundamental para la teoría porque el hecho de que un individuo sea incapaz de recordar un evento es explicado como el resultado de su desvinculación del grupo cuyos marcos posibilitan la recordación del suceso. Reparemos ahora en que hay dos variables que relacionan a un sujeto con un grupo. Una es dicotómica (pertenece o no pertenece) y la otra es continua (nivel de implicación en el

grupo). Ya vimos que el nivel de implicación explicaba que un miembro de una pareja de amantes recordara y el otro no. Veamos ahora un ejemplo más sofisticado:

[...] en las sociedades de cualquier naturaleza que formen los hombres, uno de ellos no se hace una idea precisa del lugar que ocupa en el pensamiento de los demás [...] un hombre muy devoto [...] se extrañaría mucho si resucitase y si pudiera leer su leyenda: sin embargo, ésta fue compuesta con ayuda de recuerdos cuidadosamente conservados, y redactados con fe, por aquellos con quienes compartió aquella parte de su vida que contaron. En este caso, es probable que muchos de los hechos recopilados, que el santo no reconocería, no se hayan producido; pero quizás haya algunos que no le hayan llamado en absoluto la atención, porque la concentraba en la imagen interior de Dios, y se hayan fijado en ellos quienes le rodeaban, porque su atención se fijaba en él. (2004a: 31).

El hecho de que el santo no recuerde los mismos hechos de su vida que los seguidores es problemático para la teoría de Halbwachs porque, según parece, todos forman un grupo. La solución que encuentra es postular que unos miembros del grupo “se fijan” en unos hechos y otros en otros porque tienen distinto nivel de involucramiento con el colectivo. Si representamos gráficamente el nivel de involucramiento como cercanía al centro de un círculo, podríamos diagramar la situación así:

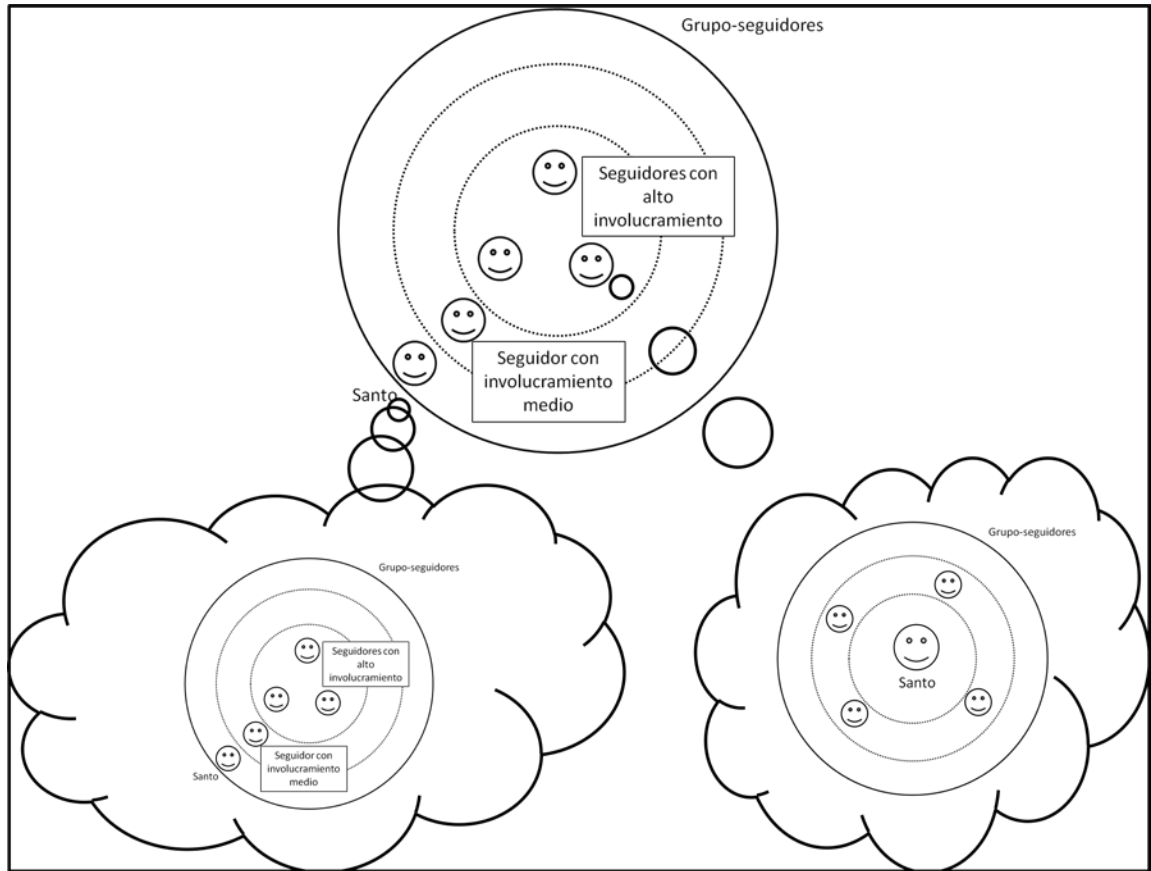
### Ilustración 17: Posición y nivel de involucramiento en “grupo-santo y seguidores” (I)



Fuente: Elaboración propia con Power Point.

En un tiempo dos –suponiendo que el santo no haya muerto y tenga ocasión de leer su hagiografía en vida- tendríamos la siguiente situación:

## Ilustración 18: Posición y nivel de involucramiento en “grupo-santo y seguidores” (II)



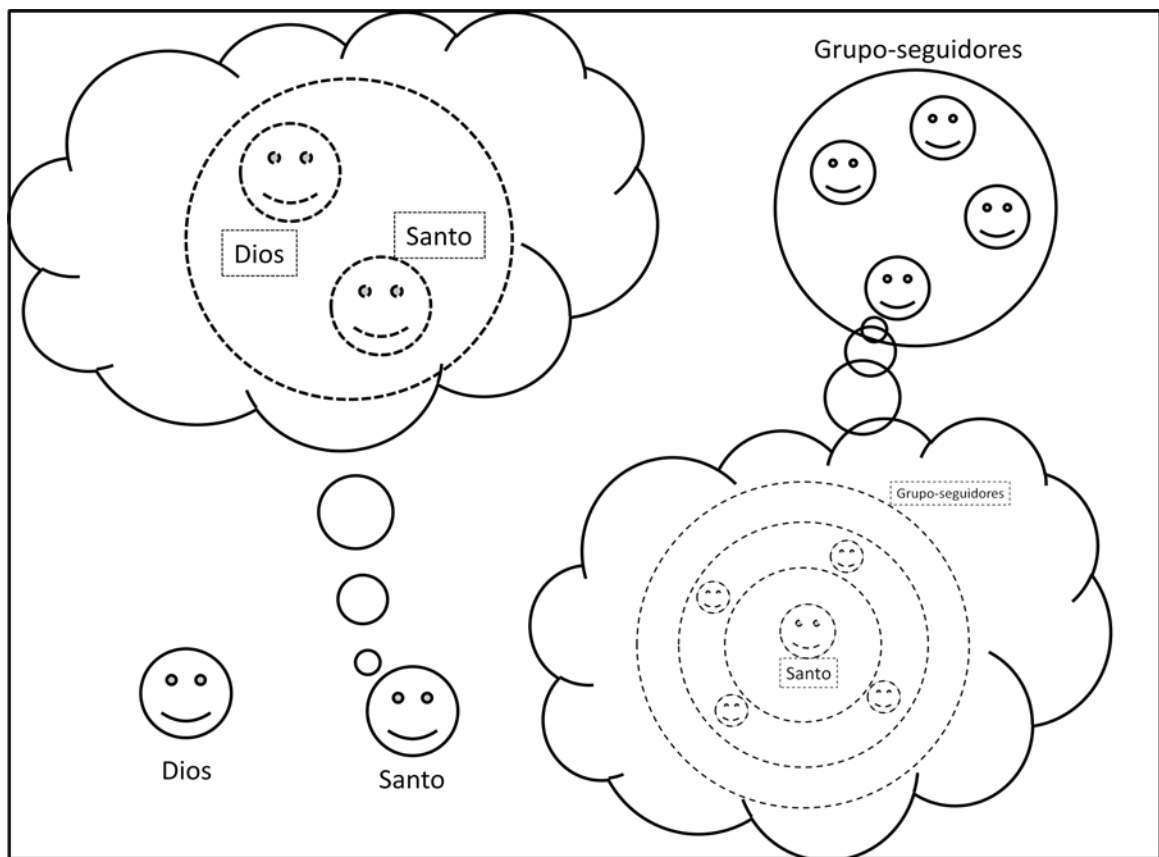
Fuente: Elaboración propia con Power Point.

En el diagrama vemos que dos miembros del grupo recuerdan de forma distinta. Si bien el santo ocupa el lugar de menor involucramiento subjetivo en el grupo actual que forma con sus seguidores, sus acciones ocupan el lugar de máxima relevancia en el recuerdo que ellos tienen. Esto es muy curioso: según Halbwachs, el santo “no se hace una idea precisa del lugar que ocupa en el grupo” porque su atención está concentrada en la imagen interior de Dios, y esa es la causa de que no se fije en lo mismo que los demás. Esto supone que “el lugar que ocupa en el grupo” es algo inequívoco, pero lo cierto es que no hay ninguna razón para que lo pensemos así: ¿por qué usaríamos la opinión que tienen los seguidores sobre el lugar que ocupa el santo en el grupo y no la del propio santo? ¿A causa de que los seguidores son más?, ¿y si el grupo tuviera la mitad de santos y la mitad de seguidores? No hay nada obvio en la noción de “nivel de involucramiento” porque no hay nada obvio en cuál es la esencia del grupo con la que se



puede estar más o menos comprometido. Pero esto es sólo una parte del problema. Recordemos lo que sabíamos en general sobre la membrecía grupal. Halbwachs dice que soy miembro de un grupo cuando “encuentro en mí muchas ideas y formas de pensar que no habría aprendido solo, y gracias a las cuales sigo en contacto con ellos”; que quienes han salido de un grupo “ya no piensan en quienes fueron sus socios o compañeros.”, que los miembros tienen “datos o nociones comunes que se encuentran en nuestra mente al igual que en la de los demás”. Considerando estos criterios, ¿en qué sentido podemos decir que el santo pertenecía al mismo grupo que sus seguidores si no se fijaba en las mismas cosas que ellos? El mismo Halbwachs nos decía que estaba absorto en la contemplación de Dios. ¿Por qué entonces no debemos pensar la situación de este modo?

**Ilustración 19: Posición y nivel de involucramiento en “grupo-santo y seguidores” (III)**



Fuente: Elaboración propia con Power Point.

En este nuevo esquema, los seguidores y el santo no forman en realidad parte del mismo grupo, aunque los seguidores así lo piensen. En su reconstrucción de pasado, ellos lo colocan en el centro. Pero lo que el santo recuerda de ese pasado fue su contemplación de dios porque era con él con quien realmente estaba –poco importa que dios no sea un sujeto material, ya habíamos visto que los “enemigos imaginarios” bastaban para generar un grupo. ¿Pero cómo puede ser que el santo no forme parte del grupo con el que comparte su vida? Lo que está haciendo ruido no es “el nivel de involucramiento” –otro concepto *ad hoc*- sino el supuesto de que los grupos son entidades objetivas discretas. Y este supuesto no es opcional para la teoría: no olvidemos que el fenómeno “alguien-recuerda-algo” recae explicativamente en las pertenencias grupales de ese alguien: *necesitamos* poder determinar de forma inequívoca esas pertenencias, lo cual supone que podemos especificarlas exteriormente –es decir, que estamos en situación de decidir si el santo forma o no parte del grupo y qué lugar ocupa realmente en éste sin importar lo que al respecto éste piense. Volvamos al ejemplo de los amantes desigualmente involucrados. Halbwachs quiere que el que está poco involucrado recuerde menos que el que lo está mucho. El hecho de que sean dos acentúa los problemas que ya teníamos con el santo y sus seguidores: ¿cómo decidimos cuál de los dos está muy involucrado y cuál lo está poco? ¿Qué perspectiva usamos? Pero la complicación no se acaba allí. En realidad, como basta con que para una de las partes la interacción sea significativa para que forme parte del grupo, es del todo irrelevante que la otra parte sea siquiera consiente de la interacción. Pensemos en un sujeto que imagina una serie de interacciones significativas con otro porque interpreta equívocamente sus gestos –si podíamos interactuar con seres imaginarios, no veo por qué no podamos hacerlo imaginariamente con seres reales. El resultado es que, desde la perspectiva de la persona enamorada, hubo un grupo. Pero desde la perspectiva del otro, que nunca se enteró, no lo hubo (el ejemplo funciona también con el santo, nos basta suponer que su abstracción mística es de tal magnitud que ni siquiera se da cuenta de que está interactuando con sus seguidores, quienes, por su parte, atribuyen gran importancia a esos contactos). Si una persona se agrupa imaginariamente con otras, ¿hay o no hay un grupo? La cuestión aquí es que para la teoría es indispensable que lo haya, porque en caso contrario no es capaz de explicar que el sujeto recuerde esas supuestas

interacciones. De nueva cuenta vemos operar problemáticamente el supuesto de la objetividad de los grupos, ya que al mismo tiempo se apoya en la conciencia de los sujetos (el enamorado  *cree*  que hubo un grupo y eso hace surgir al grupo) y colisiona con ella (el objeto de ese amor, ignorante de lo que el otro ha proyectado sobre él,  *no cree*  que haya un grupo pero eso no basta para que el grupo no exista). Y también de nueva cuenta entramos en contradicción: si lo que hace a los individuos miembros de un grupo son las coordenadas subjetivas (“ideas”, “formas de pensar”, etc.) comunes con otros miembros del grupo, ¿en qué sentido los dos amantes son miembros del mismo grupo? Si el único miembro real del grupo soy yo, y el grupo es producto de que yo proyecte erróneamente coincidencias sobre sujetos que en realidad no coinciden conmigo ¿en qué sentido relevante hay un grupo? Demos una vuelta más de tuerca al problema de la membrecía antes de pasar al siguiente punto.

Si se me permite la referencia popular, recordemos una vieja caricatura de la Warner Brothers: Pepe le Pew ( *Pepé Le Pew*  en inglés). El argumento es siempre el mismo: una gatita negra se pinta accidentalmente una raya blanca en la espalda y Pepe, que es un zorrillo, la confunde con un miembro de su especie y se enamora de ella. Pepe está convencido no sólo de que la gata es un zorrillo, sino de que le corresponde en su amor. La gatita, por supuesto, no está de acuerdo y huye de él.

## Ilustración 20: “Ah, mi pequeña adorada, esto es amor a primera vista, ¿no es así?”



Fuente: Fotograma del episodio “For Scent-imental reasons” (1949), un fragmento del cual se reproduce en “Pepe le Pew – Enamorado” <<https://youtu.be/2vZuzVVFaw4?t=15>>

He aquí un caso en el que la interacción entre dos individuos es completamente equívoca, pero ambos parecen “altamente involucrados” en el grupo. El sentido de ese involucramiento es muy distinto para cada uno. Previsiblemente, sus recuerdos de la interacción también variarán: Pepe recordará los gestos que interpretó como señales de amor y la gata tal vez los momentos más traumatizantes del acoso: puede que ambos tengan muchas ocasiones de recordar estas cosas. Lo que es aquí relevante es que el grupo que forman es bien distinto según nos paremos desde la perspectiva de uno o del otro. No hay una objetividad del grupo que nos permita, como observadores, determinar quién está más involucrado y quién menos, y de pronto es muy problemático establecer siquiera la existencia de un grupo. Por cierto: no es un abismo cultural el que se abre entre estos personajes: ambos saben lo que es un gato y lo que es un zorrillo, la gata sabe qué significan los gestos y las palabras de Pepe, y Pepe únicamente yerra en su lectura de la franja blanca y de las resistencias de la gata. Pero la confusión persiste. Y con ella la imposibilidad de determinar inequívocamente las memberships de los sujetos en la teoría de los marcos colectivos de la memoria.

Por último, revisemos el problema de la actualidad de los grupos, empezando por observar la implicación global de que el olvido sea concebido como ausencia de grupos:

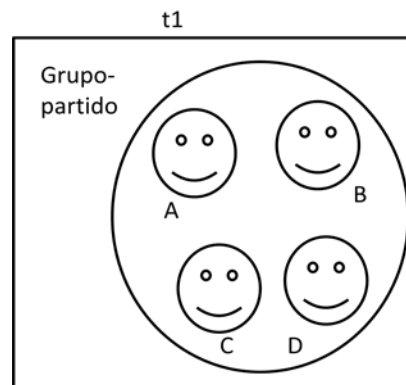
La memoria de una sociedad se extiende hasta donde puede, es decir, hasta donde alcanza la memoria de los grupos que la componen. El motivo por el que se olvida gran cantidad de hechos y figuras antiguas no es por mala voluntad, antipatía, repulsa o indiferencia. Es porque los grupos que conservaban su recuerdo han desaparecido” (2004a: 84)

Recordemos ahora que los grupos tienen una suerte de doble existencia: los hay allí donde hay interacciones materiales entre sujetos (reales o imaginarios) que sean significativas para al menos uno de ellos, y también los hay allí donde ha dejado de haber dichas interacciones siempre y cuando alguien sienta aún “su impulso”. Esto complica sobremanera la noción misma de que un grupo pueda “desaparecer”, ya que aparentemente vive en cada uno de los sujetos que formaron parte de él. Sin embargo, según parece, puede ocurrir que un grupo deje de existir y se reconfigure como dos grupos:

A veces sucede que hombres a los que han unido las necesidades de una obra en común, su dedicación a uno de ellos, la influencia de alguno, una preocupación artística, etc., se separan a continuación en varios grupos: cada uno de estos grupos es lo suficientemente reducido como para retener todo lo que ocupó el pensamiento del partido, del cenáculo literario, de la asamblea religiosa que los unía antes a todos. Además, se apegan a un aspecto de este pensamiento y sólo guardan el recuerdo de una parte de esta actividad. De ahí que muchas descripciones de un pasado común no coincidan y que ninguno sea realmente exacto. Dado que ahora se han separado, ninguno de ellos puede reproducir todo el contenido del antiguo pensamiento. (2004a: 35)

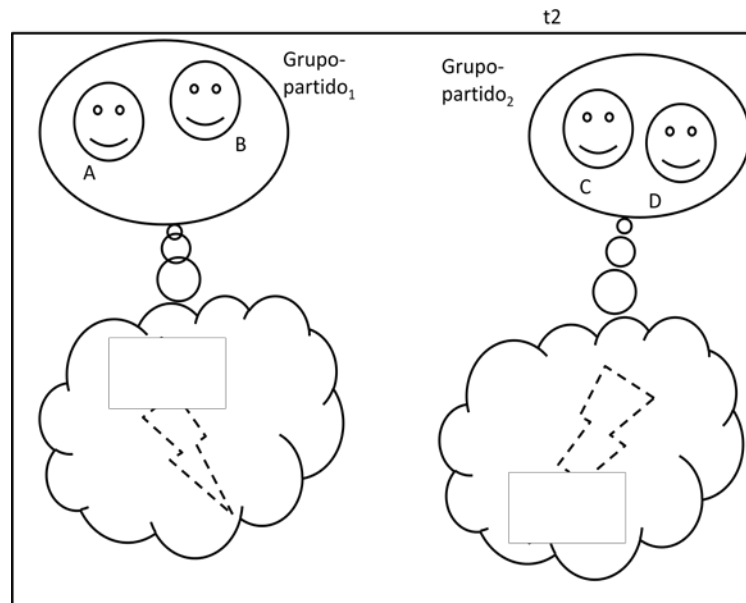
Diagramemos esta situación en sus dos tiempos:

### Ilustración 21: División del “grupo-partido” (I)



Fuente: Elaboración propia con Power Point.

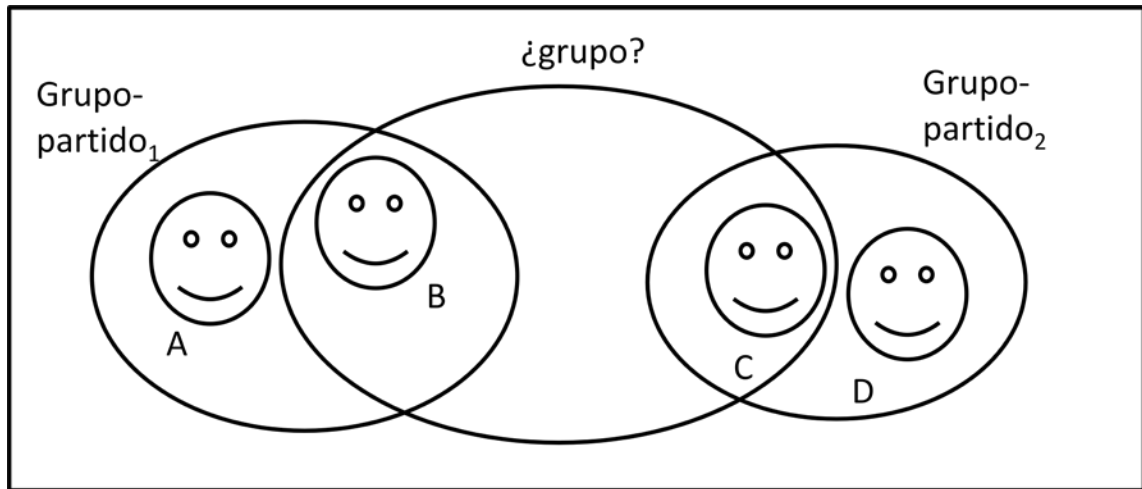
## Ilustración 22: División del “grupo-partido” (II)



Fuente: Elaboración propia con Power Point.

En un primer momento, los cuatro sujetos forman parte del grupo-partido. En un segundo momento ese grupo se ha dividido en dos entidades autónomas: cada uno de esos segmentos posee un marco colectivo distinto y parcial que emplea para recordar el mismo acontecer. El grupo original ha cesado de existir, pero ¿cómo fue eso posible?, ¿cómo aconteció que el “impulso” de ese grupo se fragmentó en dos vertientes? ¿No vive ya el grupo original, inscrito en la subjetividad de sus miembros? ¿Y qué pasaría si el partido se secciona pero hay algunos miembros –digamos, B y C- que conservan la impronta de la organización original pero terminan integrados en partidos distintos?

### Ilustración 23: División del “grupo-partido” (III)



Fuente: Elaboración propia con Power Point.

¿Son B y C aún miembros del partido original, aunque éste se haya desintegrado “materialmente”? ¿el partido original existe porque ellos aún sienten su “impulso”? ¿debemos agruparlos entre sí a causa de su común forma de pensar o separarlos en virtud del antagonismo que anima a las agrupaciones a las que actualmente pertenecen?, ¿su forma de recordar será producto de la intersección entre el grupo-partido original y el grupo-nuevo partido al que respectivamente pertenecen, y se distinguirá tanto de las de sus copartidarios como de la del otro?, ¿pero entonces son o no parte del mismo grupo? Lo que estamos aquí atisbando es lo difícil que es establecer la desaparición de un grupo si aceptamos que su existencia depende de la impronta que dejó en sus miembros y no de la actualidad efectiva de las interacciones entre sus integrantes.

Mis críticas a la teoría de los marcos colectivos de la memoria, el basamento conceptual de los estudios de memoria social/cultural, se ha centrado en demostrar que no hay forma clara de realizar la asociación con la que la teoría explica los recuerdos, a saber, que el hecho de que recordemos y la forma en que lo hacemos (la variable dependiente) es producto de nuestras pertenencias grupales al momento de recordar (la variable independiente). Para ello me he centrado en presionar el concepto de “grupo” en el discurso original de Halbwachs explicando que presenta cuatro problemas cuando se lo somete a escrutinio teórico, a saber, el problema de la proliferación, el de la agregación, el de la membrecía y el de la actualidad. La teoría de Halbwachs puede

parecer seductora porque pretende explicar todo tipo de fenómenos cotidianos de la memoria, pero es una apariencia engañosa. Su argumento principal –que sólo recordamos por medio de la apelación a “marcos colectivos de memoria” de los grupos a los que pertenecemos en el presente- no resiste el asedio por el motivo de que el concepto de “grupo” es extremadamente problemático. A veces es imaginario, otras es real, otras más está compuesto de un solo individuo; en ocasiones se disuelve cuando los contactos entre los miembros han cesado, otras veces permanece a pesar de lo anterior; ora el criterio para formar parte de uno es la autoadscripción, ora es la mirada del observador, ora la de quienes recuerdan; tan pronto los grupos se dividen internamente en fracciones como se agregan entre sí efímeramente o se fracturan. No es claro cuándo ni cómo se crean o se destruyen, no es claro cuándo ni cómo hemos entrado o salido de ellos, no es claro cuáles son sus límites ni cuáles son “los eventos” que los impactan y estarían por tanto integrados a su “memoria colectiva”. Para efectos de esta investigación, concebir al PCM y a las familias de los exmilitantes como “grupos” a la Halbwachs, con sus respectivas memorias colectivas, marcos de memoria y sus intersecciones es un impulso a resistir: la claridad que el esquema nos aporte quedará pronto nublada por los problemas que arriba hemos señalado. Ora estaremos tentados a pensar que las divisiones al interior del PCM formaban “grupos”, ora “fracciones de un grupo”; ora diremos que las escisiones creaban “grupos nuevos”, ora que en el fondo seguían siendo parte del mismo grupo; se nos ocurrirá que “la familia” es un grupo y no sabremos si cuando sobreviene “el divorcio” sigue siendo uno, o se ha dividido en dos, o hasta en tres o más si consideramos las combinaciones posibles con uno o más hijos y demás familiares; cuando revisemos que la aparición televisiva de un viejo camarada evoca en un exmilitante una anécdota que relata a su hijo, no sabremos si el marco de memoria al que apeló es el del PCM –¿dejó de estar disponible al disolverse o vivirá hasta que muera el último de sus miembros?- o si es el del grupo imaginario que el exmilitante forma con el excamarada de la tele, o el que integran él y su hijo. Cuando observemos recuerdos contradictorios alusivos a los mismos eventos dudaremos entre explicar la divergencia como producto de que los informantes están integrados a grupos distintos que fueron impactos de diversa forma por los acontecimientos, o como causada por la falta de interacción entre ellos a lo largo de los años, o por su diverso nivel de



involucramiento con el grupo. Estos son, en fin, los motivos por los que decidí eludir esta matriz teórica y preferí abordar la investigación desde una perspectiva de teoría fundamentada.